

S. EUSEBIO JERÓNIMO, PRESBITERO DE ESTRIDÓN, TRADUCCIÓN DE LAS HOMILÍAS DE ORÍGENES SOBRE JEREMÍAS Y EZEQUIEL, AL PRESBITERO VICENTE. (C)

Prólogo.

741-742. Es ciertamente grande, amigo, lo que pides, que haga a Orígenes latino, y que, según la opinión de Dídimo el Vidente, el hombre que es el segundo maestro de las Iglesias después del Apóstol [o apóstoles], también lo ofrezca a los oídos romanos. Pero, como bien sabes, atormentado por el dolor de los ojos, que contraí por la excesiva lectura impaciente, y por la escasez de escribas, ya que la pobreza me ha privado también de este recurso, no puedo cumplir lo que deseas tan ardientemente. Así que, después de catorce homilías sobre Jeremías, que interpreté hace tiempo en un orden confuso, dicté estas catorce sobre Ezequiel a intervalos, cuidando mucho de que la traducción conservara el estilo del mencionado hombre, que solo beneficia a las Iglesias, despreciando todo el esplendor del arte retórico: pues queremos alabar las cosas, no las palabras; y brevemente advirtiéndote que sepas que las obras de Orígenes sobre toda la Escritura son triples. Su primera obra son los Extractos, que en griego se llaman *σχόλια*, en los cuales brevemente tocó lo que le parecía oscuro y difícil. El segundo tipo es el homilético, del cual es también esta presente interpretación suya. El tercero, que él mismo tituló *Τόμους*, nosotros podemos llamar volúmenes, en el cual, en esta obra, desplegó todas las velas de su ingenio con vientos soplantes, y alejándose de la tierra, se adentró en el mar abierto. Sé que deseas que traduzca todo tipo de discurso: he expuesto la razón por la cual no puedo hacerlo. Sin embargo, prometo que si, con tu oración, Jesús me devuelve la salud, no diré que traduciré todo, porque eso sería temerario, pero traduciré mucho, bajo la condición que a menudo te he establecido, de que yo proporcione la voz y tú el escriba.

COMIENZAN LAS HOMILÍAS XIV SOBRE JEREMÍAS.

HOMILÍA PRIMERA. La palabra de Dios que vino a Jeremías, hijo de Helcías, etc. (Jerem. I, 1).

743 Dios está dispuesto a hacer el bien: pero para castigar a aquellos que son dignos de castigo, se demora. Pues, aunque podría castigar en silencio sin advertencia a aquellos que una vez juzgó dignos de castigo, nunca lo hace: sino que, incluso si los ha condenado, dice lo que siempre se ha propuesto decir, para que sean liberados de la condenación por el arrepentimiento, aquellos que fueron condenados por el delito. Aunque podemos tomar muchos ejemplos de esto de las Escrituras, bastan los incidentes presentes para que lleguemos a la contemplación de lo que se ha leído. Los ninivitas pecadores habían sido condenados por Dios: "Aún tres días, y Nínive será destruida" (Jon. III, 4). Dios no quiso castigar a los condenados en silencio; sino que, dándoles lugar para el arrepentimiento y la conversión, envió al profeta de los hebreos a las naciones, para que, al decir él: "Aún tres días, y Nínive será destruida", aquellos que habían sido condenados no perecieran: sino que, haciendo penitencia, obtuvieran la misericordia de Dios, quien ya había destinado a Sodoma y Gomorra para la destrucción, 744 como es evidente por las palabras de Dios que habló a Abraham: sin embargo, lo que era suyo, lo hicieron los ángeles, queriendo salvar a aquellos que se juzgaron indignos de salvación, diciendo esto a Lot: "¿Tienes aquí algún yerno, o hijos, o hijas?" (Gen. XIX, 12). Pues no ignoraban que no seguirían a Lot, pero mostraron su bondad hacia los hombres y el amor de aquel que los envió. Algo similar encontramos escrito en Jeremías: está anotado el tiempo de su profecía, cuándo comenzó a profetizar, y hasta cuándo. Por lo tanto, quien lee las Escrituras, si presta atención diligente a la lectura y busca

la voluntad de lo que está escrito, puede decir por el encabezado de la historia, en qué tiempo comenzó Jeremías y cuándo completó su profecía. ¿Qué me importa el tiempo de la historia? Leyendo, aprendí que comenzó a profetizar en los días de Josías, hijo de Amón, rey de Judá, hasta el año decimotercero de su reinado; luego profetizó en los días de Joaquín, hijo de Josías, rey de Judá, hasta la consumación 745 del undécimo año de Sedequías, hijo de Josías, rey de Judá. Y leyendo, aprendí que su profecía fue despreciada por tres reyes, hasta la cautividad de Jerusalén en el quinto mes. ¿Qué, entonces, aprendemos de esto, si somos atentos a la lectura? Dios había condenado a Jerusalén por los pecados que había cometido, y esta era la sentencia final, que fuera entregada a la cautividad. Sin embargo, siendo amante de los hombres, y no queriendo que nadie perezca, antes de que llegara el tiempo de la devastación, envió también a este profeta, para que por sus palabras se convirtieran al arrepentimiento; lo envió también bajo el segundo rey después del primero, y también bajo el tercero. ¿Qué más? Ya la cautividad era inminente, y aún Dios exhortaba, dando (por así decirlo) incluso un día antes lugar al arrepentimiento: por lo cual está escrito, hasta la cautividad de Jerusalén, y hasta el quinto mes profetizó Jeremías. Ya las cadenas de los enemigos habían atado las manos, y sin embargo, de alguna manera, Dios decía: He aquí, habéis sido hechos cautivos: haced, aunque tarde, penitencia: rogadme, y os perdonaré: puedo librar de la cautividad, quien os entregué. Así tenemos algunas cosas necesarias de este encabezado, que contiene los tiempos de la profecía, porque según su clemencia, Dios siempre exhorta a los hombres a la salvación, para que, cesando el delito, también la cautividad descansa. Esto también podemos entender de nosotros: si pecamos, también nosotros seremos cautivos. Pues entregar al pecador a Satanás (I Cor. V, 5), no es diferente de lo que los judíos fueron entregados a Nabucodonosor. Así como Dios los concedió al adversario, por sus frecuentes impiedades; así nosotros, por los pecados que hemos cometido, somos entregados al Nabucodonosor espiritual: y a quienes entregué, dice, a Satanás, para que aprendan a no blasfemar (I Tim. I, 20), dice el Apóstol de otros pecadores. Considera cuán malo es pecar, para que seamos entregados a Satanás, quien cautiva las almas de aquellos que son abandonados por Dios. No 746 sin causa, ni sin juicio, Dios abandona a quienes desampara. Pues cuando ha enviado lluvia sobre la viña, y la viña ha producido espinas en lugar de uvas, ¿qué hará, sino mandar a las nubes que no lluevan sobre ella? Por lo tanto, está próximo, por nuestros pecados, de los cuales somos conscientes, que también nosotros seamos cautivados. Pues será que seremos entregados, si no hacemos penitencia, a Nabucodonosor y a los babilonios, quienes nos torturarán sensiblemente. Con estos ya acercándose, las palabras de los profetas, las palabras de la Ley, las palabras de los Apóstoles, las palabras también de nuestro Señor y Salvador Jesucristo exhortan al arrepentimiento, provocan a la salvación. Si escuchamos, creemos en aquel que dijo: Y yo me arrepentiré de todos los males que hablé hacerles (Jer. XVIII, 8). Y esto es en el Prólogo. Después del prólogo, está escrito así: La palabra del Señor vino a él: es cierto que a Jeremías. ¿Qué dice la palabra del Señor a él? algo principal entre todo lo que se ha dicho a los demás profetas. Pues esto nunca lo encontramos dicho a ningún otro profeta. Abraham fue llamado profeta, en lo que se dice: Es profeta, y orará por ti (Gen. XX, 7): y sin embargo, Dios no le dijo: Antes de formarte en el vientre, te conocí: y antes de que salieras del útero, te santifiqué (Jer. I, 5). Pero después, ya en el tiempo final, Abraham fue santificado, cuando salió de su tierra, y de su parentela, y de la casa de su padre (Gen. XII, 1). Isaac nació de la promesa, y sin embargo, tampoco a él encontramos que se le haya dicho esta palabra. ¿Y por qué necesito correr a través de cada uno? Jeremías obtuvo un don principal entre todos, diciendo el Señor: Antes de formarte en el vientre, te conocí: y antes de que salieras del útero, te santifiqué. Tampoco ignoramos que algunos refieren estas cosas, como si fueran mayores que Jeremías, sobre nuestro Salvador y Señor Jesucristo: y se debe saber que muchas de estas cosas pueden convenir al Salvador, las cuales también interpondremos. Pero algunas de las

cosas que se dijeron a Jeremías, limitan la interpretación, como si no pudieran, como muchos piensan, referirse al Señor. ¿Cuáles son, entonces, las que pueden convenir al Señor? A todos a quienes te envíe, irás: y todo lo que te mande, hablarás. No temas ante ellos, porque yo estoy contigo, para librarte: dice el Señor (Jer. I, 7, 8). Estas cosas no parecen ociosas para referirse al Salvador: pero las que siguen: Extendió el Señor su mano hacia mí, y tocó mi boca, y dijo el Señor a mí: He aquí, he puesto mis palabras en tu boca; he aquí, te he puesto hoy sobre naciones y reinos, para arrancar y destruir (Jer. I, 9, 10): hacen difícil la interpretación sobre Jeremías: ¿qué naciones arrancó Jeremías? ¿qué reinos subvirtió, para que merecidamente se le dijera: He aquí, te he puesto hoy sobre naciones y sobre reinos para arrancar y cavar? ¿qué poder tuvo para destruir, para que oyera: y destruir? ¿A quiénes edificó, para que consecuentemente se añadiera, edificar? Jeremías dijo: No he sido útil, ni nadie me ha sido útil: ¿y cómo se le dio edificación y plantación? Estas cosas, como dijimos, referidas al Salvador no limitan al intérprete. Jeremías, en estas cosas, es figura del Salvador. Pero también las que siguen, incluso para el hombre más docto, traen dificultad de exposición, cómo pueden convenir al Señor: Y dije: ¿Quién eres, Señor, Dios, he aquí que no sé hablar (Jer. I, 6). Él que es sabiduría, que es poder de Dios, en quien habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad (Colos. II, 9), ¿cómo puede aplicarse a él: No sé hablar? Pero también aquello: Porque soy joven: se le corta, como si no hubiera respondido bien. Pues si el Señor le dice: No digas, porque soy joven, es evidente que fue reprendido como si no hubiera hablado bien. Estas son las que parecen no convenir al Salvador. Las anteriores, sin embargo, se refieren fácilmente a él. Decir que unas cosas deben interpretarse sobre Jeremías, otras sobre el Salvador, no es lo peor. Pero quien intenta conocer bien las Escrituras, insistirá mucho en este lugar, viendo que bajo un solo texto del discurso se divide la interpretación, y se dice, estas, porque son menores, no convienen al Salvador, sino a Jeremías: pero aquellas, porque son mayores, no a Jeremías, sino a Cristo. Por eso intentaremos referir todo a Jeremías: esto es, incluso aquellas que, siendo mayores, parecen exceder su condición. Cualquiera que haya recibido de Dios palabras, recibiendo la gracia del discurso celestial, por eso las recibe, para arrancar y subvertir reinos y naciones. Pero cuando se nombran naciones y reinos, no quiero que se entienda corporalmente reinos y naciones, sino considerando las almas de los hombres gobernadas por el pecado, según lo que está escrito en el Apóstol: No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal (Rom. VI, 12): viendo también muchas especies de delitos, alegorice reinos y naciones por varios delitos, que han poseído las almas humanas: y estos serán los que serán arrancados y cavados por las palabras de Dios, que fueron dadas ya sea a Jeremías, o a otros santos. Así se hará, que las primeras que no parecían convenir al Salvador, se refieran a Jeremías: y las segundas, por aquel que sabe interpretar las palabras que fueron dichas, se atribuyan a Jeremías.

Alguien de los oyentes me dirá: Expón también otro discurso, y establece que todo lo que está escrito sobre el Salvador, como si fuera escrito sobre Él, no te preocupes por los segundos. Es evidente que el Salvador ha erradicado los reinos del diablo y ha subvertido las naciones, destruyendo la vida pagana. Lo que hace difícil de entender en estos casos es cómo puede el Salvador decir: "No sé hablar, porque soy joven", y otras cosas. En este discurso, los intérpretes se ven constreñidos. Sabemos que Jesucristo es Dios: buscamos exponer las palabras que se han dicho de acuerdo con la dignidad de la persona: por lo tanto, es necesario que llamemos a las Sagradas Escrituras como testimonio: pues nuestros sentidos y explicaciones no tienen credibilidad sin esos testigos: y lo que se ha dicho: "En la boca de dos o tres testigos se establecerá toda palabra" (Mat. XVIII, 16), se aplica más a la prueba del intérprete que al número de cualquier hombre: para que yo pueda afirmar la palabra de mi entendimiento, tomando dos testigos del Nuevo y del Antiguo Testamento, tomando tres

testigos del Evangelio, del Profeta, del Apóstol. Así se establecerá toda palabra. ¿Cómo, entonces, podremos unir estas cosas al Salvador? Que me dé testimonio el Antiguo Testamento: "Porque antes de que el niño sepa lo bueno o lo malo" (Isaías VII, 16), y otras cosas. Que también Isaías dé testimonio: "He aquí que la Virgen concebirá en su vientre, y dará a luz un hijo, y su nombre será Emmanuel" (Isaías VII, 14); y allí se añade: "Antes de que el niño sepa". Si también es necesario tomar testimonio del Evangelio, Jesús aún no era hombre, sino todavía un niño, porque se había vaciado tomando la forma de siervo, progresaba (Lucas II, 32). Nadie progresa si es perfecto; sino que progresa quien necesita progreso. Por lo tanto, progresaba en edad, progresaba en sabiduría, progresaba en gracia, tanto ante Dios como ante los hombres. Pues si se había vaciado a sí mismo al descender a nosotros, y al vaciarse a sí mismo retomó de nuevo aquellas cosas de las que primero se había vaciado, ¿qué hay de indigno en que haya progresado en sabiduría, progresado en edad, progresado en gracia ante Dios y ante los hombres, y que estas cosas que se han dicho de Él sean verdaderas: "Antes de que el niño sepa lo bueno o lo malo" (Isaías VII, 16), y aquellas que hemos interpuesto sobre Él? Pero alguien me dirá: Aunque pueda entenderse que se ha dicho del Salvador que no sabe, y otras cosas de este tipo que son mayores, y si lo tomas como un niño, ¿no ofendes al pensar esto del unigénito y primogénito de toda la creación; de aquel que antes de ser concebido fue anunciado, hablando Gabriel: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra" (Lucas I, 37); y te atreves a decir que no sabe hablar? Por lo tanto, veré si puedo aportar algo digno del Salvador en este lugar que [cómo] al ignorar ciertas cosas es mayor que si las supiera. Usemos su voz, cómo hay algunas cosas que no sabe. Les respondió a aquellos que le decían: "¿No comimos en tu nombre, y bebimos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, e hicimos muchas maravillas? Apártense de mí, no los conozco" (Mat. VII, 22). ¿Crees que esto que dijo: "No los conozco", aprueba su menor virtud, o su mayor y maravillosa, porque no conoce a los malos que perecerán? Pues sabe las diferencias de ellos, sabe lo mejor, el Señor conoce a los que son suyos, y si alguien no conoce, no es conocido. Por lo tanto (como es evidente) el pecador es desconocido por Dios. Alguien de los oyentes me dirá: has mostrado que Dios no conoce a los pecadores, has mostrado que ignora a los que obran iniquidad, pues no son dignos de su conocimiento: ¿cómo aprobarás que es grande y glorioso lo que se ha dicho de Él: "No sé hablar"? Hablar es humano, y siempre usamos el lenguaje, por ejemplo, la voz de los hebreos, o de los griegos, o el discurso de los demás. Por lo tanto, si asciendes al Salvador, y sabes que Él es en el principio el Verbo con Dios, observa que no sabe hablar, cuando lo que se dice hablar es humano, si [pero] por eso no sabe, porque hay cosas mayores que conoce. Pero si comparas las lenguas de los ángeles con las lenguas humanas, y sabes que Él es mayor que los ángeles (como testificó de Él el Apóstol en su Epístola que escribe a los Hebreos [Hebr. I, 4, 5], entendiendo que era mayor incluso que las lenguas de los ángeles, cuando tanto Dios [de Dios] el Verbo estaba con el Padre. Por lo tanto, dice, y de alguna manera toma la disciplina no de los grandes, sino de los inferiores y menores. Así como yo aprendo a balbucear, haciéndome violencia a mí mismo, cuando hablo con los pequeños, pues no sé (por así decirlo) hablar infantilmente, y ya anciano hablar con los niños con palabras quebradas: de la misma manera el Salvador en la magnificencia de la gloria de Dios, y permaneciendo en el Padre, no habla cosas humanas, no sabe dirigirse a los que están abajo. Pero cuando vino en cuerpo humano, dice al principio: "No sé hablar, porque soy joven" (Col. I, 15): joven, por la dispensación: anciano, según lo que es el primogénito de toda criatura: joven, porque en la consumación ya de los siglos, y en el tiempo extremo de esta vida ha llegado. Dice, por lo tanto: "No sé hablar"; pues sé hablar algunas cosas mayores, sé algunas cosas mayores que este discurso mortal. ¿Quieres que hable a los terrenales? aún no he asumido la fragilidad humana, tengo tu elocuencia, soy tu Verbo, sé hablarte a ti, no sé hablar a los hombres, soy joven. No digas: Soy joven, porque a todos a quienes te envíe, irás.

Luego movió su mano para tocar su boca, para darle palabras con las que erradicar imperios. Sin embargo, el Salvador no necesitaba palabras para recibirlas, cuando estaba en el Padre, no había en el cielo cosas dignas que merecieran ser derribadas. Pero ahora toma las pequeñas, posponiendo las mayores por un tiempo. Y así se aprueba, como en otro lugar gloriosamente había dicho: "No los conozco, porque son obradores de iniquidad" (Lucas XIII, 27), y ahora ha recibido palabras gloriosamente, siendo Dios, y según la magnificencia de su gloria ha dicho: "No sé hablar", es decir, no conozco lo humano. Ya sea que se diga a Jeremías, o al Salvador: "Antes de que te formara en el vientre, te conocí" (Jeremías I, 5); leyendo el Génesis y observando lo que allí se ha escrito sobre la creación del mundo, encontrarás que la Escritura divina, muy cauta en sus palabras, no ha dicho: "Antes de que te hiciera en el vientre, te conocí": pues cuando es según la imagen, dice Dios: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza" (Génesis I, 26), y no dice, formemos. Pero cuando tomó el barro de la tierra, no está escrito: Hizo al hombre, sino: "Formó al hombre" (Génesis.

II, 7), y puso en el paraíso al hombre que formó, para que lo trabajara y lo cuidara. Si puedes entender la diferencia entre creación y formación, cuando dice tanto a Jeremías como al Salvador, no dijo: Antes de que te hiciera en el vientre. Porque lo que se hace, no se hace en el vientre, sino lo que se crea del polvo de la tierra, eso se forma en el vientre. Antes de que te formara en el vientre, te conocí. Si Dios conoce a todos, ¿cómo es que a Jeremías le dice como si fuera especial entre los demás: Te conocí? ¿O es que Dios solo conoce a aquellos que son dignos de su conocimiento, y reconoce a los que son suyos; pero a los indignos no los conoce ni el Padre ni el Hijo, diciendo: No os conozco (Mateo VII, 23)? Nosotros, siendo humanos, si hemos sido dotados de alguna dignidad, juzgamos a unos dignos de nuestro conocimiento y a otros indignos; y a quienes no queremos conocer, ni escuchar, no los conocemos. ¿Qué piensas del Dios del universo? Quiere conocer a Faraón, quiere conocer a los egipcios, pero son indignos de su conocimiento; pero ellos mismos hacen que no sean conocidos. Sin embargo, conoce a Moisés, conoce a los profetas, y a cualquiera que sea como ellos. Debes esforzarte mucho para que el Señor comience a conocerte. A Jeremías, ciertamente, lo conoció antes de formarlo en el vientre; a otro de los profetas comenzó a conocerlo a los treinta años, a otro a los cuarenta. Los discursos sobre el Salvador son inefables y no deben ser buscados con demasiada insistencia: pero sobre Jeremías, necesitamos los oídos de aquellos que tienen conocimiento de las Escrituras, para entender cómo dice: Antes de que te formara en el vientre, te conocí: y antes de que salieras del vientre de tu madre, te santifiqué: Dios mismo santifica a algunos. No espera a que nazcan para santificarlos, sino que los santifica antes de que salgan del vientre. Si lo refieres al Salvador (como dije), no está mal decir que fue santificado antes de nacer. Así debes entender sobre el Señor, que antes de salir del vientre, fue santificado, pero infinitamente antes, siempre fue santo: este, sin embargo, fue santificado antes de salir del vientre. Te he puesto como profeta entre las naciones. Si preguntas sobre Jeremías, cómo fue puesto como profeta entre las naciones, observa en lo que sigue cuando se le ordena profetizar a todas las naciones: pues tal es la escritura, que Jeremías profetizó sobre todas las naciones, Elam, Damasco, Moab: y tendrás que profetizó a todas las naciones, según lo que se ha dicho: Te he puesto como profeta entre las naciones, si deseas entender que esto se dijo de Jeremías. Pero si transfieres la inteligencia a Dios, este verdaderamente predicó a todas las naciones. Es, como muchas otras cosas, también profeta. Así como es príncipe de los sacerdotes, como es Salvador, como es médico; de igual manera es profeta. Moisés, anunciando sobre él, no solo lo nombró profeta, sino admirable entre todos, diciendo: El Señor Dios os levantará un profeta de entre vuestros hermanos, como yo, escuchadlo. Y será que cualquiera que no escuche a ese profeta, perecerá de su pueblo (Deuteronomio XVIII, 15). Este es el profeta constituido entre las

naciones, y recibió gracia de Dios derramada en sus labios, para que no solo cuando estaba presente en cuerpo, sino también ahora que está presente en virtud y espíritu, profetice a todas las naciones, y su profecía atraiga a los hombres de todo el mundo a la salvación. Y dijo: ¿Quién es el dominador, Señor? He aquí que no sé hablar, porque soy joven. Y el Señor le dijo: No digas que soy joven, porque a todos a quienes te envíe, irás (Jeremías I, 6). A menudo hemos dicho que suele haber alguien joven, según el hombre interior, aunque sea de edad avanzada en el cuerpo: y al contrario, frecuentemente se encuentra un niño según el hombre exterior, y ser interiormente un hombre perfecto. Tal era Jeremías, teniendo ya concedida por Dios la gracia en la edad corporal aún juvenil, por lo cual el Señor le dice: No digas que soy joven. Y muestra la señal de esto, que no es joven, sino un hombre consumado, diciendo: Porque a todos a quienes te envíe, irás: y según todo lo que te mande, hablarás: y no temas ante ellos. Porque sabe que los que cumplen la misión de la palabra de Dios, incurren en peligro por parte de aquellos que desprecian escuchar. Pues los reprendidos odian las reprensiones, los acusados persiguen a los que los acusan. Todo lo que es malo, siempre lo sufren los profetas: No hay profeta sin honor, sino en su patria y en su casa (Marcos VI, 4). De lo cual también hicimos mención recientemente. Sabe, pues (como comenzamos a decir), Dios enviando al profeta, cuántos peligros va a sufrir, por eso lo exhorta diciendo: No temas ante ellos, porque yo estoy contigo, para librarte, dice el Señor (Jeremías I, 8). Todo lo que Jeremías sufrió, está escrito: fue arrojado en un pozo de lodo, permaneció allí comiendo pan del día, y solo bebiendo agua, y muchas otras cosas que soportó, están contenidas en su libro. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? (Hechos VII, 52) dice el Señor a los judíos. Y es necesario que aquellos que desean vivir religiosamente en Cristo, sufran persecución de toda clase por las virtudes contrarias, a través de los vasos que se encuentran. Por lo cual no debe parecer nada nuevo o extraño a aquellos que son afligidos en tribulaciones: hagan todo lo que se les ha mandado, solo oren para que la causa de la persecución sea Cristo; no sea que por injusticia, no sea que por delitos, no sea que por avaricia sean abatidos. Pero si alguna vez alguien es agitado por causa de la justicia, escuche: Bienaventurados sois cuando os injurian, y os persiguen, y dicen todo mal contra vosotros, por mi causa: gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos. Así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros (Mateo V, 11). Porque yo estoy contigo para librarte, dice el Señor; y extendió su mano hacia mí el Señor, y tocó mi boca, y dijo el Señor a mí (Jeremías I, 8, 9). Observa las diferencias entre Jeremías e Isaías. Isaías dice: Labios inmundos tengo, en medio de un pueblo de labios inmundos habito, y al rey, al Señor de los ejércitos, vi con mis ojos (Isaías VI, 5). Y porque confesó no tener hechos inmundos, sino solo palabras (pues hasta ese punto había cometido pecados), el Señor no extendió su mano, ni uno de los serafines tocó sus labios con su mano, sino que solo tocando con unas tenazas dijo: He aquí que he quitado tus iniquidades. Pero a Jeremías, porque había sido santificado en el vientre, no se envían tenazas, ni un carbón encendido del altar; pues no tenía nada digno de fuego, sino que la misma mano del Señor lo tocó, por lo cual dice: Extendió el Señor su mano hacia mí, y tocó mi boca. Y dijo el Señor a mí: He aquí que he puesto mis palabras en tu boca, he aquí que te he constituido hoy sobre naciones y reinos para arrancar (Jeremías I, 9, 10). Quien es tan bienaventurado, que arranca muchos reinos que el diablo mostró a Cristo, reinos de demonios, reinos de pecado, necesita las palabras que le han sido dadas por Dios. Pues está escrito: He aquí que he puesto mis palabras en tu boca. He aquí que te he constituido hoy sobre naciones y reinos para arrancar (Jeremías I, 10). Y así como hay muchos reinos, también hay muchas naciones. Y no puede llamarse reino a algo que no contenga naciones bajo sí. Por ejemplo, se dice: reina la fornicación (en el hombre pecador), es necesario que el reino de la fornicación tenga sus naciones. Ese mismo delito general de avaricia y fraude, del cual apenas alguien está libre, tiene su reino, y bajo un reino posee muchas naciones, por muchas especies de avaricia, y por eso se necesitan las palabras

de Dios, para que reinos de este tipo con sus naciones sean arrancados. El Salvador lo muestra en el Evangelio diciendo: Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será arrancada (Mateo XV, 13). Hay ciertas cosas plantadas en vuestras almas [o en nuestras almas] que no plantó el Padre celestial. Todas las malas intenciones, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, blasfemias, son plantaciones que no plantó el Padre celestial. Si quieres saber de quién es la plantación de tales pensamientos, escucha que un hombre enemigo hizo esto, quien sembró cizaña en medio del trigo (Mateo XIII, 25). Dios está presente, y también está presente el diablo con sus semillas. Si damos lugar al diablo, el hombre enemigo sembrará la plantación que no plantó el Padre celestial, que ciertamente será arrancada. Pero si, rechazando al diablo, damos lugar a Dios, Dios, gozoso, esparcirá su semilla sobre el corazón principal [o bajo el principal] de nuestro corazón. Y que nadie piense que Jeremías recibió algo triste, porque fue constituido para arrancar reinos y naciones. Esto es una indicación de la bondad de Dios, arrancar los vicios con palabras, destruir los reinos enemigos del reino celestial, y derribar las naciones que luchan con su gente, arrancar y subvertir. Hay una edificación de Satanás, y hay una edificación de Dios: lo que se construye sobre la arena, eso es de Satanás, pues no se solidifica sobre nada estable y robusto. Pero lo que se edifica sobre la roca, eso es de Dios. Por eso, a los que son suyos, se les dice: Sois labranza de Dios, edificación de Dios (I Cor. III). Sobre naciones y reinos para arrancar, y subvertir, y destruir. Si algo es arrancado, y el mismo arrancamiento no ha perecido: aún permanece lo que fue arrancado. Si una casa es derribada, y las piedras en la ruina están intactas: la casa ha sido destruida, pero no perdida. Es necesario, pues, la bondad de Dios, para que el mismo arrancamiento y la subversión total perezcan. Lee con más atención cómo los arrancados perecen: Pero quemará la paja con fuego inextinguible. Y: Atad los manojos de cizaña, y entregadlos al fuego (Mateo III, 12, 30). Así se pierden los que son arrancados. Si quieres saber cómo la dispersión se reduce a nada, cómo el material de la peor edificación se pulveriza, la casa que se ordena destruir por lepra (Levítico XIV), cuando se ha convertido en polvo, se arroja fuera de la ciudad, para que ni siquiera quede una piedra de ella, según está escrito: Los borraré como el polvo de las calles (Salmo XVII, 43). Es necesario que la maldad perezca por completo. Algo ha sido subvertido, las mismas piedras que fueron destruidas, deben ser trituradas, para que no puedan ser tomadas para alguna otra edificación que el diablo pueda preparar. Algo ha sido arrancado, el adversario encuentra incluso entre lo que ha sido arrancado, alguna semilla que pueda sembrar de nuevo. Por eso el Señor ordena: Recoged, diciendo, y quemadlas con fuego, para que el arrancamiento de Satanás, y la misma subversión, sean consumidos. Pero la palabra divina no solo se detiene en esto, en arrancar, destruir y dispersar: pues aunque todo lo malo en mí haya sido arrancado, destruido y dispersado, ¿de qué me sirve si no se plantan y edifican en mí cosas mejores en lugar de las que fueron arrancadas y excavadas? Por eso las palabras de Dios primero hacen lo que es necesario, arrancan, destruyen, pierden, y después edifican y plantan. Siempre hemos observado en las Escrituras sagradas, que primero se nombran las cosas que parecen tristes, y luego se dicen las más alegres: Yo mataré, y yo daré vida (Deuteronomio XXXII, 39). No dijo primero, Yo daré vida, y después, mataré. Pues es imposible que lo que Dios ha vivificado una vez, sea muerto por él mismo o por otro. Sino: Yo mataré, y yo daré vida. ¿A quién mataré? A Pablo el traidor, a Pablo el perseguidor; y daré vida, para que se convierta en Pablo apóstol de Cristo Jesús. Si los miserables herejes entendieran esto, nunca nos lo traerían, diciendo frecuentemente: ¿Ves cómo el Dios de la Ley y los Profetas es feroz e inhumano? ¿Cómo dice: Yo mataré, y yo daré vida? sin darse cuenta de la proclamación de la resurrección de los muertos en las Escrituras, sin considerar que la resurrección ya ha comenzado en cada uno: Porque somos sepultados con Cristo por el bautismo, y resucitaremos con él (Romanos VI, 4; Colosenses II, 12). Dios siempre comienza con lo triste, pero necesario, como: Yo mataré, y yo daré vida: yo heriré, y yo sanaré. Porque el

Señor corrige a quien ama; y azota a todo hijo que recibe (Hebreos XII, 6); y después de esto cura. Él mismo causa el dolor, y luego devuelve la alegría. De manera similar, en el presente, el Señor dice: Te he constituido hoy sobre naciones y reinos para arrancar, y excavar, y destruir, y edificar, y plantar. Sin embargo, lo primero es que se quiten de nosotros las cosas malas. Dios no puede edificar en el lugar de una mala edificación: ¿Qué participación tiene la justicia con la iniquidad? ¿O qué comunión tiene la luz con las tinieblas? (II Corintios VI, 14). Es necesario que la maldad sea arrancada desde las raíces: es necesario que la edificación mala sea completamente eliminada de nuestras almas, para que después las palabras de Dios edifiquen y planten. Podemos también entender de otra manera lo que está escrito: He aquí que he puesto mis palabras en tu boca. Y dice qué hacen las palabras: Arrancar, y excavar, y destruir. Las palabras arrancan naciones, las palabras excavan reinos; pero no estos reinos de carne y del mundo, dignos de ser destruidos, dignos de ser arrancados con palabras. Lo que ha sido arrancado y subvertido, ¿crees que en lo que decimos ahora no hay virtud que el Señor ha dado, según está escrito: El Señor dará palabras al que evangeliza con gran virtud (Salmo LXVII, 12)? virtud que arranca y excava, si hay alguna infidelidad, si hay alguna mentira, si hay alguna maldad, si hay alguna lujuria, si hay alguna discordia que no ha sido excavada. Así como un ídolo ha sido construido en el corazón, al ser removido, se edifica el templo de Dios, y se encuentra su gloria en él, y no se convierte en un lugar infértil, sino en una plantación del paraíso, donde el templo de Dios está en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA SEGUNDA. De lo que está escrito: Huid de en medio de Babilonia (Jeremías LI, 6).

759 De la misma manera que nuestro cuerpo se encuentra en algún lugar de la tierra, así también el alma, según su estado, está en un lugar nominativo de la tierra. Lo que digo se hará más claro de esta manera. Nuestro cuerpo está en Egipto, o en Babilonia, o en Palestina, o en Siria, o ciertamente en cualquier otro lugar. De manera similar, el alma está en un lugar de la tierra con el mismo nombre, una en Babilonia, otra en Egipto, otra en la región de los amonitas: y así, separadamente, según el juicio de las Escrituras, se distingue por la diversidad de lugares según la calidad de vida. Está en Babilonia cuando se confunde, cuando se turba, cuando, abandonando la paz, soporta las guerras de las pasiones, cuando el tumulto de la maldad ruge a su alrededor, entonces, como dijimos, está en Babilonia. Y a esta alma se dirige la palabra profética, diciendo: Huid de en medio de Babilonia, y salvad cada uno su alma. Pues mientras alguien esté en Babilonia, no puede ser salvado. Aunque allí recuerde Jerusalén, gime y dice: ¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra extraña? (Salmo 136). Y porque es imposible cantar a Dios con instrumentos estando en Babilonia, ya que allí los instrumentos de los himnos de Dios están inactivos, por eso se dice por el Profeta: Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos al recordar a Sion: en los sauces en medio de ella colgamos nuestros instrumentos. Nuestros instrumentos están colgados mientras estamos en Babilonia, en los sauces de los ríos de Babilonia. Pero si llegamos a Jerusalén, al lugar de la visión y la paz, los instrumentos, que antes colgaban inactivos, entonces se toman en las manos, entonces continuamente tocamos la cítara, y no hay momento en que no alabemos a Dios con los instrumentos que tenemos en las manos. Por lo tanto, como comenzamos a decir, el alma siempre está en algún lugar nominativo de la tierra: y así como los pecadores están en Babilonia, de manera contraria los justos están en Judea. Sin embargo, según la calidad de vida y fe, incluso en la misma Judea se separan en diversos lugares. Pues ya sea que esté en Dan, que son las partes extremas de Judea, o en lugares un poco superiores y mejores que Dan, o en los límites medios de Judea, o cerca de Jerusalén: y es la más bienaventurada de todas, la que está en medio de la ciudad de Jerusalén. Pero el que es

pecador, y oprimido por excesivos crímenes, está en Babilonia. Este, sin embargo, un poco menor, y aún no ascendiendo hasta la cima de los pecados, mora en Egipto y en las partes de Egipto. Y así como los que están en Judea no poseen todos los mismos lugares: uno está en Jerusalén, otro en Dan, otro en Neftalí, otro en los límites de Gad: así todos los que están en Egipto no habitan las mismas partes de Egipto; uno habita en Tafnis, otro en Menfis, otro en Siene, otro en Bubastis. Lugares que el profeta Ezequiel atestigua llenos de misterios con su voz, exponiendo también los nombres de las partes de Egipto, de las cuales si algún lector fuera espiritual juzgando todas las cosas, y él mismo no juzgado por nadie, no solo alegorizará las regiones mayores, como Judea, Egipto y Babilonia, sino también las partes de la tierra. Y así como en Judea Jerusalén, y Belén, y otras ciudades: así en Egipto leyendo Diospolis, Bubastis, Tafnis, Menfis, Siene, figurará según el entendimiento de las cosas. ¿Quién es sabio y entiende estas cosas? ¿O quién es inteligente y las conoce? ¿Quién, al menos con un sentido más tenue, podrá conocer la voluntad que el Espíritu Santo tiene para la letra? Pero ahora se propone otra cosa, lo que se ordena por la palabra de Dios a aquellos que están en Babilonia: Huid de en medio de Babilonia. No gradualmente, no poco a poco, sino con rapidez, con prisa huid; esto es huir: Huid de en medio de Babilonia.

Quicumque confusam habetis animam a variorum passione vitiorum, ad vos dirigitur sermo: et mihi quoque idipsum iubetur, siquidem adhuc sum in confusione inveteratus, et ideo in Babylone sum. Quid ergo praecipit Deus? Non dixit, exite de medio Babylonis; hoc enim potest fieri et gradatim; sed: Fugite de medio Babylonis. Ego quidem et in eo, quod dicitur de medio, rationem quaero sermonis. Potest quippe evenire, ut aliquis in Babylone sit; sed cum in extremis ejus finibus commoretur, quodammodo extra Babylonem esse videatur. Aliud autem est in medietate Babylonis consistere, ut ex omni parte aequale sit spatium, et ita in umbilico ejus, quasi in medio cordis animalis, habitet. Sicuti enim animalis medietas cor est, et in Evangelio secundum Lucam, cor terrae (Luc. XVII) medietas terrae nominatur: sic mihi videtur, et in Ezechiele dictum, in cor maris posita Tyrus (Ezech. XXVI), et nunc peccatores de medio Babylonis, hoc est de corde ejus fugere debere. Fugite ergo de medio Babylonis, ut medietatem Babylonis deserentes, in finibus ejus incipiatis esse, non in medio. Quod si cui videtur obscurum, sic fiet manifestius: quia qui valde demersus est in vitiis, hic medius habitator est. Qui vero paulatim relinquens malum, et naturam suam ad meliora convertens, non tam coeperit virtutes possidere, quam cupere, iste licet ex medio fugerit Babylonis, tamen necdum de Babylone discessit. Secundum istius modi expositiones decet [Al. docet] sacras Litteras credere, ne unum quidem apicem habere vacuum sapientia Dei. Qui enim mihi homini praecipit [Al. praecepit], dicens: Non apparebis ante conspectum meum vacuum (Deut. XVI, Exod. XXIII), multo plus hoc ipse agit, ne aliquid vacuum loquatur. Ex plenitudine ejus accipientes prophetae ea, quae erant de plenitudine sumpta, cecinerunt, et idcirco sacra volumina spiritus plenitudine spirant, nihilque est, sive in Prophetis, sive in Lege, sive in Evangelio, sive in Apostolo, quod non a plenitudine divinae majestatis descendat. Quamobrem spirant in Scripturis sanctis hodieque plenitudinis verba, Spirant autem his, qui habent et oculos ad videnda coelestia, et aures ad audienda divina, et nares ad ea quae sunt plenitudinis sentienda. Haec dixi, quia non sit simpliciter positum: Fugite de Babylone, sed cum additamento necessario: Fugite de medio Babylonis, et resalvate unusquisque animam suam. Primum oportet fugere de medio Babylonis, deinde singulos animas suas resalvare, cum fugerint. Neque vero dixit salvate, sed resalvate. Appositio syllabae significat sacramentum. Quia quondam gustantes salutem, et de ea propter peccata postea corruentes, venerunt ad [Al. venimus in] Babylonem. Cujus rei causa oportet resalvare animam suam, ut incipiat recuperare quod perdidit, secundum apostolum Petrum dicentem ita: Reportabimus finem fidei salutem, de qua salute exquisierunt et scrutati sunt prophetae, qui propter nostram

prophetaverunt gratiam (I Petr. I). Verumtamen in nobis est fugere de Babylone, et in nostra positum est potestate, si velimus resuscitare quod corruit. Tertium mandatum est: Et neque projiciamini in iniquitatem ejus. Cum quis fugerit injustitiam Babylonis, et non egerit poenitentiam, tunc consequens est ut projiciatur. Observa vero Scripturam, quomodo licet ex Hebraea lingua, in Graecam sit translata, nihilominus, quantum recipere potest differentias verborum, significanter expresserit. Dicit quippe in alio loco: Elegi abjectus esse in domo Domini (Psal. LXXXIII), et non ait projectus. In praesenti autem non posuit, et ne abjiciamini in injustitiam ejus, sed, Ne projiciamini in injustitiam ejus. Aliud est enim projici, aliud abjici. Quod enim in despectione est, et neglectu, hoc non projicitur, sed abjicitur. Quod vero foris est a salute, et beatitudine alienum, hoc projicitur. Quod et in alio loco declarat Scriptura divina dicens: Duces populi mei projicientur ex domo deliciarum suarum, propter pessimas voluntates suas. Cleri enim eorum non proderunt eis (Mich. II, 9). Sed et tu ipse poteris congregare, sicubi in Scripturis projectionis, et abjectionis nomen inveneris, ut ex comparatione verborum, magis possis confidens ferre sententiam. Quia dispensatio providentiae, etiamsi non magnopere curavit, ut disertitudinem, quae in Graeco sermone laudatur, Graece interpretando sequeretur: curavit tamen ea quae significantia sunt exhibere, et differentiam eorum explanare dilucide his qui Scripturas diligentissime perscrutantur. Ne projiciamini in iniquitatem Babylonis, quia tempus vindictae ejus est a Domino. Miro sensu supplicia dicit irrogari propter ejus qui ea patitur ultionem. Quando enim quis non vindicatur, et relinquitur impunitus, frequenter me dixisse memini id quod in duodecim Prophetis scriptum est: Et non visitabo super filias vestras, quando fornicantur, et super nurus vestras, quando adulterantur [Al. adulterant] (Osee IV). Non ergo, ut quidam existimant, Deus peccatores punit iratus; sed, si sic expedit loqui, magna ira est, a Deo tormenta non perpeti. Qui enim punitur, etiamsi ab ea quae vocatur ira Dei corripitur, ad hoc punitur, ut emendetur. Domine, ait David, ne in ira tua arguas me, neque in furore tuo corripas me (Psal. IX). Sed etiamsi argues, argue nos in judicio, et non in furore, dixit Jeremias. Invenies autem etiam ex repromissione Dei in quosdam correptionem dari. Ideo cum [Al. Cum in eo] peccantibus Christi filiis, poena promittitur, misericordia non denegatur [Al. ne misericordia denegetur], ut scriptum est: Si dereliquerint filii ejus legem meam, et in judiciis meis non ambulaverint; si justitias meas profanaverint, et mandata mea non custodierint, visitabo in virga facinora eorum, et in flagellis iniquitates eorum, misericordiam autem meam non dispergam ab eis (Ps. LXXXVIII). Ista considerans, vide quomodo necdum poena dignus sit, qui usque ad praesens tempus committit scelera, nec punitur. Visitatio quippe Dei per visitati tormenta monstratur; qui autem peccans corripitur, nescio quid ei excurrat pro [Al. ex] poena. Haec propter hoc quod dictum est, Quia tempus vindictae ejus a Domino est. Sequitur: Retributionem ipse retribuet ei. Non per ministros retribuet Babyloni Deus, sed ipse retribuet, quod meretur. Volo quiddam dicere in additamento pronominis in eo, quod scribitur, ipse; ait enim: Retributionem ipse retribuet ei. Non omnibus Deus ipse retribuet quod merentur, sed sunt quidam, quibus per alios restituit, sive puniens, sive medicans per dolorem, ut in Psalmis continetur: Misit in eos iram indignationis suae, furorem, et iram, et angustiam, immissionem per angelos pessimos (Psal. LXXVII). His enim non ipse restituit, sed ad retributionem illorum ministris usus est angelis pessimis: et aliis forsitan non per malos reddit, sed per bonos, ut in eis, qui pro sceleribus puniuntur. Multaque istiusmodi, si Scripturas scruteris, invenies. Est autem quando, ministrorum officio refutato, retributionem Deus ipse restituit, ut nunc Babyloni. Timeo quiddam obscuri in loco manifesto interponere, quod mihi videtur latere si taceam. Verumtamen audendum est saltem pauca perstringere. Quando sunt vulnera facilia, et prompta curatio [Al. curationi], medicus mittit servum suum, mittit discipulum, ut [Al. et] per eum languentem medicetur [Al. medicatur]: neque enim magna sunt vulnera. Evenit quoque aliquoties, ut sectionis et ferri indigeat, qui sanatur: attamen non ipse medicus pergit ad eum; sed eligens unum ex discipulis, qui curare valeat, eo utitur ministro. Quando

vero insanabiles plagae sunt, ut, et emortua carne, putredo contabuerit, et intantum mala valetudo est, ut non servi, vel discipuli, qui jam prope eum per scientiam artis accesserunt [Al. accessit], sed ipsius magistri manibus indigeat, tunc ipse magnus medicus praecinctus lumbos, ad sectionem teterrimi vulneris concitatur. Similiter itaque quando sunt minora peccata, non restituit Deus ipse peccantibus, sed aliis utitur ministris. Quando vero per merita sua ingens hominem aegritudo comprehendit, ut nunc Babylonem, quae gravibus propriae malitiae est confossa vulneribus: tunc ad retributionem Deus ipse festinat. Similia quaedam huic si requiris invenies et de Jerusalem, quae ei acciderunt post prophetas, ob id, quia insidiata sit Christo. Sic finita est primi capituli continentia. Videamus et caetera: Calix aureus Babylon in manu Dei [Al. Domini] inebrians omnem terram. De vino ejus biberunt gentes [Al. omnes gentes], propter hoc commotae sunt gentes, et subito cecidit Babylon, et contrita est. Nabuchodonosor volens decipere homines, per calicem Babylonis dolosum, non miscuit in vase fictili, quod parabat potari, sed neque in paulo meliore, et aereo vase, vel stanneo, et quod ista praecellit argenteo: verum eligens vas aureum, in eo poculum temperavit, ut quis videns decorem auri, dum radiantis metalli pulchritudine delectatur, et totus oculis haeret in specie, non consideret quid intrinsecus latitet, et accipiens calicem, bibat nesciens calicem Nabuchodonosor. Intelliges autem calicem aureum in praesenti nominatum, si animadvertas pessimorum dogmatum verba mortifera qualem habeant compositionem sermonum, qualem decorem eloquentiae, qualem rerum divisionem: et cognosces quomodo unusquisque poetarum, qui putantur apud vos disertissimi, calicem aureum temperaverit, et in calicem aureum venenum injecerit idololatriae, et venenum turpiloquii, venenum eorum, quae animam hominis interimunt dogmatum, venenum falsi nominis scientiae. Sed meus Jesus contra fecit, sciens aureum calicem Zabuli, et praecavens ne aliquis ad fidem suam veniens, suspicaretur etiam Christi talem esse calicem, qualem esse requirat, et per similitudinem materiae formidaret errorem: ideo curavit ut haberemus thesaurum istum in vasis fictilibus. Saepe vidi aureum calicem in pulchro sermonis ornatu, et dogmatum venena considerans, deprehendi calicem Babylonis. Calix aureus Babylon in manu Dei. Non semper calix aureus Babylon. Cum autem venerit ad vindictam, et in manu Dei posita fuerit, tunc efficitur terra, quae quondam tacta est in Jubath. [Al. Job]. Neque vero jugiter in manu Dei continetur, sed ultionis tantum tempore, cum coeperit Dominus ei restituere quod meretur: tunc in manu ejus inebrians omnem terram iste calix aureus Babylon inebriabit. Quomodo autem universam terram inebriabit [Al. inebriaverit]; facile scies, si consideraveris omnes homines ebrios. Inebriamur ira, inebriamur tristitia, inebriamur mente, excedimus amore, concupiscentiis et vana gloria. Quanta pocula temperaverit, quot inebriantes porrexerit calices calix iste, quid necesse est dicere? Calix aureus, Babylon, inebrians omnem terram. Animadvertite omnem terram plenam esse peccatis, et non quaeres quomodo Babylon omnem terram inebriaverit. Sed si forte videris justum, ebrium non esse de calice peccatorum, noli putare Scripturam esse mentitam, quae dixerit: inebrians omnem terram, cum iste non inebrietur a Babylone, et tamen consistat in terra. Audi quia justus non sit terra [Al. in terra]: Omnem terram inebriat calix iste aureus. Justus vero cum sit super terram, conversationem in coelis habet. Et propter hoc non convenit ulterius justo dici: Terra es, et in terram ibis (Gen. III). Sed si necesse est audenter loqui, dicit justo Deus adhuc consistenti super terram: Coelum es, et in coelum ibis. Portat enim imaginem coelestis. Igitur ut concludam, calix aureus inebriat omnem terram, id est, omnes ab eo inebriamur quamdiu terra sumus. De [Al. a] vino ejus biberunt gentes, propter hoc commotae sunt. Sicut in his, qui bibunt istum, qui in usu est, vini liquorem, si super sitim, et super mensuram biberint, videmus ebrii corporis motum, vacillantes pedes, caput ac tempora praegravata, os dissolutum, linguam significantem sermones ebrii, et haerentibus labiis verba praecisa: similiter est videre eos, qui de calice aureo biberint Babylonis, quomodo moveantur, quomodo instabiles gressu sint, quomodo debilitata mente, et fluctuante cogitatu [Al. conatu] nihil firme [Al. firmi] teneant, sed semper in turbationibus

agantur incerti. Quamobrem Scriptura divina de istius modi hominibus in alio loco ita ait: Propterea commoti sunt. Interponamus aliquid mysterii, quid de peccatore dicatur Cain. Cum egressus est a facie Dei, habitavit in terra Naid, contra Edem (Gen. IV). Naid in Graeca lingua interpretatur commotio. Qui enim derelinquit Deum, qui deserit sensum de eo jugiter cogitandi, iste in terra Naid hodieque habitat, id est, in tribulatione mali cordis, et mentis commotione consistit. Biberunt gentes, propterea commotae sunt, et subito cecidit Babylon, et contrita est (Luc. XVII). Quando dicit repente cecidit Babylon, videtur mihi prophetizare consummationem mundi subito futuram. Quomodo [Al. quando] enim diebus diluvii comedebant, et bibebant, emebant, et vendebant, plantabant, et aedificabant, donec venit [Al. veniret] diluvium, et tulit omnes, et subito venit inundatio: similiter autem, et in diebus Loth, sic et consummatio mundi non per partes fiet, sed repente. Huic conferendum existimato [Al. aestimo], id quod scriptum est in Jesu Nave (Josue VII), quando a voce sola tubae, Jerico civitas corruens subito disperiit: et juxta hanc similitudinem Babylonem quoque in consummatione saeculi casuram esse, et subito conterendam, et haec quidem de consummatione dicta sunt. Si vero veneris ad adventum Domini mei Jesu Christi, et videris ejus magnum opus, quomodo subverterit omnia gentium de idolis dogmata, ut credentes de erroris eximeret jugo, intelliges quia in tempore passionis ejus Babylon extemplo corruit et contrita est. Unusquisque nostrum consideret seipsum, et animadvertat Babylonem in suo pectore corruisse.

Si, sin embargo, en el corazón de alguien no ha caído la ciudad de la confusión, a esa persona Cristo aún no ha llegado. Pues cuando Él viene, Babilonia suele caer. Por eso, refugiándose en los auxilios de las oraciones, pidan que Jesús venga a sus corazones, y destruya Babilonia, y haga caer toda su maldad, y reconstruya por aquellas cosas que han sido derribadas, y por Babilonia, que antes había sido edificada, en el mismo centro de sus corazones, Jerusalén, la ciudad santa de Dios. Lloren por ella, y reciban la resina de su corrección, para ver si de alguna manera se sanará. Lloren, dice, por Babilonia. Luego, porque toda alma puede recibir la salvación, y ninguna es incurable ante Dios, por eso da consejo a aquellos que pueden trasladarse a Jerusalén para tener el testimonio de la resina para hacer emplastos, para que tomen medicinas, y con todo el esfuerzo que puedan, restauren a Babilonia a la salud. Intentemos también nosotros hacer esto, suplicando a Dios, para que de nosotros obtengamos la resina razonable, y de la resina razonable aprendamos a aplicar el unguento, y el aceite, y las vendas, y al aplicarlas, vendemos las heridas de Babilonia, imitando al Samaritano, para que la miserable ciudad sea sanada, y curada deje de ser lo que fue. Esto es lo que dice, recibir la resina de su corrección para ver si de alguna manera se sanará. ¿Dónde están los herejes? ¿Dónde están aquellos que introduciendo ciertas naturalezas, afirman que hay una naturaleza desesperada, que en absoluto no recibe la salvación? Si hay una naturaleza que perece, ¿cuál otra será tal como Babilonia? Sin embargo, ni siquiera a esta desprecia Dios. Pues Dios ordena a los médicos que tomen resina sobre Babilonia, para ver si de alguna manera se sanará. Algunos, por lo tanto, de aquellos que habían recibido el mandato, tomando la resina para la corrección de Babilonia, para ver si de alguna manera se sanará, hicieron lo que se les había ordenado, encontraron la resina para su corrección, escuchando que era posible que Babilonia recibiera la salud. Y porque lo que pensaron no lograron, pues Babilonia, perseverando en su antigua maldad, no quiso ser curada, los buenos médicos se satisfacen, y dicen: Curamos a Babilonia, y no fue sanada. Dejémosla. Pero ten cuidado, hombre, no sea que alguna vez Dios ordene a los ángeles que preparen emplastos de medicinas para la enfermedad de tu alma, para ver si de alguna manera puedes ser sanado de la enfermedad, y los ángeles respondan: Curamos a Babilonia, mostrando esa alma tuya confundida por las pasiones, y no fue sanada. No culpan la ciencia de su arte, ni la fuerza de

la resina; sino a ti, que no quisiste obedecer sus preceptos, diciendo: Curamos a Babilonia, y no fue sanada. Dejémosla. Los médicos se mantuvieron bajo el gran médico, los ángeles de Dios, queriendo curar nuestras debilidades, queriendo liberar el alma de los vicios, pero nosotros mismos los rechazamos, mientras no accedemos a sus consejos. Ven que pierden su esfuerzo, cuando hablan entre sí, y dicen: Dejémosla, y vayamos cada uno a su tierra. Esto es, se nos confió por Dios la medicina para curar el alma humana: aplicamos la ayuda, impusimos la medicina: es muy obstinada, no quiere observar lo que decimos, nuestro esfuerzo no sigue el efecto. Dejémosla, y vayamos cada uno a su tierra, es decir, a su lugar doméstico y propio. Ten cuidado, hombre, no sea que alguna vez te deje el médico, ya sea el Ángel de Dios, o cualquier hombre, a quien se le confió el cuidado de las palabras para llevar la medicina de la salvación. Pues si te abandonan y dicen: Vayamos cada uno a su tierra, porque su juicio se ha acercado al cielo, es evidente que su partida es tu condena, como irremediable, y que no quiere ser curado. Pero cuando te hayan abandonado, ¿qué otra cosa te sucederá sino lo que suele suceder a aquellos que son desesperados por los médicos, usando la voluntad de su enfermedad, para que se hundan en peores cosas? Suceden cosas similares a estas en la costumbre de esta vida por médicos prudentes. Se acerca alguno de ellos al enfermo, tanto como el arte lo permite, y la industria de la medicina no cesa: pero si la enfermedad es tan grande que se opone a la curación, o el mismo enfermo, por la impaciencia del dolor, actúa en contra de lo que se le ordena, el médico lo deja, desesperando de tal hombre, y se retira para no ser acusado de su muerte al expirar en sus manos. Por lo tanto, si también nosotros, para no morir en las manos de los santos ángeles, que han sido enviados por el Señor para curarnos, nos dejan desesperando de nuestra alma, y dicen: No hay unguento que aplicar, ni aceite, ni vendas, porque su juicio se ha acercado al cielo. Y ha sido elevado hasta las estrellas. Quien tiene un pequeño pecado, no lleva su juicio hasta el cielo y las estrellas. Pues es pequeño y humilde. Pero quien crece en el crimen, crece también en el juicio, y junto con los vicios aumenta también el castigo: y porque delinque tanto, que su juicio se eleva hasta los cielos, y por su impiedad resistiendo a Dios asciende a lo alto, Dios pronuncia su juicio en humillación de su juicio, que está oculto al pecador, y al pronunciar su juicio, humilla al pecador, pero retribuye al justo lo digno de su vida en Cristo Jesús nuestro Señor, a quien es la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA TERCERA. Sobre lo que está escrito: Y el martillo de toda la tierra ha sido quebrantado (Jeremías 50, 23).

769 ¿Cómo, dice, ha sido roto y quebrantado el martillo de toda la tierra? ¿Cómo se ha convertido Babilonia en exterminio? Debemos preguntarnos quién es este martillo de toda la tierra y cuál es su quebrantamiento: de ahí que el profeta diga que fue roto antes de ser quebrantado, para que, reuniendo lo que se ha escrito en alguna parte sobre el martillo, cuando encontremos su nombre, investiguemos también el significado del nombre a partir de los ejemplos que aportamos. La casa de Dios se construía 770 según el tercer libro de los Reyes (III Reg. VI), y Salomón era quien la construía y edificaba. En todas partes se dice, como en alabanza, de la casa de Dios, que el martillo y el hacha no se escucharon en la casa de Dios. Por lo tanto, así como el martillo no se escucha en la casa de Dios, ya que la casa de Dios es la Iglesia, el martillo no se escucha en la Iglesia. ¿Quién es este martillo que, en cuanto depende de él, quiere impedir que las piedras de la edificación del templo se unan a sus cimientos? Mira ahora 771 a Zabulón, si no es él el martillo de toda la tierra. Sin embargo, yo proclamaré con confianza que hay alguien que no se preocupa mucho por el martillo de toda la tierra. Y dado que se ha tomado un ejemplo del martillo sensible, busco una materia más fuerte que el martillo, que no sufra nada al ser golpeada por él. Buscando esto, encontré [Al. se encuentra] en lo que está escrito: He aquí un hombre de pie sobre

muros de diamante, y en su mano un diamante. La historia relata sobre el diamante que es más fuerte que cualquier martillo que lo golpee, permaneciendo incontrito e invencible [Al. perseverante]. Aunque el martillo Zabalón esté encima, y el dragón, que es como un yunque indomable, esté debajo, sin embargo, nada sufre el diamante que está en la mano de Dios y en su presencia. Por lo tanto, hay dos cosas contrarias a este diamante: el martillo y el yunque improductivo. Ya hay un proverbio popular entre las naciones, que dice de aquellos que están oprimidos por ansiedades y grandes males: Están entre el martillo y el yunque. Pero tú refieres esto a Zabalón y al dragón, que siempre en las Escrituras se distinguen con estos nombres por la variedad de causas: y dices que el santo, que es como un muro de diamante o un diamante en la mano del Señor, no se preocupa ni por el martillo ni por el yunque; sino que cuanto más es golpeado, más resplandece su virtud. Dicen que aquellos que comercian con piedras, cuando quieren probar un diamante, sin saber si es un diamante o no, mientras no encuentren el martillo y el yunque: entonces se persuade de que es un verdadero diamante, si la piedra indomable, si [Elimina el otro si] entre el yunque y el martillo persevera, si al golpear el martillo desde arriba, y con el yunque debajo, la naturaleza más dura de las piedras se compacta. Tal es el hombre antes de las tentaciones, desconocido por aquellos que no saben probar las piedras, ignorado. Sin embargo, solo Dios conoce con certeza la naturaleza de las piedras de diamante, desconocida para muchos. Yo mismo aún no sé si, cuando venga el martillo y me golpee, seré roto y quebrantado, convencido de que no soy un diamante, o si ciertamente me mostraré como un verdadero diamante, si, ante las persecuciones, peligros, tentaciones, soy tan quebrantado por los golpes del martillo 772 como probado. Y tú mismo recorres las Escrituras, y busca si puedes encontrar alguna pista, bien prometida por Dios, para que el martillo golpee lo que debe ser golpeado. Por ejemplo (pues se toman ejemplos para la comprensión de lo más oscuro), si no hubiera martillo, no habría trompeta producida, que según la Ley suene en las solemnidades de Dios, que con su clamor enciende los ánimos de los oyentes para la guerra. Es necesario el martillo para que se haga una trompeta producida. Este martillo cooperó mucho con la trompeta producida Pablo, para que a través de varias pruebas lo produjera y aprobara, porque podía ser golpeado sin daño, y asumir la figura de una trompeta de gran sonido, no dando un sonido incierto a los oyentes, para que se preparen para la guerra de la milicia. Y dado que se encuentra una fortaleza contraria al martillo, y el dragón es un yunque productivo, siempre en las Escrituras, tomando un nombre compuesto con el martillo o cualquier otra materia, insistiré en el discurso: Caín engendró hijos, y de Caín nació el herrero del bronce y del hierro. Por lo tanto, así como Zabalón, que es el operador de todas las tentaciones, se llama martillo: así quien ministra, es el martillador, hijo de Caín. Pues cada vez que caigas en tentación, sabe que el martillo es Zabalón, y el martillador es aquel por quien Zabalón te persigue. Como en la traición del Salvador, el martillo fue Zabalón, el martillador fue Judas. Y había muchos martilladores en aquel tiempo en que el Señor sufrió, clamando: quita de la tierra a tal: crucificalo, crucificalo. Todo está lleno de martilladores. Pues todos los que en su acción miran a Zabalón, y le sirven para probar al justo y condenar al injusto, todos son martilladores. Por eso, si ayer eras martillador, y tenías el martillo en la mano, ahora aprendiendo que los martilladores descienden de Caín el fraticida, arroja el martillo de tu mano, y transmígrate a la generación de los martilladores, que es espiritual, como Enós y los demás, que son exaltados en las alabanzas de las Escrituras. Sin embargo, el fin es la ruptura y el quebrantamiento. Es necesario saber que ahora el martillo Zabalón es profetizado, no el martillo de alguna parte de la tierra, sino de toda la tierra, porque su malicia está dispersa en toda la tierra, y en todas partes 773 este martillo obra el mal. Pero también debe decirse que Zabalón es el martillo de toda la tierra, no el martillo del cielo. Pues el martillo no conviene a una sustancia más tenue, sino a una más gruesa. Si portas la imagen del terrenal, el martillo te golpea, porque eres terrenal; si pecas, eres tierra, y a la tierra irás, experimentarás el martillo de toda la tierra

operando en ti. Según este entendimiento, también debe notarse que el martillo de toda la tierra, porque ejerce su poder contra todas las cosas terrenales, es Zabalón: pero también puede entenderse un martillo menor, que no es el martillo de toda la tierra, sino de esa, por así decirlo, y de esa parte de la tierra. Y si alguna fortaleza contraria me resiste, y lucha conmigo, no pudiendo enfrentarse a todos los hombres a la vez, como Zabalón: entonces es un martillo en mí, pero no el martillo de toda la tierra; sino, por así decirlo, solo el martillo de mi tierra. Pero una vez roto y quebrantado el martillo de toda la tierra, ¿qué necesidad hay de pensar en el martillo de las partes de la tierra? Al mismo tiempo, considero digno de admiración que el martillo de toda la tierra haya sido quebrantado. Pues, ¿qué gran cosa sería si el martillo de las partes de la tierra hubiera sido roto y quebrantado? Pero verdaderamente ahora es admirable que el martillo de toda la tierra haya sido roto y quebrantado. Después de esto, pregunto quién es este que ha roto y quebrantado el martillo de toda la tierra: y diré que Moisés no pudo romper y quebrantar el martillo de toda la tierra, ni antes de él Abraham, ni después de él Josué, ni ningún otro de los profetas. ¿Quién, entonces, pudo romper y quebrantar tal y tan grande martillo de toda la tierra? ¿Quién es este? Jesucristo rompió y quebrantó el martillo de toda la tierra. Y ahora, admirando esto en el Espíritu Santo, el profeta dice: ¿Cómo ha sido roto y quebrantado el martillo de toda la tierra? Primero fue roto, luego quebrantado. Y dado que he encontrado que el Salvador es quien rompió y quebrantó el martillo de toda la tierra, iré al Evangelio, para ver la primera tentación, cuando Zabalón le dijo: 774 Todo esto te daré, si postrándote me adoras, y lo demás: y diré que en ese tiempo Jesús no quebrantó [Al. quebrantó] el martillo de toda la tierra, sino que solo lo rompió. Pero cuando se apartó [Al. se retiró] de él hasta un tiempo, y después vino el tiempo, entonces fue quebrantado, no solo roto como al principio, el martillo de toda la tierra. Y porque fue quebrantado, quien antes había sido roto, el martillo de toda la tierra, por eso por cada uno de nosotros es roto cuando somos introducidos en la Iglesia, y avanzamos en [Al. en] la fe. Pero es quebrantado y desmenuzado cuando llegamos al progreso. Si dudas que Zabalón sea quebrantado cuando nosotros llegamos al progreso, escucha al Apóstol bendiciendo con una bendición al justo, y diciendo: Pero Dios quebrantará a Satanás bajo vuestros pies rápidamente (Rom. XVI). Este martillo es animal, tal vez ahora se enfurece contra nosotros, y busca porque revelamos estas cosas sobre él, y es quebrantado por nosotros (pues no solo es roto, sino también quebrantado por nosotros), para rompernos y quebrantarnos en cambio. Y a muchos ciertamente ha quebrantado aquellos que no se cuidan a sí mismos, ni han guardado su corazón con vigilancia. Pero nosotros, confiando en Dios, creyendo en Cristo de Dios, no temamos a Zabalón. El temor de Dios nos hace no temer a Zabalón, y no sufrir nada de él, sino también decir no solo en general, sino también de nosotros mismos: ¿Cómo ha sido roto y quebrantado el martillo de toda la tierra? Pero una vez roto y desmenuzado, Babilonia se convierte en exterminio: ni antes se disipa la ciudad de la confusión, hasta que el martillo de toda la tierra sea roto y quebrantado. Por lo tanto, el profeta usó maravillosamente y con un orden claro diciendo: ¿Cómo ha sido roto y quebrantado el martillo de toda la tierra? ¿Cómo se ha convertido en exterminio Babilonia? Lo que primero se hizo, primero lo narró: lo que en segundo lugar expuso consecuentemente. Y esto debe observarse en cada uno de los discursos de las Escrituras. Entonces, ¿cuándo se convierte en exterminio Babilonia? Cuando todas las confusiones son exterminadas de mi alma, y ya no me confunde la muerte del hijo, o el fallecimiento de la esposa: cuando no hay quien me irrite, y me provoque a la tristeza, a la ira, a la concupiscencia, 775 al placer, cuando permanezco sin confusión, asumiendo la razón, que me confirma y me fortalece, entonces me sucede lo que se ha dicho: Babilonia se ha convertido en exterminio, esto es, toda confusión. Estas cosas suceden, es decir, romperse y quebrantarse el martillo de toda la tierra, y demoler Babilonia, cuando las naciones se superponen al martillo y a Babilonia. Pues está escrito: En las naciones se te superpondrán, esto es, aquellos que son de las naciones se

te superpondrán, oh Babilonia, se te superpondrán, oh martillo, para que seas roto y quebrantado. ¿Cuándo sucedieron estas cosas? En la venida de mi Señor Jesucristo, cuando el Evangelio fue predicado a todas las naciones, entonces el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo se superpusieron a Babilonia, y al martillo de toda la tierra, y se cumplió lo que está escrito: En las naciones se te superpondrán, y serás capturada, Babilonia, y no lo conocerás. Ojalá Babilonia fuera capturada por cada uno de nosotros. De lo anterior se puede entender la cautividad de Babilonia, cuando capturada es socavada, subvertida, desolada, que no quede nada de confusión en nosotros. Y serás capturada, Babilonia, y no lo conocerás; has sido encontrada, y capturada, porque te resististe al Señor. ¿Acaso solo Babilonia se resistió al Señor, y no más bien todas las naciones, mientras, abandonando al creador, veneraban ídolos; se resistieron al Señor? ¿O dice figuradamente que toda alma contraria a Jerusalén, es decir, a la visión de la paz, es Babilonia? Por lo tanto, los Santos estaban en Jerusalén, los pecadores en Babilonia. Si los habitantes de Jerusalén pecaban, eran enviados a Babilonia, y así se convertían al arrepentimiento estando en Babilonia. Los Santos, en cambio, regresaban a Jerusalén. Por lo tanto, Babilonia es capturada, y no lo conoce. Pues Babilonia no se somete a la ley, ni puede ser encontrada Babilonia sin ser capturada; pero por eso fue capturada cuando fue encontrada, porque se resistió al Señor. Luego, el comienzo de otro capítulo. El Señor abrió su tesoro, y sacó los vasos de su ira, porque la obra del Señor de los ejércitos está en la tierra de los caldeos. Porque han llegado sus tiempos para abrir sus almacenes, escudriñadla como una cueva, y destruidla, para que no queden sus reliquias. Secad todos sus frutos, y descienda a la matanza. ¡Ay de ellos, porque ha llegado su día, el tiempo de su venganza (Jer. L). Queriendo entender lo que se ha dicho: El Señor abrió su tesoro, y sacó 776 los vasos de su ira, busco en otra Escritura los vasos de la ira de Dios, y encuentro para una comparación más completa de esta Escritura la Escritura Apostólica, y allí encuentro al Apóstol sometiéndome qué son los vasos de la ira de Dios. Pues dice: Si Dios, queriendo mostrar su ira, y dar a conocer su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción, para mostrar las riquezas de su gloria en los vasos de misericordia, que preparó para gloria, a los cuales también llamó no solo de los judíos, sino también de los gentiles (Rom. IX). El Apóstol dividió a todos los hombres en dos partes, diciendo que algunos son vasos de misericordia, y otros vasos de ira. Por ejemplo, al Faraón y a los egipcios los llama vasos de ira: nuevamente, a sí mismo, que fue el primero en recibir misericordia, y a aquellos que en el tiempo creyeron de los judíos y gentiles, los llamó vasos de misericordia.

En el tesoro de Dios, por tanto, hay vasos de ira. Pues está escrito: "El Señor abrió su tesoro y sacó sus vasos de ira". ¿Qué es este tesoro del Señor en el que se encuentran los vasos de ira? Alguien podría preguntar si en el tesoro del Señor solo hay vasos de ira, y si el tesoro de Dios, que es el tesoro de todos, no tiene vasos de misericordia, o si se debe entender algo diferente del tesoro de Dios, de donde se sacan sus vasos de ira. Confiando, diré que el tesoro del Señor es su Iglesia, y en este tesoro, es decir, la Iglesia, a menudo se esconden personas que son vasos de ira. Vendrá el tiempo, por tanto, cuando el Señor abra el tesoro de la Iglesia: pues ahora la Iglesia está cerrada, y los vasos de ira habitan con los vasos de misericordia, y la paja está con el trigo, y los peces que deben ser perdidos y arrojados están contenidos con los buenos peces que cayeron en las redes. Cuando lo abra en el tiempo del juicio y saque de allí sus vasos de ira, tal vez diga aquel que es un vaso de misericordia sobre los vasos de ira que salen: "Salieron de nosotros, pues no eran de nosotros. Porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros. Pero salieron de nosotros para que se mostrara que no todos eran de nosotros" (1 Juan 2, 19).

El discurso desea irrumpir en otra cosa: lo que nos atrevemos a decir es de esta naturaleza. En el tesoro de Dios hay vasos de ira, fuera del tesoro los vasos pecadores no son vasos de ira, sino que son menores que los vasos de ira. Pues son siervos que ignoran la voluntad de su Señor y no hacen su voluntad. Pero quien entra en la Iglesia, o es un vaso de ira o un vaso de misericordia. Quien está fuera de la Iglesia, no es ni vaso de misericordia ni de ira. Busco otro nombre para aquel que habita fuera de la Iglesia: y así como decido con confianza que no es un vaso de misericordia, de la misma manera, fortalecido por la verdad de la razón, abiertamente expreso la sentencia de que tampoco puede ser llamado vaso de ira, sino un vaso reservado para otra cosa. ¿Podré, entonces, aprobar con las Escrituras que no es un vaso de misericordia ni de ira, para que la segunda exposición nos intercale algo útil en este lugar presente, y que el discurso se atreva nuevamente a irrumpir en lo que ya hace tiempo intenta? Dice el Apóstol: "En una casa grande no solo hay vasos de oro y plata, sino también de madera y barro: unos para honra, otros para deshonra" (2 Tim. 2). Si, pues, alguno se purifica de estas cosas, será un vaso para honra, santificado, útil al Señor, preparado para toda buena obra. ¿Crees que la gran casa está presente, y en ella hay vasos para honra y otros para deshonra? ¿O en aquella casa futura, los vasos de oro y plata, que son para honra, se encontrarán siendo vasos de misericordia, mientras que los demás, es decir, los hombres mediocres que están fuera del tesoro, para que no sean vasos de ira ni de misericordia, podrán, según una cierta disposición profunda de Dios, ser vasos en la gran casa, que no están purificados, sino que son vasos de barro para deshonra, sin embargo, necesarios para la casa?

Mira, sin embargo, si quiero comprobar este mismo ejemplo con otro testimonio de la Escritura. Dice: "Jechonías fue deshonrado, como un vaso del que no hay utilidad" (Jer. 22). No dice que hay utilidad en él, pero que su utilidad es para deshonra: sino que, porque era de la casa de Dios y pecó, en absoluto no hay utilidad en él. Tengo también otra Escritura, en la que se dice de otro pecador: "Y será como un tiesto en el que sacarás un poco de agua, y en el que llevarás carbón". Y nuevamente afirma que no es necesario en absoluto, y que es un vaso inútil en todos los aspectos. ¿No es cierto, entonces, que nosotros, que estamos en esta casa de Dios, cuando el Señor comience a abrir su tesoro, comenzaremos a purificarnos, si solo fuéramos vasos de misericordia, arrojando de nosotros los vasos de ira? ¿O ciertamente ya es el comienzo, que debemos esforzarnos, no solo para no ser vasos de ira, sino para que aquellos que lo son sean arrojados de nosotros? Pues algo así es lo que el Apóstol Pablo dice a los Corintios: "Se oye entre vosotros fornicación, y tal fornicación que ni siquiera entre los gentiles, que uno tenga la mujer de su padre, y no más bien os habéis lamentado, para que sea quitado de en medio de vosotros el que hizo esta obra" (1 Cor. 5): como si dijera, al abrir el tesoro de Dios, que salgan sus vasos de ira. En efecto, el Señor abrió el tesoro y sacó sus vasos de ira.

He leído en algún lugar como si el Salvador dijera: y busco, ya sea que alguien haya figurado la persona del Salvador, o lo haya traído a la memoria, si es verdad lo que se ha dicho: "El Salvador le dijo: El que está cerca de mí, está cerca del fuego; el que está lejos de mí, está lejos del reino" (Marcos 7). Pues así como el que está cerca de mí, está cerca de la salvación, también está cerca del fuego. Y el que me escucha, y transgrede lo escuchado, se convierte en un vaso de ira, preparado para la perdición, cuando está cerca de mí, está cerca del fuego. Pero si alguien, cuidándose, porque el que está cerca de mí, está cerca del fuego, se aleja de mí, para no estar cerca del fuego, tal persona estará lejos también del reino. Y como el atleta que no está inscrito en la competición, ni teme los azotes, ni espera la corona, pero quien una vez ha profesado el nombre, si es vencido, es azotado y arrojado; si vence, es coronado: de la misma manera, quien ha entrado en la Iglesia, oh Catecúmeno, escucha; quien se ha acercado a la palabra de Dios, no es otra cosa que inscrito en la competición de la piedad, y si no

compite legítimamente, es azotado con azotes, con los que no son azotados aquellos que no fueron inscritos al principio. Pero si lucha valientemente para evitar los azotes y las deshonras, no solo será liberado de la injuria, sino que recibirá la corona incorruptible de gloria.

La obra del Señor de los ejércitos en la tierra de los caldeos. Según diversos entendimientos, el lugar terrenal se nombra de muchas maneras, y así como el Salvador tiene varios nombres con diferentes significados, aunque es uno en lo subyacente, variado en virtudes: así también, debido a la malicia del género humano, los asuntos terrenales, aunque son uno en lo subyacente, son múltiples en la diversidad del entendimiento. Lo que digo se hará más claro cuando, explicando el ejemplo que tomé del Salvador, trascienda a lo que está sujeto para explicarlo. Uno subyacente es mi Señor Jesús Salvador. Con este único subyacente, en otro entendimiento es médico, según lo que está escrito: "No necesitan médico los sanos, sino los enfermos" (Mateo 9; Lucas 5). En otro entendimiento, pastor, según lo que preside sobre los irracionales. En otro entendimiento, rey, según lo que gobierna sobre los racionales. En otro entendimiento, la vid verdadera, según lo que los hombres injertados en ella traen frutos abundantes, y cultivados por el padre agricultor, asumen la riqueza de la vid verdadera de la comunión de una raíz. Según otro entendimiento, sabiduría, según otro, verdad, según otro, justicia. Sin embargo, lo subyacente es uno. Así como en el Salvador, siendo uno lo subyacente, hay muchos entendimientos de sus diversos nombres: así también los asuntos terrenales, según lo subyacente, son uno, pero según el entendimiento, son múltiples.

Frecuentemente alegorizando, hemos dicho que Babilonia son los asuntos terrenales, que siempre están confundidos con la vid, Egipto de manera similar afligente. La tierra de los caldeos, por el hecho de que muchos de los que se llevan a cabo en la tierra se consagran a las estrellas, y afirman que las causas de nuestros pecados, o la virtud de lo que nos sucede, se hacen por sus movimientos, hemos dicho que son aquellos que se han dedicado a tales supersticiones. Por tanto, todo el que cree en esto, está en la tierra de los caldeos. Si alguno de vosotros sigue los delirios de los matemáticos, está en la tierra de los caldeos. Si alguien calcula el día del nacimiento, y creyendo en varios razonamientos de horas y momentos, acepta esta doctrina, que las estrellas, de tal manera y de tal manera figuradas, hacen a los hombres lujuriosos, adúlteros, castos, o ciertamente cualquiera de ellos, este está en la tierra de los caldeos. Ya algunos piensan que por los cursos de los astros se hacen cristianos. Todos los que pensáis así, todos los que creéis en estas palabras, estáis en la tierra de los caldeos. Amenazando, por tanto, Dios, a los que están en la tierra de los caldeos, amenaza espiritualmente a aquellos que se han consagrado a genealogías y destino, afirmando que todo lo que se hace entre los mortales depende de los movimientos de los astros o de la necesidad del destino. Pero Dios, promoviendo a Abraham a cosas mejores, le dijo: "Yo soy el que te saco de la tierra de los caldeos" (Gén. 15). Pues Dios es poderoso para concedernos también a nosotros salir de la tierra de los caldeos, para que no creamos que hay otro aparte de Él, que dispensa todas las cosas y gobierna nuestra vida según la calidad de los méritos, moderando las diversas eventualidades. Pues ninguna estrella brillante, ni de Faetón, como dicen, ni la estrella de un catamito corrupto contiene la causa de nuestros asuntos. Y según un argumento, está en la tierra de los caldeos quien ha creído en los razonamientos mencionados; según otro, alguien sube a los techos y venera el ejército del cielo. Encontramos también en Jeremías mucha amenaza para aquellos que liban al ejército de Dios. La obra, por tanto, del Señor de los ejércitos en la tierra de los caldeos porque han llegado sus tiempos. Abran sus almacenes. Es manifiesto que es de la tierra de los caldeos. Pero los almacenes de los caldeos son las doctrinas de los nacimientos. Examinenla como una cueva y destrúyanla. Quien rechaza el cálculo de los nacimientos: quien usa la palabra de verdad contra ella: quien muestra que

nada de lo que dicen los matemáticos es verdad: quien enseña los juicios inescrutables de Dios, y que no pueden ser comprendidos por los hombres: quien afirma que las estrellas no son la causa de lo que sucede sobre la tierra, menos aún de lo que nos sucede a nosotros los cristianos, este ejecuta el mandato del Señor que dice: "Destruyela". Pero lo que sigue, "No queden restos de ella", debe ser investigado. Dice: "No corten nada de los caldeos, no reserven nada". Por eso ordena que no quede nada en ella. "Secad todos sus frutos". ¿Quién es tan afortunado que pueda secar todos los frutos de la tierra de los caldeos, y descendan a la matanza? ¡Ay de ellos, porque ha llegado su día, y es el tiempo de su venganza! Después de esto, nuevamente el contenido de otro capítulo: "Voz de los que huyen y se salvan de la tierra de Babilonia, para anunciar a nuestro Señor en Sion la venganza". Ahora profetiza sobre aquellos que, dejando las costumbres patrias y las leyes de las naciones, y la incredulidad de los antiguos, vienen a la palabra de Dios. Pues algo así se significa en lo que dice: "Voz de los que huyen y se salvan de la tierra de Babilonia". Ojalá también vuestra voz, Catecúmenos, fuera la de los que huyen de Babilonia, huyendo de los vicios, huyendo de los pecados. Voz de los que huyen y se salvan. No basta con huir de la tierra de Babilonia, sino también salvarse de la tierra de Babilonia para anunciar en Sion la venganza a nuestro Señor Dios, para que huyendo de la tierra de Babilonia vengáis a Sion, la Iglesia de Dios como atalaya. Para anunciar en Sion, es decir, la Iglesia, la venganza de nuestro Señor Dios. Anunciad la venganza de su pueblo en Babilonia a muchos, a todo el que tensa el arco. Significativamente se ha puesto "a muchos"; pues muchos son los que están en Babilonia, pero en Jerusalén son pocos. Pues no porque, dice, os amó el Señor vuestro Dios, porque erais muchos, vosotros sois pocos de entre todas las naciones. Y bien se ha dicho a aquellos que eran de parte de Dios: "Sois pocos de entre todas las naciones". Entiende además esto: "Pocos son los que se salvan". Pero también aquello: "Esforzaos por entrar por la puerta estrecha. En la ancha y espaciosa muchos caminan" (Mat. 7, 11). Anunciad en Babilonia a muchos, a todo el que tensa el arco. No quede de ella quien se salve: destruid, matad todo de Babilonia. Recientemente hablamos de los pequeños babilonios, de los hombres babilonios, de la semilla babilonia. No quede quien se salve de la semilla de Babilonia, devolvedle según sus obras, conforme a todo lo que hizo, y hacedle, porque resistió al Señor, y contra el Señor Dios Santo de Israel. Mientras tengas en ti pensamientos malvados que resisten a la piedad y a la verdadera fe, tienes en ti babilonios. Pero haz venganza, y mata a todos los pecadores de la tierra que está en ti, es decir, a todos los babilonios, para que puedas, purificado, pasar a Jerusalén, la ciudad de Dios en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA CUARTA. De lo que está escrito: "Clamó la perdiz, reunió lo que no parió, haciendo sus riquezas no con juicio. En medio de sus días lo abandonarán, y en sus últimos días será insensato". Jeremías 17, 11.

781 Trono de gloria exaltado desde el principio, lugar de nuestra santificación, sostén de Israel. Señor, todos los que te abandonaron, sean confundidos al partir, sean escritos sobre la tierra, porque abandonaron la fuente de vida, el Señor. Sáname, Señor, y seré sanado; sálvame, y seré salvo, porque mi gloria eres tú. He aquí que ellos me dicen: ¿Dónde está la palabra del Señor? Que venga. Yo, sin embargo, no me he fatigado siguiéndote, ni he deseado el día del hombre: tú lo sabes.

Llegamos a la famosa cuestión, a examinar qué es la perdiz de la que ahora habla la Escritura: Clamó la perdiz, reunió lo que no engendró, haciendo sus riquezas, no con juicio. En la mitad de sus días lo abandonarán, y en sus últimos será insensato (Jer. XVII, 12 ss.). Por la naturaleza del ave parece digno recordar cierta historia, para que conociendo al animal,

podamos saber si debemos referir la comprensión de la perdiz ahora mencionada a una parte buena o mala. Se dice que este animal es maligno, fraudulento, astuto, y engaña mucho a los cazadores. A menudo se revuelca ante los pies del cazador, y en medio de su intento, como si ya fuera a ser atrapado, se escapa. Promete su presa desde la cercanía: y hace esto para que el cazador no llegue rápidamente al nido de sus crías. Y cuando ya siente que sus polluelos han huido, entonces él mismo se aleja del enemigo engañado. Pero su malicia es superada por su impureza. No hay duda sobre lo que vamos a decir, que de aquellos que son criados mansamente en casas, la verdad lo aprueba: el macho se levanta contra el macho, olvida el sexo la lujuria precipitada, se lucha por el coito, y una es la palma del vencedor, haber mancillado al que venció. Si, por tanto, este animal es maligno, impuro, engañoso, parecerá impío referir su nombre a una mejor parte, y moderar su comprensión hacia nuestro Salvador Jesucristo. Más bien conviene añadir los males a Zabulón, y entender la lectura presente sobre el adversario: sí, sin embargo, la interpretación de todo el capítulo nos ha seguido.

Comencemos, pues, con lo que está escrito: Clamó la perdiz, reunió lo que no engendró. No reúne Zabulón sus propias criaturas, no recoge lo que él mismo engendró; sino que cuando clama, reuniendo criaturas ajenas, las hace suyas. Clamó la perdiz por Valentín, clamó por Basílides, por Marción, por todos los que fueron arrebatados por la codicia de una gloria ajena a Dios. Ninguno de ellos podía sonar la voz del Señor Jesús: Mis ovejas oyen mi voz (Juan X, 27). Pero la voz de Cristo estaba en Pablo, estaba en Pedro; por lo cual Pablo decía: ¿Buscáis una prueba de que Cristo habla en mí? (II Cor. XIII, 3). Pero la voz de la perdiz que reúne lo que no engendró, está en aquellos que impiden con el lazo de la facción herética a los simples fieles. Clamó, pues, la perdiz, reunió lo que no engendró, hacer sus delicias no con juicio, se hizo rico la perdiz. He aquí cuán grandes son sus miles, una inmensa multitud, muchos son los pueblos de cautivos, y hace sus riquezas, no pensando en el juicio, ni teniendo en el corazón la justicia, sino haciendo todo sin ley; con razón se le reprocha haber hecho riquezas no con juicio. Pero mi Jesús hace sus riquezas con juicio. Su opulencia ha sido examinada y elegida. En medio de sus días lo abandonarán (Jer. XVII, 11). Todos nosotros que alguna vez estuvimos bajo el poder de la perdiz que clama (pues clamó no solo por aquellos que mencionamos antes, sino por todos en general que, como llamando a la piedad y a la religión, clamaron bajo un dogma contrario a la verdad) nosotros, digo, todos en medio de sus días lo abandonamos. Y todos sus días son los días de este siglo; pero porque el Señor Jesús nos sacó de este siglo presente malvado, por eso en medio de sus días lo abandonamos. Y su último será insensato (Jer. XVII, 11). ¿Cuándo fue sabio, para que su último mercedamente sea insensato? Pero digamos que fue sabio: Pues la serpiente era más sabia que todas las bestias sobre la tierra, que hizo el Señor Dios (Gén. III, 1). Fue sabio según lo que está escrito: Traeré sobre el gran sentido al príncipe de los asirios. Dijo, además: Haré mi violencia, y con la sabiduría del entendimiento quitaré los límites de las naciones, y sus virtudes devoraré, y conmoveré las ciudades habitadas (Isaías X, 12, 13). Si alguien puede, entienda cómo su último será insensato. Este, de lo que fue sabio malamente (pues era más sabio que todas las bestias sobre la tierra) se hace al contrario, de lo que fue sabio, malamente insensato. Entenderás, en verdad, qué significa: Su último será insensato, si sabes cómo también a ti por el Apóstol se te ordena, que por tu salvación recibas la insensatez: Si alguno, dice, parece ser sabio entre vosotros en este siglo, hágase insensato (I Cor. III, 18). Resuelve quien antes clamó: sé insensato y necio, para que seas sabio. Si, por tanto, hay una cierta sabiduría culpable, según la cual los hijos de este siglo son más sabios que los hijos de la luz en esta generación, Dios es bueno que subvierte las cosas diversas con contrarios, para que se cumpla lo que está dicho: Su último será insensato. Cuando su último sea insensato, es necesario que Cristo reine, hasta que Dios ponga a todos sus enemigos bajo sus pies. Cuando le haya sometido todo, el último enemigo será destruido, la muerte; cuando la muerte haya

sido destruida, entonces serán los extremos de la perdiz, y su último será insensato. Esto sobre la perdiz.

El principio del capítulo, según esto, se ha leído: Trono de gloria exaltado desde el principio, lugar de nuestra santificación, sostén de Israel. Señor, todos los que te abandonaron, sean confundidos, partiendo, sean escritos sobre la tierra, porque abandonaron la fuente de vida, el Señor (Jerem. XVII, 13). Dijo Isaías (Cap. VI), el bienaventurado profeta viendo al Señor, y su reino: Vi al Señor de los ejércitos sentado sobre un trono alto y elevado. Y Jeremías vio cómo Dios reina, por lo cual glorificándolo dijo: Trono de gloria, exaltado desde el principio, lugar de nuestra santificación. Ya sea que quieras entender esto de Cristo, no pecarás, ya sea del Padre, no pensarás impiamente: pues es trono de gloria elevado, y desde el principio es Salvador. Trono de gloria es por lo cual su reino es elevado. Nuestra santificación es Cristo: Porque tanto el que santifica como los santificados, todos son de uno (Hebr. II, 11). Sostén de Israel. Así como él mismo es justicia, Cristo, él mismo es verdad, él mismo es santificación, de igual manera él mismo es también sostén. Y no hay nada justo sin Cristo, ni santo sin él, ni paciente, que no tenga en sí a Cristo: pues él es el sostén de Israel. Si, sin embargo, refieres esto al Padre, no entiendes impiamente. Señor, todos los que te abandonan, sean confundidos al partir (Jer. XVII, 13). Cada uno de nosotros cuando peca, por lo que peca, abandona a Cristo: pero al abandonar al Hijo, también abandona al Padre. El injusto está lejos de la justicia, el impuro de la santidad, el guerrero de la paz, y quien comienza a estar bajo el poder del enemigo, se hace ajeno a la redención, y quien está fuera de la sabiduría de Dios, abandona la sabiduría de Dios. Enseñándonos, por tanto, el profeta, qué será de todos los que abandonan al Señor, dice: Todos los que te abandonan, sean confundidos al partir, esto es, cuanto más abandonan, tanto más sean confundidos al partir. Sean escritos sobre la tierra. Todos los hombres son descritos, los santos en el cielo, los pecadores sobre la tierra. Jesús dice a los discípulos: Alegraos, porque vuestros nombres están escritos en los cielos (Luc. X, 1). Por tanto, es necesario alegrarse si alguien es tal, que su nombre sea escrito en los cielos. Y así como los nombres de los justos son inscritos en lo alto, así al contrario, los de aquellos que viven terrenalmente, que no pasan por la tierra de Edom, sino que poseen los campos de la tierra de Edom y las viñas, sus nombres son escritos como de aquellos que abandonan a Dios sobre la tierra. Sean confundidos al partir, sean escritos sobre la tierra. Pues con la medida con que midieron, se les medirá a ellos mismos (Mat. VII, 1). Cada uno es causa de que sea escrito sobre la tierra, si no busca las cosas celestiales en la tierra, si su alma siempre se agita con los negocios de este mundo, que parecen buenos al siglo. Pero si oyendo a Jesús hablando: No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y los gusanos destruyen, y donde los ladrones minan y roban, sino hacéos tesoros en el cielo (Mat. VI, 19): quien se haga tesoros en el cielo, él mismo es causa de que sea escrito en los cielos. Esto por lo que está escrito: Sean escritos sobre la tierra; y menciona la causa: Porque abandonaron la fuente de vida, el Señor (Jer. I, 13). Y al principio el profeta mismo dice en persona del Señor: Me abandonaron, la fuente de vida: y ahora: Porque abandonaron la fuente de vida, el Señor. Digamos, pues, también nosotros, si no queremos abandonar la fuente de vida, el Señor, con la voz de los discípulos más cercanos de Jesucristo, con la que hablaron al maestro, cuando les decía: ¿Acaso también vosotros queréis irros? ¿Qué diremos, pues? Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida (Juan VI, 68).

Así también se ha terminado la circunscripción del segundo capítulo. La siguiente oración es esta que contiene: Sáname, Señor, y seré sanado, sálvame, y seré salvo: porque mi gloria eres tú. He aquí que ellos me dicen: ¿Dónde está la palabra del Señor? Que venga. Yo, sin embargo, no me he fatigado siguiéndote y no he deseado el día del hombre, tú lo sabes (Jer. XVII, 10, 15, 16). Solo al médico que vino por los que están mal, diciendo: No necesitan

médico los sanos, sino los que están mal (Mat. IX, 1), debe decirse confiadamente por quien quiere que su alma enferma sea salvada: Sáname, Señor, y seré sanado. Pues aquella mujer en el Evangelio que fluía sangre, gastó toda su sustancia en médicos (Luc. VIII, 43), y no pudo ser sanada por ninguno de ellos: pues a ninguno de ellos era digno decir: Sáname, señor, y seré sanado, sino solo a aquel a quien basta tocar el borde de su manto, a quien yo solo diré: Sáname, Señor, y seré sanado. Entonces, en verdad, la medicina sigue a la salud, si Cristo se digna curar: Sálvame, y seré salvo. El caballo es falso para la salvación (Sal. XXXII, 17). Por eso le diré: Sálvame, y seré salvo. Y esto así me alegraré de decir, si renunciando a toda gloria secular podré decir también lo demás: Porque mi gloria eres tú: o cuando haya cumplido el mandato en el que se ordena: No se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el fuerte en su virtud, ni el rico en sus riquezas, sino en esto se gloríe el que se gloria, en entender y conocer que yo soy el Señor (Jer. IX, 23). Bienaventurado, por tanto, quien haya renunciado a toda gloria que está abajo, como sobre noble linaje, sobre belleza y bienes corporales, sobre riquezas y jactancia. Bienaventurado quien, despreciando la vana gloria, dice al Señor: Porque mi gloria eres tú. He aquí que ellos me dicen: ¿Dónde está la palabra del Señor? Que venga. Yo, sin embargo, no me he fatigado siguiéndote (Jer. XVII, 15, 16). Jesús te dijo: Toma tu cruz, y ven, sígueme (Mat. XVI, 16). Y: Quien no haya dejado padre o madre, y me haya seguido, no es digno de ser mi discípulo (Luc. XIV, 26). Si, por tanto, fueres tal, que siempre sigas a Cristo, cuanto más le sigas, tanto menos te fatigarás. Pues no habrá cansancio en Jacob, ni aparecerá dolor en Israel. Por eso dijo, para que no nos fatiguemos más, fatigándonos antes de comenzar a seguirle: Venid a mí, todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar (Mat. XI, 28). Si viniendo a Jesús fatigados, y le seguimos, entonces podremos decir: Yo, sin embargo, no me he fatigado siguiéndote, y no he deseado el día del hombre. Hay un cierto día del hombre: hay un cierto día del Señor, es decir, el día de la resurrección, que todo santo desea, no aquel del que está escrito: Ay de los que desean el día del hombre. Pues ese día es tinieblas, y no luz (Amós V, 18). ¿Quién es el que puede decir: Y no he deseado el día del hombre? La explicación de la palabra nos convence, porque deseamos el día del hombre. A menudo, en efecto, estando enfermos, cuando comenzamos a estar en el delirio de las fiebres, y a ser urgidos por el umbral de la muerte, a los hermanos que nos visitan levantamos las manos cansadas, rogándoles que intercedan por nosotros ante el Señor, y diciendo: Ruega por mí algún espacio de vida, ruega para que permanezca un poco más en esta luz. Recordando esto, no deseamos el santo día del Señor, sino el día del hombre. Por lo tanto, dejando el amor de la larga vida, y el deseo del día humano, busquemos ver aquel día, en el que seamos partícipes de esa bienaventuranza que está en Cristo, a quien sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA QUINTA. De lo que está escrito: El que hizo la tierra con su poder. (Jerem. X, 12.)

793 El profeta, al asumir de algún modo tres virtudes, fortaleza, sabiduría y prudencia, distribuye a cada una de ellas sus obras propias: a la fortaleza, la tierra; a la sabiduría, el orbe de la tierra; a la prudencia, el cielo. Escucha el orden de la Escritura: El Señor que hizo la tierra con su fortaleza, y erigió el orbe con su sabiduría y con su prudencia extendió el cielo. Y nosotros, por tanto, en nuestra tierra (pues se dijo a Adán: Eres tierra (Gén. III); tenemos la fortaleza necesaria de Dios, porque sin ella nos es imposible ejecutar lo que repugna a la carne. Pero cuando los miembros sobre la tierra hayan sido mortificados, entonces los espíritus obedecen a la voluntad. Según el apóstol, los hechos de la carne son mortificados por el espíritu (Col. III; Rom. VIII). El Señor, por tanto, que hizo la tierra con su fortaleza. Si vienes a esta tierra y consideras lo que está escrito en Job (Job XXVI, 7), según los ejemplares más corregidos, cómo la estableció sobre la nada, encuentras la fortaleza de Dios

sosteniendo el equilibrio de la tierra en medio del mundo. Pero vendré al orbe de la tierra, que en griego se llama οἰκουμένη, es decir, habitada. Sé que mi alma está habitada, sé que mi alma está desierta. Si no tiene al Hijo diciendo: Mi Padre y yo vendremos a él [ella] y haremos morada en él (Juan XIV, 23); si no tiene al Espíritu Santo, el alma está desierta. Pero está habitada cuando está llena de Dios, cuando tiene a Cristo y al Espíritu Santo. Sin embargo, estas cosas se dicen de manera diferente y variada en las Escrituras sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo morando en el alma del hombre. Pues David en el salmo de confesión pide tres espíritus; diciendo: Confírmame con un espíritu principal. 794 Renueva un espíritu recto en mis entrañas. No quites de mí tu espíritu santo (Sal. L). ¿Quiénes son estos tres espíritus? El Espíritu Principal es el Padre: el Espíritu Recto es Cristo: el Espíritu Santo es el Espíritu Santo. Hemos dicho esto para probar que el orbe de la tierra fue habitado en la sabiduría de quien lo fabricó. La sabiduría, en efecto, ayudará al justo que tiene poder sobre diez ciudades (Ecl. VII, 20). Pero quien rechaza la sabiduría y la disciplina es infeliz, y su esperanza es vana: y sus trabajos insensatos, y sus obras inútiles (Sab. III, 11), dice la Sabiduría, que lleva el título de Salomón. Por eso, en la medida de lo posible, esforcémonos en trabajar para que nuestra morada sea erigida por la sabiduría de Dios. Pues cayó y de lo alto descendió, viniendo nosotros a este lugar de miserias. Nuestra morada cayó después de que pecamos, actuamos inicualemente, injustamente, impiamente, y después de la ruina necesita ser erigida. Pero si no quieres ser llevado por esta sentencia, busquemos la ruina común de todo el orbe, para que después de su caída, Dios sea proclamado como quien lo erige. Cualquiera que esté en este orbe, antes de ser erigido, cayó. Pero si cayó, consecuentemente debía ser erigido: pues nadie se levanta sin haber caído. Pero si fue erigido, veamos qué ruina lo precedió. Todos caímos por el pecado en el orbe [en el orbe] de la tierra. Y el Señor que levanta a los caídos, nos elevó a nosotros que yacíamos (Sal. CXLIV). En Adán todos morimos: y así cayó el orbe de la tierra, y necesita ser erigido, para que en Cristo todos seamos vivificados. Por tanto, hemos dado un doble entendimiento del orbe: uno, cómo cada alma está habitada o desierta; otro, cómo todo el orbe 795 cayó al mismo tiempo. Y con su prudencia extendió el cielo. No por casualidad se asumió la sabiduría en la extensión del cielo [en la manifestación]; encontrarás también en los Proverbios dicho: El Señor con sabiduría fundó la tierra, preparó los cielos con prudencia (Prov. III, 19). Hay, por tanto, una prudencia de Dios, que no quiero que busques fuera de Cristo. Pues todo lo que es de Dios, es Cristo: él mismo es su sabiduría, él mismo es fortaleza, él mismo es santificación, él mismo es justicia, él mismo es santidad y redención, él mismo, para venir al presente, también es prudencia. Pero siendo uno en el sujeto, por la variedad de los sentidos se le llama con diferentes nombres. La sabiduría significa una cosa, la justicia otra. Pues cuando se dice sabiduría, se entiende esta disciplina de las cosas divinas y humanas; cuando justicia, se significa el distribuidor y juez de los méritos. Cuando se describe la santidad, es aquella virtud que hace santos a los que creen en Dios. Así, pues, para mí también su prudencia se entiende como la doctrina y demostración de las cosas buenas y malas, o neutras, y de este modo se dice ahora que extendió el cielo con prudencia. Pero cómo se extiende el cielo, extendiéndolo con prudencia: Escucha porque extendí las palabras, y no atendiste [no atendiste] (Prov. I, 24). Afirma, pues, que hay una cierta extensión de las palabras, de manera similar a como ahora se dice del cielo; según aquello que también está escrito en otro lugar: Quien extiende el cielo como una piel (Sal. CIII, 2). Pero nuestra alma, que antes estaba contraída, se extiende para que pueda ser capaz de la sabiduría de Dios. Pero para volver al propósito, dijimos que su prudencia hizo el cielo, y ahora afirmamos que aquellos que llevan al hombre celestial, son cielos. Pues si a los pecadores se les dice: Tierra sois, y a la tierra iréis, ¿por qué no se dice al justo cuyo es el reino de los cielos, Eres cielo, y al cielo irás? O si por el terreno se le dice a quien lleva la imagen del terreno, 796 es decir, terrenal; Tierra eres, y a la tierra irás (Gén. III, 10), ¿por qué no conviene decirle al que lleva

la imagen del celestial: Eres cielo, y al cielo irás? Pero cada uno de nosotros tiene hechos celestiales o terrenales: si son hechos terrenales, llevan a quien los atesora en la tierra, y no en el cielo, a la tierra que le es afín. Y nuevamente, estas cosas que se han hecho según la virtud, llevan a su atesorador a las regiones celestiales que le son cercanas. Y añadió: Sacando nubes desde el extremo de la tierra (Sal. CXXXIV, 7). Esta discusión también surgió recientemente en el Salmo, y dijimos cómo Dios sacó nubes desde el extremo de la tierra. Lo cual ahora nos vemos obligados a revisar, para que aquellos que escucharon recuerden plenamente lo que saben, y aquellos que no estuvieron presentes, o lo han olvidado, reconozcan el texto del discurso que entonces, según pudimos, expusimos. Dijimos que los santos son nubes. Pues lo que está escrito: Tu verdad hasta las nubes (Sal. XXXV, 6), no puede referirse a nubes inanimadas: sino que la verdad de Dios llega hasta aquellas nubes que escuchan el mandato del Señor, y saben a dónde llevar las lluvias, y de dónde suspenderlas. De estas nubes se dijo: Y mandaré a mis nubes que no lluevan sobre ella lluvia (Is. V, 6). Pues de aquellas que se dice que consisten en aire denso [densado], si no hubiera lluvia, Dios no mandó que no llovieran sobre la viña, o cualquier región, lluvia: sino que simplemente no aparecen, como leemos en el libro de los Reyes [III Reg. XVIII]: cuando en tiempo de sequía no apareció nube alguna, y después, según la profecía de Elías, se mostró la señal de la futura lluvia en la huella de un hombre, y así, después de la nube aglomerada, la lluvia descendió a la tierra. A estas nubes subsistentes [nebulosas] se les ordena retener la lluvia, cuando el alma es indigna de la lluvia celestial y se dice: Mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella lluvia. Así que [Así] cada uno de los santos es una nube. Moisés era una nube, y como nube hablaba: Atiende, cielo, y hablaré, y escuche la tierra las palabras de mi boca. Esperen [Espere] como lluvia mis palabras (Deut. XXXII). Si no hubiera sido nube, nunca habría dicho: Esperen como lluvia mis palabras, y desciendan como rocío mis dichos. Como nube decía: Como lluvias sobre la hierba, como escarcha [lluvia] sobre el heno, porque invoqué el nombre del Señor. De manera similar, Isaías hablaba como nube: Escucha, cielo, y presta oído, tierra, porque el Señor ha hablado (Is. I). Y porque él mismo era nube, y conocía otras nubes que profetizaban con él, por eso profetizando decía: Mandaré a mis nubes que no lluevan sobre ella lluvia. Pero si ya hemos aprendido quiénes son las nubes, veamos cómo Dios saca nubes desde el extremo de la tierra. Dice el Salvador: Quien quiera ser el primero entre vosotros, sea el último de todos (Mat. IX). Pablo cumplió este mandato, y fue el último en este mundo diciendo: Porque pienso que Dios nos ha mostrado a nosotros los apóstoles como los últimos, como condenados a muerte; porque hemos sido espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres (I Cor. IV). Si, por tanto, algún santo guardando el precepto del Salvador se ha hecho en esta vida el último, que sea nube; y el Señor saca nubes no de los primeros de la tierra, no de los cónsules, no de los líderes, no de los ricos: Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de los cielos (Mat. V). Ves cómo Dios saca nubes desde los extremos y las forma en nubes? Por eso, si queremos ser nubes, a las que llegue la verdad de Dios, hagámonos los últimos de todos, y tanto de corazón como de obra [de boca] digamos: Porque pienso que Dios nos ha mostrado a nosotros los apóstoles como los últimos. Que si no soy apóstol, sin embargo, me es lícito hacerme el último, para que sacando nubes Dios desde el extremo de la tierra, me saque a mí. Y relámpagos en lluvia hizo (Sal. CXXXIV, 7). Dicen los investigadores de causas naturales, que los relámpagos se generan por la colisión de las nubes, a la manera de piedras más duras, que cuando las golpeas entre sí, sale de ellas un fuego en medio; y así, con el relámpago al mismo tiempo, los truenos rugen; el trueno indicando el sonido de la conmoción, y el relámpago la claridad de la luz emitida. Si entendiste el ejemplo: considera ahora las nubes racionales. Moisés era una nube: Josué era una nube: si estos hablan entre sí, de sus palabras surgen relámpagos. Jeremías y Baruc eran nubes, conversen entre sí, y verás brillar los relámpagos. Tú mismo puedes encontrar en las Escrituras sagradas de esta manera 798 encuentros de los que se emite fuego. Pero para venir

al Nuevo Testamento, Pablo y Silvano, dos nubes, se reunieron, y he aquí que las Epístolas de ellos iluminan con su resplandor todo el mundo: Relámpagos en lluvia hizo, y sacó vientos de sus tesoros (Sal. CXXXIV, 7). ¿Acaso estos vientos que soplan sobre la tierra están en los tesoros de Dios, y no es manifiesta su naturaleza, cómo y de qué manera subsisten? Pero hay ciertos tesoros de vientos, tesoros de espíritus, Espíritu [tesoros] de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y piedad, espíritu de temor de Dios, fortaleza, y amor y caridad. Tú mismo puedes reunir de las Escrituras estos vientos, y encontrar los tesoros de estos espíritus. ¿Dónde están estos tesoros? ciertamente en quien están escondidos los tesoros de la ciencia: en Cristo tienen su sede. De allí surgen estos espíritus, para que uno sea sabio, otro fiel, otro erudito, y otro posea cualquier otro don de Dios. A unos, en efecto, por el espíritu se les da palabra de sabiduría, a otros palabra de ciencia según el mismo espíritu, a otros fe en el mismo espíritu (I Cor., XII). Sacó, por tanto, nubes desde el extremo de la tierra, y relámpagos en lluvia hizo, y sacó vientos de sus tesoros, y según la misericordia de Dios esperamos [pensamos] encontrarnos con estos tesoros. Y porque hay muchos tesoros, tal vez según el orden de los resucitados habrá también descanso en los tesoros de Dios. Lo que digo es de esta manera: La resurrección de los muertos será en ciertos órdenes. Pues dice el apóstol: Pero cada uno resucitará en su orden (I Cor., XV), y no se mezclan como se quiere los órdenes de los resucitados: habrá un orden en este y en aquel tesoro de Dios, y otro orden en otro y en otro tesoro de Dios. Todos estos tesoros tienen un 799 tesoro, en el que están escondidos los tesoros de la sabiduría y la ciencia (Col. II, 3). Y como poseo una perla única y preciosísima a través de muchas otras perlas: así vengo al tesoro de los tesoros, y al Señor de los señores, y al rey de los reyes, cuando sea digno de los espíritus que habitan en los tesoros de Dios. Pues sacó vientos de sus tesoros (Sal. XIII). Se ha vuelto insensato todo hombre por la ciencia (Jer. XX, 14). Si todo hombre se ha vuelto insensato por la ciencia, y Pablo es hombre, Pablo se ha vuelto insensato por la ciencia. En parte conocemos, y en parte profetizamos (I Cor. XIII). Insensato por la ciencia, viendo por espejo, viendo en enigma, viendo una pequeña porción, y si es conveniente decirlo así, reconociendo también la parte más pequeña de esa porción. Por el contrario, entenderás qué significa: Se ha vuelto insensato todo hombre por la ciencia. En comparación con los pecados de Jerusalén, el pecado de Sodoma es justicia. Pues ha sido justificada, dice, Sodoma por ti (Mat. X). Así como, por tanto, los pecados de Sodoma no tienen justicia por sí mismos, sino que se justifican en comparación con crímenes mayores: así, por el contrario, la ciencia de Pablo en comparación con aquella ciencia celestial, con aquel intelecto consumado de la razón [de la lectura] se considera insensatez. Por eso se ha vuelto insensato todo hombre por la ciencia. Algo así, creo, percibió el Eclesiastés cuando dijo: Dije, me haré sabio, y ella se alejó de mí más de lo que era, y [o] profundidad alta, ¿quién la encontrará? (Ecl. VII, 14)? Queremos decir algo (si se permite) audazmente [audazmente se permite] decir: porque esto que descendió al mundo, se vació a sí mismo, para que con su vaciamiento el mundo se llenara. Pero si esto que descendió al mundo se vació a sí mismo, ese vaciamiento es sabiduría: porque lo que es necio de Dios, es más sabio que los hombres (I Cor. I, 25). Si yo [por tanto] hubiera dicho 800 lo necio de Dios, ¿cómo los cazadores de mis palabras, y siempre dedicados a acusar, habrían vibrado sus lenguas venenosas contra mí? Pero ahora Pablo, como sabio, y teniendo potestad apostólica, se atrevió a decir que toda la sabiduría terrenal, que estaba en él, que estaba en Pedro, que estaba en los demás apóstoles, que había descendido a este mundo, es la necedad de Dios: pues en comparación con aquella sabiduría, que el lugar terrenal no puede captar: con aquella sabiduría que es celestial, que excede el límite del mundo, esto que descendió a los hombres es lo necio de Dios. Sin embargo, eso mismo necio de Dios es más sabio que los hombres: ¿qué hombres? no ciertamente los necios, sino los sabios: puedes decir [puedes decir] sabios de este siglo, ya sean príncipes, ya sean vates a estos sabios del siglo, esto que expusimos: Lo

necio de Dios es más sabio que los hombres. Queremos insertar algo maravilloso: porque la sabiduría del mundo es necesidad ante Dios (I Cor. I, 25), y Dios ha hecho insensata la sabiduría del mundo. Pues en su sabiduría ha hecho insensata la sabiduría del mundo: ni puede la sabiduría del mundo captar la sabiduría de Dios, para ser acusada de necesidad. Pues la sabiduría de Dios no se digna descender toda para convencer a la sabiduría del mundo, sino más bien lo poco que fue necesario, lo que era necio de Dios, para que con esto pequeño y necio de Dios se hiciera insensata la sabiduría del siglo. Pues la sabiduría del siglo no podía soportar la magnitud de la sabiduría que venía sobre ella, impotente para sostenerla. Pero pongamos un ejemplo, para que se pueda entender claramente cómo lo necio de Dios hizo insensata la sabiduría del mundo: finjo por un momento que yo, que se me considera saber algo, me confronto con alguien insensato, y sin erudición, que no entiende nada, ni pregunta nada 801 de aguda disputa. ¿Acaso necesito para refutar su necedad, aplicar la astucia dialéctica y la agudeza de profundos sentidos? ¿No es suficiente con lanzar una simple y modesta palabra, que sin embargo parezca muy aguda a su entendimiento, para convencerlo de ser necio e insensato? Así, pues, para hacer insensata la sabiduría del mundo no es necesario que descienda la sabiduría de Dios, y luchar con ella, que es sabiduría de abajo, 802 sino que basta con lo necio de Dios: porque lo necio de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres, y mi Salvador y Señor asumió todas las cosas contrarias, para disolver las contrarias con las contrarias, y seamos fortalecidos por su debilidad [de Jesús] y seamos hechos sabios por su necedad, y en esto [estas] introducidos podamos ascender a la sabiduría y fortaleza de Dios, Jesucristo nuestro Señor, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA SEXTA. Sermón que fue hecho a Jeremías por el Señor, diciendo: Escucha las palabras de este Testamento (Jerem., XI, 1); Hasta el lugar donde se dice: Se volvieron a las iniquidades de sus padres (Ibid., 10).

801 No negamos, según la verdad histórica, que la presencia de nuestro Señor Jesucristo se haya realizado corporalmente y haya iluminado al mundo entero cuando el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan 1, 14). Sin embargo, es necesario saber que incluso antes de asumir un cuerpo, también descendió a los santos: y después de esta presencia corporal, ascendiendo victorioso a los cielos, volverá a nosotros. Si deseas comprender el argumento de esto, escucha lo que se dice: La palabra que vino a Jeremías de parte del Señor, diciendo: Escucha, y lo demás. ¿Quién es esta palabra que vino del Señor, ya sea a Jeremías, a Isaías, o a cualquiera de los profetas? ¿No es aquel que estaba en el principio con Dios? No conozco otra palabra del Señor aparte de él, de quien el Evangelista dice: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan 1, 1). Debemos saber que esta es la utilidad de los creyentes, si la palabra se dirige a cada uno de ellos. ¿De qué me sirve que descienda al mundo si no lo tengo? Por el contrario, incluso si no viniera al mundo entero, y yo fuera como los profetas, lo tengo. Diré, pues, que la misma palabra vino a Moisés, a Jeremías, a Isaías, y a cada uno de los santos.

802 Y aquello que el Señor dijo a los discípulos: He aquí, yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mateo 28), se cumplió antes de su advenimiento, que manifestó a todos. Estaba, en efecto, con Moisés, con Isaías, con todos los santos. ¿Cómo podrían pronunciar la palabra de Dios sin la venida de su palabra? Nosotros, que somos de la Iglesia, debemos prestar más atención a esto, quienes deseamos que el mismo Dios sea el de la ley y el del Evangelio, el mismo Dios desde la antigüedad, ahora, y por todos los siglos de los siglos, Amén. Hay algunos que, en su opinión, dividen la antigua divinidad de la que se anuncia en Cristo. Nosotros conocemos a un solo Dios, tanto en el pasado como en el

presente, un solo Cristo entonces y ahora de igual manera, y un solo Espíritu Santo, eterno con el Padre y el Hijo. Esto es por lo que se ha leído: La palabra que vino a Jeremías de parte del Señor diciendo: ¿qué dice, pues, y nosotros escuchamos? Escuchad las palabras de este pacto, y hablad a los hombres de Judá y a los habitantes de Jerusalén. Nosotros somos los hombres de Judá por causa de Cristo, y no hay duda de que nuestro Señor nació de Judá. Si pruebo según las Escrituras que el mismo nombre de Judá se refiere a Cristo, los hombres de Judá no serán los judíos incrédulos en Cristo, sino nosotros que creemos en Cristo. Judá, a ti te alaban tus hermanos: tus manos estarán sobre el cuello de tus enemigos (Génesis 49, 8). Te alaban. No a aquel Judá, hijo de Jacob, lo alabaron sus hermanos, sino ahora a Judá lo alaban sus hermanos. Este Judá dice: Anunciaré tu nombre a mis hermanos, en medio de la Iglesia te cantaré (Salmo 22, 23). Se dice a aquel Judá: Tus manos estarán sobre el cuello de tus enemigos. ¿Dónde se encuentra que aquel Judá puso sus manos sobre el cuello de sus enemigos? La historia no ha escrito nada de eso sobre él. Pero si consideras la venida de mi Señor Jesucristo, destruyendo a Satanás, despojando principados y potestades (1 Corintios 15, 24), haciéndolos espectáculo y triunfando en la cruz, verás cómo en este Judá se cumplió la profecía que dice: Tus manos estarán sobre el cuello de tus enemigos. Y ahora, cuando se dirige la palabra a los hombres de Judá, no hay duda de que se dirige a los cristianos por causa de Cristo, que nació de la tribu de Judá. También se dirige la palabra a los habitantes de Jerusalén, es decir, a aquellos que habitan en la Iglesia. Esta es la ciudad del gran Rey, esta es la visión de la paz. La paz, en efecto, en nosotros, si somos hijos de la paz, se multiplica y se ve. Escuchad, pues, las palabras de este pacto, y hablad a los hombres de Judá y a los habitantes de Jerusalén, y les diréis: Así dice el Señor: Maldito el hombre que no escuche las palabras de este pacto, que mandé a vuestros padres (Jeremías 11, 2-3). ¿Quién escucha más las palabras del pacto que Dios mandó a los padres? ¿Nosotros que creemos en Cristo, o aquellos que ni siquiera creyeron a Moisés, ya que no creen en Cristo? A quienes el Salvador dijo: Si creyeráis a Moisés, ciertamente me creeríais a mí, porque de mí escribió él: Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras? (Juan 5, 46). Por lo tanto, ellos no creyeron a Moisés, nosotros, verdaderamente creyentes en Cristo, creemos en el pacto que fue entregado por Moisés, y se nos dice, para que no seamos malditos: Maldito el hombre que no escuche las palabras de este pacto.

804 Que mandé a vuestros padres. Por lo tanto, ellos son malditos, pues no escucharon el pacto que Dios mandó a los padres: En el día, dice, en que los saqué de la tierra de Egipto, del horno de hierro. Y Dios nos sacó de la tierra de Egipto, del horno de hierro: especialmente según lo que está escrito en el Apocalipsis de Juan, que el lugar donde fue crucificado el Señor se llama espiritualmente Sodoma y Egipto. Si alguien es llamado espiritualmente Egipto, y no es Egipto según la comprensión corporal: no hay duda de que si entiendes Egipto espiritualmente, y sales de él, tú eres el que sale de la tierra de Egipto, del horno de hierro, y se te dice. Escuchad mi voz, y haced conforme a todo esto. Luego, la promesa de Dios es para los que escuchan, si hacen todo lo que el Señor ha mandado diciendo: Y seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios (Jeremías 11, 4). No todo el que se dice ser pueblo de Dios es pueblo de Dios. El pueblo de los judíos, que se vendía como pueblo de Dios, mereció escuchar: Porque no sois mi pueblo: y se le dijo: No sois mi pueblo. Y nuevamente este pueblo fue llamado no pueblo: Porque ellos me provocaron a celos, dice, con lo que no es Dios (Deuteronomio 32, 21). De ellos dice: Me irritaron con sus ídolos, y yo los provocaré a celos con lo que no es pueblo. En un pueblo insensato los irritaré. Nosotros, por lo tanto, hemos sido hechos pueblo de Dios, y se anuncia la justicia al pueblo que nacerá de las naciones. Este pueblo nace de repente: y está escrito en el profeta: ¿Ha nacido una nación de una vez? Cuando el Salvador ascendió a los cielos, y creyeron en un día cinco mil (Hechos 4, 4), y otro día se añadieron tres mil: verdaderamente entonces fue ver un pueblo

nacido de una vez por la palabra de Dios, y de repente la estéril, dando a luz, a quien se le dice: Alégrate, estéril, que no das a luz; rompe y clama, tú que no tienes dolores de parto: porque más son los hijos de la desolada que de la que tiene marido (Isaías 54, 1). La Iglesia desolada por la Ley, desolada por Dios estaba. Teniendo, sin embargo, marido, la sinagoga tenía la Ley y a Dios. ¿Qué promete, pues, Dios? Seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios. No es Dios de todos, sino solo de aquellos a quienes se ha dado, como a aquellos patriarcas a quienes dice: Yo soy tu Dios (Génesis 17, 1): y nuevamente a otro: Yo seré tu Dios (Éxodo 29, 45): y también de otros: Seré, dice, su Dios. ¿Crees que alguna vez alcanzamos lo que digo por cada uno, para que Dios de todos se convierta en nuestro Dios? Si deseas aprender más plenamente de quién es Dios, y a quiénes otorga el nombre de su nombre: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob (Éxodo 3, 6): y explicando esto mismo, el Salvador dice: Dios no es Dios de muertos, sino de vivos (Lucas 20, 38). ¿Quién es el muerto? Ciertamente el pecador, que no tiene al que dice: Yo soy la vida (Juan 11, 25), que tiene obras muertas, que aún no ha hecho penitencia de las obras muertas: de quien el Apóstol dice: No echando nuevamente el fundamento del arrepentimiento de las obras muertas (Hebreos 6, 1). Si, por lo tanto, Dios no es Dios de muertos, sino de vivos: y sabemos que es viviente aquel que vive en Cristo, para ser participe de él: y si deseamos que también sea nuestro Dios, renunciemos a las obras muertas, para que cumpla su promesa en nosotros diciendo: Y seré vuestro Dios, para establecer mi juramento, que juré a vuestros padres darles la tierra que fluye leche y miel (Jeremías 11, 4). Observa lo que dice: Estableceré el juramento, que juré a vuestros padres, darles la tierra que fluye leche y miel. Esta no es la tierra de la que el Salvador enseñó diciendo: Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra (Mateo 5, 5). Luego, a lo que Dios había dicho, el profeta respondió, es decir, a lo que dijo: Maldito el hombre que no escuche las palabras de este pacto (Jeremías 11, 3): y dice: Y respondí, y dije: Sea, Señor. ¿Qué es lo que dice: Sea, Señor? Ciertamente lo que Dios pronunció: Maldito el hombre que no escuche las palabras de este pacto. Y el Señor me dijo: Lee estas palabras en la ciudad de Judá, y fuera de Jerusalén (Jeremías 11, 6). Y a los que están fuera, les leemos las palabras divinas, invitándolos a la salvación. Las palabras de este pacto, y hacedlas. Y el Señor me dijo: Se ha encontrado una conspiración entre los hombres de Judá y los habitantes de Jerusalén. Si pecamos nosotros que por causa de Cristo somos llamados cristianos, y somos hallados en el número de los pecadores, y se dice de nosotros: Se ha encontrado una conspiración entre los hombres de Judá, y los habitantes de Jerusalén (Jeremías 11, 9). Cuando en la Iglesia de Dios hay tales en quienes se encuentra el lazo de la iniquidad, y las cadenas del pecado, tanto que lo que se dice del pecador, les conviene: Cada uno está atado con las cadenas de sus pecados (Proverbios 5, 22), entonces dice Dios: Se ha encontrado una conspiración entre los hombres de Judá. Pero no se encontrará conspiración en nosotros. ¿Cómo no se encontrará conspiración en nosotros, si hasta esta hora hay conspiración en algunos? Pero: Desata todo vínculo de iniquidad, disuelve las obligaciones de los cambios violentos, disipa toda escritura iniqua. Parte tu pan con el hambriento (Isaías 58, 6). Se ha encontrado, pues, conspiración entre los hombres de Judá, en los habitantes de Jerusalén. Se han vuelto a las iniquidades de sus padres anteriores (Jeremías 11, 10). Se han vuelto a las iniquidades. ¿De quiénes? No dice simplemente, padres, sino con adición, padres anteriores. Dijimos que esto se dice de nosotros, y de aquellos que son pecadores entre nosotros. ¿Cómo, pues, los que son pecadores entre nosotros, se han vuelto a las iniquidades de los padres, y de sus padres anteriores? Tenemos padres dobles, y una especie es de padres pésimos. Pues antes de creer, el diablo era nuestro padre, como muestra el discurso evangélico, diciendo: Vosotros sois de vuestro padre el diablo (Juan 8, 44): pero cuando creemos, somos hechos hijos de Dios. Si después de esto pecamos, nos volvemos a las iniquidades de los padres no simplemente, sino de los padres anteriores. Para probar esto, que tenemos padres dobles, usamos también el testimonio de David, en el salmo

cuadragésimo cuarto diciendo: Escucha, hija, y ve, e inclina tu oído, y olvida tu pueblo, y la casa de tu padre (Salmo 45, 10). Como padre, pues, comienza: Escucha, hija. Por lo tanto, nuestros padres son dobles. Pero olvida, dice, la casa de tu padre anterior. Si, pues, olvidaste la casa de tu padre anterior y nuevamente te volviste a los pecados, caíste en lo que ahora se dice pecado. Se han vuelto a las iniquidades de sus padres anteriores. Decíamos hace un momento que el diablo era nuestro padre, antes de que Dios se hiciera padre, si ahora no tenemos también al diablo como padre, lo que también aprobamos de la epístola de Juan, en la que se escribe así: Todo el que comete pecado, es del diablo (1 Juan 3, 8). Nacemos del diablo tantas veces como pecamos. Infeliz aquel que siempre es engendrado por el diablo. Y nuevamente muy bienaventurado aquel que siempre es engendrado por Dios. Pues no diré que el justo nace de Dios una sola vez, sino que por cada obra de virtud el justo siempre nace de Dios.

808 Para que esto pueda probarse más plenamente, también hablemos del nacimiento diario de nuestro Salvador, obteniendo claramente en los justos lo que ha precedido en el Señor. Nuestro Salvador es el resplandor de la gloria, pero el resplandor no nace una sola vez, y luego deja de nacer: cada vez que surge la luz, de la cual surge el resplandor, tantas veces surge también el resplandor de la gloria. Nuestro Salvador es la sabiduría de Dios. La sabiduría es el resplandor de la luz eterna. Así, pues, nuestro Salvador siempre nace, y por eso dice: Antes de todos los montes me engendra, no, como algunos leen mal, me engendró. Si el Señor siempre nace del Padre, también tú a semejanza de él, teniendo solo la adopción escrita, siempre eres engendrado por Dios por cada entendimiento, por cada obra, y te haces hijo de Dios en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA SÉPTIMA. De lo que está escrito: Toda la tierra ha sido devastada; y en esto: Cinturón (Jeremías 12, 11, y 23, 1).

807 ¿Quién es este que dice: Por mí ha sido destruida toda la tierra? Cristo habla aquí: pues antes de su venida hubo muchos pecados en el pueblo de Israel, pero el Señor, al venir, prohibió tales cosas, para que fueran completamente abandonadas y entregadas a un largo cautiverio. Pero cuando completaron la medida de sus padres, y añadieron a la matanza de los profetas y la persecución de los justos, la muerte del Salvador, entonces se cumplió: Se os dejará vuestra casa desierta. Y porque este sufrió de ellos lo que está escrito en el Evangelio, por eso ahora se dice: Destruida ha sido toda la tierra.

808 Pero si deseas entender más sutilmente: Por mí ha sido destruida toda la tierra: considera cómo ha sido destruida la tierra que está en ti, y entonces verás que, después de la venida de Jesucristo, se han cumplido las palabras dichas sobre la mortificación de nuestros miembros en la tierra, cuando ya la tierra no realiza sus obras, no se hacen en el justo aquellas cosas que antes alimentaban la carne, no fornicación, no impureza, no más lujuria, no idolatría, no beneficios. El Señor habla: ¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? No he venido a traer paz, sino espada (Mateo XXXIV). Verdaderamente, antes de que él descendiera, no había espada sobre la tierra, ni la carne deseaba contra el espíritu, ni el espíritu contra la carne. Pero cuando vino, y fuimos enseñados sobre lo que es de la carne y lo que es del espíritu, su doctrina, como una espada, dividió la carne, es decir, la tierra del espíritu, y la destruyó (II Cor. IV, 10), porque llevamos en nuestro cuerpo la mortificación de Jesucristo, y ya no vivimos según la carne, sino que el espíritu vive, y sembramos no en la carne, sino en el espíritu, para no cosechar corrupción de la carne, sino vida eterna del espíritu (Gálatas VI, 8). Se dice a los pecadores: Sembráis trigo, y cosecháis espinas (Jer. XII, 13). Porque quien

no pronuncia las palabras de Dios según la voluntad de las Escrituras ni según la verdad de la fe, siembra trigo y cosecha espinas. Esto hacen los herejes que leen las Escrituras y cosechan espinas no de los libros sagrados, sino de sus propios sentidos. Sus clérigos no les servirán. Otros antes que yo han expuesto esto, y como no desapruero su interpretación, la presento de acuerdo, no como si la hubiera descubierto yo mismo, sino repitiendo lo ya encontrado, para que sea útil tanto para mí como para vosotros: si, sin embargo, el ánimo atento recibe lo que debe ser dicho. Nosotros, que somos considerados algo, es decir, que presidimos en el orden del clero entre vosotros, hasta el punto de que algunos de menor grado desean llegar a este lugar, debéis saber que no seremos salvados inmediatamente por ser clérigos; pues muchos presbíteros perecen, y se encuentran laicos muy bienaventurados; pero si merecemos y tenemos el orden del clero. Porque hay algunos clérigos que no viven de tal manera que obtengan fruto de su orden y sean ornamento de su dignidad: por eso dicen los que han expuesto al profeta que ahora dice: Sus clérigos no les servirán (Jer. XII, 13); pues la utilidad del clero no está en que alguien se siente en la fila de los presbíteros, sino en que camine dignamente según su lugar y los preceptos del Señor. Pero, carísimos, no penséis que esto se dice solo de nosotros; la divina majestad nos advierte a nosotros y a vosotros, para que vivamos según los preceptos de las Escrituras, y si es conveniente decirlo así: Los poderosos sufrirán poderosos tormentos [Al. sufren]. Se me exige más a mí que a un diácono [Mss. Reg. Zacono], más a un diácono que a un laico. Y quien tiene la cima de toda la Iglesia, dará cuenta por toda la Iglesia. Por esto el apóstol Pablo (como aquel a quien se le había confiado mucho) decía: Así nos considere el hombre como ministros de Cristo, y dispensadores de los misterios de Dios. Aquí ya se busca entre los dispensadores, que se encuentre alguno fiel (I Cor. IV, 1). Tan raro es encontrar un buen dispensador, que Jesús, quien conocía lo que iba a suceder antes de que ocurriera, decía: ¿Quién crees que es el dispensador fiel y prudente, a quien el Señor ha puesto sobre su familia, para dar en su tiempo la ración a sus siervos? (Lucas XII, 42). Y poco después, quejándose de algunos dispensadores, añadió diciendo: Pero si aquel siervo malo dice en su corazón: Mi señor tarda en venir, y comienza a golpear a los siervos y a las siervas, y a comer y beber y embriagarse, vendrá el señor de aquel siervo en el día que no espera, y a la hora que no sabe, y lo cortará en dos, y le asignará su parte con los infieles (Lucas XII, 45, 46). Esto en lo que está escrito: Sus clérigos no les servirán. Veamos también la corrección necesaria para los demás, que, como me parece, debemos recibir en un lugar moral: Avergüéncense de su gloria, de la afrenta ante el Señor (Jer. XII, 13). Hay muchas cosas en las que, al gloriarnos, mostramos nuestra insensatez. Por ejemplo, si algunos se glorían en muchas posesiones, se les dice: Avergüéncense de su gloria. Si algunos se glorían en la nobleza de su linaje, se les dice: Avergüéncense de su gloria. Si algunos caminan jactanciosos [Al. ¿quién camina alegre?] sobre vestiduras preciosísimas, sobre una casa adornada con muchas riquezas, esta gloria es ajena a la gloria de los santos, se les dice: Avergüéncense de su gloria.

811 Pero esto es poco. Escucha lo que dice la palabra divina en Jeremías, ordenando que ni siquiera nos gloriemos en nuestra sabiduría: No se glorié, dice, el sabio en su sabiduría, ni el fuerte en su fortaleza, ni el rico en sus riquezas; sino en esto gloriése el que se gloria, en entender y conocer que yo soy el Señor (Jeremías IX, 23, 24). ¿Quieres gloriarte y no escuchar? Avergüéncense de su gloria. Gloríate como el apóstol [Al. se añade Pablo], y di: Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo (Gálatas VI, 14). ¿Quieres gloriarte y no escuchar: Avergüéncense de su gloria, escucha a Pablo gloriándose, y aprende cuando dice: Con gusto me gloriaré en mis debilidades, para que habite en mí el poder de Cristo. Escucha cuáles son las glorias en las que un hombre se exalta: En trabajos abundantes. ¿Quién puede decir esto: En cárceles más allá de lo debido, en muertes a menudo, de los judíos cinco veces

recibí cuarenta azotes menos uno, tres veces fui azotado con varas, una vez fui apedreado, tres veces naufragué (II Cor. XI, 23-25)? Aprendamos las diferencias de las glorias, y que hay algunos que se glorían en cosas que son dignas de vergüenza, cuya gloria está en su confusión. En estas cosas se glorían, que cuando las hacen, buscan escondites y secretos (Filip. III, 19). Después de esto, consideremos qué se ha ordenado sobre el cinturón. Así dice el Señor: Mira y toma para ti un cinturón de lino, y ciñe tus lomos, y no pasarás por el agua. Y tomé el cinturón según la palabra del Señor a mí diciendo: Toma el cinturón, que está alrededor de tus lomos, y ve al Éufrates, y escóndelo en una cueva de la roca (Jer. XIII, 4). Después de unos días, el profeta vino y tomó el cinturón del lugar donde lo había enterrado, y he aquí que se había podrido, que no servía para nada. Y para que nadie, según la voluntad de su mente, se atribuyera a sí mismo la interpretación de este lugar, dando el Señor ocasión a la interpretación, añadió diciendo: Porque como el cinturón se adhiere a los lomos del hombre, así he pegado a mí la casa de Israel, y toda la casa de Judá, para que fueran para mí un pueblo nombrado, y en exultación, y gloria, y no me obedecieron (Jer. XIII, 11). Por lo tanto, el profeta en el lugar debe ser tomado por Dios, ciñendo sus lomos con un cinturón de lino, es decir, el pueblo de Dios. Porque he pegado, dice, a mí la casa de Israel, y de alguna manera el hombre justo se convierte en el cinturón de Dios. Preguntarás por qué razón. Lee Ezequiel, y entiende cómo Dios parece en el cuerpo, y por qué desde sus lomos hasta los pies aparece fuego, y desde los lomos hasta la cabeza electrum (Ezequiel I, 27): entonces podrás también encontrar la razón de la presente Escritura, por qué las partes inferiores de Dios son de fuego. Los riñones se consideran de generación, y los lomos de fuego. Todas las cosas que son de coito y placer necesitan purificación, y esa misma purificación está mezclada con castigo. Pero las cosas que se elevan desde los riñones hacia arriba, trascienden las obras de la lujuria con su virtud, y como una materia más pura se refieren a la semejanza del electrum. Se dice que el electrum es más precioso que el oro. ¿Por qué, entonces, la Escritura usa ejemplos para mostrar que el cuerpo superior de Dios es magnífico, y el inferior más vil? Por eso ahora ha introducido al Señor subsistiendo de fuego y electrum. Desde que cada uno de nosotros, según el comienzo de su nacimiento, se refiere al fuego: según el estudio y progreso, se convierte en el cuerpo superior de Dios, ese de electrum, alejándonos del fuego, de los castigos, de la tortura. Por lo tanto, ciñe alrededor de tu lomo un cinturón de lino. ¿Por qué? Para mostrar que el pueblo es el reino de Dios. Contra aquellos que quieren acusar la providencia de Dios, resiste y protege las obras de su Dios, y no permite que se narre nada indecente de su majestad. Pero cuando pecamos, como el profeta dejó aquel cinturón, y lo arrojó al río Éufrates, para que allí se pudriera: así también Dios nos arrojará de sus lomos, y nos dejará arrojados al río Éufrates de Mesopotamia, donde habitan los asirios, enemigos de Israel, donde los babilonios, y allí nos pudriremos. ¿Por qué, entonces, habiendo tantos ríos en todo el mundo, el profeta es enviado desde Judea al Éufrates, sino para que el sacramento enseñe el entendimiento según la fuerza del nombre? Después de esto, preguntamos por qué se dice cinturón de lino. El lino nace de la tierra; pues cuando su semilla ha sido arrojada al suelo, primero brota en hierba, luego, para no pasar por alto infinitas cosas, cosechado se lleva a casa, se peina, se lava, se tritura, se golpea, y con gran (por así decirlo) trabajo se sacude, para que se convierta en algo de lo que se pueda hacer un cinturón, u otra cosa para usos necesarios. Y así, todos nosotros que tenemos generación de la tierra, que somos tejidos en el cinturón de Dios, necesitamos mucho cuidado, para ser peinados, para ser lavados, para desechar el color de la tierra. Porque un color es el de la generación en el lino, otro cuando ha sido limpiado por el trabajo [Al. limpiado por el trabajo]. El color de la generación es más oscuro, y más negro [Al. y decimos negro], pero el del trabajo es más brillante. Algo así nos sucede al principio: somos negros cuando somos regenerados, cuando creemos, cuando en el Cantar de los Cantares decimos: Soy negra y hermosa (Cant. I, 4). Tenemos un alma semejante a los etíopes, indecorosa; nos lavamos para ser blancos, para obtener el brillo que

no nos había sido dado por naturaleza, con diligencia, según aquello que se escribe en el mismo lugar: ¿Quién es esta que sube blanqueada? y nos convertimos en lino blanco y puro. Y así, cuando seamos dignos de la sociedad de Dios, somos tejidos en su cinturón [Al. somos tejidos], y no somos nunca dejados por él, si mantenemos siempre la blancura que nos ha concedido. Así que, cuando los judíos y toda la casa de Israel se hicieron indignos de Dios, y fueron arrojados por él, nosotros fuimos ceñidos en su lugar. Pues no se debe pensar que, al arrojar el cinturón, permaneció ceñido: tan pronto como los arrojó, se tejió otros para sí. Este cinturón es la Iglesia reunida de los gentiles: que debe saber que si Dios no perdonó a los primeros, tampoco nos perdonará a nosotros, si lo abandonamos, si no somos dignos de su lomo, si no adheridos al Señor, somos un espíritu en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA OCTAVA. De lo que está escrito: Hazme saber, Señor, y conoceré (Jer. XI, 18), hasta el lugar donde dice: Id, reunid a todas las bestias del campo (Jer. XII, 9).

813 Si las palabras de Dios están en la Ley y los Profetas, los Evangelios y los Apóstoles, es necesario que el discípulo de Dios atribuya a Dios como maestro de los discursos divinos. Porque quien enseña al hombre el conocimiento (Sal. XCIII, 10), según el Salmista, es Dios. El Salvador también da testimonio de que nadie debe ser llamado maestro en la tierra, diciendo: Y vosotros, no llaméis maestro en la tierra. Porque uno solo es vuestro maestro, el Padre que está en los cielos (Mat. XXIII, 8): el Padre que está en los cielos instruirá a los hombres ya sea por sí mismo, por el Hijo o por el Espíritu Santo: y para que descendamos a cosas menores, instruye por medio de Pablo, de Pedro, de cualquier otro de los santos: siempre que el espíritu de Dios y la palabra de Dios descendan y enseñen. ¿Por qué hemos dicho esto? Evidentemente porque el profeta dice: Hazme conocer, Señor, y conoceré. Porque no puedo saber, a menos que tú me lo reveles. Pero si, al mostrarme tú, 814 podré conocer lo que no sé, entonces veré los pensamientos de cada uno, y conoceré qué lleva cada uno y cuál es su voluntad. Esto dice el profeta. Luego veamos qué dice el Salvador en el profeta: Yo, como cordero inocente llevado al sacrificio, y no sabía. Contra mí tramaron un plan diciendo: Venid, pongamos madera en su pan, y destruyámoslo de la tierra de los vivientes, y su nombre no será recordado más (Jer. XI, 19). Isaías también proclama que Cristo fue llevado como oveja al sacrificio, y como cordero ante el que lo trasquila sin abrir su boca: y allí aquel habla de Cristo, aquí en cambio Cristo mismo de sí mismo: Yo, dice, como cordero inocente llevado al sacrificio, y no sabía (Is. LIII, 7). No añade qué es lo que no conocía. No dijo: No conocí el mal, no conocí el bien, no conocí el pecado, ni la injusticia; 815 sino simplemente, no conocí. Te dejó a ti, por tanto, que busques qué es lo que no conocía. Lee al Apóstol: Quien no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado (II Cor. III, 21). Conocer el pecado, ciertamente, es pecar: así como conocer la justicia es actuar justamente. De lo cual es evidente que quien predica la justicia y no actúa justamente, no conoce la justicia. Contra mí tramaron un plan diciendo: Venid, pongamos madera en su pan. Que el Señor fue crucificado por los judíos, nadie lo duda: y aunque lo proclamamos con toda libertad, ¿cómo le aplicaremos lo que se dice: Contra mí tramaron un plan diciendo: esto que añaden: Venid, pongamos madera en su pan, es de gran dificultad. El pan de Jesús con el que nos nutrimos, se interpreta como su palabra. Porque, ya que al enseñar él, algunos quisieron poner escándalo en su doctrina, crucificándolo dijeron: Venid, pongamos madera en su pan (Jerem. XI, 19). Pues cuando a la palabra de Jesús y su disciplina se une la crucifixión del maestro, se pone madera en el pan. Y aquellos que acechan dicen: Venid, pongamos madera en su pan. Yo, en cambio, añadiré algo admirable. La madera puesta en su pan, hizo el pan mejor. Toma el ejemplo de la ley de Moisés. Así como la madera que fue puesta en el agua amarga, la hizo dulce: así la madera de la pasión de Cristo puesta en su doctrina, hizo su pan más dulce. Pues

antes de que se pusiera la madera en su pan, cuando era solo pan, y no había madera, su sonido no había salido a toda la tierra: pero después de que adquirió fortaleza por la madera, entonces su palabra se difundió por todo el mundo. En cuya figura también el agua en el Antiguo Testamento se hizo dulce al contacto de la madera. Yo digo, ciertamente, que la Ley no entendida es agua amarga. Pero cuando viene la madera de Jesucristo, y su palabra desciende en ella, entonces se endulza, y se convierte en un sabor suavísimo, entendida y leída la ley de Moisés. Diciendo, por tanto: Venid, pongamos madera en su pan, también añaden esto, y destruyámoslo 816 de la tierra de los vivientes, y su nombre no será recordado más (Jerem. XI, 29). Pues así lo mataron, como si borrarán completamente su nombre. Pero Jesús sabe por qué y cómo morirá. Por eso dice: Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto (Jer. XII, 24). Así que la muerte de Jesucristo se convirtió en una espiga de trigo, restituyendo siete veces y mucho más de lo que fue sembrado. Supongamos por un momento que no fue crucificado, ni después de la muerte descendió a los infiernos: seguiría siendo solo un grano de trigo, y muchos no nacerían de él. Presta atención cuidadosamente a las palabras divinas, qué quieren que se entienda en ellas. Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, no lleva mucho fruto (Juan. XII, 14). La muerte de Jesús fructificó a todos estos. Pero si la muerte trajo tantos frutos, ¿qué abundancia traerá la resurrección? Señor de los ejércitos, juzgando justamente, probando los riñones y el corazón, veré la venganza que es de ti sobre ellos (Jer. XI, 20). Ora proféticamente, para ver la venganza sobre ellos ante el Padre; pues Jerusalén está rodeada por un ejército, y su destrucción se aproxima, y lo que se le había dicho: He aquí, vuestra casa os será dejada desierta (Mat. XXIII, 38), se ha cumplido. Veré, por tanto, la venganza que es de ti sobre ellos; porque a ti he revelado mi justificación. Por eso dice el Señor sobre los hombres que están en Anatot, que buscan mi vida, que dicen: No profetizarás en el nombre del Señor, de lo contrario morirás en nuestras manos. He aquí, yo los visitaré: sus jóvenes caerán a espada, y sus hijos e hijas morirán de hambre, y no habrá remanente de ellos. Porque traeré males sobre los habitantes de Anatot, en el año de su visita (Jerem. XI, 21-23). Ahora se asume figurativamente el nombre de Anatot. Todo el sacramento judío está en él. Anatot se interpreta como obediencia: Porque la obediencia de Dios estaba en ese pueblo, como su reino: y sucedió con el reino lo que sabemos que fue predicho: Se os quitará el reino de Dios, y se dará a una nación que produzca sus frutos (Mat. XXI, 43): ahora también los hombres que están en Anatot, 817 es decir, en la obediencia, buscan la vida, no de Jeremías, pues ninguna historia menciona que los hombres de Anatot buscaran su vida. Tenemos los libros de los Reyes: allí la Escritura menciona a Jeremías, y no se escribe nada de eso. Tenemos los Paralipómenos, y el volumen del Profeta que ahora se interpreta, los hombres de Anatot no dijeron nada: pero buscan la vida de mi Señor Cristo, que dicen: No profetizarás en el nombre del Señor. Leemos también que esto fue prohibido por los judíos, para que Cristo no enseñara: De lo contrario morirás en nuestras manos. He aquí, yo los visitaré: sus jóvenes caerán a espada, y sus hijos e hijas morirán de hambre (Amos VIII, 11). No cayeron a espada en tiempos de Jeremías, sino después de la venida del Señor: entonces también vino sobre ellos hambre, no hambre de pan, ni sed de agua, sino hambre de oír la palabra de Dios. Pues ya no se dice entre ellos: Así dice el Señor Dios omnipotente. Esta es la hambre de la profecía cesante en ellos. Pero ¿qué diré de los Profetas? Ni maestros, ni doctores quedaron en Judea: y aunque hay innumerables que se atribuyen sabiduría, ya no hay palabra de Dios en ellos. Pues se ha cumplido aquella profecía: El Señor quitará de Judea y de Jerusalén al fuerte y a la fuerte, la fuerza del pan y la fuerza del agua, al gigante y al fuerte, y al hombre guerrero, y al juez, y al profeta, y al árbitro, y al anciano cincuentenario, y al admirable consejero, y al sabio arquitecto, y al oyente inteligente (Isai. III, 1). Ya no hay entre ellos quien pueda decir: Como sabio arquitecto puse el fundamento (I Cor. III, 10). Los arquitectos han emigrado de ellos, 818 han venido a la Iglesia, han puesto el fundamento de Jesucristo. Sobre este edifican

todos los que han creído después de ellos. En hambre, por tanto, ese pueblo ha sido dejado: Porque traeré males sobre los habitantes de Anatot, en el año de su visita. (Jerem. XI, 23) Justo eres, Señor, porque me excusaré ante ti. Sin embargo, hablaré de tus juicios. ¿Por qué prospera el camino de los pecadores? Han abundado todos los que despreciaron a los que te desprecian (Jerem. XII, 1). Preguntemos 818 si Dios es bueno, quien dio la Ley y los profetas, viendo prosperar el camino de los impíos, y que no sufren nada de él por su mérito. Pues han abundado todos los que despreciaron a los que te desprecian, aquellos que ladran con fauces rabiosas contra el creador, que lo acusan con discursos blasfemos: Han abundado, han sido plantados, y han echado raíz; han procreado hijos y han dado frutos. ¿Cuántos frutos hizo Marción procreando hijos de infidelidad? ¿Cuántos Basilides? ¿Cuántos Valentín? De estos, ciertamente, profetiza diciendo: Procrearon hijos, y dieron fruto. Estás cerca de su boca, y lejos de sus riñones (Jerem. XII, 1). Nombran a Jesús, y no lo tienen, pues no lo confiesan como Cristo. Y tú, Señor, conoces, y has probado mi corazón ante ti. Santificalos en el día de su muerte (Jerem. XII, 3). ¿Qué haré para explicar esto? Llama santificación a los tormentos de aquellos que son torturados. Santificalos, dice, en el día de su muerte, es decir, por esto, que los matas, santificalos. Porque a quien el Señor ama, corrige; y azota a todo hijo que recibe (Hebr. XII, 6). ¿Hasta cuándo llorará la tierra, y toda la hierba del campo se secará por la maldad de los habitantes de la tierra? (Jerem. XII, 4.) Como si la tierra fuera un ser animado, así habla ahora el profeta, diciendo que llora cuando los habitantes son malos, que en ella habitan. Pues por cada uno de nosotros la tierra, o se alegra en las virtudes de sus habitantes, o llora en los vicios. Si la tierra, consecuentemente también los demás elementos, de los cuales el agua, es decir, el ángel que está sobre el agua. Pues no puedo de otra manera explicar la tierra llorando, o alegrándose: ni el sentido admite que creamos que un cuerpo insensible siente: a menos que entendamos que a todas las cosas presiden ángeles, tanto a la tierra y al agua, como al aire y al fuego, es decir, que gobiernan los elementos, y este orden llega a todos los animales, a toda planta, incluso a las mismas estrellas celestiales. Otro ángel está puesto sobre las tierras: y así todos esos ángeles, con los que convivimos en la tierra, se alegran cuando actuamos justamente, cuando pecamos, lloran. Llorará 819 la tierra por todos los que habitan en ella. Con el mismo nombre se llama al ángel de la tierra, con el que se llama a ella misma. Pues así como lo que es hecho por manos humanas cuando es maldecido, es maldecido también el que lo hizo, no porque sea maldito, lo que carece de alma y sentido, sino que se dice maldito el que asiste al ídolo insensible, llamado con el mismo nombre con el que se llama a lo que es hecho por manos humanas: así también ahora se llama tierra al ángel que está puesto sobre la tierra. Y no solo esto se aplica a la tierra; también el ángel del agua se llama con su nombre, según lo que se dice en otro lugar: Te vieron las aguas y temieron, se turbaron los abismos. Multitud de sonido de aguas, las nubes dieron su voz, pues tus flechas pasaron. Dejé mi casa, abandoné mi herencia (Sal. LXXVI, 17). Entregué mi alma amada en manos de sus enemigos (Jer. XII, 7). Mira a aquel que estaba en la forma de Dios en los cielos. Mira su casa, los Tronos, y todas las Virtudes excelsas. Si quieres entender algo más sublime por lo que dice: Yo en el Padre, y el Padre en mí: mira su casa, el Padre Dios. Dejó a su padre, y a su madre la Jerusalén celestial, y vino a este lugar terrenal, y dice: Dejé mi casa, abandoné mi herencia. Esa era su herencia, las posesiones angélicas, y el orden de las santas virtudes. Entregué mi alma amada en manos de mis enemigos. Entregó su alma en manos de sus enemigos, en manos de los judíos que lo mataban, en manos de los príncipes reunidos contra él, en manos de los reyes, porque: Se levantaron los Reyes de la tierra, y los príncipes se reunieron en uno contra el Señor, y contra su Cristo (Sal. II, 1). Mi herencia se ha convertido para mí, como un león en la selva (Jer. XII, 8). Esa 820 que estaba sobre la tierra era su herencia que había elegido para sí en posesión, que era su parte, se volvió feroz contra él, y su herencia, es decir, los judíos, se convirtieron en un león en la selva. Y no es de extrañar si se compara con una bestia tan feroz: hasta el día de hoy son leones en la selva,

maldiciendo al Señor Jesús, y blasfemando contra él, y acechando a los que creen en su nombre. Mi herencia se ha convertido para mí como un león en la selva. Ha dado su voz contra mí, por eso la odié. ¿Es mi herencia para mí una cueva de hiena (Jerem. XII, 8)? Predice de su herencia que será una cueva de hiena, una bestia rabiosa y feroz, que vive de los cadáveres de los muertos, que siempre se posa sobre sepulcros y huesos. ¿Es mi herencia para mí una cueva de hiena, o una cueva alrededor de ella? (Jer. XII, 9.) Porque son así, os mando, ángeles, que vayáis, y reunáis a las bestias, y las entreguéis para ser despedazadas. Id, reunid a todas las bestias del campo, que vengan y las devoren. Vinieron las bestias del campo, devoraron al pueblo de los judíos. Mira los corazones consumidos de todos por las fuerzas contrarias. Si Dios no perdonó a ellos, sino que dijo: Id, reunid a las bestias, ¿cuánto más no nos perdonará a nosotros? Si no hacemos su ley, si descuidamos la palabra del Evangelio, de nuevo dirá: Id, reunid a las bestias, y entregadla. Pero confiemos en el Señor, y en oración digamos: No entregues a las bestias el alma que te confiesa (Sal. LXXIII). Hagamos penitencia por nuestros pecados, confesemos las faltas que hemos cometido, y no seremos entregados a las bestias: sino que más bien vendrán los ángeles, que llevándonos en su seno, nos trasladarán de los lugares terrenales a los celestiales, y del presente siglo nos colocarán en la eternidad perpetua, en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA NOVENA De lo que está escrito: Todo odre se llenará de vino (Jerem. III, 12), hasta aquello: Y vuestros ojos derramarán lágrimas, porque el rebaño del Señor está destruido (Jerem. XIII, 17).

Lo que Dios ordena al profeta que diga, debe ser digno del mandato de Dios. Pero no parece digno si nos quedamos en la letra y no buscamos algo más profundo, hasta el punto de que si un oyente inexperto estuviera presente, podría decir que es absurdo prestar atención a las Escrituras y conocer lo que se lee en ellas. Esto es lo que dice el hombre natural: "El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura" (1 Cor. II, 14). Consideremos, por tanto, qué ordena el discurso de Dios: "Y dirás al pueblo este discurso: Así dice el Señor Dios de Israel". Lo que dice el Señor Dios de Israel, ruego que sea digno del Señor Dios de Israel. "Toda vasija se llenará de vino". Y será que, si te dicen: "¿Acaso no sabemos que toda vasija se llenará de vino?" Al responder esto, si solo siguen la letra y dicen que saben que toda vasija se llenará de vino, se equivocan. No necesariamente sigue que todas las vasijas se llenen de vino. Hay vasijas llenas de aceite; hay otras vacías de cualquier sustancia líquida, o ciertamente no llenas. Sin embargo, el Señor dice que toda vasija será llenada de vino, y el pueblo responde: "¿Acaso no sabemos que toda vasija se llenará de vino?" Esto puede interpretarse, según la pobreza de mi ingenio, si primero examinamos las diferencias del vino, para que luego podamos tratar consecuentemente que es verdad lo que se ha dicho, que toda vasija se llenará de vino. Porque si alguien es bueno (por así decirlo) entre las vasijas, será llenado con el vino de su bondad; o si es malo, según lo que es malo, será llenado con vino malo. ¿Cómo, entonces, podemos tomar de las Escrituras las diferencias del vino? Sobre el vino malo está escrito: "De la viña de Sodoma es su viña, y su rama de Gomorra, su uva es uva de hiel, racimo de amargura en ellos, veneno de dragones es su vino, y ponzoña incurable de áspides" (Deut. XXXII, 32). Sobre el buen vino se dice: "Tu copa embriagante, ¡cuán gloriosa es!" (Salmo XXII, 5). Y la sabiduría convoca a su copa, diciendo: "Venid, comed de mi pan, y bebed del vino que he mezclado para vosotros" (Prov. IX, 5). Hay, por tanto, vino de Sodoma, y hay vino que la Sabiduría ha mezclado. Y nuevamente: "La viña fue hecha para el amado en un cuerno, en un lugar fértil, plantada por Dios, que se llama viña de Sorec, elegida y entre todas las viñas maravillosa". Sin embargo, hay otra viña de los egipcios, que Dios golpea, según lo que está escrito: "Golpeó con granizo

sus viñas, y sus higueras con escarcha" (Salmo LXXVII, 47). Consideremos, por tanto, que todos los hombres son figurativamente capaces de vino, y no podemos darles otro nombre a quienes son capaces de vino que el de vasijas, y decir que el hombre malvado está lleno de vino de la viña de Sodoma y de Egipto, lleno de vino de los enemigos de Israel; pero el santo y aquel que progresa en virtudes, está lleno de vino de la viña de Sorec, vino del cual está escrito: "Tu copa embriagante, ¡cuán gloriosa es!" (Salmo XXII, 5), vino que la Sabiduría ha mezclado. Y esto se entiende para mí según la maldad y la virtud, para que reconozcamos cómo toda vasija se llenará de vino. Si, sin embargo, las vasijas se llenan de maldad o de virtudes, es consecuente que se llenen de castigos por la maldad, de bendiciones por la virtud. Que las sagradas escrituras presenten testimonio de cómo los tormentos o las promesas se llaman vino. "Toma la copa de este vino puro y haz beber a todas las naciones a las que yo te envío" (Jerem. XXIII, 15). Jeremías dice esto, sobre lo cual añade: "Y beberán, y vomitarán, y enloquecerán, y caerán". Por lo tanto, en este lugar presente llamó vino puro a los castigos. Algunos beben vinos puros, es decir, son dignos de vinos puros; otros, sin embargo, beben castigos: vinos no completamente puros, sino en parte mezclados: "Porque en la mano del Señor hay una copa de vino puro llena de mezcla, y ha inclinado de esto en aquello, pero su hez no ha sido vaciada, beberán de ella todos los pecadores de la tierra" (Salmo LXXIV, 9). Si deseas también ver la copa de bendición que beben los justos, aunque el testimonio de la Sabiduría es suficiente, en el que dice: "Bebed del vino que he mezclado para vosotros" (Prov. IX, 5), sin embargo, observa al Salvador ascendiendo el día de la Pascua, un gran cenáculo dispuesto y limpio, y celebrando la fiesta con sus discípulos, ofreciéndoles aquella copa de la que en el Evangelio (Luc. XXII, 12), que la mezcló y así la entregó; Jesús, alegrando a los discípulos, les ofrece una copa pura y dice: "Tomad y bebed: Este es mi sangre que por vosotros será derramada para remisión de los pecados" (Mat. XXVI, 27). "Haced esto, cuantas veces bebáis, en memoria mía" (1 Cor. XI, 24). Y: "En verdad os digo, no beberé de este fruto de la vid desde ahora, hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de Dios" (Mat. XXVI, 28). ¿Ves la copa del nuevo Testamento? ¿Ves la copa de los castigos que expusimos antes, llena de vino puro? Hay también otra copa, que por compensación de buenas o malas acciones se te mezcla y entrega. Entiende, pues, que aquellos que se apartan completamente de la piedad, y en todo se oponen a la religión, hasta el punto de vivir al azar y como bestias, beben la copa de vino puro que sacamos del libro de Jeremías; aquellos que no se han apartado completamente, pero siendo pecadores, y juzgados indignos de la copa del nuevo Testamento, y a menudo hacen buenas obras, a menudo contrarias, beben una copa mezclada con puro. Porque Dios ha inclinado de esto en aquello. ¿Qué significa que dice, de esto en aquello? Veo dos copas. Ha inclinado de esto en aquello, pero su hez no ha sido vaciada (Salmo XLIII, 9).

Observa el cáliz de tus buenas obras en una mano del Señor. Pero si me permites decir algo más audaz, que el cáliz de las virtudes esté en su mano derecha, y el de los vicios en la izquierda. Cuando, por tanto, comiences a ser atormentado por tus pecados, ya que también has hecho buenas obras, el cáliz en la mano del Señor está lleno de vino puro mezclado, e inclinó de este a aquel: es decir, de lo que estaba en la derecha, a lo que estaba contenido en la izquierda. Pues no puedes beber solo del cáliz de los buenos, como si solo hubieras hecho el bien: ni tampoco solo del de los pecadores, porque también has realizado buenas acciones en algún momento. Por eso inclinó de este a aquel, para que según la compensación de tus obras se te mezcle un castigo más aguado o más fuerte, y según tus méritos, o se embote el aguijón de la ira divina, o se aguce. Si, por el contrario, eres bueno y has guardado los mandamientos de Dios, presta atención a lo que dices: Tomaré el cáliz de la salvación, e invocaré el nombre del Señor (Salmo 115, 13). Por tanto, todo odre, ya sea bueno o malo, se

llenará con el vino de su calidad, y no se le echará aceite ni otro líquido, sino el vino de Sodoma o de Sorec. Luego enseña, siguiendo la letra, para aquellos que pecaron en Jerusalén y que en ese tiempo habitaban en Judea, con qué tipo de vino deben llenarse tales odres. Pues sigue: Si te dijeren: ¿Acaso no sabemos que todo odre se llenará de vino? les dirás: Así dice el Señor: He aquí que lleno a todos los habitantes de esta tierra, y a los reyes, y a los hijos de David que se sientan en su trono, y a los sacerdotes con embriaguez (Jeremías 13, 12). No perdona a nadie que vaya a castigar a los pecadores. No porque sea profeta, no porque alguien sea llamado sacerdote, será liberado de los castigos. Pero estas cosas se mencionan sobre ellos, como dice el Apóstol: están escritas para nosotros, sobre quienes han llegado los fines de los siglos (1 Corintios 10, 11). Si, por tanto, alguno de estos sacerdotes, digo en nosotros los presbíteros, o en aquellos que rodean al pueblo, los levitas, es decir, los diáconos, peca, sufrirá el castigo que ahora el Señor amenaza a través del profeta: así como, por el contrario, hay ciertas bendiciones sacerdotales, sobre las cuales, con la ayuda de Dios, después de la exposición de este lugar, cuando lleguemos al libro de los Números, discutiremos: pues allí están escritas algunas cosas sobre los sacerdotes: Y por tanto, sacerdotes, y profetas, y Judá, y todos los habitantes de Jerusalén, Dios testifica que serán embriagados con vino, y dispersados hombre de su hermano, y padres de sus hijos (Jeremías 13, 11, 19). Estas cosas (como me parece) deben entenderse así: Dios reúne a los justos y separa a los pecadores. Por lo tanto, mientras no se han movido los hombres del oriente, no han sido dispersados. Pero cuando se han movido del oriente, y el hombre dice a su prójimo: Venid, edifiquemos una ciudad, y una torre, cuya cúspide llegue hasta el cielo (Génesis 11, 4). Dios habló, diciendo: Venid, descendamos, y confundamos allí sus lenguas (Génesis 11, 7, 9). Y poco después añade: Y los dispersó Dios desde allí sobre la faz de toda la tierra. El pueblo de Israel, antes de pecar, estaba en Judea, después de los pecados fue dispersado por todo el mundo. Entiende algo similar sobre todos nosotros. Hay una cierta Iglesia de los primogénitos, es decir, de aquellos que están inscritos en los cielos, donde está el monte Sion, y la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial. Bienaventurados los que allí serán reunidos. Pero los pecadores serán separados unos de otros, para que incluso en esto sean atormentados con igual sufrimiento. Sé que algunos reyes, aquellos que han conspirado contra su imperio, solían deportarlos a islas desiertas, y por grandes castigos ordenaban esto, para que no sufrieran la penuria del exilio en un solo lugar, sino que la esposa fuera desterrada a una parte del mundo, y los hijos a otra, para que ni siquiera en sus calamidades disfrutaran del consuelo, ni el padre del hijo, ni la madre de la hija, ni el hermano del hermano. De manera similar, el pecador sufre tormentos más amargos de soledad por una cierta disposición de Dios, si es relegado solo al exilio, para que corregido regrese a su estado anterior. Y así como tú buscas traer de vuelta a tus parientes o hijos no con ira fortuita ni irracional, sino a través de palabras, del error en el que habían caído: así Dios a aquellos que no pudieron ser convertidos por la palabra, los retrae a lo que fueron mediante dolores y tormentos, según la Escritura que dice: Por todo dolor y flagelo corregirás a Jerusalén. Para que, por tanto, crezca el dolor del castigo correctivo, aquellos que son corregidos son separados unos de otros. Pues de alguna manera el castigo se hace más leve, si muchos en el mismo lugar se consuelan mutuamente con sus palabras. Pero si es necesario introducir también otra razón para la división de los malos, también la presentaremos. Los malos, cuando están juntos, piensan en lo que es malo, y perseverando en su antigua maldad, aumentan pecados con pecados: así como, por el contrario, los buenos, cuando están juntos, conversan sobre cosas honestas. Por lo tanto, se disuelve y se reduce a nada el pensamiento malvado, cuando no tiene la conversación de otro más malvado. Por eso, por disposición de Dios, se provee que los peores sean separados de los peores, para su propio beneficio, para que por la misma soledad y falta de compañía, a veces desistan de sus antiguos crímenes. Esto sobre lo que se ha dicho: Y los dispersaré, hombre y su hermano, y sus padres, y sus

hijos en lo mismo, dice el Señor: No buscaré, y no perdonaré, y no tendré misericordia de su destrucción (Jeremías 13, 14). Con estos y semejantes discursos, los herejes se levantan diciendo: ¿Ves cómo es el Creador, el Dios de los profetas y de la ley, lo que dice? No perdonaré, y no tendré misericordia de su destrucción. ¿Cómo puede ser este bueno? Tomaré, por tanto, el ejemplo de un buen juez que por el bien común no tiene misericordia de algunos, para que podamos ver cómo Dios, perdonando a muchos, no perdona a uno: tomaré también el de un médico, mostrando que no perdona a un miembro, para perdonar a todos los miembros. Por ejemplo, digamos: Que un juez tenga el propósito de proveer tranquilidad a la ciudad y paz a la nación que preside. Si se le presenta un ladrón de buena apariencia, bastante joven, por otro lado una madre con el cabello suelto suplica que tenga misericordia de su vejez, y por otro lado una esposa lamenta con voz llorosa que no mate a su marido, y rodean también los pequeños hijos que pronto quedarán huérfanos: ¿qué hará el juez? ¿Tendrá misericordia del ladrón, o no? ¿Qué conviene en común a la ciudad? Si tiene misericordia, el homicida volverá a su antiguo crimen: pero si permanece en la severidad judicial, un hombre perecerá, y se proveerá para todo el pueblo. Así Dios, si perdona al pecador, y teniendo misericordia de él, no quiere castigarlo por su crimen, ¿quién no tomará licencia para el mal? Aquel que al menos se asusta por los castigos, ¿no invadirá el tiempo para cumplir todo lo que quiera, y se precipitará en los vicios? Estas cosas podemos considerar que a menudo suceden en la Iglesia. Alguien ha pecado, y después del pecado pide la comunión. Si se le concede lo que pide, el perdón procede en detrimento de todos, y aflojadas las riendas, se abre el camino a los crímenes. Pero si con deliberación razonable, no como inmisericorde, ni tampoco como juez cruel, sino como uno que provee a uno, y considerando la salvación de todos, ha considerado el daño del pueblo en el perdón de uno, no hay duda de que hará que uno sea expulsado de la Iglesia, para salvar a muchos sanos. Ahora considera también al médico, si cesa de cortar esa herida que debe ser cortada, si no cauteriza lo que necesita cauterio, evidentemente por los dolores que resultan de tales remedios, ¿cómo crecerá la enfermedad, y la vejez se agravará? Pero si (por así decirlo) el cirujano temerario se acerca a la herida, y la cauteriza, cura a aquel que es cortado y cauterizado, porque ha asumido un poco de severidad, aunque parezca no tener misericordia del enfermo por un momento. Así también Dios no cura a un solo hombre, sino al mundo entero, lo celestial y lo terrenal, y todo lo dispensa en todas partes. Y cuando provee lo que es conveniente para uno, mucho más provee lo que es conveniente para todo el mundo y para todos los hombres. Provee ciertamente también lo que es conveniente para uno, pero de tal manera que la utilidad de uno no sea en detrimento de todos. Por eso también el fuego eterno está preparado, y el infierno, y las tinieblas exteriores: todas estas cosas no están constituidas tanto por aquel que debe ser castigado, como por todos los hombres. Si deseas tomar la Escritura como testigo de esto, que para la instrucción de otros, aunque los pecadores ya sean desesperados, y completamente ajenos a la curación, son atormentados, escucha a Salomón en los Proverbios diciendo: Al azotar al pestilente, el imprudente se hará más sabio (Proverbios 19, 25). No dijo que el que es azotado se hará más sabio y más prudente por su castigo, sino que el insensato se convertirá de la necedad a la prudencia por los castigos del pestilente: esto se significa precisamente por el mismo nombre de astucia, y se convierte de la astucia, al ver a otros ser atormentados por los pecados a los que él mismo es propenso. Por lo tanto, nos beneficia, si somos dignos de salvación, que otros sean atormentados para nuestra utilidad. Y así como el pecado de Israel fue útil para la salvación de las naciones, así el castigo de algunos es útil para la salvación de otros. Y por eso Dios es bueno y clemente: No perdonaré, dice, y no tendré misericordia de su destrucción. Cerrado este capítulo, veamos qué enseña la Escritura siguiente: Escuchad y percibid con vuestros oídos, y no os ensoberbeczáis, porque el Señor ha hablado. Dad gloria al Señor vuestro Dios antes de que oscurezca, y antes de que vuestros pies tropiecen sobre los montes tenebrosos: y esperad la luz, y allí la sombra de la muerte, y

serán puestas en tinieblas. Si no escucháis en secreto, llorará vuestra alma ante la afrenta, y vuestros ojos derramarán lágrimas, porque el rebaño del Señor ha sido quebrantado (Jeremías 13, 13, 16, 17). Quiere que escuchen y perciban con sus oídos, no contento solo con la audición, ni solo con la percepción de los oídos; por eso dice: Escuchad y percibid con vuestros oídos, y lo que es mayor que esto, no os ensoberbeczáis, y lo demás que sigue. ¿Qué es entonces escuchar, y qué es percibir con los oídos, consideremos a partir de las mismas palabras. Percibir con los oídos es (como me parece) escuchar con los oídos lo que se dice. Pero lo que precede, Escuchad, si se dice en distinción de ese precepto que se introduce después, percibid con los oídos, esto ordena que se reciba en la mente y el sentido lo que se dice. Y no solo en este lugar, sino en toda la Escritura hay algunas cosas fáciles y prontas para entender, que tan pronto como se leen, proporcionan utilidad a los lectores. Hay otras más secretas e inefables, y (por así decirlo) envueltas en ciertas oscuridades. De estas cosas que están ocultas y necesitan exposición, creo que ahora se ha dicho: Escuchad: de aquellas que son convenientes para el oyente sin el escrúpulo del intérprete: Percibid con los oídos. Recorramos todas las Escrituras, y convertidos en probados cambistas, digamos, esto debemos escuchar, esto percibir con los oídos. Por tanto, cuando hayamos escuchado y percibido con los oídos lo que se dice, no nos ensoberbecemos: Pues todo el que se humilla será exaltado (Lucas 18, 14). Y nuestro Salvador, diciendo: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas (Mateo 11, 29): nos enseña a no ensoberbecernos. Pues aunque el género humano es afligido por muchos vicios, es principalmente oprimido por este pecado. Y no hay un solo modo de soberbia. Uno se exalta irracionalmente, y al modo de los necios en aquellas cosas que son más dignas de vergüenza, o ciertamente exceden el límite de la exaltación. Otro, como seducido por una razón verosímil, se eleva sobre aquellas cosas que considera dignas de gloria, aunque incluso en tales cosas es peligroso gloriarse. Tomaré un ejemplo, para que sea más claro. Hay algunos que se jactan de ser hijos de duques, y nacidos de una familia noble.

Estos hombres no pueden mostrar ni siquiera la sombra o imagen de su altivez. Hay otros que se enorgullecen de ello, porque tienen el poder de matar a hombres, y, como ellos creen, están respaldados por tal dignidad que pueden decapitar a quienes deseen. La gloria de estos está en su confusión. Otros se jactan de sus riquezas, no de las verdaderas, sino de aquellas riquezas que están abajo. Algunos se enorgullecen de una casa espléndida, de muchas posesiones: en todas estas cosas no hay motivo para gloriarse. Lo que se considera verosímil y digno, como algunos piensan, es la gloria cuando alguien se eleva por su sabiduría, o es consciente de que durante diez años no ha tocado cosas venéreas, o ha permanecido íntegro y casto desde la infancia. Otro se enorgullece porque ha llevado cadenas por Cristo. Todas estas cosas parecen correctas y sugieren una cierta persuasión para gloriarse; pero ni siquiera en estas (si seguimos la verdad) alguien se eleva razonablemente, porque incluso en las cosas buenas gloriarse no está exento de peligro. Pablo tuvo motivos de altivez, teniendo en sí visiones, revelaciones, señales, virtudes, por los trabajos que sufrió por causa de Cristo, por las Iglesias que estableció, esforzándose por poner el fundamento donde Cristo no había sido nombrado. Todas estas eran materias de glorias, y si es conveniente decirlo así, una causa verosímil que justificara una jactancia honesta. Pero porque ni siquiera en tales cosas es seguro elevarse, el Padre benigno y providente, así como le otorgó revelaciones y gracias diversas, también para la protección de sus dones le entregó un Ángel de Satanás (II Cor. XII, 7), para que lo abofeteara, no fuera que se enalteciera, y por esto rogó al Señor tres veces, para que el Ángel de Satanás, que le había sido asignado según la disposición, se apartara de él. Pero el Señor le respondió (pues Pablo era digno de la respuesta del Señor) y le dijo: "Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad" (II Cor. XII, 9). Por tanto, no hay que

gloriarse de nada. La ruina sigue a la jactancia, como dice la Escritura: "Antes de la destrucción se eleva el corazón del hombre, y antes de la gloria está la humildad" (Prov. XVIII, 12). Y esto se ha dicho sobre lo que dice: "Escuchad y percibid con vuestros oídos, y no os enaltezcan, porque el Señor ha hablado" (Jer. XII, 15, 16). Veamos también lo demás. Dad gloria al Señor nuestro Dios, antes de que oscurezca, y antes de que vuestros pies tropiecen sobre los montes tenebrosos, y esperad en la luz. Aquel que va a dar gloria a Dios, quiere darla en la luz, como si ya no pudiera proclamar la gloria cuando las tinieblas hayan surgido. ¿Cuándo oscurece y cuándo no hay tinieblas? Trabajad mientras la luz está en vosotros. La luz está en ti, si tienes en ti al que dice: "Yo soy la luz del mundo" (Juan, VIII, 12). Mientras esta luz te ilumine, glorifica a Dios, sabiendo que vendrán las tinieblas. No te conviene esperar a que lleguen; sino que antes de que sucedan, da gloria a Dios. Quizás entiendas este capítulo presente, si tomas un ejemplo del Evangelio, que se expresa así: "Trabajad mientras es de día, viene la noche cuando nadie puede trabajar" (Juan IX, 4). Allí llamó día a este siglo, y necesariamente lo añadí allí. Sé que en otros lugares se significa disonancia con el término día. Así pues, llamó día a este siglo, y a las tinieblas y la noche, la consumación del mundo, por los castigos que vendrán. ¿Por qué desear el día del Señor? Y esto es tinieblas y no luz (Amós V, 18), dice el profeta Amós. Si consideras después de la consumación del mundo ese lamento que casi todo el género humano sufrirá por lo que ha pecado, verás cómo las tinieblas ocuparán todo, y nadie podrá en ese tiempo glorificar a Dios. Pues incluso a los justos en Isaías se les ordena: "Ve, pueblo mío, entra en tus aposentos, cierra tu puerta, y escóndete un poco, hasta que pase la ira de Dios" (Isaías XXVI, 20). Y también en esto, quien pueda, observe por qué dijo un poco: pues este poco que es pequeño, no es pequeño para los hombres. Y debemos considerar cómo para cada uno algo es poco o mucho. Para probar esto también usamos un ejemplo. A cada animal, según su naturaleza y modo de cuerpo, el alimento es poco o mucho; y lo que para uno es poco, para otro es mucho. ¿Por qué hablar de los animales? También en el mismo hombre hay diferencias de cosas. Lo que para un hombre es poco, para un niño es excesivo. Y de esta manera, todo el tiempo de la vida humana, aunque exceda los cien años, en comparación con la eternidad es breve: por lo cual el poco de Dios es mucho para nosotros, y a su vez todos los siglos comparados con Dios son brevísimos. Así pues, se dice: "Ve, pueblo mío, entra en tus aposentos, cierra la puerta, escóndete un poco". Ese poco no se refiere a la naturaleza de aquel que se le ordena entrar en sus aposentos, sino a quien lo ordena, para quien todo lo que es grande es poco. Pues si hasta que pase la ira de Dios, es necesario que algunos entren en sus aposentos; hay otros a quienes no se les perdonarán los pecados, no solo en este siglo presente, sino también en el futuro, es evidente que el poco se refiere a lo que hemos dicho. Dad, pues, gloria al Señor vuestro Dios (Jer. XIII, 16). ¿Cómo damos gloria al Señor nuestro Dios? No solo con palabras y voces debe ser glorificado el Señor: glorifícalo en castidad, justicia, beneficencia: glorifícalo en fortaleza, paciencia, piedad, sabiduría, y demás virtudes. Así debe ser glorificado Dios, si introduzco lo contrario, no quiero que penséis que blasfemo. Presento, pues, la Escritura como testigo de mi sentido, cómo el casto glorifica, el lujurioso deshonra a Dios: pues destruye y corrompe su templo, como Nabucodonosor, y según el Apóstol, por la transgresión de la ley, deshonra a Dios (Rom. II, 23). Por tanto, el justo glorifica a Dios, y cualquiera que sea pecador lo afrenta. Pues también aquello que algunos dudan, si hay providencia de Dios, no nace por otra causa sino por los vicios. Quítalos, y has quitado también las causas de destruir la providencia arriba y abajo. Los que disputan contra la providencia dicen esto. ¿Por qué tantos adúlteros? ¿Por qué tantos afeminados? ¿Por qué tantos sacrílegos? ¿Por qué tantos irreligiosos? Y así los pecadores generan afrentas a la providencia, ofensas a Dios, y acusaciones al Creador. De lo cual claramente se ve que unos dan gloria a Dios, otros lo afrentan, mientras sirven a pasiones y vicios. Dad gloria al Señor vuestro Dios antes de que oscurezca, y antes de que vuestros pies tropiecen en los montes

tenebrosos (Jer. XIII, 16). Hay otros montes tenebrosos, otros luminosos. Sin embargo, porque ambos montes son grandes, los montes luminosos son los ángeles de Dios y los profetas: Moisés su siervo, los apóstoles de Jesucristo, de quienes creo que se dice: "Sus fundamentos están en los montes santos" (Sal. LXXXVI, 1). Los montes tenebrosos son los que se levantan contra el conocimiento de Dios (II Cor. X, 5). Zabulón es un monte tenebroso. Los príncipes de este siglo que son destruidos, son montes tenebrosos. El demonio del lunático era un monte y tenebroso: era un monte del que el Salvador dijo: "Si dijeres a este monte" (Mat. XVII, 19): pues la cuestión surgió sobre el demonio lunático: y cuando los discípulos dijeron: "No pudimos echarlo", respondió el Salvador: "Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a este monte, del que preguntasteis, del que propusisteis: diríais a este monte: Trasládate de aquí, y se trasladará", es decir, del hombre a un lugar definido para él. Por tanto, los que tropiezan, no tropiezan sobre los montes luminosos, sino sobre los montes tenebrosos, si están con Zabulón y sus ángeles, los montes tenebrosos. Y esperad en la luz. Puede, de hecho, adaptarse a esto que se dice: "Dad gloria al Señor nuestro Dios" (Jerem. XIII, 16), lo que ahora se añade: "Y esperad en la luz". Si dais gloria al Señor nuestro Dios, antes de que oscurezca, y antes de que vuestros pies tropiecen en los montes tenebrosos, no hay duda de que aunque oscurezca, y esperéis la luz, os recibirá. Otro dirá, no sé si correctamente o incorrectamente, que incluso aquellos que tropiezan en los montes tenebrosos, esperan alguna vez la luz de la misericordia. Esto parece mostrar: "Y esperad en la luz". Pero si alguien llega a los montes tenebrosos, ve lo que encuentra allí. Allí está la sombra de muerte, allí los montes tenebrosos, allí la sombra de muerte engendrada por los mismos montes. Y serán puestos en tinieblas. Y si no escucháis en secreto, vuestra alma se gloriará a causa de la afrenta (Jer. XIII, 17). De los que escuchan, algunos escuchan en secreto: otros, cuando escuchan, no escuchan en secreto. ¿Qué es entonces escuchar en secreto? Es aquello: "Pero hablamos sabiduría de Dios en misterio oculto: la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria" (II Cor. II, 7). Y nuevamente en otro lugar se dice, porque muchas de las obras de Dios están en lo oculto (Ecl. XVI, 22). Si escucho la ley, o la escucho en secreto, o no en secreto. El judío, porque no escucha la Ley en secreto, es circuncidado en manifiesto, sin saber que el que es circuncidado en manifiesto no es judío, ni la circuncisión que es en la carne es en manifiesto. Pero el que es oyente de la circuncisión oculta, es circuncidado en secreto. El que escucha la Ley en secreto sobre los misterios de la Pascua, se alimenta del Cordero Cristo; pues nuestra Pascua, Cristo, ha sido inmolidado (I Cor. V, 7); sabiendo que la carne del Verbo de Dios es verdadera comida, se alimenta de ella. Escuchó en secreto sobre la Pascua. Pero el miserable judío por eso mató al Señor Jesús, y hasta el día presente es culpable de su muerte, porque no escuchó en secreto la Ley y los profetas. Si alguna vez puedes escuchar sobre los ázimos en secreto, puedes escuchar en manifiesto. Cualquiera de vosotros (pues la Pascua está cerca) que celebre los ázimos, es decir, estos ázimos corporales, no ha escuchado el mandato que dice: "Si no escucháis en secreto, llorará vuestra alma". Y sobre el sábado, algunas mujeres que no escuchan al profeta, no escuchan en secreto, sino que abiertamente se lavan el sábado, y vuelven a los elementos pobres y débiles, como si Cristo no hubiera descendido, y nos hubiera lavado con su bautismo de los inicios legales a la perfección evangélica. Por eso prestemos más atención, si alguna vez leemos la Ley y los profetas, para no caer en la maldición que ahora se dice: "Si no escucháis en secreto, llorará vuestra alma a causa de la afrenta". Cualquiera que observe el ayuno de los judíos, como ignorando el día de la redención después de la venida de Jesucristo, no escucha la redención en secreto, sino solo abiertamente. La escucha de la propiciación está oculta, saber cómo Dios puso a Jesús como propiciación por nuestros pecados, y que él es la propiciación por nuestros pecados, no solo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo (II Juan II, 2). También las parábolas cuando se leen en el Evangelio, y hay un oyente extraño, no puede escucharlas en secreto. Si el oyente es un

Apóstol, y uno de los que entran en la casa de Jesús, se acerca a él, pregunta sobre la oscuridad de la parábola, y si le ha interpretado lo que ha escuchado, entendiendo el Evangelio, las escucha en secreto, para que su alma no llore. Pues de aquellos que no escuchan en secreto, llorará su alma. Qué admirablemente no dijo: Lloraréis, si no escucháis en secreto, sino: "Llorará vuestra alma": pues es el llanto solo del alma, y quizás este sea, del que el Salvador dijo, "Allí será el llanto y el crujir de dientes" (Mat. VI, 25). También aquella amenaza, en la que a los que ríen se les anuncia luto y lágrimas, es de este llanto, que el profeta ahora menciona, diciendo: "Si no escucháis en secreto, llorará vuestra alma a causa de la afrenta" (Jer. XIII, 17). Pues cuando hayáis sufrido afrenta, entonces lloraréis, y vuestros ojos derramarán lágrimas, porque el rebaño del Señor está destruido. Si consideramos el estado en el que ahora están los judíos, y lo comparamos con la antigua felicidad, veremos cómo el rebaño del Señor está destruido. Pues alguna vez este fue el rebaño del Señor, y porque se juzgaron indignos de la salvación, la palabra del Señor se volvió a los gentiles. Si, por tanto, aquel rebaño está destruido, nosotros, el acebuche, que contra la naturaleza hemos sido injertados en el buen olivo de los Patriarcas (Rom. XI, 24), ¿no debemos temer más, no sea que también este rebaño del Señor sea destruido? Pues es futuro que alguna vez también este rebaño sea destruido, según aquello que el Salvador dijo: "Cuando se multipliquen las iniquidades, entonces se enfriará el amor de muchos" (Mat. XXIV, 12): ¿de quiénes se dice esto, se enfriará el amor de muchos? ¿no es de aquellos que se llaman cristianos? ¿de quiénes es este discurso: "Sin embargo, cuando venga el Hijo del Hombre, ¿crees que encontrará fe en la tierra?" (Luc. XVIII, 3)? ¿no es de nosotros? Por eso, proveamos más atentamente, para que cada día este rebaño del Señor mejore, se fortalezca, permanezca íntegro, para que, alejándose toda destrucción de nuestras almas, seamos hechos perfectos en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA DÉCIMA ¿Quién se compadecerá de ti, Jerusalén? etc. (Jerem. XV, 5 y ss.).

835 Las palabras dirigidas a Jerusalén con gran amenaza, queremos entenderlas de la siguiente manera. ¿Quién tendrá piedad de ti, Jerusalén? ¿O quién se lamentará por ti? ¿Quién se volverá a pedir lo que es para tu paz? Te has apartado de mí, dice el Señor. Caminarás hacia atrás, y extenderé mi mano sobre ti, y te destruiré, y ya no te permitiré, y los dispersaré en dispersión. Dije: Me he quedado sin hijos: la necesidad me ha atrapado. Tomaré un ejemplo: Algún enemigo y traidor ha sido juzgado contra el Emperador de esta tierra: a este se le quita toda misericordia; evidentemente, para que al compadecerse de un condenado, no se ofenda al que condena. También hay algunos que añaden a la severidad, para que ni siquiera se lamenten por él, evitando en gran medida que a través de la tristeza del rostro se muestre que se ofende al juicio del rey. Si has entendido, considera conmigo al pecador condenado por Dios debido a muchos pecados, y observa cómo, con innumerables ángeles presidiendo sobre el género humano, no es juzgado digno de misericordia por ninguno. Cada uno de los ángeles, al ver que es Dios quien ha condenado, que es el Creador quien se aparta, y que el pecado es tal que el Dios misericordioso y clemente de alguna manera se ha visto obligado a pronunciar sentencia sobre él, no perdonan, no se lamentan, ni tienen misericordia, no se vuelven para pedir por él la paz. Jerusalén, por lo tanto, que además de sus crímenes anteriores, añadió este de crucificar a mi Señor Jesús, y se elevó tanto en maldad que el Salvador dijo de ella: Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los enviados a ti, cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste. He aquí, vuestra casa os será dejada desierta (Mat. XXIII, 37; Luc. XIII, 34), por eso fue abandonada, y hasta el presente tiempo está desolada. Los ángeles que siempre la ayudaban, por quienes incluso la ley de Moisés fue dada, dispuesta por ángeles en mano de un mediador (Gál. III, 19), la abandonaron, y dijeron: Está oprimida por muchos crímenes,

mató a Jesús; y puso sus manos sobre nuestro Señor. Mientras pecaba menos, podíamos rogar por ella, podíamos suplicar al Señor, podíamos perdonarla: pero sobre esto, ¿quién perdonará? Si un hombre peca contra otro hombre, se intercederá por él; pero si peca contra Dios, ¿quién orará por él? Jerusalén cometió un gran pecado, perpetró una gran maldad, por eso se ha convertido en conmoción (Lam. I, 8): Y se le dice: ¿Quién tendrá piedad de ti, Jerusalén, o quién se lamentará por ti? No nos lamentamos por Jerusalén, ni por sus calamidades, ni por todo su pueblo. Porque por su delito, la salvación nos ha sido dada para emularlos. Y porque ha pecado de tal manera que se dijo con la voz del Señor: ¿Quién tendrá piedad de ti, Jerusalén? yo también digo a la asesina de mi Señor: ¿Quién tendrá piedad de ti, Jerusalén? y ¿quién se lamentará por ti? Pero pasaré al entendimiento espiritual desde la humildad de la letra, abriéndome camino la razón, para ver cómo cada alma, digna de la paz de Dios, es llamada Jerusalén. Después de la disciplina divina, te has convertido en Jerusalén, que antes eras Jebus. En la historia se refiere que el nombre de este lugar era Jebus, y después, cambiado el nombre, fue llamado Jerusalén. Los descendientes de los hebreos transmiten que Jebus significa Conculcada. Jebus, por lo tanto, conculcada por las fuerzas contrarias, nuestra alma ha sido transformada y hecha Jerusalén, Visión de paz. Si después de la transformación de Jebus en Jerusalén pecas, y consideras común la sangre del testamento, como algunos, se dirá también de ti: ¿Quién tendrá piedad de ti, Jerusalén, y quién se lamentará por ti? ¿Quién se lamentará, si eres tal que entregas a Jesús? Cada uno de nosotros, cuando peca, especialmente quien peca gravemente, peca contra Jesús. Y si además se aparta de la fe, hace espiritualmente a Cristo lo que Jerusalén hizo corporalmente. Por lo tanto, ¿cuánto más pensáis que merece peores castigos aquel que ha pisoteado al Hijo de Dios, y ha considerado impura la sangre del testamento en la que fue santificado, y ha ultrajado al Espíritu de gracia (Hebr. X, 29)? Si has pisoteado a Jesús, el Hijo de Dios, has ultrajado al Espíritu de gracia, ¿quién tendrá piedad de ti? ¿quién se lamentará por ti? ¿quién se volverá a pedir lo que es para tu paz? La misma alma pecadora que traicionó a Jesús, quien rogaba y proveía lo que era para la paz, ¿quién puede ya rogar, volviéndose a lo que es para tu paz? Sabiendo, pues, que es imposible que aquellos que una vez fueron iluminados, gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, gustaron igualmente de la buena palabra de Dios, y de los poderes del siglo venidero, y cayeron, sean renovados de nuevo para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios, y exponiéndolo a la vergüenza (Hebr. VI, 4), nos esforzamos con todo trabajo, para que no se diga también de nosotros: ¿Quién tendrá piedad de ti, Jerusalén? o ¿quién se lamentará por ti? o ¿quién se volverá a pedir lo que es para tu paz? Para la interpretación restante, lo que sigue es conveniente: Tú te has apartado de mí, dice el Señor, caminarás hacia atrás (Jerem. XV, 6). Porque te has apartado del Hijo de Dios, y por esto también te has alejado de Dios Padre, caminarás hacia atrás. ¿Qué necesidad hay de repetir lo evidente? Jerusalén, que una vez estuvo en Judea, de la cual figurativamente se entienden todos los judíos, porque se apartó de Cristo, por eso camina hacia atrás. Hubo un tiempo cuando no caminaron hacia atrás: ahora, sin embargo, caminan, y se han vuelto de corazón a Egipto, para caminar hacia atrás. ¿Qué significa, pues, caminar hacia atrás, o extenderse hacia lo anterior, considera. El justo, olvidando lo que está detrás, se extiende hacia lo anterior (Filip. III, 13). El pecador recuerda lo posterior, no deseando lo anterior. Pero quien recuerda lo posterior, transgrede la ley de Jesús que dice: No se vuelva atrás para tomar su manto (Mar. XIII, 26): Es desobediente a su dicho: Acordaos de la mujer de Lot (Luc. XVII, 32), desprecia el mandato del Salvador que dice: Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el reino de Dios (Luc. IX, 62). También encontramos escrito en la Ley que los ángeles dijeron a Lot al salir de Sodoma: No mires atrás, ni te detengas en toda la región: escápate al monte, no sea que seas atrapado (Gen. XVI, 17). Tienes también este entendimiento digno del espíritu de Dios: No mires atrás, dice, es decir, extiéndete hacia lo anterior. Has dejado Sodoma, no regreses a

Sodoma. Has dejado los vicios y pecados, no regreses a ellos. No te detengas en toda la región. Aunque hayas guardado el mandato anterior, del cual se dice: No mires atrás, no te basta para la salvación, a menos que también observes lo siguiente: No te detengas en toda la región; no es conveniente para quien comienza a progresar, que se detenga en las regiones de Sodoma. Y si has trascendido Sodoma, y al salir de la región de Satanás, comienzas a ser libre de los castigos, es conveniente que te salves en el monte. No mires atrás, ni te detengas en toda la región: escápate al monte, no sea que seas atrapado. Si deseas no ser atrapado por la ruina de Sodoma, no te vuelvas atrás, no te detengas en su región, no vayas a otros lugares, sino que cuando te hayas ido de allí, sube al monte, en el cual solo hay salvación, el nombre de Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA UNDÉCIMA Desde el lugar donde está escrito: ¡Ay de mí, madre mía! (Jerem. XV, 10), hasta el lugar donde dice: Si te vuelves, te restauraré (Jerem. XV, 19).

839 Médicos de los cuerpos, asistiendo a los enfermos y queriendo curar, según la disciplina de su arte, a aquellos que están en estado de enfermedad, ven cosas tristes, manejan lo desagradable y se consumen con su propio dolor en las calamidades ajenas: pues su conversación siempre está en el gemido, siempre en las preocupaciones, nunca tienen compañía con los alegres: perseveran en servicio continuo con los heridos, con aquellos cuyas carnes están debilitadas por diversos males, que arden en fiebre, que son atormentados por el dolor. Y si alguno de ellos quiere cumplir con la medicina, no se indigna, no olvida el propósito de su arte, después de haber estado con aquellos de quienes se ha hablado. Decimos esto en el prólogo porque los profetas son de algún modo médicos de las almas, y siempre se les ordena ir allí donde hay enfermos: No tienen necesidad de médico los sanos, sino los que están mal (Luc. IX, 31). Lo que los médicos sufren de los enfermos delicados, lo soportan los profetas y maestros de aquellos 840 que no quieren ser curados. Son odiados como si prescribieran contra los deseos de los enfermos, porque prohíben a los que están enfermos usar de delicias y alimentos variados, y no quieren alimentarse con las comidas de los enfermos. Huyen, pues, los desobedientes y enfermos de los médicos, y los rechazan con maldiciones e injurias, y les hacen precisamente lo que uno haría a sus enemigos y adversarios. Los abominan como si vinieran como enemigos, como si solo desearan que de su disposición nacieran dolores y la parquedad en la comida: cómo con el hierro más afilado cortan los cuerpos; y los maldicen como autores de tantos tormentos, y no de la salud que se devuelve a través de los dolores. El pueblo, por tanto, enfermaba de varios males, y Dios les envió médicos profetas. Uno de los médicos fue Jeremías, corrigiendo a los pecadores y queriendo convertirlos de los vicios a las virtudes. Ellos, sin embargo, cuando debían escuchar lo que se decía, al contrario, acusaban al profeta ante jueces 841 semejantes a ellos. De ahí que Jeremías siempre estuviera en calumnias y tristezas, llevando el cuidado de su perversidad, en cuanto a él se refería. Según su propia incredulidad, a veces habla a los enfermos de esta manera: Y dije: No hablaré, ni nombraré el nombre del Señor. Y se convirtió en un fuego ardiente en mis huesos, y me disolví por todas partes, y no puedo soportarlo. A veces, viendo que siempre es perseguido con maldiciones, clamores e injurias, dice: ¡Ay de mí, madre mía, por qué me engendraste hombre, que soy juzgado y discernido por toda la tierra? Y porque los enfermos despreciaron al que les aconsejaba bien, y según la disciplina de la medicina no quisieron escuchar: No he sido útil, dice. Y de nuevo, porque al prestar él riquezas espirituales, los oyentes no quisieron recibirlas para obtener utilidad y devolver fruto de lo que habían recibido, dice: Nadie me ha sido útil. Pero anticipando esto, hablé antes de exponer: No he sido útil, ni nadie me ha sido útil (Jer. XX, 9). Hay, pues, una doble escritura: en muchos ejemplares se contiene: No he sido útil, ni nadie me ha sido útil. Pero en aquellos ejemplares que son más verdaderos y concuerdan con los hebreos, se

encuentra: No debía, ni nadie me debía. Por tanto, es necesario exponer tanto lo que está en uso y se lee en las Iglesias, como no pasar por alto lo que se encuentra en los códices hebreos. Jeremías predicó los mandamientos divinos; nadie prestó atención a lo que se predicaba. Por lo cual, como un médico dispuesto y pronto, ofrece medicinas a los enfermos, y a aquellos que actúan no según el arte del curador, sino según su propia voluntad, dice: No he sido útil, ni nadie me ha sido útil. De algún modo, el beneficio lo obtiene el que cura, si ve el fruto de su trabajo en el enfermo, y a través de la alegría de su mente también él obtiene utilidad, según aquello que se dice en otro lugar: Bienaventurado el que habla en los oídos de los que escuchan. Esta utilidad que obtiene el maestro de sus oyentes si progresan escuchando, mientras obtiene fruto de su salvación, de algún modo 842 Jeremías viendo que no la tiene de los judíos, dice: Nadie me ha sido útil. Pues si debe ser útil a los oyentes lo que hablo: los oyentes, sin embargo, rechazan lo que se dice: y yo digo: No he sido útil, ni nadie me ha sido útil; porque no he obtenido esta utilidad, que obtiene aquel que se hace bienaventurado, mientras habla en los oídos de los que escuchan. Pero también puede entenderse de otra manera. Cualquiera que instruye a los discípulos, si tiene oyentes ingeniosos y de naturaleza receptiva, cuanto más instruye, tanto más progresa, preguntando ellos, y a menudo inquiriendo sobre lo que dice, cuál es el sentido en lo dicho, cuál el orden, cuál la voluntad del escrito. Por lo cual, al contrario, dice: No he sido útil, ni nadie me ha sido útil. Pero como también nos queda otra exposición, debido a los ejemplares más ciertos, en los que se contiene: No debía, ni nadie me debía, consideremos también este lugar. Quien a todos restituye todo, a quien tributo tributo, a quien temor temor, a quien impuesto impuesto, a quien honor honor (Rom. XIII, 7), y a todos representa todo, no debiendo a nadie ningún oficio, por ejemplo, honrando a los padres, a los hermanos como hermanos, a los hijos como hijos, a los obispos como obispos, a los presbíteros como presbíteros, a los diáconos como diáconos, a los fieles como fieles, a los catecúmenos como catecúmenos; si todo lo devuelve a todos, no debe oficio a nadie. Si, sin embargo, debe devolver y no devuelve, no puede decir: No debía; pues habiendo debido, no pagó. Lo que sigue: Nadie me debía, debe entenderse así: Yo, en verdad, quise prestar: y prestar riquezas espirituales, pero ellos apartaron sus oídos de lo que se decía, ni quisieron mostrarse dóciles, para que me debieran lo que escuchaban. Por eso nadie me debía. Pues si alguno quiere escuchar las palabras que se dicen, se convierte en deudor de ellas, y como deudor también se le exige devolver intereses. Por lo cual es más conveniente para los oyentes recibir las palabras de la disciplina con interés, y hacerse deudores, que no recibirlas, ni deber. Tales son acusados, dice el profeta: Nadie me debía. Lo que dice: ¡Ay de mí, madre mía, por qué 843 me engendraste hombre, que soy juzgado y discernido por toda la tierra (Jerem. XV, 10)? no creo que convenga a otros profetas como a Jeremías; muchos de los profetas, después de algún tiempo, primero malos, y ya después de convertidos de sus pecados, comenzaron a profetizar: Jeremías, sin embargo, desde niño tomó el inicio de la profecía. Y de esto podemos tomar testimonio de las Escrituras. Isaías no escuchó: Antes de formarte en el vientre, te conocí, y antes de que salieras del útero, te santifiqué, y te puse como profeta en las naciones: ni dijo: No sé hablar, porque soy joven: sino que, revelada la visión a él, dijo: ¡Ay de mí, miserable, porque he sido tocado, porque tengo labios impuros y habito en medio de un pueblo de labios impuros, y he visto al rey, al Señor de los ejércitos, con mis ojos, y fue enviado a mí uno de los Serafines, y tocó mis labios, y dijo: He aquí que he quitado tus iniquidades, y he purgado tus pecados (Isai. V, 5). Por tanto, los pecados anteriores fueron purgados, y hecho digno del Espíritu Santo, Isaías profetizó. Si buscas cosas similares de otros, las encontrarás. Pero no es así Jeremías; desde las mismas cunas, lleno del Espíritu Santo, comenzó a profetizar: por lo cual dice (según el sentido común primero debemos exponer): ¡Ay de mí, madre, por qué me engendraste hombre, que soy juzgado y discernido por toda la tierra? Sin embargo, alguien interpretando este lugar, dice que el profeta no habló esto a su madre corporal, sino a aquella que engendra

a los profetas: y que no hay otra madre de los profetas, sino la sabiduría de Dios, a la que dice: ¡Ay de mí, madre mía: como si dijera: ¿Por qué me engendraste, oh Sabiduría? También leemos en otro lugar sobre los hijos de la Sabiduría, diciendo la Escritura: La Sabiduría pierde a sus hijos. ¡Ay de mí, dice, madre mía, Sabiduría, como si dijera: ¿Por qué me engendraste hombre que soy juzgado? ¿Quién soy yo que nací para ser juzgado y discernido por las reprensiones, por la corrección, por el magisterio, mientras me esfuerzo por corregir a los habitantes de la tierra? Si Jeremías dice: ¿Por qué me engendraste hombre que soy juzgado; y discernido de la tierra? no podemos exponer qué significa, toda la tierra; pues no es juzgado Jeremías por toda la tierra, a menos que, forzando violentamente la Escritura, digamos que se ha puesto, toda la tierra, 844 por toda Judea. Pues aún no había llegado su profecía en ese tiempo a toda la tierra: a menos que, como hemos mostrado en muchos otros lugares que Jeremías se pone por nuestro Señor Jesucristo, así también en este lugar presente lo interpretemos. Hemos anotado al principio de este libro lo dicho: Te he puesto como profeta en las naciones, para arrancar reinos, y subvertir, y destruir, y edificar, y plantar. Sin embargo, Jeremías no hizo esto, sino mi Señor Jesús, quien arrancó los reinos del pecado, y subvertida la edificación de la iniquidad, hizo que en nuestras almas reinara la justicia y la verdad. Así como, por tanto, aquellas cosas convienen más a Cristo que a Jeremías, así, creo, también muchas otras, y estas que ahora se dicen deben referirse al Señor. Y primero debe verse si puede ser lo que parece incongruente y blasfemo si se refiere al Señor, es decir: ¡Ay de mí, madre, que nuestro Salvador diga lamentándose por otros. Para probar esto deben presentarse testimonios, que manifiestamente no sean aptos para nadie más que para el Salvador: cómo viendo Jerusalén lloró sobre ella, porque dijo: Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que son enviados a ti, cuántas veces quise reunir a tus hijos (Matth. XXIII, 37), y lo demás. También aquellas cosas que manifiestamente son dichas por el Salvador: ¡Ay de mí, porque he sido hecho como quien recoge paja en la cosecha, y como racimos en la vendimia, cuando no queda racimo para comer de la uva primitiva. ¡Ay de mí, alma, porque ha perecido el reverente de la tierra, y no hay quien corrija entre los hombres. Todos son juzgados en sangre (Mich. VII, 1). Pues vino para cosechar frutos, y como paja encontrada en el campo debido a muchos pecadores, dice: ¡Ay de mí, porque he sido hecho como quien recoge paja en la cosecha.

Vino a vendimiarse racimos de uva en los hombres, y en la cosecha de los crímenes encontrados, dice: Y como racimos en la vendimia, cuando no queda racimo de uva para comer primicias. En otro lugar también habla al Padre de manera similar diciendo: ¿Qué utilidad hay en mi sangre, mientras desciendo a la corrupción? ¿De qué tanto he servido a los nombres, que ni siquiera en mi sangre, que derramé para su salvación, han aprovechado? ¿Qué utilidad hay en mi sangre, mientras desciendo de los cielos, mientras vengo a la tierra, mientras soy afligido con injurias, mientras llevo un cuerpo humano? ¿Qué digno se ha hecho entre los hombres con todo esto? ¿Qué utilidad hay en mi sangre, mientras desciendo a la corrupción? ¿Acaso el polvo te confesará, o anunciará tu verdad? Así es lo que se dice en Jeremías: ¡Ay de mí, madre mía, por qué me engendraste hombre? No según lo que Dios es Salvador, dice: ¡Ay de mí, madre!, sino según lo que es hombre, como en otro profeta: ¡Ay de mí, dice, alma mía, porque el reverente ha perecido de la tierra. Pero es el alma del hombre la que se turba, y está triste hasta la muerte, no el Verbo que estaba al principio con Dios, que nunca se aflige, nunca se turba, nunca dijo: ¡Ay de mí!: pues el Verbo no sufre la muerte, sino el hombre que padece estos afectos, como hemos expuesto a menudo: ¿Por qué me engendraste hombre, que soy juzgado y discernido en toda la tierra? (Miqueas VII, 2). Si consideras en todas partes a los mártires condenados, y de cada Iglesia presentados al tribunal, verás cómo por cada mártir Jesús Cristo es condenado. Pues es él quien es juzgado

en los que dan testimonio de la verdad: y esto lo recibirás fielmente, porque no dirá que tú estás en la cárcel, cuando estés en la cárcel: no dirá que tienes hambre, cuando tengas hambre: cuando tengas sed, no dirá que tienes sed, sino él mismo. En la cárcel, dice, estuve y vinisteis a mí: tuve hambre y me disteis de comer: tuve sed y me disteis de beber (Mateo XXV, 36). Así que si un cristiano es condenado, no es por otra cosa, ni por sus crímenes, sino solo por ser cristiano, es Cristo quien es condenado, de lo cual se deduce que en toda la tierra Jesús es condenado, cada vez que es condenado aquel que es condenado por él. No solo ante los jueces del siglo y las potestades de los tribunales es Cristo condenado, sino también si un cristiano sufre calumnia de alguien, y es provocado a pleito, entonces también Cristo es juzgado injustamente: Como quien me engendraste hombre, que soy juzgado y discernido en toda la tierra. También podemos entender de otra manera cómo Jesús es condenado y juzgado en toda la tierra. ¿Quién de los impíos no condena la religión cristiana? ¿Quién de los gentiles al menos transitoriamente no la rechaza? ¿Quién de los judíos no habla de los cristianos? ¿Quién de los filósofos? ¿Quién de los ignorantes? En todas partes Cristo es condenado y discernido: y por algunos es condenado, por otros no es condenado. Si no es condenado, se le abre la puerta y entra a ti; crees en él, se alimenta contigo. Pero si al escuchar sobre la religión cristiana no la recibes, no haces otra cosa que condenar a Jesús, como mentiroso, como seductor de hombres, como quien lleva al mundo al error. Como quien me engendraste hombre, que soy juzgado y discernido en toda la tierra. Cualquiera que no cree en él en absoluto, lo condena. Pero quienes creen, y aún dudan, lo juzgan. Así que dos cosas sufre Cristo entre los hombres: es condenado por los incrédulos, es discernido por los que dudan. Si llevas la imagen del celestial, dejando la imagen del terrenal no eres tierra que lo condena, ni tierra en la que es juzgado y discernido (I Corintios XV, 49): Mi fuerza ha fallado en aquellos que me maldicen (Jeremías XV, 10). El apóstol habla de nuestro Salvador, porque fue crucificado por debilidad. A quien el profeta testifica de manera similar diciendo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio, y a quién se ha revelado tu brazo? Será anunciado ante él como un niño, como una raíz en tierra sedienta. No tiene apariencia ni gloria; lo vimos y no tenía apariencia ni forma, sino que su apariencia era deshonrada y deficiente entre los hijos de los hombres. Hombre en herida y dolor, sabiendo llevar la debilidad, porque su rostro fue desviado, fue despreciado y no fue tenido en cuenta. Él lleva nuestros pecados, y sufre por nosotros; y nosotros pensamos que estaba en dolores, y en herida y en aflicción. Pero él fue herido y debilitado por nuestras iniquidades. La enseñanza de nuestra paz sobre él: por su llaga fuimos sanados (Isaías LIII, 1 y ss.). Así que asumió las debilidades de nuestros pecados, y nos llevó, y vino a aquellos que le maldecían, y su fuerza falló en aquellos que le maldecían descendiendo de los cielos. Pues al mismo tiempo asumió la forma de siervo; el Verbo hecho carne se vació a sí mismo, y según el apóstol diciendo: Se vació a sí mismo tomando forma de siervo (Filipenses II, 7), ahora también dice: Mi fuerza ha fallado en aquellos que me maldicen. Veamos, sin embargo, con el sentido y el discurso que él mismo nos concede, si podemos decir algo más manifiesto de lo que se ha dicho. Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan I, 9). La luz verdadera es el Hijo de Dios, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Cualquiera que sea racional, se hace partícipe de la luz verdadera. Racional es todo hombre. Así que, dado que todos los hombres son racionales, en algunos la virtud racional aumenta, en otros disminuye. Si ves un alma llena de vicios, y sirviendo a perturbaciones, verás cómo la virtud del Verbo falla en ella: si ves una santa y justa, verás que cada día la virtud de Dios progresa y crece en ella: y esto que se escribe de Jesús, lo aplicarás a ella. Pues no solo en sí mismo Jesús progresaba en sabiduría, y en edad, y en gracia ante Dios y los hombres (Lucas II, 52); sino que también en cada uno que recibe el progreso de sabiduría, y edad, y gracia, Jesús progresa en sabiduría, edad, y gracia ante Dios y los hombres. Así que el Verbo, el Hijo de Dios que era Dios Verbo, que habita en el que dice: ¡Ay de mí, madre mía!, y lo demás, según la

naturaleza de su majestad habla: Mi fuerza ha fallado en los que me maldicen. Si alguien maldice al Verbo, inmediatamente recibe su retribución, y sufre tormentos. Pues la fuerza de Jesús ha fallado en él, cuando la razón disminuye. Si alguien, por el contrario, bendice y recibe a Jesús, su fuerza, diferente de la que está en los que le maldicen, sufre, pues así como en los que le maldicen había fallado; así en los que le bendicen crece: Sea, Señor, para los que dirigen, si no estuve contigo en el tiempo de sus males (Jeremías XV, 11). ¿Qué es esto que se dice: Sea, Señor, quien pueda considerarlo desde el mismo discurso. A estos mismos, Señor, que dirigen, que me maldecían, la fuerza que fallaba en ellos, sea en ellos, cuando convertidos a la penitencia después de las maldiciones con las que me perseguían, comiencen a caminar por el camino recto. Sea, Señor, para los que dirigen, si no estuve contigo. Da razón de por qué, a los que le maldecían, pide dirección y fuerza diciendo: Si no estuve contigo en el tiempo de sus males. Estuvo ante el Padre como propiciación por nuestros pecados, y le suplicó en el tiempo de nuestros males: pues no estuvo después del tiempo de nuestra aflicción, sino que cuando aún éramos pecadores, Jesús Cristo murió por nosotros. Si no estuve contigo en el tiempo de sus males, y en el tiempo de su tribulación, levántese el enemigo: yo estuve contigo por ellos (I Juan).

II, 2). ¿Quién es nuestro enemigo, sino el diablo, que nos afligía y nos oprimía con el yugo de la servidumbre? Contra él se levantó el Salvador ante el Padre, y liberándonos de la cautividad, nos devolvió a la libertad. Esto lo dijo el Señor proféticamente. Sin embargo, también puede referirse al profeta que habló en nombre del pueblo en tiempos de sus desgracias. Sobre esto, Dios respondió y habló al pueblo, que había sido acusado por el Salvador o el profeta, diciendo: "¿Puede el hierro romper el hierro del norte y el bronce?" (Jer. XV, 12). Tu fuerza es como hierro y bronce, dura, indomable, que no busca ser suavizada, que apenas se puede moldear. "Tus riquezas y tus tesoros entregaré al saqueo sin precio" (Jer. XV, 13). Dios concede y los entrega como intercambio por todos sus pecados. ¿Acaso estos son los que acumularon en la tierra? Porque cada hombre acumula para sí; si es pecador, en la tierra; si es justo, en el cielo, como nos enseñó el Evangelio. O lo que dice es de esta manera: He aquí un tesoro es Jeremías, otro tesoro es Isaías; Moisés y los demás también eran tesoros. Dios quitó estos tesoros del pueblo y, a través de Cristo, quien dijo: "Se os quitará el reino de Dios y se dará a una nación que produzca sus frutos", nos los otorgó. Por tanto, por tus pecados entregaré tus tesoros al saqueo. El Señor nos dio los tesoros de ese pueblo, porque primero a ellos se les confiaron las palabras de Dios, y luego nos fueron atribuidas a nosotros. Y lo que está escrito: "Se os quitará el reino de Dios y se dará a una nación que produzca sus frutos" (Mat. XXI, 42), afirmamos que ya se ha cumplido. No porque la Escritura les haya sido quitada: tienen la Ley y los Profetas, tienen los volúmenes de las Escrituras divinas: pero no las entienden. Así, el reino de Dios les fue quitado, mientras el sentido de las Escrituras les fue arrebatado. Cesó entre ellos la interpretación de la Ley y los Profetas: leen todo, pero no entienden. Se ha cumplido aquella profecía después de la venida del Señor: "Dile a este pueblo: Oiréis y no entenderéis, y viendo veréis, y no conoceréis, porque el corazón de este pueblo se ha engrosado" (Mat. XIII, 14). Y también lo que dice Isaías: "El Señor quitará de Judá y de Jerusalén al fuerte y a la fuerte, al gigante y al hombre de guerra, al juez y al profeta, al adivino y al anciano, al capitán de cincuenta y al hombre respetable, al consejero, al hábil artesano y al experto en encantamientos" (Is. III, 1). Dios quitó todo esto de ellos y nos lo entregó a nosotros, que somos de las naciones, si queremos recibirlo. Y tus tesoros entregaré al saqueo, intercambio por todos tus pecados en todos tus confines. Lo que dice es esto: Todo esto, por tus pecados, que han llegado a todos tus confines, te ha sido devuelto. No hay límite de ese pueblo que no esté lleno de sus pecados: ni podía no estar lleno de sus pecados todo límite de ellos que, en cuanto dependía

de ellos, mataron a la justicia, si Cristo es justicia; mataron a la sabiduría, si Cristo es sabiduría; mataron a la verdad, si Cristo es verdad. Por eso, debido a las crueles aclamaciones contra el Hijo de Dios, perdieron todo esto. Y resucitando mi Señor Jesucristo, no se apareció más a sus asesinos, sino que solo se mostró victorioso a los que creyeron en Él de entre los muertos. "Y te entregaré en servidumbre a tus enemigos, en una tierra que no conocías" (Jer. XV, 14). El pueblo judío sirvió a sus enemigos y fue dispersado en una tierra que no conocía. Porque se ha encendido un fuego en mi ira, arderá sobre vosotros. Después de lo que hemos expuesto y las palabras de amenaza al pueblo, aquel que había orado anteriormente completa su oración y añade a las primeras lo que sigue: "Tú lo sabes, Señor, acuérdate de mí y visítame: hazme inocente de los que me persiguen, no en paciencia" (Ibid., 15). Y el profeta puede decir esto, habiendo sufrido persecución de aquellos a quienes reprendía, que no querían escuchar la verdad, pues se hizo enemigo de ellos al decir la verdad. Pero también el Salvador puede decir esto, habiendo sufrido persecución hasta la cruz por parte del pueblo, "No en paciencia". ¿Qué significa esto que dice: "No en paciencia"? Has sido siempre paciente con este pueblo pecador; pero sobre esto, que incluso contra mí levantó su temeridad, no seas paciente. Y en verdad Dios no fue paciente; porque si consideras los tiempos de la pasión del Señor y la ruina de Jerusalén, cuando fue destruida, verás cómo Dios no abusó de la paciencia con ellos. Desde el decimoquinto año del César Tiberio hasta la destrucción del Templo se cuentan cuarenta y dos años; porque era necesario que quedara un poco de tiempo para el arrepentimiento, para aquellos que iban a creer por las señales y prodigios de los apóstoles. "Sabe cómo he recibido oprobio por ti de los que desprecian tus palabras". Puede ser que el profeta diga esto, despreciado por el pueblo pecador sobre lo que predicaba: pues también dice en otro lugar: "He completado mis días en burla" (Jer. XX, 7). Por tanto, sufre oprobio de aquellos que desprecian escuchar las palabras de Dios, y suplica tener la ayuda de Dios diciendo: "Sabe cómo he recibido oprobio por ti de los que desprecian tus palabras. Los he consumido" (Jer. XV, 16). El profeta puede decir esto, pero más conviene al Salvador, cuya consumación de Jerusalén y la destrucción del pueblo judío vino después de su pasión. Después de esto, porque los profetas sufrieron mucho por la misión de la palabra y las reprensiones de Dios que dirigían al pueblo, es necesario advertir brevemente a los oyentes sobre su vida, sus promesas y nuestra voluntad, para que, según la posibilidad de nuestras fuerzas, si queremos alcanzar el descanso con los profetas, también nos esforcemos por hacer sus obras. Lo que digo es de esta manera: frecuentemente en la oración diré: Dios todopoderoso, danos parte con los profetas, danos con los apóstoles de tu Cristo, concédenos ser hallados en las huellas de tu Unigénito. Al decir esto, no sentimos lo que pedimos: en realidad, decimos: Haz que seamos odiados como lo fueron los profetas, y danos palabras tales sobre las cuales suframos persecución: danos caer en estas calamidades que los apóstoles soportaron. Decir, dame parte con los profetas, sin querer sufrir lo que los profetas, es lo más injusto de todo: decir, dame parte con los apóstoles, sin querer hablar verdaderamente con el afecto de Pablo: "En trabajos más abundantes, en azotes sin medida, en cárceles más, en muertes muchas veces" (I Cor. XI, 23), y todo lo demás es lo más injusto. Si, por tanto, queremos descansar con los Profetas, consideremos las vidas de los profetas, cómo por reprender y acusar a los delincuentes, fueron juzgados y condenados: "Apedreados, aserrados, muertos a espada, anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, necesitados, angustiados, maltratados, errantes por desiertos y montañas, por cuevas y cavernas de la tierra" (Heb. XI, 37-38). En el tiempo en que había muchas sinagogas en Israel, sin embargo, ellos se escondían en desiertos, montañas, cuevas y cavernas de las rocas. ¿Qué, pues, es? Si alguien quiere imitar las vidas de los profetas, reprenda y acuse a los pecadores, inmediatamente merecerá odio, inmediatamente se hablará mal de él, inmediatamente sufrirá insidias. Esto también lo vemos suceder a menudo ahora en las Iglesias. Si alguien ha pecado de cualquier manera: el que preside al pueblo y gobierna la

disciplina eclesiástica lo expulsa de la congregación de los santos: inmediatamente ese recorre la ciudad, difama a aquel que, en cuanto dependía de él, defendió a la Iglesia. Pero no prestemos oído a estos, que por su excomunión desgarran con boca insensata tanto a los superiores como a toda la asamblea de la Iglesia. Los bienaventurados apóstoles, dignos de toda admiración, afectados por innumerables injurias por la verdad, decían: "Por eso me complazco en las debilidades, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones y angustias por Cristo" (II Cor. XII, 10). Solo conviene esforzarse para que por ninguna otra cosa, sino por Cristo, soportemos la injuria, y que la causa de la necesidad sea Cristo. Deseemos que, habiendo soportado maldiciones, sepamos que somos maldecidos por la verdad, que la defendemos, y con toda confianza la predicamos según la voluntad de las Escrituras. Por tanto, en cuanto podamos, extendámonos a imitar la vida y la conversación de los profetas y apóstoles, no evitando molestias y peligros. Porque si el atleta huye de la dificultad del combate, no se corona con alegría, ni alcanza la gloria del elogio. "Y será tu palabra para mí en alegría". No dice, "Es", sino, "Será"; ya que en el tiempo presente me otorga cárceles, exilios, injurias y trabajos, pero el fin de todo esto será alegría. "Y será tu palabra para mí en alegría y gozo de mi corazón, porque tu nombre ha sido invocado sobre mí, Señor Padre todopoderoso" (Jer. XV, 17). Aunque Cristo diga esto, no está fuera de lugar en el entendimiento: porque el nombre del Padre ha sido invocado sobre Él. "No me senté en el consejo de los que se divierten". Si alguna vez el profeta veía un consejo de despreocupados, sino de los que se divierten, lo evitaba. Por lo tanto, es necesario conocer las diferencias de los consejos, del preocupado y del que se divierte. Si este consejo nuestro es preocupado, si busca todo con diligencia eclesiástica, si la palabra es con disciplina, si la vida es preocupada, si los asuntos son con cautela, es un consejo, no de los que se divierten, sino de los preocupados. Pero si ha abandonado el estudio de la religión y se ha entregado a los juegos de este mundo, que vienen de la depravación, se convierte en un consejo de los que se divierten. Por lo tanto, dice el profeta: "No me senté en el consejo de los que se divierten, sino que temía ante tu mano". Cuando se me presentaron dos opciones, sentarme en el consejo de los que se divierten y ofender tu majestad, o ciertamente levantarme de él y hacer lo que te agrada, preferí levantarme de la congregación de los que se divierten, para ser tu amigo, que haciendo lo contrario, ser contado entre aquellos que son enemigos. "No me senté en el consejo de los que se divierten, sino que temía ante tu mano". Y nuestro Salvador no se sentó en el consejo de los que se divierten, sino que, mostrando que se levantó, dice: "Vuestra casa os será dejada desierta" (Luc. XIII). Porque la palabra divina dejó el consejo de los judíos y se congregó otro consejo de entre las naciones. "Solo me senté". Y solo la palabra sin exposición edifica a los oyentes, cuando hay multitud de pecadores, y no soporta que un justo viva piadosamente con ellos, no es indecoroso huir de su congregación e imitar al profeta diciendo: "Solo me senté"; imitar a Elías lamentándose miserablemente: "Señor, han matado a tus profetas, han derribado tus altares, y yo solo he quedado, y buscan mi vida para quitármela" (III Reg. XIX, 14). Pero si queremos recibir algo más sagrado en lo que se dice: "Solo me senté", tal vez encontremos una interpretación digna del Espíritu Santo. Cuando imitamos la vida de la multitud, y nuestra conversación no es mejor que la del pueblo, ni, despreciando al juez Dios, se separa de las maldades de los hombres, no podemos decir: "Solo me senté"; pues nos sentamos con muchos. Pero cuando nuestra vida es de tal manera que nadie se iguala a nosotros en sentido, palabra, acciones; entonces podemos decir: "Solo me senté". Aunque no sea presbítero, ni obispo, ni diácono, ni adornado con cualquier otra dignidad de la Iglesia, al que vive bien le es lícito decir: "Solo me senté", porque estoy lleno de amargura (Mat. VII, 14). Si estrecha y angosta es la vía que lleva a la vida, te conviene, alejándote de toda dulzura, llenarte de amargura en el presente siglo. ¿No sabes que la solemnidad de Dios se celebra con amarguras añadidas? Pues dice la palabra divina: "Cuando tengáis día de fiesta, comeréis panes ázimos con amargura" (Exod. XII, 8). Además, creo que

es necesario considerar qué quiere decir este mandato, que ordena celebrar la Pascua de Dios comiendo ázimos con amarguras. Y sobre los ázimos, mi interpretación la expuso el apóstol Pablo. Sobre la amargura, es necesario que se dé una razón similar a la disputa apostólica. Sobre los ázimos, el apóstol dice así: "Celebremos la fiesta, no con la levadura vieja, ni con la levadura de malicia y maldad, sino con ázimos de sinceridad y verdad" (I Cor. V, 8). Sobre las amarguras, es necesario que se dé una razón tal que enseñe a celebrarlas como se comen los ázimos. Ten sinceridad y verdad, y las amarguras te seguirán, y comerás ázimos con sinceridad y verdad. Porque Pablo comía ázimos de este tipo, le seguía la amargura diciendo: "¿Me he hecho, pues, vuestro enemigo por deciros la verdad?" (Galat. IV, 16). Comía amarguras "en dolor, en trabajo, en vigilias frecuentes, en hambre y sed" (II Cor. XI, 27), además de las demás cosas que sufría por la salvación de todo el mundo, y que lo hacían comer ázimos de verdad con amarguras. Y la Ley dice: "Comed ázimos con amarguras y saciaos", como también en otro lugar se dice de algunos: "Comed y saciaos". Pero el profeta no dice: "Comí amargura"; sino: "Estoy lleno de amargura": esto es, sobre mí ha caído tanto peso de las persecuciones del mundo, que me he llenado de amargura. ¿Por qué se fortalecen en mí los que me afligen? Jeremías sufrió mucho de aquellos que no querían escuchar la verdad, y eran más fuertes que él en este mundo, porque el reino de Dios no es de este mundo, sino de otra región de los vivientes, como dice el Salvador: "Si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que no fuera entregado a los judíos" (Juan XVIII, 36). Por tanto, se fortalecen contra él en este mundo. Y que el justo sea más débil que sus perseguidores, mira las pasiones de los mártires. El juez se sienta en altos tribunales para eructar y pronunciar sentencias con delicias: el cristiano en quien habita Cristo es juzgado lleno de amargura, y sometido hasta la muerte, con sus enemigos fortalecidos contra él. Mi herida es grave. Los que se fortalecen en mí me infligen heridas: y mi herida es grave. Ya sea que se predique de la cruz del Señor, ya sea de los justos, o especialmente de Jeremías, no estará fuera de lugar en el sentido. Mi herida es grave, ¿de dónde seré sanado? Y el Salvador puede decir, "¿De dónde seré sanado?", anunciando su resurrección después de las heridas de los clavos: y el justo que después de las heridas recibe sanidad. "Se ha hecho para mí (se sobreentiende la herida) como agua engañosa que no tiene fe" (Jer. XV, 18, 19). Si bien mi herida no permanece, sino que pasa sobre mí. Por eso dice el Señor: "Si te convirtieras, te restauraré". Dios habla esto a todos aquellos que quiere que regresen a la salvación. Sin embargo, parece significar algo de misterio en lo que dice: "te restauraré"; pues nadie puede ser restaurado, sino al lugar de donde antes se había apartado, como si un miembro de mi cuerpo hubiera sido separado de su unión, el médico intenta restaurarlo a su lugar original. Si alguien es separado de su patria, es enviado al exilio, y después por indulgencia de aquellos que pueden liberar a los exiliados, se le devuelve la libertad: regresa de donde había sido expulsado. También el soldado expulsado de su orden, es restaurado al orden si recibe perdón. Así también ahora se dice al género mortal, es decir, a nosotros los hombres, que habíamos sido apartados de Dios: "Si os convertís, os restauraré". El fin de la promesa es la restauración, como leemos en los Hechos de los apóstoles: "Hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas que habló Dios por boca de sus santos profetas, en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén."

**HOMILÍA DUODÉCIMA** Sobre lo que está escrito: "He aquí que yo envío muchos pescadores, dice el Señor", etc. (Jerem. XVI, 16).

En el Evangelio según Mateo, se escribe que nuestro Salvador vino junto al mar de Galilea, y allí vio a Simón y a Andrés, su hermano, echando redes al mar. Eran, en efecto, pescadores. Y se añade: Viéndolos Jesús, les dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres. Y dejando sus redes, le siguieron (Mat. IV, 18). Y el Salvador los hizo de pescadores de

peces, pescadores de hombres. También encontró el Señor a otros dos hermanos, Jacobo, hijo de Zebedeo, y Juan, su hermano, en la barca con su padre Zebedeo, remendando sus redes (Mat. IV, 21). A quienes, habiéndolos llamado de manera similar al ministerio del Evangelio, los convirtió en pescadores de hombres.

Si alguien, por tanto, considera esta historia de los discípulos del Salvador, para que no solo tengan la gracia del discurso, así como la razón de las Escrituras tejida como redes, que puedan ser lanzadas sobre las almas humanas con el giro del artífice, y considera esto mismo con la máxima razón de fe, verá cómo no solo entonces el Salvador, sino hasta el día presente, envía pescadores de hombres, instruyéndolos para liberar almas del mar, y sacarlas de las olas más amargas hacia un aire más libre. Sin embargo, aquellos peces, cuando son extraídos del agua con redes, redes y anzuelos, mueren. Pero entre nosotros, cuando alguien es atrapado por la red del discurso y sacado del mar del mundo: muere, sí, pero al pecado, al mundo: para que resucitando en Cristo, viva para Dios.

Si puedes, entonces, para entender el sentido que intentamos exponer, inducir en tu mente que los peces extraídos del mar asumen nuevamente otra vida, y se revisten de otro cuerpo, entonces sabrás cuánto nos ha beneficiado el ejemplo. Que nadie blasfeme, que nadie hable mal, que no se llame crimen lo que ha sido comprendido por la inteligencia de otro. Y tú, por tanto, cuando hayas sido extraído de las olas de este mundo por los discípulos del Señor, cambia los vicios del cuerpo, cambia el sentido del alma; no seas aquel pez que se revolvía en las aguas saladas, sino que, sacado del profundo abismo, conviértete a cosas mejores, según aquello del Apóstol: Pero nosotros todos, con el rostro descubierto, contemplando la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor (II Cor. III, 18).

Y cuando hayas sido liberado por los apóstoles y discípulos de Jesús de las olas marinas, no busques la profundidad, sino que tu conversación esté en los montes; para que ya no necesites pescadores que te saquen nuevamente de las olas, sino a otros, a quienes la Escritura llama cazadores, que te cazarán después del monte, de la colina, de los lugares más altos: allí esté tu deambular, allí tu mente, tus pasos y tu estancia: olvida el mar: olvida los valles y profundidades: ven a los montes, los Profetas; ven a las colinas, los justos.

allí]; en ellos esté tu conversación; para que cuando llegue el día de la muerte, sean enviados cazadores, algunos de los pescadores, que están encargados de la ascensión de las almas, y te tomen junto con los otros santos del monte y de la colina, de un lugar más alto. Mira si no consiente el Profeta con voz sagrada en la misma sentencia diciendo: He aquí que yo envío muchos pescadores, dice el Señor, y los pescarán: Y después de esto enviaré muchos cazadores, para que los atrapen sobre todo monte y colina (Jer. XVI, 16). Si deseas también ser capturado por estos cazadores, cuida de no andar en los valles, de no permanecer en otra región baja. Busca las colinas, busca el monte al que, al ver al pueblo, el Señor subió, y lo siguieron sus discípulos, desde donde abriendo su boca les enseñó, diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V) y las otras siete bienaventuranzas. No pienses que a estos cazadores les está permitido capturar hombres de otro lugar que no sea de los montes y colinas, y lo que sigue, de las cavernas de las rocas. ¿De dónde puedo entender las rocas? ¿de dónde las cavernas de las rocas? Vengo al Éxodo: busco alguna ocasión de interpretación, y allí encuentro a Moisés deseando ver al Señor, y al Señor prometiéndole, y diciéndole: He aquí que te pongo en la caverna de la roca, y contemplarás mis espaldas, pero mi rostro no verás (Éxod. XXXIII, 22). Si consideras qué se llama allí roca, y el agujero de la roca, en el que Moisés, estando sobre la roca, y mirando

desde la caverna de la roca, ve a Dios a través del agujero de la roca, entenderás también las otras rocas, y los agujeros de las rocas. ¿Cuál es, pues, la roca? El Señor Jesucristo: Porque bebían de la roca espiritual que los seguía (I Cor. X, 4). Y sobre la roca puso mis pies, se dice en el salmo treinta y nueve (Sal. XXXIX, 3). ¿Qué es el agujero de la roca? Ve a Dios en Dios Padre, Verbo Dios, verás la roca entera: ve la dispensación del cuerpo asumido, verás el agujero de la roca, por el cual las espaldas de Dios según la posibilidad de su debilidad humana contempla la vista. Esto es lo que dice: Verás mis espaldas (Éxod. XXXIII, 23). Encontré una caverna de una roca, busco otras rocas, y otras cavernas: vengo al coro de los Profetas y Apóstoles, y de los ángeles santos trascendentes, y digo que todos los imitadores de Cristo son roca, como roca es aquel que enseñó. Y así como este tiene un agujero por el cual se ven las espaldas de Dios: de la misma manera cada uno de nosotros que a través de sus palabras abre el camino para entender a Dios, hace también de sí mismo un agujero de la roca. Si deseas entender de otra manera la roca, y el agujero de la roca, ve a través de Moisés la Ley: a través de Isaías la profecía: a través de Jeremías otras palabras divinas. Pero si es un ángel y habla en el hombre, según aquello profético: El ángel que hablaba en mí (Zac. II, 3), estoy en el ángel, y a través de su agujero veo a Dios angelicalmente. Tengo un ejemplo necesario, para enseñar cómo puede alguien estando en el ángel ver a Dios. Está escrito en el Éxodo: Apareció el ángel del Señor en la llama de la zarza a Moisés, veía Moisés que la zarza ardía, y no se consumía (Éxod. III, 1). Y no como había comenzado la Escritura en lo que había dicho: Apareció el ángel del Señor, así en lo restante continuó, para decir: Yo el ángel del Señor; sino que dice: Yo el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob (Éxod. III, 6). Estaba, pues, allí Dios visible en el ángel, y a través de su agujero aparecían sus espaldas. Porque no sabes en qué tiempo serán enviados los cazadores, cuida de no descender alguna vez del monte, de no dejar las colinas, de no salir de las cavernas de las rocas. Si fueras encontrado fuera, te serán dichas las cosas que aquellos que están fuera merecen oír: Necio, esta noche te pedirán tu alma: lo que has preparado, ¿de quién será? (Luc. XII, 20). Te serán dichas estas cosas, si dijeras: Destruiré mis graneros, y edificaré mayores, y diré a mi alma: Alma, tienes bienes guardados para muchos años; descansa, come, bebe, alégrate. ¿Observas al que descende de los montes y colinas? ¿observas al que está fuera del agujero de la roca? cómo yerra y cree que son bienes las cosas que no lo son, diciendo: Diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes guardados: creyó que el trigo y la abundancia de los frutos terrenales eran bienes, sin saber que los verdaderos bienes no nacen en la tierra maldita, sino en las regiones celestiales: atesoró para sí en la tierra, porque creyó que los tesoros estaban en la tierra. Pero si alguien, tomando su cruz, sigue al Señor Jesús, y atesora para sí en el cielo, no se le dice: Necio, esta noche te pedirán tu alma: sino que viniendo los cazadores, y buscando animales de los montes, de las colinas, de las cavernas de las rocas, también a él lo tomarán junto con ellos de la caza sublime, y lo llevarán a los reinos más sublimes de la bienaventuranza. Porque mis ojos están sobre todos sus caminos (Jer. XVI, 17). Sobre todos los caminos de estos hombres que habitan en los montes, caminan en las colinas, habitan en las cavernas de las rocas, Dios tiene sus ojos. No se escondieron de mi rostro. Los santos no se esconden del rostro de Dios; pero los injustos se esconden de su rostro. Adán, después de la transgresión del mandato celestial, oyó la voz del Señor Dios paseando en el paraíso al atardecer, y se escondió (Gen. III, 8). El santo no hace esto, sino que con la conciencia de sus actos tiene confianza ante Dios: Si nuestra conciencia no nos reprende, tenemos confianza ante Dios, y lo que pidamos, lo recibiremos de él (I Juan III, 21). Pero Adán, aunque pecó, sin embargo, su mente no cayó hasta la perfecta maldad, y por eso se escondió del rostro de Dios. Pero cuando pecó el impiísimo fratricida, observa lo que hizo: Salió de la presencia de Dios, y habitó en la tierra de Nod (Gen. XLI, 16). Si vienes a la comparación de los malos, es mejor esconderse del rostro de Dios, que huir de él. En uno, la herida de la conciencia, buscando las tinieblas y los secretos, no permite levantar los ojos al

cielo. En otro, la contumacia nacida de la desesperación descuida al Señor. No se escondieron, pues, de mi rostro, ni se escondieron sus iniquidades de mis ojos. Los justos, sobre qué injusticias no se escondieron del rostro de Dios? Alguna vez estuvieron en pecados, cuando estaban en el mar, de donde fueron extraídos por los pescadores. No piensen, pues, que no por la misericordia de Dios, sino por su propio mérito, vinieron del abismo a los montes, el discurso divino los advierte, y en ellos nos recuerda el pecado anterior, y por eso después de las cosas prósperas y felices, introduciendo las tristes dice: Ni se escondieron sus iniquidades de mis ojos. Lo que sigue nos presenta una dificultad de interpretación: ya sea que entendamos que se relaciona con lo anterior, tememos no obstante por los castigos que se retribuirán: o parece no estar relacionado con lo anterior, lo que dijimos de los pescadores y cazadores, y así nos genera no poco escrúpulo. Y les retribuiré primero el doble de sus injusticias, y sus pecados en los que contaminaron mi tierra, en los cadáveres de sus abominaciones, y sus iniquidades, con las que llenaron mi heredad (Jerem. XVI, 18). Lo que dice, primero, algunos que no entienden lo que está escrito, lo han quitado: o los Setenta intérpretes, como en otras cosas, según su disposición, quisieron quitarlo, Dios lo verá. Nosotros, comparando este lugar con otras ediciones, encontramos puesto: Y les retribuiré primero el doble de sus injusticias: para mostrar que aunque por sus hechos posteriores se hicieron dignos de la bienaventuranza de Dios, sin embargo, porque alguna vez pecaron, y no carecían de vicios humanos, primero deben recibir sus delitos. Y mira si no es verdadera la razón, ¿quién no recibe sus pecados? ciertamente aquel que después de la fe y el bautismo ha oído al Señor diciendo: Te son perdonados tus pecados (Mat. IX, 2; Juan VIII, 11), y no ha vuelto a pecar. Pero si después del lavado y el perdón de los delitos volvemos a las antiguas inmundicias, y aún con un sentido imperfecto nos alejamos de las huellas de los apóstoles, o hemos cometido alguna injusticia, o ciertamente en la misma justicia hay algunos pecados mezclados, consideremos qué nos sucederá, si al salir de este siglo, si tenemos vicios o virtudes, recibiremos premios por las virtudes, y se nos perdonarán los pecados que cometimos a sabiendas; o seremos castigados por los delitos, y no recibiremos premios por las virtudes. Pero ninguna de estas cosas es verdadera, porque seremos atormentados por los pecados, y por la justicia recibiremos los premios que merecemos. Si después del fundamento de Jesucristo, no solo en tu corazón has edificado oro, y plata, y piedra preciosa (si es que tienes algo de oro o plata); sino también madera, heno, y paja, ¿qué quieres que te suceda cuando el alma haya sido separada del cuerpo? ¿acaso entrar en los santos con tus maderas, con el heno y la paja, para contaminar el reino de Dios: o por la madera, el heno, y la paja permanecer fuera? y por el oro, la plata, y la piedra preciosa no recibir nada de recompensa? Pero tampoco esto es justo. ¿Qué sigue, pues, sino que primero por la madera se te dé fuego, que consuma la madera, el heno, o la paja? Porque nuestro Dios, entre aquellos que pueden entender lo divino, se dice que es un fuego consumidor. Y cuando el profeta dice: Nuestro Dios es un fuego consumidor (Deut. IV, 24; Hebr. XII, 29), no añadió qué consume, dejándote a ti el entendimiento de las cosas más manifiestas. Porque este fuego no consume lo que permanece a imagen y semejanza suya, no sus propias criaturas: sino la madera, el heno, la paja superpuestas. El lugar es difícil, y para interpretarlo requiere mucho esfuerzo, para que las primeras cosas concuerden con las segundas. Leemos promesas, y después de las cosas prósperas de repente se predicán las tristes: Y les retribuiré, dice, primero el doble de sus injusticias; necesariamente se añadió, primero: primero por las injusticias sufrimos tormentos, luego por la justicia somos coronados. Porque no es al contrario que primero se deben dar las cosas justas, y así devolver los pecados, para que cesando los bienes los vicios permanezcan eternos, sino que primero recibiremos los males, y luego los bienes, para que, quitados los vicios, las virtudes permanezcan para siempre. Observa todo el tesoro de las Escrituras, y encontrarás siempre a Dios primero amenazando con las cosas tristes; y luego introduciendo las que dan alegría a los oyentes. Mata, y vivifica: hiere y sana; él mismo hace

el dolor, y de nuevo restaura, hirió, y sus manos sanaron (Deut. XXXII, 39). Sobre esto, pues, quien es justo, considerando con piedad lo que se dice, gima, y diga: Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo, o quién descansará en tu monte santo? El que entra, dice, sin mancha, y obra justicia, el que habla verdad en su corazón, el que no ha hecho engaño en su lengua, ni ha hecho mal a su prójimo, y no ha aceptado oprobio contra sus prójimos (Sal. XIV, 1-3). Nosotros tampoco oprobemos a aquellos que se convierten de los pecados a la penitencia, diciendo la Escritura: No reproches al hombre que se convierte de sus pecados (Ecles. VIII, 6). No ha aceptado oprobio contra sus prójimos: ha sido reducido a nada en su presencia el maligno, pero magnifica a los que temen al Señor (Sal. XIV, 3-4). Todos, pues, quienes tenemos en nosotros la materia de ese fuego, primero recibiremos nuestros delitos. Pero alguien de los oyentes me dirá, expón también lo que sigue: El doble de sus injusticias. Está bien, recibo mis pecados, para que se cumpla lo que dijo el Apóstol: Si la obra de alguno se quema, sufrirá pérdida: él mismo, sin embargo, será salvo, pero como por fuego (I Cor. III, 15): ¿por qué, entonces, recibo pecados dobles? A lo cual se debe responder, porque el siervo que conoce la voluntad de su Señor, y no la hace, recibirá muchos azotes (Luc. XII, 47): es digno que aquellos que son de las naciones reciban pecados simples, y nosotros dobles, diciendo el Apóstol: Si pecamos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda sacrificio por los pecados. Sino una horrenda expectación de juicio, y un fuego de celo que ha de devorar a los adversarios (Hebr. X, 26, 27). Se ha profetizado sobre aquellos que han sido extraídos del abismo a los montes por los pescadores y cazadores, cómo recibirán primero sus pecados dobles. Después de esto se ha profetizado sobre la vocación de las naciones, no de aquellos que aún no han conocido a Cristo, sino de los que ya han sido llamados, para que sepan dar alabanzas por la gracia: y estando en la Iglesia, confiesen, y adoren su nombre: Señor, mi fortaleza, y mi ayuda y mi refugio en el día de los males, a ti vendrán las naciones desde el extremo de la tierra, y dirán: Porque falsos poseyeron nuestros padres ídolos, y no hay en ellos utilidad (Jerem. XVI, 19). ¿Cómo vinieron las naciones desde el extremo de la tierra al Señor, y dijeron: Porque falsos poseyeron nuestros padres ídolos, y no hay en ellos utilidad? ¿Quiénes son estos que vienen desde los extremos? Hay unos primeros de la tierra, hay otros últimos. ¿Quiénes son los primeros? Los sabios del siglo, los nobles, los ricos, los optimates. ¿Quiénes son los últimos? Dios eligió lo necio del mundo, para confundir a los fuertes, y lo que no era, para destruir lo que es. Vendrán las naciones desde el extremo de la tierra: como si dijera: de todos estos que son los últimos sobre la tierra, de los necios, de los ignobles, de los despreciados. Y dirán: Porque falsos poseyeron nuestros padres ídolos, y no hay en ellos utilidad: no porque los ídolos sean verdaderos, para cuya distinción ahora se digan falsos, sino que los ídolos que son falsos por naturaleza, no hay en ellos utilidad. Si el hombre se hace dioses, y estos no son dioses. No solo de los simulacros corpóreos hacen los hombres dioses, sino también del corazón los confingen: porque quienes pueden simular otro creador fuera del Dios del universo, otro Espíritu Santo, otro Cristo, otros siglos fuera de estos que vemos, esos hombres se hicieron dioses, y adoraron las obras de sus manos. Todos los filósofos que produjeron varios dogmas, todos los herejes que fueron autores para que los miserables mortales creyeran de otra manera sobre Dios, se hicieron ídolos, y creyeron que el placer del alma era Dios, y convertidos adoraron la obra de sus manos, creyendo que eran verdaderas las cosas que habían fingido. Todos, pues, tanto de la materia visible, como de los falsos dogmas fingiendo para sí dioses, ahora el discurso divino los reprende diciendo: Si el hombre se hace dioses, y estos no son dioses; por eso les manifestaré en este tiempo la obra de mis manos, les mostraré mi poder (Jer. XVI, 20): ¿en qué tiempo, sino en este, en el que nuestro Salvador asumió cuerpo humano?

Y sabrán que yo soy el Señor. Luego sigue otra profecía (que no sé por qué los Setenta no encontraron en las demás ediciones, las cuales coinciden con el hebreo en el lenguaje), que está llena de cosas necesarias y tan útiles, que puede, si el ánimo está atento, apartar al Lector de los vicios. Así sigue: El pecado de Judá está escrito con un estilo de hierro, con una uña de diamante, esculpido sobre el pecho de su corazón (Jer. XVII, 1). Como es difícil que alguien confiese que es malo, por eso los judíos, que falsificaron algunos ejemplares, también en este lugar pusieron por el pecado de Judá, el pecado de ellos. Pero si consideras figuradamente (como hemos mostrado a menudo) que Judá se refiere a Cristo, tal vez el pecado de Judá sea nuestro pecado, que creemos en Cristo de la tribu de Judá, y nacido de su linaje según la carne. Pero si deseas entender más sagradamente lo dicho sobre el traidor Judá: El pecado de Judá está escrito con un estilo de hierro, con una uña de diamante, esculpido sobre el pecho de su corazón, te contradecirá lo que sigue, de ellos. Por lo tanto (como dijimos antes) sobre nosotros que pecamos, estas cosas se aplican, cuyos pecados no se escriben externamente en algún lugar, sino en la conciencia del corazón, grabados con un estilo de hierro, esculpidos con una uña de diamante. Que nuestros pecados se escriban en el pecho, entiéndelo por lo que sigue. Antes de cometer el pecado, no hay imagen del pecado en mi corazón: pero cuando la conciencia del pecado ha tomado la imagen, tengo su forma, y siempre ante los ojos de mi corazón se pinta la pompa del delito. Y si mi pecado estuviera escrito con tinta, tal vez lo borraría; pero ahora está escrito con un estilo de hierro, y con una uña de diamante, está escrito [o esculpido] sobre el pecho de mi corazón, para que venga conmigo al tribunal, y se cumpla lo que fue profetizado por Cristo: Nada hay oculto que no se manifieste, y nada secreto que no se haga público (Mat. X, 26). Se desnuda la conciencia de mi pecho, y con el corazón abierto, se verán las letras de los pecados, que están esculpidas con un estilo de hierro, con una uña de diamante. Y así toda la multitud de los espectadores [o pecadores] leerá en mi pecho las imágenes de los pecados señaladas. Porque nada hay oculto [o escondido] que no se revele. Y entre sí, las acusaciones o defensas de los pensamientos (Rom. II, 15). Y: No juzguéis antes de tiempo, hasta que venga el Señor, y ilumine lo oculto de las tinieblas y manifieste los consejos de los corazones (II Cor. 4, 5). ¿A quién se manifestará? ciertamente no a sí mismo, que conoce todo antes de que suceda: sino a aquellos que vendrán con él, y por la pureza de mente y cuerpo seguirán al Cordero [o siguen], mostrará los delitos expresados en el corazón del pecador para que los justos resuciten en gloria, y los pecadores en oprobio y confusión eterna; de los cuales nos libre Dios resucitando con Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos, Amén.

HOMILÍA DECIMOTERCERA. De lo que está escrito: ¿Cómo te has convertido en amargura, vid extraña? (Jerem II, 21, 22), hasta el lugar donde dice: Estás manchada ante mí en tus iniquidades, dice el Señor.

Dios no hizo la muerte, ni se deleita en la perdición de los vivientes. Pues creó para que todo existiera, y generaciones saludables del mundo, y no hay en ellas veneno de muerte, ni el reino del infierno sobre la tierra (Sab. I, 13). Luego, avanzando un poco más, encuentro de dónde viene la muerte: Pero por la envidia del diablo, la muerte entró en el mundo (Sab. II, 24). Por lo tanto, Dios creó todo lo bueno en nosotros y para nosotros, pero nosotros mismos hemos atraído la maldad y nuestros propios pecados por voluntad. Por eso, en la lectura presente, Dios se queja a través del profeta, y de algún modo pregunta dudoso, cómo en algunos el alma se ha vuelto amarga, cuando él la había creado dulce, y dice: ¿Cómo te has convertido en amargura, vid extraña? Lo que dice es así, Yo hice los pies, con los cuales el género mortal caminaría; ¿por qué razón muchos cojean? Yo hice todos los miembros fuertes e íntegros; ¿cómo veo en muchos débiles e inútiles? Así que no solo el alma del primer hombre, sino también la de todos fue hecha a imagen y semejanza de Dios (Gen. I, 26), y esta

imagen que es de Dios es más antigua que la imagen de Zabalón, que después nos pusimos por el pecado. Por lo tanto, debemos trabajar arduamente, para que así como pecando llevamos la imagen del terrenal: así convertidos en penitencia llevemos la imagen del celestial, a la cual también toda la creación fue primero hecha, por cuya conversión al mal ahora el discurso corrigiendo a los pecadores dice: ¿Cómo te has convertido en amargura, vid extraña? Yo la planté fructífera, toda verdadera. Y antes dijimos, y ahora repetimos lo mismo más plenamente para que entiendan, que Dios plantó buena el alma del hombre, pero ella misma por su vicio se ha pervertido contra la voluntad del creador. Yo te planté vid fructífera, toda verdadera: no en parte verdadera y en parte falsa la planté, sino toda verdadera. ¿Cómo contra mi plantación te has convertido en amargura, y te has hecho vid extraña? Después de esto sigue: Si te lavas con natrón, y multiplicas para ti la hierba poa, estás manchada ante mí en tus iniquidades, dice el Señor. ¿Es de suponer entonces que el alma pecadora intentó purgar sus manchas con natrón, y tomando poa, que surge de la tierra, intentó limpiar de sí la inmundicia de los delitos? Por eso ahora el discurso divino le habla: Si te lavas con natrón, y multiplicas para ti poa, estás manchada ante mí, en tus iniquidades, dice el Señor. ¿O es más cierto pensar que así como los volúmenes sagrados están llenos de toda virtud, así también el discurso de Dios está lleno de toda virtud, y tiene tal fortaleza, que puede purgar los vicios, y frotadas las suciedades, devolver al color original? Pues el discurso de Dios es vivo, y eficaz, y más agudo que toda espada de dos filos (Hebr. IV, 12), y lo demás. De lo cual dijimos que el discurso tiene remedios para las pasiones del alma, que hay en él natrón, que hay poa, con los cuales se lavan las suciedades. Pero no todo pecado puede ser limpiado con el natrón del discurso y la poa, sino que hay algunos delitos, que no necesitan una curación fácil, ni se van solo lavados con natrón y poa. Así ahora se dice: Si te lavas con natrón, y multiplicas para ti poa, estás manchada ante mí en tus iniquidades, dice el Señor. Y así como hay algunas heridas que con ungüentos, y aceite, y vendajes se devuelven a la salud original: otras son de tal tipo, que se dice de ellas: No hay ungüento para aplicar, ni aceite, ni vendajes, sino que vuestra tierra está desierta, vuestras ciudades quemadas con fuego (Isai. I, 6, 7): así hay algunos pecados que ensucian el alma, y necesitan de un hombre que tenga poa, y el discurso de natrón; otros son tales, que no pueden ser curados con la virtud del discurso mencionado, ni siquiera se comparan con suciedades. Por eso, conociendo las diferencias de los pecados, el Señor dice por Isaías: Lavará el Señor las suciedades de los hijos de Sion (en sangre). Limpiará de en medio de ellos el espíritu de juicio, y el espíritu de combustión las suciedades y la sangre (Is. IV, 4). Las suciedades con el espíritu de juicio, la sangre con el espíritu de combustión. Si has pecado, y estás manchado con la suciedad de los pecados, el Señor lavará las suciedades de los hijos, y de las hijas de Sion, y limpiará la sangre de en medio de ellos. Pero si es un pecado mortal, no podemos ser limpiados con natrón y poa, sino con el espíritu de juicio, el espíritu de combustión y castigo. Quizás también Jesús bautiza con el Espíritu Santo y fuego (Luc., III, 16): no porque bautice con el mismo Espíritu Santo y fuego; sino que el santo sea bautizado con el Espíritu Santo, y aquel que después de la fe y la enseñanza de Dios se ha vuelto de nuevo a los crímenes, sea purgado con el tormento del incendio. Bienaventurado el que ha recibido el lavacro del Espíritu Santo, y no necesita el lavacro de fuego. Miserable y digno de todo llanto, el que (después del lavacro del Espíritu) debe ser bautizado con fuego. Pues Jesús tiene ambos bautismos: Porque salió una vara de la raíz de Jesé, y un brote de su raíz ascendió (Isai. XI, 1); vara para los pecadores (brote para los justos). Así Dios es llamado fuego consumidor, y luz en las Escrituras (Hebr. XII, 20, I Juan III, 5), fuego para los pecadores, luz para los santos: y: Bienaventurado el que tiene parte en la primera resurrección. Si alguien ha guardado el lavacro del Espíritu Santo, este participa en la parte de la primera resurrección. Si alguien es reservado para la segunda resurrección, este es un pecador, que necesita el bautismo de fuego, que es purgado con combustión, para que todo lo que tenga de madera, heno, y paja, el fuego lo consuma. Por lo tanto, cuando vemos

que tales cosas nos quedan después de la muerte, recitando diligentemente las Escrituras, las guardemos en nuestros corazones, y nos esforcemos por vivir según sus preceptos, para que antes del día de la partida, si es posible, limpios de las suciedades de los pecados, podamos ser asumidos con los Santos, en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos, Amén.

HOMILÍA DECIMOCUARTA. De lo que está escrito: Y el Señor me dijo en los días del rey Josías (Jerem. III, 6), hasta el lugar donde dice: Justificó su alma Israel de la pecadora Judá (Jerem. III, 11).

869 Debemos examinar primero el texto de la lectura, que es muy oscuro, y luego, si el Señor nos concede el camino para entenderlo, llegar a un sentido más profundo. En los libros de los Reyes se narra una historia que enseña que después de la muerte de Salomón, en tiempos de Roboam, las doce tribus se dividieron: es decir, Jeroboam reinó sobre diez tribus, y fueron llamadas Israel; mientras que Roboam gobernó sobre dos, y fueron llamadas Judá. Esta división del pueblo, según la fe del libro, permanece hasta el día de hoy. Pues no se encuentra en ningún volumen donde Israel y Judá vuelvan a unirse bajo un solo imperio. Así, Israel pecó primero bajo Jeroboam y sus sucesores; y pecó tanto que fue entregado por Dios a la cautividad, y sirvió en Asiria hasta el día de hoy. Y Judá también pecó, y fue entregado a los babilonios, no hasta el día de hoy, sino (como testifica la Escritura) por setenta años, de los cuales profetizaron Jeremías y Daniel. Si has entendido la historia que está escrita en los libros de los Reyes, considera las palabras del profeta, y verás que se expresa el mismo sentido. Israel es acusado y se dice: Al oír la congregación de Judá que Israel fue entregado a la cautividad por sus pecados, no hizo penitencia, ni se convirtió a mí: sino que acumuló pecado sobre pecado, de modo que en comparación con sus vicios, Israel se encuentra más justo. Luego, el profeta es ordenado a predicar a Israel, para que, ya que Judá se ha vuelto peor que él, se convierta al Señor, y que Israel y Judá estarán bajo un solo imperio, y volverán a la concordia original. Para que esto sea más claro, deben citarse las palabras de la Escritura: Y el Señor me dijo en los días del rey Josías: ¿Viste lo que me hizo la casa de Israel? (Jer. III, 6, 7, 8). No dijo Judá, sino primero Israel. Fue bajo todo monte alto, y bajo todo árbol frondoso, y allí fornicó, y dije, después de que fornicó en todo esto: Vuélvete a mí, y no se volvió. Y oyó su prevaricación, es decir, el pueblo de Israel, la prevaricadora Judá. Y vieron, es decir, los que eran de Judá, que de todo fue comprendida en lo que adulteraba la casa de Israel. La dejé y le di carta de repudio. Dejé al pueblo de Israel, y los eché a los asirios: Y le di carta de repudio en su mano, y no temió la prevaricadora Judá (Jer. III, 9). Después de todo lo que sufrió Israel, dejada por Dios, recibiendo carta de repudio en sus manos, Judá debió convertirse de sus vicios, y corregida por los pecados ajenos, precaverse de los similares: no solo no dejó de pecar, sino que duplicó sus crímenes anteriores, tanto que en comparación con ella, la congregación de Israel, que antes había sido condenada, es más justa. Y le di carta de repudio en sus manos, y no temió la prevaricadora Judá su hermana, sino que fue, y también fornicó, y su fornicación se hizo en nada, y adulteraba con madera y piedra: y en todo esto no se convirtió a mí la prevaricadora Judá, de todo su corazón, sino en mentira (Ibid., 10): ni temió de lo que había hecho Israel, para que de todo corazón se convirtiera a mí, y dejando la mentira, en la que perseveraba, hiciera verdadera penitencia. Y el Señor me dijo, justificó su alma Israel de la prevaricadora Judá (Ibid., 11): Los pecados de Israel comparados con los vicios de Judá justifican de algún modo su alma. Ve y lee estas palabras al norte (Ibid., 12). Si has entendido la historia, veamos qué significa en esto el discurso místico. La vocación de las naciones, la expectativa de Israel, tuvo su inicio, como testifican los apóstoles, después de la proclamación que predicaron en las sinagogas de los judíos: A vosotros, diciendo, era enviado el discurso; pero como os juzgáis indignos de la

vida eterna, he aquí que nos volvemos a las naciones (Hech. XIII, 46). Pablo también habla con voz sagrada: Por el pecado de ellos, la salvación ha llegado a las naciones para provocarlos a celos (Rom. XI, 11). Así, muchos pecados de aquel pueblo hicieron que fuera abandonado por el Señor, y nosotros llegamos a la esperanza de la salvación, que éramos ajenos a los testamentos y a la promesa. ¿De dónde, pues, a mí, no sé dónde, nacido fuera de la tierra santa, ahora discutir sobre las promesas, y creer en el Dios de los patriarcas Abraham, Isaac, y Jacob, y en Jesucristo que fue proclamado por las voces de todos los profetas? Si has entendido a los dos pueblos, Israel y las naciones, entiende la transmigración de Israel del pueblo de los judíos, y que de él está escrito: La dejé, y le di carta de repudio. Pues verdaderamente Dios dejó al pueblo de Israel, y le dio carta de repudio, como lo confirma el siguiente ejemplo. La ley de Moisés ordena que a la mujer que desagrade a su marido se le dé carta de repudio, y se la deje, y entonces al marido le es lícito tomar otra. Según este sentido, entiende que los judíos recibieron carta de repudio, y fueron completamente abandonados por el Señor. ¿Dónde están ya entre ellos los profetas? ¿Dónde las señales de las virtudes? ¿Dónde la manifestación de Dios? No hay templo, no hay víctimas, ni otro culto cualquiera expresado en los volúmenes de la Ley. Fueron expulsados de sus regiones, y así el Señor dio carta de repudio a Israel. Después de ellos, nosotros que en las Escrituras somos llamados judíos (judíos por la tribu de Judá, de cuya estirpe descendió el Salvador) nos convertimos al Señor, y nuestros últimos tiempos, que ojalá al menos en este tiempo no se cumplieran, serán similares a los pecados de Judá, incluso peores. Y para que creas que en la consumación del siglo nos sucederán cosas peores que a los judíos, escucha al Salvador predicando en el Evangelio: Cuando se multipliquen las iniquidades, se enfriará la caridad de muchos. Pero el que persevere hasta el fin, este será salvo (Mat. XXIV, 12). Y en otro lugar: Habrá señales y prodigios en el cielo y en la tierra, para engañar, si fuera posible, incluso a los elegidos (Ibid., 24): y tanta incredulidad habrá en todo el género humano, que nuestro Salvador (que conocía todo lo que iba a venir) dijo: ¿Crees que cuando venga el Hijo del Hombre encontrará fe sobre la tierra? (Luc. XVIII, 8). Pues verdaderamente si juzgamos la fe y la verdad, no la multitud, y miramos la voluntad de los hombres, no la congregación, vemos que en tan gran número de iglesias es difícil encontrar un fiel. Entonces eran verdaderamente fieles, cuando se ofrecían las víctimas de los mártires, cuando después de seguir los funerales sangrientos, volvíamos tristes a la iglesia, toda la multitud era de dolientes, cuando los catecúmenos eran enseñados en la primera fe para llevar el martirio, cuando las mujeres y el sexo más débil permanecían intrépidos hasta la muerte. Entonces verdaderamente había señales del cielo, entonces se hacían portentos de la tierra. Entonces eran pocos, pero verdaderamente fieles, entrando por el camino angosto y estrecho que lleva a la vida. Ahora, cuando nos hemos hecho más, (porque es difícil que muchos sean buenos, pues no miente Jesús diciendo: Muchos son llamados, pero pocos elegidos (Mat. XX, 16); de tantos que prometen la fe cristiana, pocos se encuentran que tengan fe, y verdad, y sean dignos de bienaventuranza. Si pues dice: Primero por los pecados dejé a Israel, y lo abandoné a la emigración: Judá, sin embargo, oyendo lo que le sucedió a Israel, no quiso convertirse a mí: habla de nuestros pecados, que leyendo lo que sufrió el pueblo de los judíos, no tememos, ni decimos: Si no perdonó a las ramas naturales, ¿cuánto más no nos perdonará a nosotros? Si a aquellos que se gloriaban de ser el buen olivo, y de la raíz de los patriarcas, Abraham, Isaac, y Jacob, Cristo, el clementísimo Dios, los arrancó por su mérito, ¿cuánto más no nos perdonará a nosotros, si hacemos lo mismo? Mira la benignidad y la severidad de Dios. Pues no es solo benigno, y no severo: ni solo severo, y no también benigno. Si fuera solo benigno, despreciaríamos su bondad: si solo severo, la desesperación de la salvación, por los pecados que hemos cometido, nos precipitaría en los vicios. Ahora, como Dios, tenemos necesaria su bondad por el arrepentimiento, y su severidad por los delitos: así es benigno, y severo, y nos habla por el Profeta diciendo: ¿Viste lo que me hizo la casa de Israel? (Israel en el presente

tómalo por el pueblo de los judíos) fue sobre todo monte alto, y subió hasta todo árbol frondoso. Si consideras al fariseo subiendo al templo con soberbia, y no golpeándose el pecho, ni sintiendo sus propios males, cómo dice: Te doy gracias, porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, y como este publicano: ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de mi sustancia (Luc, XVIII, 11). Ves cómo sube sobre todo monte alto, y encendido de arrogancia presume esto. Pero hay otros que suben sobre las colinas, y se hacen bajo todo árbol no fructífero, sino frondoso: pues de otra naturaleza es el árbol que es fértil en abundancia, de otra el que solo abunda en follaje de hojas. En los bosques y arboledas nadie planta higuera, nadie viña, nadie árboles fértiles, sino que solo para el deleite de la vista hay árboles frondosos. Tales son los herejes, que componen su oración con el decoro de las palabras, no para convertir a los oyentes de los vicios, sino para deleitar. Así, quien ha sido persuadido por esta seducción, fue bajo todo árbol. Al mismo tiempo, observa por qué no dijo, todo árbol, y calló, ni añadió de nuevo todo árbol fructífero, sino que significativamente añadió: bajo todo árbol frondoso. Por lo cual, si entiendes por qué se ordena en la Ley: No plantarás todo árbol junto al altar del Señor tu Dios, ni harás arboleda (Deut. XVI, 21): se prohíbe expresamente que se plante arboleda en el templo, si observas por qué se dijo: Fornicó allí, y dije después de que fornicó en todo esto: Vuélvete a mí, y no se volvió, y vio su prevaricación la prevaricadora Judá, entiende que se dice de nosotros, que abandonando el pacto que hicimos con Dios, no lo guardamos, ni miramos al pueblo anterior, el testamento, y las promesas, y la nobleza del linaje que perdió por pecado similar. Si fuerais hijos de Abraham, haríais las obras de vuestro padre (Juan VIII, 39): les dice el Señor. Y en otro lugar Juan el Bautista: No comencéis, dice, a decir en vosotros, que tenemos por padre a Abraham: porque os digo que Dios puede de estas piedras levantar hijos a Abraham (Luc. III, 8): significándonos que somos piedras, porque endureciendo nuestros corazones a semejanza de piedras, rehusamos la verdad. Y verdaderamente el Dios omnipotente levantará hijos a Abraham de las piedras, si permanecemos en su adopción, y guardamos en nosotros el espíritu por el cual fuimos adoptados. Vio, pues, la prevaricación de Israel la prevaricadora Judá, que no guardó el pacto que hizo con Dios: Y vio que de todo, en lo que adulteraba, fue comprendida esa generación. Pues todo lo que sufrió Israel, nosotros que somos Judá, leyendo en los volúmenes sagrados, encontramos que de todo en lo que fue comprendida, en lo que adulteraba la casa de Israel, el Señor la dejó, y le dio carta de repudio. Y cuando deberíamos de lo que ellos sufrieron, convertirnos a mejores cosas, y considerar que ellos por sus pecados fueron entregados a la cautividad, y muertos por los enemigos, y sus ciudades quemadas por el fuego: cuando, pues, como dijimos, deberíamos considerar esto con nosotros, porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, ¿cuánto más no nos perdonará a nosotros? si a aquellos que descendían del linaje de los patriarcas, así los dejó por sus pecados, ¿qué nos es necesario sufrir a nosotros llamados de las naciones? no consideramos nada de esto, y por eso nosotros llamados para que ellos se inciten a celos, viendo a los siervos alguna vez, libres, ignobles alguna vez, ahora hijos de Dios. Si ellos sufrieron tanto, ¿cuánto más nosotros, si pecamos, sufriremos peores cosas? En lo que adulteraba la casa de Israel, la dejó, y le di carta de repudio en sus manos, y no temió la prevaricadora Judá estas cosas que hizo la casa de Israel, porque la dejó, y le di carta de repudio. Ni temió la prevaricadora Judá, para que no sufriera ella misma cosas similares por sus pecados. Si alguien recién comprado ha entrado en la casa del comprador y señor, pregunta a algún compañero siervo, quién de los siervos anteriores ofendió al señor, qué mereció: y si quiere permanecer en la casa del señor, evita hacer lo que oye que hicieron aquellos que fueron dignos de azotes y tormentos, y relegación. Luego, inquiriendo diligentemente qué hicieron aquellos que merecieron la libertad del señor, se esfuerza con todo trabajo por hacer lo que sabe que ellos hicieron. Y así nosotros que no éramos siervos de Dios, sino de ídolos, y demonios, y después congregados de las naciones creímos en Cristo, leamos las Escrituras,

veamos quién fue justificado, quién ofendió a Dios, y con toda observación nos esforcemos por hacer lo que leemos que hicieron los justos, y evitemos caer en lo que cayeron aquellos que fueron entregados a la cautividad, y expulsados de la herencia de Dios. Y no temió la prevaricadora Judá, sino que fue, y también fornicó. Después de la fornicación, en la que primero cayó Israel, también fornicó Judá. Y su fornicación se hizo en nada, y adulteraba con madera y piedra. Cuando pecamos con corazón duro contra Dios, no hacemos otra cosa que fornicar con piedra. Cuando pecamos en el placer, adulteramos bajo todo árbol frondoso. Y en todo esto no se convirtió a mí la prevaricadora Judá de todo su corazón, sino en mentira. Y nosotros nos convertimos al Señor; pero porque no nos convertimos de todo corazón, se dice: No se convirtió a mí la prevaricadora Judá de todo su corazón, sino en mentira. Ni dijo: No se convirtió a mí la prevaricadora Judá y calló: sino, No se convirtió a mí la prevaricadora Judá de todo su corazón, sino en mentira: para mostrar que aquellos que se convierten, si no se convierten de todo corazón, se convierten en mentira, no en verdad. Por lo tanto, leamos las historias del Antiguo Testamento, y los profetas, y si encontramos a algunos justificados, imitemos lo que hicieron para ser justificados. Leamos los Evangelios, y todo el Nuevo Testamento. Leamos todas las Epístolas del apóstol Pablo, y escribamos en nuestros corazones, viviendo según los preceptos celestiales, para que no se nos entregue también carta de repudio, sino que seamos coherederos con Cristo Jesús, y veremos que con la plenitud de las naciones entrando en la Iglesia de Dios, al final Israel será salvo, según aquella palabra: Cuando haya entrado la plenitud de las naciones, entonces todo Israel será salvo, y habrá un solo rebaño, y un solo pastor (Rom. XI, 25; Juan X, 10), enseñando en común a su pueblo a magnificar al Señor omnipotente con Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos, Amén.

#### COMIENZAN LAS HOMILÍAS XIV EN EZEQUIEL.

HOMILÍA PRIMERA. De la primera visión de Ezequiel (Cap. I).

877. No todos los que son cautivos sufren cautiverio por sus pecados. Pues aunque toda la multitud de los judíos fue abandonada por Dios a causa del pecado, y sufriendo el cautiverio fue capturada por Nabucodonosor, y expulsada de la tierra santa, fue llevada hasta Babilonia: sin embargo, unos pocos justos que había en el pueblo no soportaron el cautiverio por su propia culpa, sino para que los pecadores, que habían sido oprimidos bajo el yugo del cautiverio, no quedaran completamente sin ayuda. Supongamos, en efecto, que mientras los pecadores eran llevados a Babilonia, los justos permanecieran en sus antiguos territorios: sucedería que los pecadores nunca obtendrían remedio. Por lo tanto, el Dios clemente y benigno, amante de los hombres, dispuso mezclar la piedad de su visita entre los castigos con los que castiga a los pecadores, y no oprimir a los miserables con un castigo desmedido. Siempre es así nuestro Dios, atormenta a los culpables, pero como un padre piadoso asocia la clemencia a los tormentos. Si deseas reconocer que lo que decimos es verdadero, observa lo que sucedió en Egipto por el hambre. Si hubiera querido solo matar a los egipcios y castigarlos con el tormento del hambre de siete años, ciertamente habría hecho lo que quería, y ni José habría descendido a Egipto, ni el faraón habría tenido el sueño sobre lo que iba a suceder en Egipto, ni al rey le habría sido mostrado por el príncipe de los coperos que había alguien que pudiera interpretar el sueño al rey. Ahora bien, como ves, Dios castiga como un padre, pero perdona no solo a Israel, sino también a los egipcios, aunque sean ajenos a Él, por su propia mansedumbre. Y es evidente que la obra del buen Dios se ejerce sobre ellos, mientras José desciende a Egipto, mientras el faraón es advertido por sueños, mientras el príncipe del vino indica al intérprete, mientras el intérprete explica los sueños, y así, en el tiempo de abundancia, con los frutos recogidos, se vence la escasez de la posterior hambruna.

De todo esto es claro que no hay una ira desmedida, que los herejes critican en el Creador. Podríamos ciertamente relatar muchas historias para probar lo que he dicho, pero para no parecer que me desvío del propósito, hago un resumen del discurso. Mi propósito es explicar sobre el hecho de que el pueblo de Israel fue llevado cautivo por sus pecados. Y para que nadie piense que los pecadores entregados por Dios ya no son gobernados por Él, y que una vez llevados al cautiverio, no merecen más su disposición y misericordia, consideremos con más atención el presente pasaje. Daniel no pecó, Ananías, Azarías, Misael fueron inmunes al pecado, y sin embargo fueron hechos cautivos, para que, estando allí, consolaran al pueblo cautivo, y a través de la exhortación de su voz, los penitentes fueran restituidos a Jerusalén, castigados por un tiempo. Durante setenta años soportaron los castigos de la servidumbre, y así luego regresaron a sus propias sedes, porque la santa palabra de los profetas había levantado los ánimos abatidos.

Verum non solum esos cuatro profetas existieron en la cautividad, sino que también Ezequiel fue uno de ellos, y Zacarías, hijo de Berequías, profetizó en el tiempo de la cautividad bajo el rey Darío. También encontramos a Ageo y muchos otros profetas que profetizaron en esos mismos tiempos, de los cuales se indica que Dios no solo castiga a los pecadores, sino que también mezcla misericordia con los castigos. Si dudas, escucha las voces de los que sufren tormentos, cómo en sus sufrimientos proclaman la clemencia de Dios: "Nos alimentarás con pan de lágrimas, y nos darás a beber lágrimas en abundancia". No dice indiferentemente, en lágrimas; sino, en lágrimas y en medida. La misericordia de Dios está en el peso. Si no fuera útil para la conversión de los pecadores aplicar tormentos a los pecadores, nunca un Dios misericordioso y benigno castigaría los crímenes con penas: sino que, como un padre indulgente, corrige a su hijo para educarlo: como un maestro previsor, castiga con severidad al discípulo lascivo, para que, al sentir amargura, no se pierda. Mira a Salomón, el más sabio de todos, qué piensa de las correcciones de Dios: "Hijo, no seas pusilánime en la disciplina de Dios, ni te desanimes al ser corregido por Él" (Ecl. VII). Porque el Señor corrige a quien ama: azota a todo hijo que recibe. No hay, dice el Apóstol, hijo que, habiendo pecado, no sea azotado por el padre. Y añade maravillosamente diciendo: "Perseverad en la disciplina. Dios se ofrece a vosotros como a hijos" (Heb. XII). ¿Quién es el hijo a quien no corrige el padre? Pero si estáis fuera de la disciplina, de la cual todos son partícipes, sois bastardos y no hijos. Pero si acaso hay alguien que, ofendido por el mismo nombre de ira, la critique en Dios. A quien responderemos que no es tanto la ira de Dios, sino una dispensación necesaria. Escucha lo que es la obra de la ira de Dios, para reprender, corregir y enmendar: "Señor, no me reprendas en tu ira, ni me castigues en tu furor" (Sal. VI). Quien dice esto sabe que el furor de Dios no es inútil para la salud, sino que se aplica para curar a los enfermos, para enmendar a aquellos que despreciaron escuchar su palabra. Por eso, tampoco suplica que no sea enmendado con tales remedios, para que con la medicina penal recupere la salud anterior, como si un siervo ya bajo los azotes suplicara al Señor, prometiéndole hacer lo que se le manda, y dijera: "Señor, no me reprendas en tu ira, ni me castigues en tu furor". Todo lo que es de Dios es bueno, y merecemos ser corregidos. Escucha lo que dice: "Los reprenderé en el oído de su angustia". Por eso escuchamos lo que es de la tribulación, para ser enmendados. También en las maldiciones del Levítico está escrito: "Si después de esto no obedecen, ni se convierten a mí, les añadiré plagas siete veces sobre sus pecados. Si después de esto no se convierten, los enmendaré" (Lev. XXXVI). Todo lo de Dios, que parece amargo, es para la instrucción y remedio. Dios es médico, Dios es padre, es señor, no es áspero, sino un señor benigno. Si vas a aquellos que han sido castigados según las palabras de las Escrituras, compara las Escrituras con las Escrituras, como también te enseña el Apóstol, y verás que allí son dulcísimas donde se consideran amarguísimas. Está escrito en el profeta: "No castiga dos

veces en el mismo juicio" (Num. I). Castigó una vez en el juicio por el diluvio (Gen. VII, 19), castigó una vez en el juicio sobre Sodoma y Gomorra, castigó una vez en el juicio sobre Egipto, y seiscientos mil israelitas (Éx. XIV). No pienses que esta venganza fue solo un castigo para los pecadores, como si después de la muerte, y los castigos, fueran a ser recibidos nuevamente en el castigo. Fueron castigados en el presente, para no ser castigados perpetuamente en el futuro. Observa al pobre en el Evangelio, está oprimido por la miseria y la penuria, y después descansa en el seno de Abraham. Recibió sus males en su vida (Luc. XVI). ¿Cómo sabes si los que murieron en el diluvio recibieron sus males en vida? ¿Cómo sabes si a Sodoma y Gomorra se les restituyeron sus males en vida? Escucha el testimonio de las Escrituras. ¿Quieres aprender el testimonio del Antiguo Testamento? ¿Quieres que te enseñe el del Nuevo? Sodoma será restituida a su antiguo estado: ¿y aún dudas si el Señor es bueno castigando a los sodomitas? Será más tolerable para la tierra de Sodoma y Gomorra en el día del juicio, dice el Señor compadeciéndose de los sodomitas (Mar. VI). Por tanto, Dios es benigno, Dios es clemente. Hace que su sol salga verdaderamente sobre buenos y malos: y llueve verdaderamente sobre justos e injustos: no solo este sol que vemos con los ojos, sino también aquel sol que se contempla con los ojos de la mente. Yo era malo, y el sol de justicia salió para mí. Yo era malo y vino sobre mí la lluvia de justicia (Mat. V). La bondad de Dios está incluso en aquellas cosas que se consideran amargas. Por tanto, en la ciudad está establecido el Profeta, y observa lo que ve, para no sentir los dolores de la cautividad (Ezeq. I). Abajo ve trabajos, pero alzando los ojos hacia arriba, contempla los cielos abiertos, ve los cielos celestiales abiertos para él, ve la semejanza de la gloria de Dios, ve cuatro animales, sobre los cuales hay mucho discurso y difícil interpretación. Ve al auriga de los cuatro animales. Ve ruedas que se contienen mutuamente. El auriga de los cuatro animales no es todo de fuego, sino que desde los pies hasta la pubertad, y de allí hasta la cima, resplandece con el brillo del electro. Porque Dios no solo tiene tormentos; también hay en Él refrigerios. Castiga a los pecadores; pero a través de esos misterios que están abajo. Pues el Profeta no vio fuego en la cabeza, ni en esos miembros que se elevan desde la región de los lomos hasta la cima. El Señor es de fuego; pero desde los lomos hasta los pies, para mostrar que aquellos que se ocupan en la generación necesitan fuego. Pues los lomos significan el coito. Aún estaba en los lomos de Abraham, su padre, Leví, cuando Melquisedec le salió al encuentro (Heb. VII). Y en el salmo se dice: "Del fruto de tus lomos pondré sobre tu trono" (Sal. CXXXII). El Señor es de fuego desde los lomos hacia abajo. Porque las obras de la generación y la lujuria son corregidas con los castigos del infierno. Dios es de fuego; pero no todo es de fuego: sus partes superiores son de electro. El electro no solo es más precioso que la plata, sino también que el oro. Sin embargo, la Escritura puso el electro como ejemplo de resplandor, no porque Dios sea verdaderamente electro. Y así como Dios no es tal electro como parecía: así no es tal fuego como apareció desde los lomos hasta el final de los pies. Este fuego consume, y no hay nada puesto para que consuma, para que tú, buscando, encuentres qué es lo que consume el fuego de Dios. Nuestro Dios es un fuego consumidor (Deut. IV). ¿Qué consume este fuego? No la madera que vemos, no el heno sensible, no la paja que se ve: sino que si sobreedificas sobre el fundamento de Jesucristo obras de pecado como madera, obras de pecado como heno, obras de pecado inferiores como paja, viene el fuego, y examina todas estas cosas (I Cor. III). ¿Quién es este fuego que la Ley predica, y el Evangelio no calla? La obra de cada uno, cual sea, el fuego la probará. ¿Quién es, Apóstol, este fuego que prueba nuestras obras? ¿Quién es este fuego tan sabio, que guarda mi oro para mostrar mi plata más resplandeciente, que deja ileso al que en mí es piedra preciosa, que solo consume las malas obras que hice, que sobreedifiqué como madera, heno, paja? ¿Quién es este fuego? Fuego vine a traer sobre la tierra, y cuánto deseo que ya esté encendido (Luc. XII). Jesús Cristo dice, cuánto deseo que ya esté encendido. Porque es bueno, y sabe que si este fuego se enciende, la maldad será consumida. Está escrito en los Profetas: lo santificó en

fuego ardiente, y devoró como heno el bosque (Zac. XIII). Y de nuevo: El Señor de los ejércitos envía en tu honor la afrenta, y en tu gloria se enciende un fuego ardiente, es decir, para que tú seas glorificado se envía fuego en las obras de tus pecados. ¿Quieres aún aprender del Profeta que los tormentos del buen Dios están constituidos para la utilidad de aquellos que los soportan? Escucha al mismo profeta diciendo: "Tienes carbones de fuego, te sentarás sobre ellos: ellos serán para ti de ayuda" (Isa. LVII). Estas cosas debían ocultarse, y no sacarse a la luz, pero los herejes nos empujan a sacar a la luz lo que debe ocultarse, porque están ocultas útilmente para aquellos que aún son pequeños según la edad del alma, que necesitan el temor de los maestros, deben ser corregidos con amenazas y terrores, y pueden alcanzar la bondad, para que a través de remedios amargos cesen alguna vez de las heridas de los pecados. Porque siempre los sacramentos de Dios están cubiertos con ciertos velos para los oyentes pequeños. ¡Cuán grande es la multitud de tu dulzura, Señor, que has ocultado a los que te temen! Dios de la Ley y los Profetas oculta la multitud de su bondad no a los que lo aman, sino a los que lo temen. Porque son pequeños, y no pueden aprender con provecho que son amados por el Padre, para que no se disuelvan, para que no desprecien la bondad de Dios. Por lo tanto, cuando escuches sobre la cautividad del pueblo, cree que verdaderamente ocurrió según la fe de la historia, pero que precedió como señal de otra cosa, y significó un misterio subsiguiente. Porque tú también, que eres llamado fiel, que contemplas la paz, pues Cristo es nuestra paz, habitas en Jerusalén. Pero si pecas, la visita de Dios te abandonará, y serás entregado cautivo a Nabucodonosor, y siendo entregado serás llevado a Babilonia. Pues cuando tu alma esté confundida por los vicios y perturbaciones, serás llevado a Babilonia, porque Babilonia significa confusión. Y si nuevamente haces penitencia, y por la conversión de un corazón verdadero obtienes la misericordia de Dios, se te envía Esdras, que te hará regresar y reconstruir Jerusalén. Esdras significa ayudante, y se te envía una palabra que ayuda, para que regreses a tu patria. También es un sacramento lo que se dice en enigma y es narrado por Daniel, y por el Apóstol ocultando y revelando a la vez: "En Adán todos morimos, y en Cristo todos seremos vivificados" (I Cor. XV). Pues Adán estuvo en el paraíso, pero la serpiente fue la causa de su cautividad, y hizo que fuera expulsado ya sea de Jerusalén o del paraíso, y viniera a este lugar de lágrimas. La serpiente es enemiga contraria a la verdad. Sin embargo, no fue creada contraria desde el principio, ni inmediatamente anduvo sobre su pecho y vientre, ni fue maldecida desde el principio. Así como Adán y Eva no pecaron inmediatamente al ser creados, así también la serpiente fue alguna vez no serpiente, cuando moraba en el paraíso de las delicias. De donde después, cayendo por sus pecados, mereció escuchar: "Tú, sello de semejanza, corona de hermosura, naciste en el paraíso de Dios, hasta que se halló iniquidad en ti, caminaste immaculado en todos tus caminos" (Ezeq. XXVIII). De quien también Job recuerda, porque se enorgulleció ante la presencia del Dios omnipotente: "Cayó del cielo lucero, que nacía por la mañana, fue aplastado sobre la tierra" (Job XI). Observa la consonancia del discurso profético y evangélico. El profeta dice: "Cayó del cielo lucero, que nacía por la mañana, fue aplastado sobre la tierra" (Isa. XIV). Jesús habla: "Veía a Satanás caer del cielo como un rayo" (Luc. XVIII). ¿En qué difiere decir rayo o lucero cayendo del cielo? En lo que respecta al asunto, toda la consonancia es sobre la caída. Porque Dios no hizo la muerte, ni obró la maldad. Dio libre albedrío tanto al hombre como al ángel para todo. Aquí ya debe entenderse cómo por la libertad del albedrío, unos ascendieron a la cumbre de los bienes, otros cayeron en el abismo de la maldad. Pero tú, hombre, ¿por qué no quieres ser dejado a tu libre albedrío? ¿Por qué te molesta esforzarte, trabajar, luchar, y por buenas obras hacerte causa de tu salvación? ¿O te deleitará más descansar en eterna prosperidad estando dormido y en ocio? Mi Padre, dice el Señor Jesucristo, hasta ahora trabaja, y yo trabajo (Juan XV); ¿y a ti te desagrade trabajar, que naciste para las obras? ¿No quieres que tu obra sea justicia, sabiduría, castidad? ¿No quieres que tu obra sea fortaleza y otras virtudes? Por tanto, son llevados a la cautividad aquellos que

por sus pecados merecieron los castigos de la servidumbre. Y vino Jesucristo a predicar la remisión a los cautivos, y la vista a los ciegos (Luc. IV). Este clama a los que están en cadenas: Salid, y a los que están en tinieblas: Ved. Y nosotros estuvimos en cadenas de pecados, y nosotros alguna vez anduvimos en tinieblas, luchando contra los rectores de las tinieblas de este mundo: vino Jesús, anunciado por las voces de todos los profetas, diciendo a los atados: Salid: y a los que están en tinieblas: Mirad. Si quieres escuchar a Ezequiel, hijo de hombre, predicando en la cautividad, también este era un tipo de Cristo: "Por eso sucedió, dice, en el año trigésimo, en el cuarto mes, en el quinto día del mes, y yo estaba en medio de la cautividad junto al río Quebar, y se abrieron los cielos". Junto al río Quebar, pues, Ezequiel, cuando tenía treinta años, vio los cielos abiertos. Y el Señor Jesucristo comenzaba a ser como de treinta años junto al río Jordán, y se abrieron los cielos (Juan I; Luc. III). Y a lo largo de toda la profecía se le dice a Ezequiel: "Hijo de hombre". ¿Quién es el hijo de hombre, sino mi Señor Jesucristo? Que respondan los herejes, que eluden su nacimiento como un fantasma, ¿por qué Cristo es llamado hijo de hombre? Yo afirmo que él fue hijo de hombre. Pues quien asumió las pasiones humanas, necesariamente antes de la pasión debió haber asumido el nacimiento. Porque no pudo recibir los afectos humanos, palabras, costumbres, cruz, muerte, si no recibía el principio de la humanidad. Y era consecuente que, quitando su nacimiento, también quitaran su pasión, y simplemente dijeran: No fue crucificado Jesús. Ahora bien, confiesas la cruz, y no te avergüenzas. Predicas a los judíos escándalo al crucificado, y a los gentiles necedad (I Cor. I), y menos escándalo en la pasión o muerte, te avergüenzas de confesar su nacimiento. Sin duda es menos escandaloso que Jesús haya nacido, que haya muerto, o si la fe cristiana no teme el escándalo, ¿por qué temes decir lo menor, que te atreviste a confesar lo mayor? Especialmente cuando su nacimiento no se cree de la semilla de un hombre y una mujer durmiendo juntos, sino según la palabra del profeta que dice: "He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y se llamará su nombre Emmanuel" (Isa. VII). Esto que se dice, Emmanuel, no suena como un solo nombre, sino que significa algo. Pues con la venida de Jesús, decimos, el Señor con nosotros. No en vano, pues, en el año trigésimo profetiza Ezequiel. Pues también su nombre es figura de Cristo. Ezequiel se interpreta como el imperio de Dios: y el imperio de Dios no es otro que Cristo Jesús. También se escribe hijo de Buzi, que se interpreta como despreciado. Si vas a los herejes, y los escuchas despreciando, y considerando como nada al Creador, e incluso acusándolo, verás que según ellos el Hijo del Creador, nuestro Señor Jesucristo, es el más despreciado. Pero si alguien se resiste, y no quiere recibir estas cosas que hemos expuesto como profecía, le preguntaré por qué está escrito que en el año trigésimo de la vida de Ezequiel se abrieron los cielos, y él vio las visiones que se contienen en su libro.

¿Qué me aprovecha el número de los años, sino para aprender que en el trigésimo año tanto al Salvador como al profeta se les abrieron los cielos, y comparando lo espiritual con lo espiritual, reconocer que todas las cosas que están escritas son palabras del mismo Dios? Pues las palabras de los sabios son como agujijones, y como clavos profundamente clavados porque fueron dadas por un solo pastor (Ecl. XII). Yo también, investigando lo que se dice, en el cuarto mes, el quinto día del mes, según la capacidad de mi entendimiento, ruego a Dios que pueda comprender lo que concuerda con la voluntad de sus Escrituras. Un nuevo año ya se avecina para los judíos, y el primer mes para ellos se cuenta desde el inicio del nuevo año. Se celebra la Pascua en el número del nuevo año. Este mes será para vosotros el principio de los meses del año (Éxodo XII). Desde este año cuéntame el cuarto mes, y entiende que Jesús fue bautizado en el cuarto mes del nuevo año. Pues en ese mes, que entre los romanos se llama enero, sabemos que se realizó el bautismo del Señor, que es el cuarto mes desde el nuevo año según el cómputo de los hebreos. Y porque había asumido un cuerpo subsistente

de los cuatro elementos del mundo, recibiendo también los sentidos humanos, quizás por eso también en el cuarto mes, y en el quinto día del mes tuvo la visión. Y yo estaba en medio de la cautividad. Me parece que se dice irónicamente: Y yo estaba en medio de la cautividad. Y yo, como si el profeta dijera según la historia, y yo que no estaba retenido en los pecados del pueblo, estaba en medio de la cautividad: según la alegoría, sin embargo, Cristo, y yo vine al lugar de la cautividad, vine a esos confines, donde los siervos, donde los cautivos eran retenidos. Tienes voces de este tipo de nuestro Salvador en los Profetas, indignado porque no hacemos cosas dignas de su dispensación, y especialmente nosotros, que se supone creemos en Él. Pues dice a su Padre: ¿Qué utilidad hay en mi sangre, mientras desciendo a la corrupción? ¿Acaso el polvo te confesará, o anunciará tu verdad? (Salmo XXIX). También encuentro otra voz de este tipo, que se dice desde la persona de nuestro Salvador a través del profeta buscando almas llenas de justicia, llenas de sentidos divinos, llenas de frutos santos, y buscando los verdaderos racimos de la verdad, pero encontrando muchos pecadores, y estériles de bienes, y por eso diciendo: ¡Ay de mí, porque me he convertido como quien recoge paja en la cosecha, y como racimos en la vendimia, a la que no queda racimo para comer primicias. ¡Ay de mí! (Miqueas VII). Lo que se dice, ¡ay de mí!, no es del primogénito de toda criatura, no es la voz de la divinidad, sino del alma humana que asumió, de donde añade: ¡Ay de mí, alma mía, porque ha perecido el que regresa de la tierra: y no hay quien corrija entre los hombres.

Omnes in sanguine judicantur, cada uno tribula a su prójimo. Estas cosas se mencionan porque el profeta dice: Y yo estaba en medio de la cautividad junto al río Quebar, que se interpreta como gravedad. Grave es el río de este mundo, como se dice en otro lugar sagrado. Y según la simple historia también se explica: pero para aquellos que escuchan las Escrituras espiritualmente, significa el alma que ha caído en los torbellinos de esta vida. Junto a los ríos de Babilonia nos sentamos y lloramos al recordar Sion: en los sauces, en medio de ella colgamos nuestros instrumentos, porque allí nos preguntaron los que nos llevaron cautivos, las palabras de los cánticos (Sal. CXXXVI). Estos son los ríos de Babilonia, junto a los cuales, sentados y recordando la patria celestial, lloran y lamentan, donde cuelgan sus instrumentos en los sauces de la Ley y los misterios de Dios. Está escrito en cierto libro que todos los creyentes recibirán una corona de sauce. Y en Isaías se dice: Brotará como en medio del agua la hierba, y el sauce sobre el agua corriente (Is. XLIV). Y en la solemnidad de Dios, cuando se componen sus tabernáculos, colocan ramas de sauce en la fijación de los tabernáculos. Junto al río Quebar. Junto a este gravísimo río del mundo. Y se abrieron los cielos. Los cielos estaban cerrados, y a la llegada de Cristo se abrieron, para que, al ser abiertos, el Espíritu Santo descendiera sobre él en forma de paloma. Porque no podía venir a nosotros, a menos que primero descendiera a su consorte natural. Jesús ascendió a lo alto, llevó cautiva la cautividad, recibió dones en los hombres. El que descendió es el mismo que ascendió por encima de todos los cielos, para llenar todas las cosas. Y él dio a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y maestros para la perfección de los santos (Ef. IV). Se abrieron los cielos. No basta con que se abra un solo cielo, se abren muchos, para que descendan no de uno, sino de todos los cielos los ángeles a aquellos que han de ser salvados. Ángeles que subían y bajaban sobre el Hijo del Hombre, y se acercaron a él y le servían. Pero los ángeles descendieron porque Cristo había descendido primero, temiendo descender antes de que el Señor de las virtudes de todas las cosas lo ordenara; pero cuando vieron al príncipe del ejército celestial morar en lugares terrenales, entonces entraron por el camino abierto siguiendo a su Señor, y obedeciendo su voluntad. Él los distribuyó como guardianes de los que creen en su nombre. Tú ayer estabas bajo el demonio, hoy bajo un ángel. No despreciéis, dice el Señor, a uno de estos pequeños que están en la Iglesia. En

verdad os digo que sus ángeles ven siempre el rostro del Padre que está en los cielos (Mat. XVIII). Los ángeles asisten a tu salvación, han sido concedidos al ministerio del Hijo de Dios, y dicen entre sí: Si él descendió, y descendió en cuerpo, si se vistió de carne mortal, y soportó la cruz, y murió por los hombres, ¿por qué nosotros descansamos? ¿por qué nos perdonamos a nosotros mismos? ¡Ea, todos los ángeles descendamos del cielo! Por eso también había una multitud del ejército celestial alabando y glorificando a Dios cuando nació Cristo. Todo está lleno de ángeles: ven, ángel, recibe al que se ha convertido de su error anterior, de la doctrina de los demonios, de la iniquidad que habla en lo alto, y recibéndolo como buen médico, cuídalo y edúcalo: es pequeño, hoy nace un anciano rejuvenecido; y recíbelo dándole el bautismo de la segunda regeneración, y llama a otros compañeros de tu ministerio para que todos juntos instruyáis en la fe a los que alguna vez fueron engañados. Porque hay mayor gozo en los cielos por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento (Luc. XV). Toda la creación se regocija, se alegra y aplaude a los que han de ser salvados. Porque la creación espera la revelación de los hijos de Dios (Rom. VIII). Y aunque no quieran aquellos que han interpolado las Escrituras Apostólicas que tales palabras estén en sus libros, por las cuales el Creador Cristo pueda ser aprobado, sin embargo, toda la creación espera a los hijos de Dios, cuando sean liberados del delito, cuando sean quitados de la mano de Zabulón, cuando sean regenerados por Cristo. Pero ya es tiempo de que toquemos algo del lugar presente. El profeta vio no una visión, sino visiones de Dios. ¿Por qué no vio una, sino muchas visiones? Escucha al Señor prometiendo y diciendo: Multipliqué visiones (Oseas XII). Quinto mes Este es el quinto año de la cautividad del rey Joaquín: en el trigésimo año de la edad de Ezequiel, y el quinto de la cautividad de Joaquín, el profeta es enviado a los judíos. El padre clementísimo no despreció, ni dejó al pueblo sin advertencia por mucho tiempo. Es el quinto año. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Han transcurrido cinco años desde que los cautivos sirven. Inmediatamente descendió el Espíritu Santo, abrió los cielos, para que aquellos que estaban oprimidos por el yugo de la cautividad vieran lo que el profeta veía. Porque al decir él; y se abrieron los cielos, de alguna manera ellos también contemplaban con los ojos del corazón lo que él veía con los ojos de la carne: Y vino la palabra del Señor a Ezequiel hijo de Buzi sacerdote. La palabra del Señor, que en el principio estaba con Dios Padre, Dios Verbo, palabra que hace dioses a los creyentes. Porque si él llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios, y no puede ser quebrantada la Escritura, a quienesquiera que vino la palabra de Dios, fueron hechos dioses. Ezequiel también fue Dios, porque la palabra de Dios vino a él: Yo dije: Sois dioses, y todos vosotros hijos del Altísimo. Pero vosotros moriréis como hombres, y caeréis como uno de los príncipes (Sal. LXXXII). ¿Dónde tenéis en el Nuevo Testamento tal promesa? Si es necesario distinguir los instrumentos, y decir que los dioses están en desacuerdo entre sí, lo cual es un sacrilegio incluso sospechar, pero según el abuso decimos, ciertamente diré audazmente, que se muestra mucha más humanidad en el Antiguo Testamento que en el Nuevo: Yo dije, sois dioses y todos vosotros hijos del Altísimo. No dice, algunos sois dioses, y otros no lo sois: sino que todos sois dioses. Pero si pecáis, escucha lo que sigue: Pero vosotros moriréis como hombres. Esta no es la culpa del que llama a la salvación, él no es la causa de la muerte, quien invita a la divinidad, y a la adopción de la naturaleza celestial, sino que en nuestro pecado, y en nuestro crimen consiste lo que se dice: Pero vosotros moriréis como hombres, y caeréis como uno de los príncipes. Muchos príncipes había y uno de ellos cayó, del cual también se escribe en Génesis: He aquí, Adán ha sido hecho, no como nosotros, sino como uno de nosotros (Gen. III). Por lo tanto, cuando Adán pecó, entonces fue hecho como uno. Y vino la palabra del Señor a Ezequiel hijo de Buzi. Aunque quieras entender estas cosas del Salvador, no temas, también tiene su sentido alegórico: vino la palabra del Señor a él, que nacía de la Virgen, es decir, al hombre, la palabra permaneciendo siempre en el Padre, para que ambos fueran uno, y se uniera el hombre, que por el sacramento

y la salvación de toda la humanidad vestiría, a su divinidad y naturaleza del unigénito de Dios. Vino la palabra del Señor a Ezequiel hijo de Buzi sacerdote en la tierra de los caldeos. Los caldeos discuten sobre las cosas celestiales: los caldeos razonan sobre los nacimientos de los hombres. En la tierra de los caldeos, como si dijera, de aquellos que afirman el destino, de aquellos que reivindican las causas del universo por el circuito de los astros. Este error, por lo tanto, y esta perversidad de la mente se significa figuradamente en la tierra de los caldeos. En la tierra de los caldeos junto al río Quebar. Y allí vino sobre mí la mano del Señor. Y la palabra del Señor vino al profeta y la mano, para que fuera adornado tanto con hechos como con palabras. Y vi visiones. Tocaré algunas cosas, y aunque por la estrechez del tiempo lo que he dicho pueda ser suficiente, sin embargo, también de todo el cuerpo de la visión libaré lo más importante. Y vi, y he aquí un espíritu que se levantaba venía del norte. Considera diligentemente el número de cosas que se dicen: Espíritu que se levanta, o que quita venía del norte, he aquí una cosa. Y una gran nube estaba en él: he aquí dos. Y esplendor alrededor de él: he aquí tres. Y fuego resplandeciente: he aquí cuatro. Y en medio de él como la visión del ámbar en medio del fuego: he aquí cinco. Y luz en él: he aquí seis. Después de esto la semejanza de cuatro animales, y la visión de ellos, y la narración de la visión: he aquí siete. Y en medio de los animales, como carbones de fuego: he aquí ocho. ¿Quién puede exponer estas cosas en detalle? ¿Quién es tan capaz del espíritu de Dios, que pueda dilucidar estos sacramentos? Los acusadores del Creador, y del Dios de los profetas, deberían primero entender lo que dicen los profetas, y luego acusar. Porque el que verdaderamente acusa, debe acusar lo que conoce. Si los herejes no están ni siquiera cerca del entendimiento divino, ¿cómo acusan razonablemente, a quienes demostramos que no conocen? Aprendan, cuál es el sentido en esta visión. Primero aparece el espíritu que quita; segundo una gran nube en el espíritu que quita; tercero esplendor alrededor del espíritu que quita; cuarto fuego resplandeciente; quinto en medio de él como la visión del ámbar, sin duda en medio del fuego; sexto esplendor en el mismo ámbar. Confieso libremente que la sentencia dicha por un hombre sabio y fiel, que a menudo acepto. De Dios y decir la verdad es peligroso. Porque no solo son peligrosas las cosas falsas que se dicen de él: sino también las que son verdaderas, y no se dicen oportunamente, generan peligro para el que las dice. La perla es verdadera, pero si se usa incorrectamente, su peligro es lo que dice a sus pies. Y para poner un ejemplo según nosotros, estas colecciones no solo en Aelia, no solo en Roma, no en Alejandría, sino en todo el mundo de una vez, se asemejan a una red que captura de todo tipo de peces. No todo lo que cae en ella puede ser bueno. Porque el Salvador dice: Cuando la saquen, y se sienten junto a la orilla, elegirán lo bueno en sus vasijas, pero lo malo lo echarán fuera. Por lo tanto, es necesario que en la red de toda la Iglesia haya tanto buenos como malos. Si ya todo está limpio, ¿qué dejamos al juicio de Dios? Y según otra parábola, tanto el trigo como la paja están contenidos en la era, cuando solo el trigo debe ser recogido en los graneros de Cristo, y la paja debe ser separada por aquel cuyo aventador está en su mano, y limpiará su era, y recogerá el trigo en el granero, pero la paja la consumirá en fuego inextinguible (Luc. III). Porque no afirmo que la era sea todo el mundo, sino que entiendo que la era es la congregación del pueblo cristiano. Así como cada era está delimitada, y está llena de trigo, o de paja, ni todo es trigo, ni todo es paja: así en las iglesias terrenales uno es trigo, otro es paja. Pero donde no es por su propia causa, ni por la voluntad de la paja (porque no es por su propio arbitrio que es trigo) aquí está en tu poder ser paja, o trigo. Estas cosas deben enseñarnos, para que si alguna vez alguien ve a un pecador en nuestras congregaciones, no se escandalice, ni diga: He aquí un pecador en la asamblea santa. Si esto es permitido, si esto es concedido, ¿por qué no peco yo también? Mientras estemos en este mundo presente, es decir, en la era y en la red, tanto buenos como malos están contenidos en ella. Pero cuando venga Cristo se hará la separación, y se cumplirá lo que dice el Apóstol: Todos debemos comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho en el

cuerpo, sea bueno o malo (II Cor. IV). Estas cosas en el prólogo sobre las interpretaciones de las visiones, el alma ha hablado, dudando qué callar, qué decir, qué dejar ligeramente tocado, qué de ellas debe ser expuesto más claramente, qué más oscuramente, si podemos cumplir lo que deseamos. Primero, por lo tanto, se ve el espíritu que quita: lo que dijimos un poco antes, que nuestro Señor es fuego consumidor, también lo repetimos ahora, y decimos que concuerda con este testimonio. ¿Cómo se pone el espíritu que quita? Dios es espíritu (Juan IV), y se ve el espíritu que quita. ¿Qué quita de mí, y de mi alma, para que con razón sea llamado el que quita? Sin duda, los males: y entonces siento su bondad, si quita de mí todo lo peor. Ni debe pensarse que el fin de la bienaventuranza es ser liberado de los males, el comienzo de la felicidad es carecer de pecado; y en Jeremías se escribe (porque todas las cosas que están escritas en los profetas las reivindicó para el clementísimo Dios): He aquí que he puesto mis palabras en tu boca, he aquí que te he puesto sobre naciones y reinos para arrancar, y destruir, y dispersar, y edificar, y plantar (Jer. I). Dios es benigno, dando palabras para arrancar. Pero ¿qué es lo que debe ser arrancado, y destruido? Si hay alguna plantación mala en el alma: si hay alguna secta malvada, esta la arranca, esta la destruye la palabra profética. Ojalá me fuera dado tal palabra, que arrancara las semillas de los herejes, y la doctrina que mana de la fuente de Zabulón, que de su alma, que ahora por primera vez entra en la Iglesia, quite la plantación de la idolatría. He puesto mis palabras en tu boca. He aquí que te he puesto para arrancar, y destruir: es decir, para que si hay alguna edificación mala, sea destruida. ¡Cuánto desearía yo también destruir, todo lo que Marción ha edificado en los oídos de los engañados, arrancar, y destruir, y dispersar, como Jacob destruyó los ídolos. Hasta el día de hoy es destruir y edificar. Los herejes solo han oído destruir y subvertir, pero en la palabra de edificación y plantación han vuelto sus oídos sordos. Porque no quieren ver, que las cosas tristes se dicen primero, y las alegres después. ¿Por qué recordamos estas cosas ahora? Para que se manifieste que la palabra de Dios subvierte los males, y edifica lo óptimo, arranca los vicios, como buen agricultor, para que en el campo purgado surja una cosecha de virtudes muy abundante. Estas cosas por el espíritu que quita. Porque primero vio el espíritu que quita, luego una gran nube en él. Cuando hayas sido purgado por el espíritu que quita, tanto que se quite de ti todo mal, y todo lo que en tu alma se revuelve de iniquidad, entonces comenzarás también a disfrutar de una gran nube, que consiste en el espíritu que quita. Que nube es próxima a aquella nube, que leemos en el Evangelio, de la cual vino una voz: Este es mi hijo amado, en quien me complazco (Mat. III). Espíritu que quita, luego una gran nube en él, después una luz esplendorosa alrededor de él. Se ha quitado de ti el mal. Se te ha dado una gran nube, para que llueva sobre tu viña. Según aquello, que se dice en otro lugar: Mandaré a las nubes, que no lluevan sobre ella lluvia (Is. V), sobre la viña mala, evidentemente. Si esto se ordena sobre la mala, no hay duda de que al contrario si eres buena viña, llueva sobre ti la nube. Y esplendor alrededor de él. Luego: Fuego resplandeciente, y en medio de él como la visión del ámbar. Dios quita de nosotros los males de dos maneras, con espíritu y con fuego. Si somos buenos e intentos en los preceptos de Dios, y somos instruidos por sus palabras, el espíritu quita nuestros males, según aquello que está escrito: Si por el espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis. Si el espíritu no quita de nosotros los males, necesitamos la purificación del fuego (Rom.

VIII). Por lo tanto, observa cuidadosamente cada una de las uniones. La primera unión es del espíritu y la niebla, la segunda del fuego y la luz, la tercera del ámbar y el resplandor, y cada cosa que parece tristeza se compensa con la cercanía de lo más alegre. Pues si el espíritu surge, inmediatamente le sigue la niebla; si aparece el fuego, se le añade la luz; si el ámbar precede, el resplandor está a su alrededor. Es necesario que nosotros, como el oro en el horno, y el ámbar en el fuego más intenso, seamos fundidos. Y en este profeta, que ahora

exponemos, tienes al Señor sentado en medio de Jerusalén, y fundiendo a aquellos que están mezclados con plata y estaño, y bronce, y plomo, quejándose con voz lastimera de aquellos que tienen en sí la mezcla de materia más vil. Plata, dice, se han convertido en mezcla, y como grano de uva reprobado se han convertido en plata (Ezequiel XVI). Pues cuando a las criaturas de Dios, que desde el principio son buenas, les añadimos de nuestros males vicios y pasiones, entonces mezclamos con la plata y el oro, cobre, estaño y plomo, y es necesario el fuego para purificar. Por lo tanto, es necesario prever con cuidado, para que cuando lleguemos a este fuego, pasemos seguros a través de él, a semejanza del oro y la plata, y de la piedra preciosa, que sin el fuego son adulterados, o que sin el fuego son adulterados: no tanto nos quemamos en el incendio, como somos probados. He aquí que el espíritu que lleva venía del norte. Y esto que del norte venía el espíritu que lleva, y después regresa, tiene su razón. Del norte, en efecto, surgen los males sobre los habitantes de la tierra. El norte es un viento muy violento, que llamamos de otro modo Dextrum, que en los cuatro puntos cardinales del cielo, de donde se dice que soplan los vientos, es más frío y más vehemente. Y también aquello que se escribe sobre el orden de los campamentos en Israel en Números (Num. I), tiene la figura de esta cosa. Pues los últimos campamentos se colocan al norte, Dan; los primeros campamentos, Judá al oriente, luego detrás de él Rubén, después según el mar Efraín, al extremo, como dijimos, al norte Dan. Y la olla, que se describe encendida, se enciende desde el norte. El norte, en efecto, se dice figurativamente que es la fortaleza contraria, es decir, Zabulón, que es verdaderamente un viento muy duro. Pues viene del norte el espíritu que lleva, y una gran nube en él: hemos expuesto que los vicios son de él. Y resplandor a su alrededor, y fuego brillante. Pudo haber dicho, fuego ardiente, pero la Escritura se abstuvo de nombrar la tristeza, y de atribuirle su obra, por lo que en lugar de la fuerza penal solo añadió el resplandor. Y en medio de él, como la semejanza de cuatro animales. Esta es la visión de ellos. La semejanza del hombre en ellos. Y cuatro caras para uno, y cuatro alas para uno, y sus piernas rectas, y sus pies alados. Ves cómo son aquellos que son gobernados por Dios, como allí: Tú que te sientas sobre los querubines, aparece. Querubín se interpreta como plenitud de conocimiento, y cualquiera que esté lleno de conocimiento se convierte en querubín, a quien Dios gobierna. ¿Qué quieren decir las cuatro caras? Lo que debe ser salvado se arrodilla ante el Señor Jesús, y por el Apóstol se nombra triplemente, para que en el nombre de Jesús toda rodilla se doble de los celestiales, terrenales e infernales (Filipenses II). Y lo que se arrodilla ante el Señor Jesús, está sujeto a él. Y lo que está sujeto dice: ¿No está mi alma sujeta a Dios? Pues en él está mi salvación (Salmo LXI). Y: Es necesario que él reine hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies (I Cor. XV). ¿Qué es entonces el cuarto? Celestiales, terrenales e infernales son solo tres. Pues aquello: Alabad al Señor, cielos de los cielos, y el agua que está sobre los cielos, alabe el nombre del Señor (Salmo CXLVIII). Todas estas cosas son gobernadas por Dios, y son llevadas por su majestad. A dondequiera que el espíritu iba, iban también los animales. Estos mismos animales tienen la semejanza sobre ellos del hombre, siendo de cuatro caras. No se dijo al principio que sean de cuatro caras, sino que entre las cuatro caras sobresale, y tiene el principado la cara humana, se describe, y se dice que es la cara humana, y la cara del león a la derecha de las cuatro partes, y la cara del becerro a la izquierda de las cuatro, y la cara del águila a las cuatro partes. Veamos entonces si significa el alma tripartita, sobre la cual también debe discutirse en las opiniones de otros, para que una cuarta fortaleza presida sobre el alma tripartita. ¿Cuál es la tripartición del alma? Por el hombre se indica su parte racional, por el león la ira, por el becerro la concupiscencia. El espíritu que preside para ayudar, no está a la derecha, como el hombre, o el león: no está a la izquierda, como el becerro; sino que está sobre todas las tres caras. Pues el águila se nombra en otro lugar, para que por el águila, se signifique el espíritu que preside sobre el alma. Pero digo el espíritu del hombre, que está en él. Y así todas las cosas son llevadas por el mandato de Dios, celestiales, terrenales e

infernales, y aquellas que están sobre los cielos: y todos nos convertimos en querubines, que están bajo los pies de Dios, a los cuales están unidas las ruedas, y las seguimos. No bajo la rueda, ni bajo el dominio del mundo y sus cosas nos movemos, ya que por la pasión de Cristo hemos sido liberados de los negocios del mundo. Y rueda en medio de la rueda. Si consideras cómo por eventos contrarios se salva el universo de las cosas, ya sea en aquellos que se consideran errar, o en aquellos que se dice que están alejados del error, verás cómo la rueda está en medio de la rueda. Pero esto gobierna todo, y a dondequiera que quiera, tuerce al Dios de todo el universo en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos, Amén.

HOMILÍA SEGUNDA. De lo que se dice: Hijo de hombre, profetiza sobre los profetas de Israel, que profetizan de su corazón, hasta: Extenderé mi mano contra los profetas, que ven vanidades, y adivinan mentiras (Cap. XIII).

897 Ninguna especie de pecados omite la Escritura, de la cual no enseñe a los lectores. Pues era necesario que la palabra de Dios, enviada para sanar a quienes la escuchaban, tocara todo espíritu de pecados y hablara a todos los hombres, para que nadie quedara privado de remedios saludables y de esos tratamientos que pudieran ser útiles para curar las heridas. ¿Cómo, entonces, se dice que unas cosas son del pueblo, otras de los grandes sacerdotes, algunas de los presbíteros, y no pocas de los dispensadores, y ciertamente a los buenos dispensadores se les atribuye alabanza, pero a los malos culpa, para que unos reciban exhortación a lo mejor, y otros para que no caigan en lo peor? Así es necesario ser instruidos en la disciplina divina sobre los falsos y verdaderos profetas, para que los profetas sean recibidos en esa parte que ministran las palabras de Dios, y por los falsos profetas se designen los maestros de las Iglesias, que no concuerdan correctamente, ya sea en palabra o en vida, con la disciplina que predicán. Por tanto, alegrémonos si la Escritura nos advierte, enseñándonos a apartarnos de los vicios, y más aún si la palabra de Dios toca a algunos de nuestro orden, deseando ser sanados y convertirse de nuestros pecados. La palabra del Señor vino al profeta Ezequiel diciéndole: Hijo de hombre, profetiza contra los profetas de Israel. Hubo ciertamente profetas de Israel más de nombre que de verdad. Y hoy en el verdadero Israel, es decir, la Iglesia, hay algunos falsos profetas y falsos maestros, a quienes este discurso anuncia. Si la palabra de Dios me reprende, intentaré convertirme, y no porque se digan algunas cosas contra mí, que parezco ser doctor de la Iglesia, debo callar; sino que, no perdonándome a mí mismo, revelaré todo lo que se ha dicho, para que me convierta de los vicios, para que no sea de aquellos a quienes la Escritura ahora corrige, sino de aquellos que, predicando verdaderamente la palabra de Dios, han sido maestros en la Iglesia. Profetiza contra los profetas de Israel, que profetizan, y di a los profetas. Así como era obra de los profetas predecir estas cosas por el espíritu que se veían, así es necesario por el mismo espíritu para quien desea exponer aquellas cosas que están latentemente significadas, para mostrar que no se hace profecía a aquel que enseña contra la voluntad de Dios, que profetiza de su propio corazón. Según el entendimiento simple, algunos profetas, hablando del espíritu divino, no hablaron de su propio corazón, sino del sentido de Dios; pero algunos, simulando ser profetas y diciendo: Así dice el Señor, sin que el Señor hablara en ellos, se convirtieron en falsos profetas. Pero también puede aplicarse este discurso a aquellos que enseñan en las Iglesias, si enseñan de manera diferente a lo que exige la verdad. Pues si alguien enseña lo que Jesús Cristo el Señor ha dicho, no habla de su propio corazón, sino del Espíritu Santo, los discursos del Hijo de Dios Jesús. Si el Espíritu Santo consiente con la voluntad de aquel que habló en los Apóstoles, no habla de su propio corazón, sino del corazón del Espíritu Santo, que habló en Pablo, que habló en Pedro, y habló en los demás apóstoles. Pero si alguien leyendo el Evangelio adapta su propio sentido al Evangelio, no entendiendo así como el

Señor habló, este es un falso profeta, hablando de su propio corazón en el Evangelio. Y de los herejes ciertamente no es absurdo entender estas palabras. Pues discuten como si estuvieran en los Evangelios, y como si de los Apóstoles, exponiendo las fábulas de sus propios siglos con su propio corazón, no en el corazón del Espíritu Santo. Pues no pueden decir: Pero nosotros tenemos el sentido de Cristo, para que veamos las cosas que nos han sido dadas por Dios (I Cor. XII). Pero cuando también sobre mí venga, que soy llamado eclesiástico, que tomo el libro sagrado, y me esfuerzo por interpretarlo, esto que puede entenderse de los herejes, ruego a los oyentes que presten atención diligente, y reciban la gracia del espíritu de la que se ha dicho: Discreción de espíritus, para que, hechos probados cambistas, observen diligentemente cuándo soy un falso maestro, cuándo predico lo que es de piedad y verdad. Si, por lo tanto, encuentro en Moisés y en los Profetas el sentido de Cristo, no hablo de mi propio corazón, sino del espíritu santo. Pero si no encontrando nada congruente, me invento a mí mismo lo que hablo, fluctuando en discursos que son ajenos a Dios, hablo más bien de mi propio corazón que de los sentidos de Dios: Profetiza, y di a los profetas que profetizan de su propio corazón. No dice simplemente de corazón; sino de su propio corazón. Y profetizarás, y les dirás: Escuchad la palabra del Señor. Estas cosas se dicen a mí, se dicen a aquel que promete ser doctor, para que el temor de Dios crezca en nosotros, no sea que nos arriesguemos como bajo un comentario escrito no por hombres, sino por los ángeles de Dios, así para pronunciar el discurso. Pues sé que cuando en aquel juicio se siente el orden del que profetizó Daniel (Dan. VII): y los libros sean abiertos, todos mis esfuerzos, todas mis exposiciones serán presentadas en medio, ya sea para mi justificación, ya sea para mi condenación. En justificación serán para mí las que son benditas: en condenación, las que han sido explicadas de manera diferente a lo que exige la verdad. De tus palabras, dice, serás justificado y de tus palabras serás condenado (Mat. XII): como si no tuviera todas las palabras de las que serías justificado, ni tampoco todas las palabras de las que serías condenado. Si alguien está puro de palabras ajenas, y de aquellas que pueden ser reprendidas, será justificado de sus palabras, y no será condenado. Pero si nunca ha hablado correctamente, sino que siempre ha pronunciado cosas malas, será condenado de sus palabras, y no será justificado. Pero porque nosotros, que no somos perfectos en todo, ni hablamos de tal manera que siempre seamos justificados, ni somos pecadores de tal manera que siempre seamos condenados, y tenemos otras palabras de las que seremos justificados, y otras de las que seremos condenados: Dios, poniendo ambas en su balanza, las pesa diligentemente, y juzga en qué soy justo, y en qué palabras debo ser condenado. Pero lo que hace en las palabras, lo mismo hace en los hechos. Pues es necesario que haya otros hechos en los que seamos justificados, y otros en los que seamos condenados. Pues no soy tan perfecto que tenga todos los hechos en los que sea justo: ni soy tan pecador que haya hecho todas las cosas que me condenen por completo. Pero que haya otros hechos de este tipo, y otros de aquel tipo, es evidente por lo que se dice: Los pecados de algunos hombres son manifiestos, precediendo al juicio: pero de otros también los siguen (Rom. II). Igualmente, las buenas obras son manifiestas, y las que se tienen de otra manera, no pueden permanecer ocultas. Igualmente de los entendimientos. Por lo cual, y entre sí, el juicio de las acusaciones de pensamientos, o de las satisfacciones, me espera de todo lo que hago, lo que entiendo, lo que hablo, y espero incierto qué será de mí en aquel juicio. Cuanto más se me infunde el temor de Dios para recibir todo lo que he hecho, tanto más debo guardarme: ojalá de todos los pecados, pero si no puedo esto, al menos pueda de los mayores. Esto sobre lo que propusimos de los profetas, que profetizan de su propio corazón, a quienes se dice: Escuchad la palabra del Señor, así dice el Señor Dios, ¡ay de aquellos que profetizan de su propio corazón, que caminan tras su propio espíritu! Hay dos pecados, uno del corazón, otro del espíritu. Primero veamos la parte mejor, para que también podamos considerar las cosas contrarias. El Apóstol habla: Oraré con el espíritu, oraré también con el entendimiento. El

entendimiento tiene su morada en el corazón: Cantaré con el espíritu, cantaré también con el entendimiento (I Cor. XIV). Por lo tanto, hay espíritu y entendimiento en nosotros. Y así como el santo ora con el espíritu, ora también con el entendimiento: canta con el espíritu, canta también con el entendimiento: así este que es un falso profeta profetiza de su propio corazón, y camina no tras el espíritu de Dios, sino tras su propio espíritu. Pues hay un cierto espíritu del hombre, que se mueve en él, tras el cual esté lejos de mí caminar; pero entendiendo el santo Espíritu de Dios, tras mi Señor Jesús camino. Por lo tanto, los profetas que profetizan de corazón, y caminan tras el espíritu no tanto de Dios, como el suyo, en absoluto, lo que en griego se dice . . . . . no ven, y es ambigua la sentencia del discurso. Pues ya sea que las cosas que son generales . . . . . es decir, generales no ven, aunque en parte las vean, o (lo que yo creo mejor) en absoluto no ven, aunque en parte se les parezca ver. Hay en nosotros otros ojos mejores que estos que tenemos en el cuerpo. Esos ojos o ven a Jesús el Señor, que los creó para que lo miren, o ciertamente son ciegos. Si soy pecador, no veo nada, ni puedo mirar la luz de la verdad. Pues en juicio, dice, 901 vine a este mundo, para que los que no ven vean, y los que ven se vuelvan ciegos (Juan IX). Pero si soy justo, recibo gracia de Dios, y de mí también se dice vidente. Pues los profetas eran llamados antes videntes. Y: Ve, dice, desciende a la tierra de Judá, y allí mora, y allí profetizarás. Pero en Betel, ya no añadirás que profetices (Amós VII). Y de nuevo en otro lugar: La visión que vio Isaías hijo de Amós (Isaías I). Bienaventurado aquel a quien el Señor revelará los ojos para ver las maravillas de la ley de Dios, según la súplica del profeta diciendo: Revela mis ojos, y consideraré las maravillas de tu ley (Sal. CXVIII). Veamos también otro discurso, por el cual los falsos profetas y falsos maestros son reprendidos, de lo cual ruego que, orando vosotros, yo sea hallado puro. ¿Cuál es, entonces, esta corrección? Como zorros en el desierto son tus profetas, Israel. El animal zorro es malo, astuto, indomable, es fiero. Decid, dice el Salvador, a esta zorra: He aquí, realizo sanaciones hoy, y mañana, y al tercer día soy consumado (Ezequiel XIII; Lucas XIII). Estas zorras las tuvo necesarias contra los extranjeros Sansón, cuyas colas con fuego atadas (pues había capturado trescientas) las envió a la destrucción de las cosechas enemigas. De este tipo son los falsos maestros, astutos, malignos, y semejantes a las bestias. Si soy tal, soy zorro, pero no simplemente zorro, sino zorro en los desiertos, zorro en las ruinas, zorro en las rocas, pues estas cosas se contienen en diversos sentidos. Estos astutos y malos siempre habitan en los desiertos, siempre en las soledades. Pues donde el alma es habitada por Dios, y está llena del Espíritu Santo, allí no puede penetrar la doctrina de los herejes, ni puede su discurso romper. Pero donde está la soledad de Cristo, donde el desierto de la justicia, allí se encuentran los venenos de la disciplina más maligna. Por eso: Como zorros, dice, en los desiertos son tus profetas, Israel. No se mantuvieron en el firmamento. Si quisieras considerar a los maestros, los verás débiles, inestables, y no capaces de decir: Puso sobre la roca mis pies, y dirigió mis pasos (Sal. LXXIII): y porque no son tales que se mantuvieron, fundados en una raíz robusta: por eso no se mantuvieron en el firmamento, sino que amaron mover sus pies. Pero también es un gran pecado al menos mover un poco los pies, como canta David el salmista: Cuán bueno es Dios para Israel, para los rectos de corazón: pero mis pies casi se movieron. Bienaventurado aquel y muy feliz, a quien se le ha concedido tener los pies del alma firmemente consistentes, que es digno de escuchar de Dios: Pero tú, permanece conmigo. Pero no tales son los falsos profetas, no tales los falsos maestros; pues no se mantuvieron en el firmamento. Y congregaban rebaños de los hijos de Israel, a quienes enseñan, a quienes instruyen ya sea los herejes predicando una doctrina impía, ya sea los falsos maestros engañando a aquellos cuyas orejas pican, reúnen rebaños de cismas contra la Iglesia de Dios, contra la casa de Israel. No se levantaron para decir, En el día del Señor: viendo cosas falsas no se levantaron. Estos, sin embargo, levantándose dicen: Fuimos sepultados con Cristo por el bautismo, y resucitamos con él (Rom. VI). Pues tenemos como prenda el Espíritu Santo, que recibiremos plenamente

después de que venga lo que es perfecto: así como prenda de la resurrección, porque en la resurrección perfecta nadie de nosotros ha resucitado aún. Sin embargo, hemos resucitado, dice Pablo: Fuimos sepultados con Cristo por el bautismo, y resucitamos con él. Por lo tanto, aún no han resucitado, es decir, aún no han obtenido el bautismo de la resurrección los falsos profetas, y los falsos maestros, que dirían, En el día del Señor, viendo lo que es falso, ni alguna vez pueden contemplar la verdad. Toma un ejemplo. Quien lee la Escritura, y la toma de manera diferente a como está escrita, ve la Escritura falsamente. Pero quien escucha la Escritura, como el entendimiento de la verdad la tiene, y así la interpreta, ve la verdad. Y los santos ciertamente no adivinan. Pues no hay adivinación en Jacob. Pero los pecadores adivinan falsamente, diciendo: Así dice el Señor: y el Señor no los envió. Escucha a los herejes, cómo dicen tener la tradición de los apóstoles. Escucha a los falsos maestros, cómo afirman que su doctrina es la doctrina del Señor, que su sentido concuerda con el de los profetas, y dicen: Así dice el Señor, y el Señor no los envió. Y comenzaron a suscitar el discurso. No habéis visto una visión falsa (Num. XXIII). Pues estos también quieren en defensa de sí mismos suscitar un discurso a su favor; pero el Señor los reprende, y 903 dice: No habéis visto una visión falsa, y habéis hablado adivinaciones vanas, y habéis dicho, dice el Señor, y yo no he hablado. Por eso, di: Así dice el Señor por cuanto vuestros discursos son mentirosos. Orad por nosotros, para que nuestros discursos no sean falsos. Aunque algunos hombres por ignorancia del juicio los afirmen falsos, el Señor no lo diga, y se actuará correctamente con nosotros. Pero si mil hombres los dijeran verdaderos, y por el juicio de Dios fueran falsos, ¿qué me aprovechará? Dicen también los maestros marcionitas que sus discursos son verdaderos, dicen también los de Valentín que su secta es muy robusta, quienes reciben los cuentos de sus fábulas. ¿Qué utilidad? Porque muchos de la Iglesia, engañados por la depravación herética, han conspirado en su sentencia, esto es lo que se busca, que el Señor sea testigo de mis discursos, que él mismo apruebe lo que se dice con el testimonio de las santas Escrituras. Por estas cosas, pues, nos dice el Señor Dios: Extenderé mi mano contra los profetas, que ven mentiras. Estas son amenazas contra los falsos maestros, y aquellos que hablan mentiras. Veamos, sin embargo, qué amenaza sobre ellos: En la disciplina 904 de mi pueblo no estarán. No de una sola manera son reprendidos por el Señor los pecadores. De una manera es reprendido el pueblo del Señor, de otra el ajeno a él: Hijo, no desprecies la disciplina del Señor, ni te fatigues cuando seas reprendido por él. Porque el Señor al que ama castiga: azota a todo hijo que recibe (Prov. III). Repréndenos, Señor, pero en juicio, y no en furor: esta es la corrección del pueblo. La corrección del pecador y del ajeno es aquella que el justo rehúsa diciendo: Señor, no me reprendas en tu ira ni me castigues en tu furor (Sal. VI). De los falsos maestros, pues, y de los falsos profetas se dice: En la disciplina de mi pueblo no estarán, ni en la escritura de la Casa de Israel serán escritos. Como también en otro lugar: Sean borrados del libro de los vivientes, y no sean escritos con los justos. Y ahora la Escritura dice: En la casa de Israel no serán escritos, y en la tierra de Israel no entrarán. Fuera de la tierra de la promesa habitarán los herejes, que es una tierra muy buena, y en la cual, para que seamos introducidos, oramos, en el libro de los vivientes antes inscritos por Jesucristo, a quien sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos, Amén.

HOMILÍA TERCERA. De lo que está escrito: Hijo de hombre, afirma tu rostro contra las hijas de tu pueblo, que profetizan de su propio corazón, hasta: Afirma mi rostro contra ese hombre, y lo pondré desierto (Cap. XIII).

903 Primero, debemos investigar lo que se dice: "Afirma tu rostro". Luego, si el Señor lo permite, debemos examinar a las hijas del pueblo que profetizan desde su corazón y hacen cosas por las cuales la palabra de Dios las reprende. Y aunque es evidente por muchas razones que hay otro rostro aparte de este rostro de nuestro cuerpo, también se indica en lo

que menciona el Apóstol: "Nosotros todos, con el rostro descubierto, contemplamos como en un espejo la gloria del Señor, y somos transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor" (II Cor. III). Todos los hombres tenemos este rostro corporal descubierto, a menos que estemos oprimidos por calamidades y angustias. Sin embargo, ese rostro del que habla el Apóstol está cubierto en muchos y revelado en pocos. Porque quien tiene confianza en una vida inmaculada, en un sentido sano, en una fe verdadera, solo ese no tiene el velo de la confesión, del fraude y del pecado; sino que, por una conciencia pura,

904 contempla la gloria del Señor con el rostro descubierto. Lejos de nosotros esté el tener este rostro velado. Estas pocas palabras sobre el rostro, para que podamos entender qué significa lo que sigue: "Afirma tu rostro sobre las hijas de tu pueblo". Este rostro, es decir, el principal (ἡγεμονικὸν) de nuestro corazón, a menos que esté afirmado sobre lo que debe entenderse, de modo que como ve, así anuncie a las naciones, lo que se mira no se ve. Es imposible, en efecto, que alguien sin la afirmación del rostro, errante, fluctuante, llevado por todo viento de doctrina, vea lo que debe, vea como debe. Porque quien desea entender debe tener el rostro afirmado en lo que intenta comprender: por esta razón siempre se ordena primero a los que van a profetizar que afirmen su rostro; para que también nosotros podamos afirmar nuestro rostro en el Evangelio, en la Ley, en los Profetas, en los apóstoles, afirmalo sobre

905 Cristo, y no sobre los asuntos del mundo. Pero cuando nuestra alma se ocupa en las preocupaciones mundanas, cuando siempre arde con el hambre de poseer, no afirmamos nuestro rostro sobre lo que Dios ha mandado, sino sobre lo que es contrario a los preceptos de Dios. ¿Quién, crees, entre nosotros es impuro por la afirmación del rostro sobre lo que está prohibido?

¿Quién es tan diligente y cauteloso que día y noche fije el rostro de su corazón en lo que se le manda? Ahora también, si hemos de entender la presente escritura sobre cómo se dice al profeta: "Fija tu rostro sobre las hijas de tu pueblo", para que vea lo que va a decir, debemos fijar nuestra inteligencia, tener un pleno tratado en la intención del corazón sobre lo que se significa, para que finalmente, vencidos por la razón, nos apartemos de la letra. Y según el entendimiento común, parece que algunas hijas del pueblo profetizando admitieron el pecado que sigue. Tomaban almohadillas y las cosían; cosiéndolas no las ponían bajo la cabeza, sino bajo el codo de los oyentes, y con ciertos velos cubrían las cabezas de toda edad. Estas son las cosas que se consideran grandes pecados para las hijas profetizantes del pueblo. Pero, ¿quién puede, permaneciendo en la palabra, decir que si alguien cose almohadillas y las coloca cosidas bajo el codo de otro, peca y es reprendido por Dios? ¿Quién puede afirmar que si alguien hace velos para cubrir la cabeza de toda edad, actúa impiamente? La misma Escritura nos impone la necesidad, a pesar de nosotros, de apartarnos de los ápices de la letra, buscar la palabra, la sabiduría y la voluntad de ella para revelar los pecados que están ocultos, para iluminar lo que está oscuro, para que podamos ser hechos extraños a la maldición, a todo codo de manos, o mano. Los que están ocupados en el sustento del cuerpo, y ni siquiera en sueños ven las delicias espirituales que el divino discurso quiere que tengamos, diciendo: "Deléitate en el Señor, y Él te dará las peticiones de tu corazón"; quienes no conocen la voluntad de los bienaventurados, de la cual está escrito: "Los saciarás con el torrente de tus delicias", buscan como amantes de la lujuria, y no como amantes de Dios, estar siempre en delicias corporales. Me parece que el signo de la voluptuosidad carnal es la almohadilla cosida bajo el codo de las manos. Porque en el tiempo de inclinarse para los beneficios corporales, parece que usamos ciertas cosas cosidas y bordadas bajo el codo de nuestras manos, tal vez el divino discurso, a través de esta figura y argumento, culpa a los maestros

que, por vaniloquencia y promesas bienaventuradas, permiten a la multitud de oyentes entregarse a la lujuria, a los vicios y a la voluptuosidad. Pues la palabra de Dios, y el hombre de Dios, debe pronunciar lo que es para la salvación del oyente, lo que lo exhorte a la continencia, a la conversación de actos sanos, a todo lo que el hombre estudioso de trabajos, y no de lujurias, debe dedicarse, para que pueda alcanzar lo que ha sido prometido por Dios.

Por tanto, cuando alguien, adaptado a las costumbres del pueblo, para agradarles, habla lo que reciben con agrado, habla lo que está cerca de la voluptuosidad, tal maestro cose almohadillas bajo todo codo de mano. Este pecado sigue al que lo tiene, para que también haga vestiduras para cubrir la cabeza de toda edad. Pero consideremos con más cuidado de qué cosa es figura también el velo. Quien tiene confianza y es verdaderamente varón, no tiene velo sobre su cabeza, sino que ora al Señor con la cabeza descubierta, profetiza con la cabeza descubierta: mostrando también espiritualmente, de manera oculta, a través del signo de la cosa corporal, que así como no tiene velo sobre la cabeza de su carne, tampoco lo tiene sobre el principal de su corazón. Pero si alguien lleva un velo de confusión y de pecado, este tiene como velos femeninos sobre su cabeza. Así que cuando alguien enseña lo que halaga el oído del pueblo, y mueve más el ruido de los alabadores que el gemido, si el enemigo halagador acaricia más que corta las heridas, tal hombre cubre con vestidura la cabeza. Pero cuando en la oración lujuriosa del que habla se derrama el discurso y el lenguaje salta en lascivia, cubre con velo la cabeza de toda edad; no solo de los niños y jóvenes, sino también de los ancianos. Pues así como el falso Cristo y el falso profeta hacen señales y prodigios para engañar (si fuera posible) incluso a los elegidos, así también estos, que llevan meditaciones para el placer, y siempre buscan estas cosas que deleitan más a los oyentes que los convierten de los vicios, hacen velos sobre la cabeza no solo de los niños y jóvenes, sino (si fuera posible) también de los ancianos y padres, hasta el punto de que incluso engañan a aquellos que, según el trabajo del alma, han avanzado en edad y ancianidad espiritual.

Y el profeta pudo haber dicho sobre los hijos de tu pueblo que profetizan, pero como hombres que tejen velos y cosen almohadillas bajo todo codo de mano, son mujeres, y ninguno entre ellos es digno de ser llamado por el nombre de varón, el profeta dice: "Sobre las hijas de tu pueblo, que profetizan de su corazón, y hacen lo que sigue". Porque son afeminadas las almas y las voluntades de esos maestros que siempre componen cosas sonoras, siempre melodiosas, y (para decir lo que es verdad) no hay nada viril, nada fuerte, nada digno de Dios en aquellos que predicán según la gracia y la voluntad de los oyentes: por eso a todos los llamó hijas, más bien que hijos, que cosen almohadillas. Y observa la propiedad de la palabra, dice "cosiendo", no "tejiendo". ¿No sabes que la túnica de tu Señor Jesús no tiene nada cosido en ella, sino que está tejida de una sola pieza? Estas, por tanto, cosen palabras a palabras fraudulentamente y con astucia, cosiendo más bien que tejiendo: y hacen almohadillas, no en las que reclinan las cabezas, sino en las que apoyan el codo: es decir, para que sus manos no estén en el trabajo, no se cansen en la obra, sino que estén en reposo, estén en ocio, estén en estas acciones que sirven a las voluptuosidades.

Estas cosas que hemos dicho, que son así como las hemos entendido, el siguiente discurso del profeta lo muestra más claramente, diciendo: "Así dice Adonai el Señor: He aquí que yo estoy contra vuestras almohadillas, en las que convertís allí las almas en disolución". Abrió el enigma que estaba oculto, mostrando claramente que las almohadillas cosidas se hacen para la disolución de las almas. Pero, ¿quién puede, sobre el discurso que se lee, al oír a Dios amenazando, porque Él mismo romperá tal tejido, y tales almohadillas? Pues dice: "He aquí que yo, no mando, sino que yo mismo rompo las almohadillas cosidas bajo todo codo de mano". Es obra de Dios reprender toda textura y disolver toda ficción pésima, que daña a aquellos que no quieren trabajar con las manos, sino usarlas ociosamente. "Y las romperé de

vuestros brazos", es decir, las almohadillas, para que no las tengáis más sujetas a vuestros codos. "Y liberaré las almas que vosotros subvertís, las almas de ellos". ¿Qué subversión es, pues, coser almohadillas y sujetarlas a los codos? Pero para que entiendas el sacramento del discurso, verás que es una gran subversión hacer al hombre delicado según el cuerpo. Tales son las palabras de los herejes, donde no hay conversación rígida. Encontrarás a los discípulos de Valentín disolutos en costumbres, tendiendo a nada fuerte, a nada viril, y de igual manera a los seguidores de Basílides. Enseñan además a negar descaradamente, como si fuera un precepto sobre su martirio. No enseñan lo que muestran los Eclesiásticos, preparados para tomar la cruz y seguir al Salvador. Por tanto, el discurso del Hijo de Dios, que amenaza estas cosas, rompe las costuras más malvadas. Concédeme, Cristo, que rompa las almohadillas en la lujuria de las almas cosidas. Pero, ¿qué más sigue? "Y romperé los velos". ¿Cuáles testifica que romperá? No solo las almohadillas, sino también los velos. Y los romperá para que la cabeza quede desnuda, para que, con la confianza recibida y revelada no solo la cara, sino también la cabeza, el hombre eclesiástico pueda orar con constancia. "Romperé vuestros velos, y liberaré a mi pueblo de vuestra mano". Aunque vosotros subvertáis las almas por las almohadillas y los velos, yo, rompiendo estas cosas, liberaré a mi pueblo. Dios libera a su pueblo a través de una conversación austera, y alejándose de las voluptuosidades. "Y ya no estarán en vuestras manos para subversión": en vuestras manos, que engañáis a los oyentes, ya no estarán estas almohadillas: "Y conoceréis que yo soy el Señor". Si no se rasgan las almohadillas, si no rompo los velos, no conoceréis que yo soy el Señor. Pues las delicias y el ocio, y la disolución no permiten conocer a aquel que dice: "Yo soy el Señor". Porque has pervertido el corazón del justo inicualemente. Así como en el lugar de las señales se dijo que engañan incluso a los elegidos de Dios: así sucede a menudo que los herejes también suplantán a los justos. Pues los hombres aman la voluptuosidad: porque tan pronto como aparece, es tranquila, y lasciva, y deleita el sentido, y nos provoca a su uso. Huimos de lo amargo, aunque sea saludable, y no queremos trabajar, seducidos por las voluptuosidades, sin saber que es imposible ser amante de Dios. Por eso el Apóstol dice de los peores, que son amantes de los placeres más que amantes de Dios (II Tim. III). Y yo no apartaba para fortalecer las manos de los inicuos. Yo no apartaba, sino que dispensaba todo lo que era de edificación. Pero estas profetisas, almas afeminadas, apartaban para fortalecer las manos del iniquo, es decir, para que la mano se hiciera más fuerte en la iniquidad, para que no se apartara en absoluto de su mal camino, y viviera, es decir, que ninguno se convirtiera completamente de su mal camino, y viviera. Por eso no veréis falsedad, los que enseñáis falsedades. Ya no os haré avanzar con esfuerzo próspero, para que podáis insinuar lo que decís: "Y no adivinaréis más: Y liberaré a mi pueblo de vuestra mano". Oremos para que Dios también nos libere de la mano de tales maestros, que dondequiera que estén, hablando para las voluptuosidades de los oyentes, desgarran y dividen la Iglesia, porque son más los amantes de las voluptuosidades que los amantes de Dios. "Y conoceréis que yo soy el Señor". Si convierto vuestras adivinaciones, si hago callar las mentiras, entonces conoceréis que yo soy el Señor. Esta es la primera profecía: sigue otra, que se teje así: "Y vinieron a mí los hombres de los ancianos de Israel, y se sentaron ante mi rostro" (Ezequiel XIV). La palabra de Dios abarca todo, y no deja intacta ninguna especie de órdenes que están constituidas en la Iglesia; sino que, recorriendo todo, desea sanar a todos, como ahora habla algunas cosas a los presbíteros. Pues lo que se ha dicho antes se refiere a los maestros. Por eso consideremos también lo que se dice de los presbíteros, examinándonos a nosotros mismos, para que ninguno de nosotros sea tal presbítero como se expone más adelante. "Y vinieron a mí los hombres de los ancianos de Israel, y se sentaron ante mi rostro. Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre". Veamos la acusación, para que podamos saber si la encontramos en nosotros. ¿Acaso estos hombres no han puesto sus pensamientos en sus corazones, y la pena de sus iniquidades ante su rostro? ¿Responderé yo a ellos?

"Bienaventurados los de limpio corazón" (Mateo V). Pues quienes tienen el corazón limpio, no ponen sus pensamientos en sus corazones, sino que más bien los tienen en la palabra de Dios. Pero quienes trabajan en las preocupaciones mundanas, y no buscan otra cosa que cómo pasar la vida presente, estos ponen sus pensamientos en sus corazones, como si vieras a un hombre que no piensa en otra cosa que en los negocios del mundo, las ganancias corporales, y la abundancia de alimentos: de estas cosas que necesita, en las que está preocupado, en las que suspira, buscando solo el sustento futuro con dolor, ha puesto la pena de sus pensamientos en su corazón. Por tanto, el discurso divino, reprendiendo a algunos presbíteros de este tipo, dice al profeta: "Estos hombres", es decir, los presbíteros mencionados, "han puesto sus pensamientos en sus corazones, y la pena de sus iniquidades ante su rostro". Que ninguno de vosotros piense que los tormentos nos son infligidos por otro que por nosotros mismos. Dios no hace las penas, sino que lo que sufrimos, nosotros mismos lo preparamos. Por tanto, con el testimonio que hemos usado frecuentemente, también ahora lo usamos oportunamente. "Andad en la luz de vuestro fuego, y en la llama que habéis encendido". No es fuego de otro sino vuestro, que habéis acumulado leña, paja, y material para el incendio futuro. Dice, pues, de los presbíteros, pero lejos de nosotros. "Estos hombres han puesto sus pensamientos en sus corazones, y la pena de sus iniquidades ante su rostro. Pero yo les responderé: ¿Es digno que yo responda a estos que han venido a ti, profeta, queriendo aprender mis palabras? Por eso habla a ellos, y diles: Así dice Adonai el Señor. Hombre, hombre de la casa de Israel". Todos nacimos hombres, pero no todos los hombres somos hombres, como he notado muchas veces, lo que está escrito en Levítico: "Hombre, hombre de los hijos de Israel, o de los extranjeros que están entre vosotros". Sed hombres, hombres, porque no todos los hombres son hombres. Mostremos de las Escrituras cómo algunos hombres no son hombres. "El hombre en honor no entendió, fue comparado a las bestias insensatas, y se asemejó a ellas" (Salmo XLIX). Este no es hombre hombre, sino hombre bestia. "Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera?" (Mateo III). Tal no es hombre hombre, sino serpiente hombre. "Caballos en celo por las hembras se hicieron, cada uno relinchaba sobre la mujer de su prójimo". Y este no es hombre hombre, sino hombre caballo. Lejos de nosotros, pues, que seamos tales, que merezcamos oír que no somos hombres hombres; sino algo más que hombres. Pues si somos buenos y mansos, duplicamos el nombre de hombre: para que no sea simplemente hombre, sino hombre hombre. Considera si podemos encontrar qué es lo que duplica el nombre de hombre. Cuando este hombre, que es exterior, es hombre, por el que es interior, siendo serpiente, no hay en nosotros hombre hombre, sino solo hombre. Pero cuando el hombre interior persevera según la imagen del creador, entonces nace el hombre, y se hace de este tipo según el hombre exterior e interior, dos veces hombre hombre. Pero si alguien llamado a esto, para ser hombre hombre, pone sus pensamientos en su corazón y la pena de su iniquidad ante su rostro, y viene al profeta: "Yo", dice el Señor, "le responderé en aquello en lo que su mente está detenida". El discurso presente nos enseña cómo podía responder a cada uno, y no aplicar medicinas inoportunas, sino ofrecer las adecuadas según la calidad de las enfermedades. Observa lo que decimos. Al médico van diez personas con diez tipos de enfermedades. No a todos cura del mismo modo, sino a uno de esta manera, y a otro de aquella, como si, por ejemplo, sana con un emplastro, a otro le da otro medicamento, a algunos les aplica lo que se llama cauterio, a otro le da una poción amarga, a otro dulce, y a otro le alivia las heridas con un ungüento más espeso. Así también la palabra de Dios habla según las cualidades de los hombres, y no imparte indiscriminadamente los sacramentos de su sabiduría. Dice, pues: "Yo le responderé en aquello en lo que su mente está detenida". Para que cure, a saber, en aquello en lo que su mente está detenida, para que no haga declinar a la casa de Israel. Cualquiera que no se presenta como ejemplo de buena vida, sino que camina perversamente, este por su perversidad, mientras se inclina a lo que no debe, hace que de algún modo también el pueblo

de Dios decline según sus corazones, que están alejados de mí. Y quien hace esto, según el corazón alejado de Dios, lo hace en sus pensamientos. Por eso se les responde en aquello en lo que su corazón está detenido, y se dice: "Di a la casa de Israel: Así dice Adonai el Señor, Convertíos, y apartaos de vuestros estudios. Porque prometió hablarles en aquello en lo que su corazón está detenido: por eso ahora habla como a pecadores, diciendo: Convertíos, y apartaos de vuestros estudios, y apartad vuestros rostros". ¿No te parece que esto hace? Vuestros rostros están fijados en lo que no deben; convertidlos, y fijadlos en esto, que es para vuestro provecho. Por eso, hombre hombre de la casa de Israel, y de los prosélitos que vienen a Israel, cualquiera que esté alejado. Puede suceder que también el hombre hombre, ya sea creado hombre hombre, o hecho perfecto hombre hombre, se aleje: pues también el justo según el mismo Ezequiel a veces se convierte de sus justicias, y peca. Si, pues, un hombre de este tipo pone sus pensamientos en su corazón, y la pena de su iniquidad ante su rostro, y viene al profeta, para interrogarle en mí: "Yo", dice el Señor, "le responderé en aquello en lo que su mente está detenida: y fijaré mi rostro en ese hombre". Considera cómo al principio prometió responder clementemente, y luego cómo, si vuelve, aún no curado, con las mismas palabras, dijo: "Fijaré mi rostro sobre ese hombre, y lo pondré en desierto". Pues si no obedece a las palabras de amonestación, sino que persevera en el delito, lo pondré en desierto, y en exterminio, y lo quitaré de en medio de mi pueblo. No nos quites, Dios todopoderoso, de en medio de tu pueblo, sino consérvanos en tu pueblo. Justamente, pues, es arrojado quien hace cosas dignas de rechazo, para ser quitado del pueblo de Dios, y arrancado de él, y entregado a Satanás. Y en el presente, ciertamente, puede alguien salir del pueblo de Dios, y volver de nuevo por penitencia; pero si es arrancado de aquel pueblo, del cual en cierta parábola se dice que vino y se recostó, y entró uno que no tenía vestido nupcial, diciendo a él el padre de familia: "Amigo, ¿cómo entraste aquí, no teniendo vestido nupcial?" (Mateo XXII); y así, mandando a los ministros que, atándolo de pies y manos, lo echaran a las tinieblas exteriores, difícilmente volverá a su lugar original. Pero nosotros no seremos arrancados; sino que tanto en el presente como en el futuro siglo seremos plantados en nuestro Señor Jesucristo, y en él llevaremos frutos abundantes, a quien sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA CUARTA. Sobre lo que está escrito: La tierra, cuando peque contra mí, para prevaricar prevaricando, extendiendo mi mano sobre ella, hasta lo que se dice: Y si hubieran tres hombres en medio de ella, Noé, Daniel y Job, ellos con su justicia liberarán sus propias almas (Cap. XIV).

913 El discurso del Señor, dirigido al profeta, habla de una tierra pecadora, cómo por sus delitos ha sido castigada con diversas penas: hambre, bestias feroces, espada, muerte, y muerte repentina, que puede ser causada por la corrupción del aire o por cualquier otro evento, y se dice: "Y si envío mis cuatro venganzas sobre la tierra pecadora, y estos tres hombres, Noé, Daniel y Job, estuvieran en la tierra pecadora, ellos solos se salvarán". En la primera amenaza, en la que se menciona el castigo del hambre entre otros castigos, se omiten los nombres de los hijos e hijas. En el discurso en el que se amenaza con bestias feroces a la tierra, dice: "Si los hijos e hijas de ellos se salvarán, pero ellos solos se salvarán". Y después de una breve pausa, añade: "Y será en la entrada". Nuevamente, en la amenaza de la espada: "No liberarán", dice, "a los hijos ni a las hijas". Y de manera similar habla en la muerte: "No se dejarán hijos ni hijas, pero Noé, Daniel y Job salvarán sus propias almas". Por lo tanto, nos incumbe una gran responsabilidad en la interpretación, y por eso debemos prestar atención diligente, y rogamus a los oyentes que, como si acudieran a un gran espectáculo, concentren la mente, para que la oscuridad no se escape con los sentidos relajados. No dijo en el

presente, si los habitantes de una ciudad o lugar pecaran, sino si la tierra pecara. Y sé que cualquier persona sencilla, al escuchar "si la tierra pecara", inmediatamente se inclinará a interpretar que la tierra se menciona en lugar de aquellos que habitan en ella: pero las siguientes Escrituras eliminarán inmediatamente esa interpretación.

914 Porque cuando la tierra peca y cae en sus pecados, la mano se extiende no sobre los habitantes de la tierra, sino sobre la misma tierra: en la primera corrección se destruye, para que se le quite el sustento del pan, como si fuera un castigo para la tierra si el hambre prevalece en ella, para que las cosechas se nieguen a la semilla. Pues, ¿cómo es que el hombre pecador sin descendencia y estéril es castigado entre los malditos, según lo que está escrito en algún lugar (porque de lo contrario se entienden las cosas contrarias) y se dice del justo, no estará sin descendencia, ni estéril entre vosotros, y los pecadores sin hijos y su posteridad son condenados a la infertilidad eterna, como sucedió en la casa de Abimelec (Gén. XX), y de aquellas cuyas entrañas Dios cerró por el pecado cometido en Isaac: así también la tierra de alguna manera queda sin descendencia y estéril, cuando el hambre se envía sobre ella. ¿Crees que es cierto lo que el discurso insinúa, que no se dice de los habitantes de la tierra, sino de la misma tierra? Puedo, ascendiendo un poco a cosas más elevadas, aprobar con testimonios de las Escrituras cómo se dice que el pecador es tierra. Porque se dice a Adán: "Eres tierra, y a la tierra volverás" (Gén. III). Podemos decir que ahora la tierra que delinque es pecadora. Pero, al contrario, al revisar la vasta selva de las Escrituras, me veo obligado a sospechar que esta tierra que vemos es animal. Porque si queremos aceptar lo que está escrito: "El que mira sobre la tierra y la hace temblar" (Sal. CIII), según lo que está escrito, entendemos que al mirar Dios, se provoca el movimiento de la tierra: no como los judíos sospechan. Pues ellos afirman que el temblor de la tierra es su conmoción,

915 lo cual está muy lejos de la verdad. Y nosotros, preocupados y temblorosos por nuestros pecados, estamos en la tierra, pero nuestro temblor no sacude el cuerpo para temer: como también se dice en otro lugar: "¿Sobre quién miraré?", dice el Señor, "sino sobre el humilde y tranquilo, y el que tiembla ante mis palabras" (Is. ult.). De lo cual es evidente que el que sirve a Dios mansamente y humildemente tiembla más con la mente ante sus palabras que con el cuerpo. Y estas cosas se han dicho en medio de la satisfacción de ese testimonio que introdujimos: "El que mira la tierra y la hace temblar". Toma también otras palabras sobre la tierra: "La tierra es ofendida por aquellos que habitan en ella". ¿Cómo es ofendida la tierra, y cuándo se aparta de aquellos que habitan en ella? Cuando son pecadores. Toma otro ejemplo: "La tierra se complacerá en sus sábados". Al contrario, se llaman ciertos sábados de la tierra, en los que se complace y se alegra. Aún no digo: "Atiende, cielo, y hablaré, y escuche la tierra las palabras de mi boca" (Is. I). Ni otra cosa: "Escucha, cielo, y percibe con tus oídos, tierra". Ni tampoco la profecía de Jeremías: "Tierra, tierra, escucha la palabra del Señor, escribe a este hombre como rechazado" (Jer. XXII). Muchas cosas nos son ocultas por la pobreza de la memoria, por la lentitud del ingenio. Hay muchas cosas que Dios ha creado racionales, y son capaces, no solo de principados y potestades, y gobernantes de estas tinieblas, sino también en la mejor parte de tronos, dominaciones, y otras cosas que el Apóstol dejó en nuestro entendimiento diciendo: "Y sobre todo nombre que se nombra no solo en este siglo, sino también en el venidero" (Efes. I). El aire también está lleno de animales, según el testimonio del mismo Apóstol que predica: "En los cuales anduvisteis en otro tiempo según el siglo de este mundo, según el príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia". Por lo tanto, hay tierra, y todos los

916 animales, y por partes variedades de animales. Porque cuando la tierra es ofendida, y nuevamente se complace en sus sábados, no toda es ofendida, no toda se regocija. De alguna

manera ha sido instruida con sus habitantes, y ha aprendido a actuar los sábados ya sea en sombra o en verdad según la calidad de su naturaleza. De donde se ejerce un cierto entendimiento más sagrado del sabbatismo después de siete años de la tierra santa, hasta que se complace en que Dios habite en ella. Pero si hay pecadores en ella, ya no más por semanas de años, sino por setenta, la tierra lleva el sábado. Tenemos el discurso de los setenta años tanto en Jeremías (Jer. XXV) como en Daniel (Dan. IX) consignado en las sagradas escrituras, y sucederá que en el día del juicio no solo el hombre, sino también toda la creación será juzgada. Porque toda criatura gime y sufre (Rom. VIII). Si toda criatura gime y sufre, y la tierra es parte de las criaturas, y el cielo, y todas las cosas que están bajo el cielo, y las que están sobre los cielos, y toda criatura será liberada de la servidumbre de la corrupción a la libertad de la gloria de los hijos de Dios; ¿quién sabe también de la tierra, si según su naturaleza está sujeta a algún pecado? Porque si es animal, si es racional, si necesita escuchar la palabra profética que dice: "Atiende, cielo, y hablaré, y escuche la tierra las palabras de mi boca: Y: Escucha, cielo, y percibe con tus oídos, tierra: ¿por qué no decimos que entre los hombres hay un hombre que escucha y hace las palabras que se le ordena hacer, y otro que escucha y no cumple lo que se le manda, como también el ángel transgresor? Porque a los ángeles que no guardaron su principado, sino que abandonaron su propia morada, los guardará en juicio del gran día con cadenas eternas bajo tinieblas (Judas I). Cuando, por lo tanto, los ángeles transgreden, y hay otros que guardan los preceptos de Dios, y esperan el juicio no solo de los hombres, sino también de Dios,

917 como hemos dicho frecuentemente tanto de las cosas que están escritas en el Apocalipsis, como de otras innumerables; ¿por qué, digo, no habrá juicio de la tierra y del aire? Pero si no crees que esta discusión debe ser aceptada, por la cual afirmamos que toda criatura será juzgada, escucha también otro testimonio sobre la tierra. Dios pregunta a Caín, quien mató a su hermano Abel: y después de muchas palabras que leemos en Génesis, al final dice sobre la tierra: "Maldita sea la tierra que abrió su boca para recibir la sangre de tu hermano de tu mano" (Gén. IV). Yo tampoco paso por alto: "Maldita sea la tierra en tus obras": y al contrario, si alguna vez es bendecida. Leemos tanto la tierra maldita como bendecida por las voces de Dios. Ves, por lo tanto, que con razón se dice: "Toda criatura gime". Y para volver al ejemplo anterior, la tierra es ofendida por los que habitan en ella. Creo que la tierra nos sostiene como madre, y se alegra por los buenos hijos, y se duele por los pecadores. Así como el hijo insensato es dolor para el padre, y para la madre que lo engendró. Y no solo para este padre y madre, de cuya semilla nacemos, sino también para aquella madre que verdaderamente es nuestra madre. Y Dios tomó polvo de la tierra y formó al hombre. Por lo tanto, la tierra es nuestra madre: se alegra cuando sostiene a un hijo justo. La tierra se alegraba llevando a Abraham, Isaac y Jacob. La tierra se alegraba en la venida de nuestro Señor Jesucristo, viéndose digna de sostener al Hijo de Dios. ¿Qué necesidad hay de hablar de los apóstoles y profetas, cuando está escrito sobre la venida del Señor: "Toda la tierra clama con alegría"? Los miserables judíos también confiesan que estas cosas se predicaban sobre la presencia de Cristo, pero neciamente ignoran la persona en la que ven cumplidas las cosas que se dijeron. Porque, ¿cuándo la tierra de Britania antes de la venida de Cristo consintió en la religión de un solo Dios? ¿Cuándo la tierra de los moros, cuándo todo el mundo a la vez? Ahora, debido a las iglesias que ocupan los confines del mundo, toda la tierra clama con alegría al Señor de Israel, y es capaz de los bienes según sus límites. Y estableció los límites de las naciones según el número de los hijos de Israel, y el pueblo de Jacob se convirtió en la paz del Señor, la cuerda de su herencia es Israel (Deut. XXXII). Es capaz, digo, como animal según las cualidades de las partes, y de las buenas acciones, y

918 de las malas en las que merece alabanza o castigo. Por lo tanto, cuando se dice: "La tierra que pecare contra mí, para cometer pecado", se significa un cierto misterio. De manera diferente se dice de los habitantes, y de ella que es habitada: "El cielo y la tierra pasarán" (Matt. XXIV). ¿Por qué el cielo pasa, por qué la tierra pasa, sino porque hicieron ciertas cosas dignas de su paso? Y en otro lugar: "Toda la tierra se corrompió" (Gén. VI). ¿Cuándo se corrompió? Antes del diluvio, no porque se corrompiera por la inundación del diluvio. Dice, por lo tanto: "La tierra que pecare contra mí, para cometer pecado, extenderé mi mano y destruiré su sustento de pan". Extendiendo Dios su mano sobre la tierra pecadora, envía hambre sobre ella. Puedo también interpretar de otra manera, que la tierra a veces peca. Porque nuestra alma es tierra, como se significa en la parábola del Evangelio (Matt. XIII). El alma es roca, el alma es tierra buena y fértil por mucha paciencia. Esta tierra, por lo tanto, a menudo peca, a menudo no peca. Y si peca, extiende su mano sobre ella y destruye todo su sustento de pan. No destruyas, Dios Todopoderoso, el sustento de pan de esta nuestra tierra, sino más bien concédenos tu semilla, para que produzca en nosotros fruto centuplicado. Y enviaré sobre ella hambre, y quitaré de ella al hombre y al ganado. ¿Cómo puedo sacar a la luz cosas tan ocultas? ¿De dónde me viene para poder exponer por qué el hambre, por qué la fertilidad, por qué la abundancia, por qué la escasez ocurren en la tierra? ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¿Será que por los hombres y la maldad de las almas se envía el hambre? ¿O por los ángeles, a quienes se les han encomendado las cosas terrenales, si pecan, suceden las cosas que vemos suceder? Pero si hay ciertos ministros de la dispensación celestial, que están a cargo de los frutos, tal vez también por ellos la infertilidad de la tierra sucederá. Porque muchas de sus obras están en lo oculto. No podemos expresar la magnitud de la sabiduría. ¿Quién contará la arena del mar y las gotas de lluvia, y los días del siglo? ¿Quién investigará la altura del cielo, y la anchura de la tierra, y la profundidad de la sabiduría (Ecl. I)? Por lo tanto, el hambre se envía de diversas maneras sobre la tierra pecadora. Y quitaré, dice, de ella al hombre y al ganado. Otra cosa es la tierra, otra cosa es el hombre. No nombra ahora a los habitantes de la tierra como algunos piensan, en lugar de la tierra. Porque si quisiera que se entendiera por tierra a los habitantes de la tierra, habría sido superfluo decir: "Quitaré de ella al hombre y al ganado". Porque la tierra se alegra cuando está llena de habitantes: se duele cuando sucede lo que se dice: "Quitaré de ella al hombre y al ganado". De los cuales, si el Señor, con vuestras oraciones, nos da entendimiento (si es que hemos sido hechos capaces del entendimiento del Señor), queremos discutir brevemente. Así como es un castigo para la madre ser privada de sus hijos cuando es destinada al exilio, o ciertamente ver a sus hijos ser enviados a otra provincia: así de alguna manera nuestra madre tierra es azotada por sus pecados por Dios, cuando se le quita al hombre y al ganado: se alegra cuando tiene hombres, más aún cuando tiene hombres óptimos, y viviendo en los estudios de Dios, como hemos expuesto antes. Se dice, por lo tanto, cuando la tierra peca, como si se dijera, si alguna vez peca la madre, quitaré de su casa al hijo: así también ahora quitaré de ella al hombre. Porque la tierra se alegra no sobre las bestias y las fieras rabiosas, sino sobre el ganado, porque ama a los animales pacíficos y mansos. Y quitaré de ella al hombre y al ganado. Y si estos tres hombres estuvieran en medio de ella. ¿Cómo puede en la tierra pecadora estar el número de estos tres juntos? ¿Cómo puede la vida de personas que vivieron en tiempos tan diversos unirse entre sí? En el presente leemos que en la tierra pecadora ellos están juntos, es decir, Noé, que estuvo en el diluvio, y Daniel, que vivió en la cautividad de Babilonia, y Job, que se dice que vivió en tiempos de los patriarcas y Moisés. Porque este es el tiempo que encontramos de la vida de Job. ¿Qué podemos decir entonces? Debemos recordar (como ya hemos dicho muchas veces) que así como el hombre genera al hombre, e Israel genera a Israel. Porque Israel, cuando era Jacob, generó al pueblo de Israel. Y encontramos en las Escrituras que el nombre de Israel se dice tanto de un hombre como de todo el pueblo. Así no solo Israel genera a Israel, sino también

Rubén genera a Rubén, y Simeón genera a Simeón, y Leví a Leví, y Judá a Judá, y todos los demás que están en la tribu de Judá, descendientes de su linaje, se llaman Judá: y las Escrituras se repiten en la tribu de Judá para los hombres de Judá. Lo que se dice en

920 las bendiciones de Jacob, a través de Moisés, sobre Rubén y Simeón y Leví y Judá (Gén. XLIX), y los demás no se aplica tanto a los patriarcas como a aquellos que, por la raíz de la familia, fueron llamados con el mismo nombre. Benjamín es un lobo rapaz que devora por la mañana y por la tarde reparte el botín. Ese Benjamín nunca fue un lobo rapaz. Ese Benjamín nunca dio botín por la tarde; pero aquel que nació de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos según la ley fariseo, circuncidado al octavo día, se predicaba que Benjamín era un lobo rapaz devorando por la mañana, cuando era joven, y dando botín por la tarde, cuando creyendo proporcionó alimento espiritual a las iglesias establecidas por él. Por lo tanto, Benjamín genera a Benjamín. Así como el hombre genera al hombre, Benjamín genera a Benjamín, así Judá genera a Judá, Rubén genera a Rubén, Rubén vive y no muere, y sea numeroso en número. Tanto que no se hablaba del patriarca, sino del pueblo que descendería del patriarca. ¿Por qué se dijeron estas cosas? Evidentemente para que explicara el presente lugar sobre Noé, Daniel y Job. Porque así como Israel genera a Israel, y Job genera a Job, y Rubén genera a Rubén, y los demás generan a los demás; así Noé genera a Noé. Y diré que de los hijos de Noé, Sem fue Noé. Pero Cam no fue Noé: porque no tuvo la semejanza de su padre. Y así como no todos los que son de Abraham son hijos de Abraham, aunque sean de su semilla, no son sus hijos, porque son pecadores: así aquellos que tienen la semejanza de las obras de Daniel, son Daniel; aquellos que imitan la paciencia de Job, se convierten en Job. No digas, por lo tanto: Bienaventurado Noé, porque fue digno de ser elegido solo por el Señor en el diluvio, y mientras los demás perecían en la inundación, fue preservado a salvo con los suyos: sino considera que si tú también haces lo que hizo Noé, serás Noé. Escucha al Salvador diciendo: "Si fuerais hijos de Abraham, haríais las obras de Abraham" (Juan VIII). Por lo tanto, si alguien es hijo de Abraham, hace las obras de Abraham: si alguien es hijo de Noé, hace la obra de Noé: si alguien es hijo de Daniel, hace lo que hizo Daniel. Si alguien sigue por lo que se hizo glorioso, por ejemplo, todo aquel que pierde su sustancia; y soportando pacientemente tanto las pérdidas de sus bienes familiares como las muertes de sus hijos, dice: "El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le pareció, así se hizo: sea el nombre del Señor bendito por los siglos" (Job I): quien es afligido por los males del cuerpo, y es azotado por el dolor variado de sus males, y sin embargo en

921 esos sufrimientos glorifica al Señor; quien puede responder cosas divinas, y en medio de los tormentos emitir una voz profética, como la que emitió Job, es imitador de Job. Y así de esta manera, Noé, Daniel y Job pueden encontrarse en el mismo tiempo. Pero como ahora Ezequiel no habló de aquellos que leemos en las Escrituras, evidentemente aquellos que la traducción o la muerte han quitado de esta vida presente, intentaremos aprobarlo también desde otro lugar. Daniel, que fue entregado al príncipe de los eunucos con Ananías, Azarías, Misael, fue eunuco, y se dice en el presente: "Noé y Daniel y Job, no liberarán a los hijos ni a las hijas" (Dan. I), y lo demás. Supongamos que Noé tuvo hijos, ¿cómo se enseñarán los hijos de Daniel, a quien los judíos dicen que fue eunuco? Pero porque su alma fue fecunda y santa, y con discursos proféticos y divinos procreó muchos hijos, por eso se dice: "Si estuvieran en ese tiempo, o en este, como Noé y Daniel y Job, ellos solos se salvarán".

Y nosotros también podemos convertirnos en Daniel, y para no enumerar a todos los santos, puedo ser Pablo, si soy imitador de él que dice: Sed imitadores míos (I Cor. XI); si tengo la marca con la que fue sellado Pablo; si poseo la misma figura con la que él fue formado en Cristo, por la cual, como buen padre, decía: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores

de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gál. IV). Pero si por la disimilitud del sello soy acusado, porque Pablo tuvo una forma diferente a la que yo tengo en el alma, me engaño a mí mismo diciendo: Tú eres mi hijo, semilla de Pablo. No te maravilles de que te conviertas en hijo del Apóstol. Ten virtudes, y serás hijo de Cristo. Hijitos, dice, aún un poco estoy con vosotros (Juan XIII). Pero cuando seas de Cristo, serás también del Padre omnipotente, porque son uno, de naturaleza unida. A esto se esfuerza el justo, en esto convierte todo su estudio, para ser mostrado como hijo de Daniel, Job, Noé y Abraham para la adopción de Dios, y ya no ser llamado por nombres de hombres, sino por los nombres de los hijos de Dios. Si, por tanto, estos tres hombres estuvieran. El Espíritu Santo no necesita mostrar ahora a Noé, Daniel y Job: Estos tres hombres en medio de ella. Me dice un oyente erudito: Se mencionan tres en el presente, pero tu discurso afirma muchos, y Daniel, Job y Noé. A lo cual responderemos así: Toda multitud de semejantes es uno, y no muchos, que son semejantes. No somos muchos cuerpos, sino un solo cuerpo, según lo que está escrito: Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y miembros en parte. Y nuestro Salvador vino a buscar y salvar lo que se había perdido (I Cor. XII), en el sacramento de las noventa y nueve ovejas no errantes, y una perdida. Porque vino el hijo del hombre a buscar y salvar lo que se había perdido. Pues así como un cuerpo son muchos cuerpos, y una oveja son muchas ovejas, que se habían perdido, de esta manera todos Noé, Daniel y Job se reducen a un solo Noé, Job y Daniel. Ellos serán salvados en su justicia, dice el Señor Adonai. Primero, el nombre de Dios de cuatro letras, que se interpreta naturalmente como Dios. Por lo tanto, se envía hambre por los pecados de la tierra. La tierra, según todos los sentidos que mencionamos antes, y los que dejamos a la inteligencia de los oyentes, para que de nuestras palabras encuentren otras inteligencias. Veamos también otra obra de la ira divina enviando a la tierra pecadora bestias malas. Dicen también los judíos, si alguna vez los lobos devoran a los hombres, atacando las casas, y otras bestias, como refiere la historia, leones enviados una vez contra el género humano, y en otro tiempo osos, que tales devoraciones descienden de la indignación de Dios. Y este sentido, mientras seguimos la letra alejándonos de un entendimiento más alto, ahora vemos que sigue el profeta. Pero el que es espiritual, juzgando todas las cosas, y no siendo juzgado por nadie, dice con confianza que hay muchas bestias, que Dios envía a la tierra pecadora, si nuestra tierra ha pecado: Nuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda buscando a quien devorar (I Pet. V). Aquella historia también, que a los que observan diligentemente las Escrituras se ofrece a la inteligencia, tiene tal significado: cuando dos osos fueron enviados a los niños, que insultaban al profeta, diciendo: Sube, calvo; sube, calvo. Aquellos osos eran en señal de otras bestias, que verdaderamente son fieras, verdaderamente rabiosas, que son enviadas a esta tierra pecadora. Pero lejos de nosotros esté, que las bestias sean enviadas a nosotros por la venganza de Dios, sino que más bien en oración digamos: No entregues a las bestias el alma que te confiesa. Yo conozco justos perseverantes en la fe entregados a las fieras, y desgarrados por ellas han consumado el martirio, sin embargo, no han dejado de ser bienaventurados. Pues no fueron entregados a bestias espirituales e invisibles, que desgarran las almas de los pecadores, y clavan sus dientes en los corazones de los impíos. Pues así como si un pastor arranca de la boca de los leones dos patas de una oveja, o el extremo de una oreja, así serán arrancados los hijos de Israel. Por lo tanto, a veces la tierra es entregada a las bestias, para su destrucción, para que sean quitados de ella el hombre y el ganado (Amós III). Y observa diligentemente las diferencias de las amenazas. En la primera amenaza de hambre dice: Ellos solos se salvarán, Noé, Daniel y Job. En la segunda, donde testifica que enviará bestias, se mencionan hijos e hijas: Sin embargo, ellos solos se salvarán, dice Adonai el Señor. Este lugar se entiende de dos maneras. Y primero expongamos según el sentido común por la insensatez de algunos, que afirman que el sentido de su mente es la verdad de Dios, y frecuentemente dicen: Será que cada uno de nosotros con sus oraciones libraré a quienes quiera del infierno: e introducen iniquidad ante el Señor, no

viendo, que la justicia del justo será sobre él, y la iniquidad del iniquo sobre él, y cada uno morirá en su propio pecado, y vivirá en su propia justicia. Nada me aprovecha el mártir Padre, si no he vivido bien, y adornado la nobleza de mi linaje, esto es, su testimonio, y la confesión, con la que fue iluminado en Cristo. Nada aprovecha a los judíos diciendo: No hemos nacido de fornicación, tenemos un solo padre, el Señor (Juan VIII), y poco después: Abraham es nuestro padre. Cualquier cosa que digan, cualquier cosa que quieran asumir para sí, si no tienen la fe de Abraham, en vano se glorían. Pues no serán salvados porque son hijos de Abraham. Por lo tanto, ya que algunos no opinan correctamente, necesariamente interpusimos también el sentido de la letra que dice: Noé, Daniel y Job no liberarán a sus hijos e hijas, sino que ellos solos se salvarán. Nadie de nosotros confíe en un padre justo, en una madre santa, en hermanos castos. Bienaventurado el hombre, que tiene esperanza en sí mismo, y en el camino recto. A aquellos que tienen confianza en los santos, no incongruentemente traemos el ejemplo: Maldito el hombre, que confía en el hombre (Jer. XVII). Y aquello: No confiéis en los hombres. Y también otro: Es mejor confiar en el Señor, que confiar en los príncipes (Sal. CXLV, CXVIII). Pero si es necesario esperar en alguien, dejando a todos, esperemos en el Señor diciendo: Si se levantan contra mí campamentos, no temerá mi corazón. Con estas cosas así, también surge otra cuestión que debemos examinar diligentemente, para que la verdad de las Escrituras resplandezca: ¿Por qué, siendo tantos los justos, ahora se mencionan solamente tres, Noé, Daniel y Job? He oído una vez a un hebreo exponiendo este lugar y diciendo, que por eso se nombraron estos, porque cada uno de ellos vio tres tiempos, alegre, triste, y nuevamente alegre. Mira a Noé antes del diluvio, considera el mundo íntegro, y el mismo, después, Noé en el naufragio de todo el orbe solo con sus hijos y animales guardado en el arca: considera cómo después del diluvio salió, y plantó una viña, siendo de algún modo nuevamente creador del segundo orbe. Tal es el justo: vio el mundo antes del diluvio, es decir, antes de la consumación: vio el mundo en el diluvio, en la corrupción y en la destrucción de los pecadores, que en el día del juicio han de suceder: nuevamente verá el mundo en la resurrección de todos los pecadores. Alguien me dice: Concedo sobre Noé, que vio tres tiempos, ¿qué me responderás sobre Daniel? Y este antes de la cautividad floreció en la nobleza de su patria, y después, trasladado a Babilonia, fue hecho eunuco, como claramente se puede entender del libro de él: vio también el regreso a Jerusalén. Para que se pruebe, que antes de la cautividad estuvo en Jerusalén, y después de la cautividad fue hecho eunuco, tomemos lo que fue dicho a Ezequías: Tomarán de tus hijos, y los harán eunucos en la casa del rey (Isa. XXXIX). Luego, después de setenta años se encuentra rogando a Dios, para que cumplido ya el tiempo de la cautividad, nuevamente entre en Jerusalén. Tenemos su oración escrita en su propio volumen (Dan. IX), sin embargo, no podemos encontrar dónde murió. Vio, por tanto, tres tiempos, antes de la cautividad, en la cautividad, y después de la cautividad. Tal es el justo. Veamos, sin embargo, si también Job tuvo tres tiempos. Fue ciertamente rico: pues tenía siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, y mucha hacienda, siete hijos, y tres hijas. Luego el diablo recibió poder contra él. Ve los tiempos cambiados. Rico en hijos padre, de repente se convierte en huérfano: rico en hacienda Señor, es llevado a la última pobreza: he aquí dos tiempos. Después de esto el Señor se le aparece, y le habla desde la nube, y el mismo Job responde lo que está escrito en su libro (Job I). Por lo tanto, en el primer tiempo es alabado por las alabanzas de Dios; en el segundo es entregado a la tentación, y golpeado con una úlcera muy severa desde los pies hasta la cabeza sufre cosas tristes y duras. Al final le fueron hechas catorce mil ovejas, seis mil camellos, mil yuntas de bueyes, mil asnas pastando, y le nacieron siete hijos y tres hijas (Job ult). Y así también en Job encontramos tres tiempos, que encontramos en los hombres justos. Los justos ven tres tiempos; el presente, y el de la conmoción, cuando Dios juzgará, y el futuro después de la resurrección de los muertos, es

decir, la perpetuidad de la vida celestial en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA QUINTA. Sobre el hecho de que se introducen cuatro venganzas pésimas, es decir, espada, hambre, bestias malas, y pestilencia sobre la tierra pecadora: y sobre la parábola que dice: Hijo de hombre, ¿qué será de la madera de la vid (Cap. XIV y XV)?

925 El hambre, que se introduce en la tierra a causa del pecado, ha sido discutida según nuestras posibilidades, y después del hambre hablamos de las bestias feroces que Dios enviará sobre los pecadores. Propusimos al principio cuatro castigos, de los cuales los dos restantes son la espada y la muerte. En el primero, el nombre de hijos e hijas es solo eso: en el segundo y tercero, que ahora intentamos exponer, el nombre de hijos e hijas está anexado, es decir, en la espada, por la cual caen aquellos que han cometido actos dignos de muerte. ¿Quién es, entonces, esta espada, es decir, la espada que debemos temer, no sea que alguna vez sea enviada sobre nuestra tierra, sobre la tierra que hemos expuesto figurativamente, de modo que también nosotros necesitemos pasar por una espada que tiene algo doble en el castigo? La naturaleza de esta espada divide y corta a aquel sobre quien se inflige: si además el contacto con su filo es también doloroso, quien debe ser castigado con esta espada sufre doblemente. Está escrito: "Colocó la espada de fuego y los querubines para guardar el camino del árbol de la vida" (Gén. III). Y así como si una espada afilada y cortante se introduce en el cuerpo, proporciona un doble tormento de quemadura y corte: así también la espada, que se recuerda haber sido colocada para la custodia del Paraíso, que ahora hemos asumido para la exposición de la espada presente, inflige tormentos dobles, mientras quema y divide. Para interponer algo necesario, por lo cual Dios ilumina nuestro entendimiento, en el lugar presente, toma un ejemplo. Dicen los estudiosos de la disciplina médica que para ciertas curaciones del cuerpo es necesaria no solo la incisión del hierro, sino también la cauterización. Pues a aquellos que se pudren por el cáncer, aplican una lámina candente de navaja o cualquier tipo de hierro muy afilado, para que por el fuego se arranquen las raíces del cáncer, y por la incisión se corte la carne podrida, y se abra camino para aplicar medicamentos. ¿Quién, crees, de nosotros tiene un pecado similar al cáncer, de modo que no le basta con el simple filo del hierro o solo la cauterización del fuego, sino que se aplican ambos, para que sea quemado y cortado? Escucha al Salvador significando la razón del fuego y el hierro en dos lugares. En un lugar dice: "No he venido a traer paz a la tierra, sino espada" (Mat. X). En otro: "He venido a traer fuego a la tierra, y ¡ojalá ya estuviera ardiendo!" (Luc. XII). Por lo tanto, el Salvador trae ambos, espada y fuego, y bautiza a aquellos que no pudieron ser purificados por la purificación del Espíritu Santo. Los sacramentos divinos son inefables y solo conocidos por Dios: sin embargo, están más establecidos en la donación de gracias que en la variedad de tormentos. Pues los médicos, según la disciplina de su arte, razonablemente cortan, queman y dan una poción de amarguísimo temperamento a aquellos a quienes curan, y hacen muchas otras cosas según lo requiera la causa: pero Dios, Señor del universo, sin una cierta sabiduría razonable y sin una dispensación digna de su majestad, no inflige castigos a los pecadores solo por infligirlos. Pues no aplica castigos solo para atormentar, sino que, como un padre, conoce las heridas de todos nosotros: sabe por qué causa ha surgido la úlcera, cuál es la putrefacción del alma infeliz, de dónde se origina, qué tipo de dolor es, de qué pecado proviene: conoce también las formas, modos y números de los pecados; quién ha pecado una, dos o tres veces; quién ha caído frecuentemente en una especie de delitos, quién ha errado solo en cada una de las diversas especies de vicios. Todo esto debemos buscar según la sabiduría de Dios, según lo que está escrito: "Dios escudriña los corazones y los riñones", y entender los castigos que él inflige como dignos de Dios y convenientes a su dispensación, no solo quiere que seamos atormentados. Pues todo lo creó

para que existiera; y creó generaciones saludables en el mundo, y no hay en ellas medicina de perdición; pero porque lo que él quiso que hiciéramos, no lo hicimos despreciándolo, y lo que él deseaba, no lo ejerció en nosotros, la discusión nos obligó a decir algo sobre la especie de castigos que se infligen sobre la tierra. Sin embargo, debemos saber que no inmediatamente donde hay hambre, sigue la muerte. Puede suceder que alguien soportando el hambre persevere en la vida, aunque sea atormentado por la inanición, la suciedad y la delgadez. Puede suceder que, al ser enviadas malas bestias, no todos perezcan de inmediato, reservados por la ayuda de la fuga. Puede suceder que, al ceder la espada, cese la destrucción. Ahora algunos son heridos, y cortados, y, por así decirlo, confundidos por golpes frecuentes, y sin embargo no perecen. Por eso ahora se introduce el último castigo en la enumeración de los castigos de la muerte. Algo así también sentía el santísimo Apóstol cuando decía: "El último enemigo que será destruido es la muerte" (I Cor. XV). Me atreveré a decir, pero el último enemigo que será destruido es la muerte. Hubo un enemigo antes de la muerte, es decir, la espada: hubo un enemigo antes de la muerte, las bestias feroces: hubo un enemigo antes de las bestias feroces, el hambre. Todos estos son enemigos de los enemigos de la religión. Pues si no quieres ser amigo de Dios que te invita a la reconciliación, y te dice por medio del Apóstol: "Os ruego por Cristo que os reconciliéis con Dios" (II Cor. V), ¿por qué te quejas de Dios, cuando quisiste estar bajo el dominio de los enemigos en las causas? ¿O ignoras que Dios envió furia e ira en Egipto, y angustia, enviando por medio de ángeles malvados, porque eran sus enemigos, y eran gobernados por su adversario? Pero que estén lejos de nosotros los castigos de estas cuatro penas, hambre, bestias feroces, espada, muerte. Pues cualquiera de estas cosas que se inflija, viene a aquellos que son enemigos de Dios: pasa por alto a sus amigos, ni se atreve a tocarlos, aquellos que se glorían de su relación con él. Y así como se ha creído bien del fuego, testificando las Escrituras, que los justos pasan por él y no se queman: "La obra de cada uno, cual sea, el fuego la probará": así también en estos castigos se encuentra algún Daniel, Noé y Job, y no sufrirá ningún castigo. Esto lo hemos expuesto especialmente por cada castigo, que en la parte final el profeta uniendo en uno dice: "Así dice el Señor Dios: Si envió mis cuatro castigos terribles, la espada, el hambre, las bestias feroces y la muerte". ¿Dónde? no sobre la tierra, sino sobre Jerusalén. Pues si la tierra es castigada, le basta una corrección. Pero si Jerusalén es corregida, sobre la cual se invocó el nombre de Dios (II Pedro II), se le infligen cuatro tormentos a la vez. Mucho más útil nos habría sido no haber creído en la palabra divina, que después de la fe volvemos nuevamente a los pecados que antes cometimos. Considera cómo la Escritura dice que los castigos se infligen individualmente sobre la tierra, y no añade qué tierra: pero cuando llega a Jerusalén: "Si envió mis cuatro castigos terribles, la espada, el hambre, las bestias feroces y la muerte en Jerusalén"; indicándonos a nosotros como Jerusalén, que pecando somos Jerusalén, que es destruida; pero permaneciendo en los preceptos, se dice Jerusalén, que es salvada. Todas las lamentaciones que leemos en Jerusalén, todas las quejas con las que Dios la llora, nos pertenecen a nosotros, que hemos probado la palabra de Dios, y después hemos hecho lo contrario a sus mandamientos. No se castiga al que desprecia las leyes de Salomón, no se castiga de la misma manera al que abandona los decretos de Licurgo. Otro es el castigo de aquel que pisotea y desprecia la ley de Dios entregada por Moisés: el mayor de todos es el castigo de aquel que ha tenido en nada los preceptos del Hijo de Dios. Pues quien hace nula la ley de Moisés muere sin misericordia por el testimonio de dos o tres testigos (Heb. X); ¿cuánto más pensáis que merece peores castigos aquel que ha pisoteado al Hijo de Dios? Dice, pues, que los que hemos enumerado no han pisoteado al Hijo de Dios, sino que solo han entrado en la ley de Dios: especialmente aquellos que fueron antes de la venida del Señor. Pero ni siquiera aquellos que crucificaron a mi Salvador son culpables de un gran castigo, como aquellos a quienes el Apóstol dice: "Pisoteando al Hijo de Dios, ultrajando al Espíritu de gracia" (Ibid.): y si algo más significa en ese lugar donde repite sus pecados,

aquellos que después de la fe en Dios han pecado. Esto es por las cuatro venganzas terribles que se infligen sobre Jerusalén. Y todos nosotros, que hemos aprendido las Escrituras divinas, ya sea que vivamos bien o mal, somos Jerusalén. Si vivimos mal, esa Jerusalén que es castigada con tormentos, y sufre las cuatro venganzas: si bien, esa Jerusalén que descansa en el seno de Dios. Y hay una gran diferencia, como en el resto de la tierra, así también en la misma Jerusalén. Pues todos los que son pecadores en la Iglesia, que han probado la palabra de Dios, y la transgreden, merecen ciertamente castigos; pero según el grado de cada uno, será atormentado. Tiene un mayor castigo aquel que preside en la Iglesia y peca. ¿No merece más misericordia en comparación el fiel catecúmeno? ¿No es más digno de perdón el laico, si se compara con el diácono? Y nuevamente, en comparación con el presbítero, el diácono merece más perdón. Lo que sigue, lo conocéis sin que yo lo diga. Por eso, temiendo el juicio de Dios, y proponiéndome ante los ojos ese orden del juicio que se contiene en las Escrituras, recuerdo aquel dicho: "No levantes un peso mayor que tú". Pero también aquello: "No busques ser juez, no sea que no puedas quitar las iniquidades". ¿De qué me sirve sentarme primero en la cátedra reclinado, recibir el honor de un mayor, si no puedo tener obras dignas de mi dignidad? ¿No seré castigado con un mayor tormento, porque se me otorga el honor de justo por todos, siendo yo pecador (Ecl. VII)? Fue necesario, al revisar más cuidadosamente lo que se decía sobre las cuatro venganzas de la tierra, añadir esto, que Jerusalén estaba en la tribu de Benjamín: y los sacerdotes del templo, y los levitas, que servían en los ministerios de Dios, y los demás órdenes que comprende el discurso de las Escrituras, moraban en ella. Esta recibe las cuatro venganzas terribles, que no son iguales en aquellos que habitan en ella. Pues no se dirige la amenaza de la misma manera al pueblo y a los levitas. El israelita que peca cae en un delito israelita. Pero cuanto más noble sea en el orden, tanto mayores castigos sufrirá el levita y el sacerdote. Si el sumo sacerdote peca, le dice a él su compañero sacerdote: "Si un hombre peca contra otro hombre, orarán por él: pero si peca contra el Señor, ¿quién orará por él?" (I Sam. II). Esto en la exposición de ese discurso, en el que se amenazaban tanto las venganzas individuales en la tierra pecadora, como juntas en la infeliz Jerusalén. Veamos también lo que sigue de la Escritura. Cuando el profeta lo escucha en parábola, solo debemos exponer el sentido, dejando el orden del testimonio y enviando al oyente al libro: "El árbol de la vid, como en el fruto es más honorable que todos los árboles, especialmente aquellos que fructifican en el bosque: así en las demás obras es inútil entre todos los árboles" (Ezequiel XV). Y se pueden hacer ciertos recipientes, y en diversas obras de uso necesario para el servicio; pero de los sarmientos de la vid no solo no se puede hacer ningún recipiente, ni algo útil para la obra, sino que ni siquiera es útil como un clavo. Dice, pues, el discurso divino, que así como el sarmiento de la vid es más honorable que los demás árboles, si lleva frutos: así se juzga inferior a todos, si no tiene aquello por lo que sobresale; y de esta manera, aquellos que están imbuidos de las palabras de Dios, son más honorables que todos, y de cualquier manera colocados en la dignidad de la viña, cuando llevan frutos, racimos de salvación, de los cuales está escrito: "Yo te planté como una vid fructífera, toda verdadera" (Jer. II). Y en otro lugar: "La viña del Señor es la casa de Israel" (Isaías V). Y nuevamente: "Trasplantaste una viña de Egipto" (Sal. LXXIX), y lo demás. Pero si no llevan frutos, hasta el punto de que Dios pueda decir: "¿Cómo te has convertido en amargura, vid extraña?" entonces se encuentran mucho peores que esos árboles, que aunque son más viles, sin embargo, llevan sus frutos. Pues así como los árboles del bosque superan a las viñas infructuosas, de la misma manera, dentro de una cierta dispensación de la sabiduría divina, de los árboles más viles se fabrican algunas cosas necesarias para la casa. No te turbes, pensando que afirmamos fuera de las Escrituras lo que decimos que sucederá, que de los árboles del bosque se haga algo útil, es decir, de mí mismo si no llevo los frutos propios de mi naturaleza. Pues también el Apóstol toma una imagen de esos vasos que están en la conversación humana, diciendo: "En una casa grande, no solo hay vasos de oro y plata, sino

también de madera y barro" (nota que los llama vasos de madera); "y algunos para honra, y otros para deshonra" (II Tim. II). Estos vasos de madera, que el Apóstol predica que están en la gran casa, no están hechos de vides, no de sarmientos de viñas, sino de otros árboles, que fructificaron en los bosques de orden más vil. ¿Cuánto mal es, y qué peligro, que los árboles alguna vez viles se encuentren en la gran casa del padre de familia, y el sarmiento de mi vid inútil esté en la casa, y sea arrojado al fuego? Pues está escrito que la poda anual de él la consume el fuego. Esto en Ezequiel. Pero el Salvador resumió el sentido de esta parábola en el Evangelio, diciendo: "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos, mi Padre es el labrador: todo sarmiento que permanece en mí y lleva fruto, mi Padre lo poda, para que lleve más fruto: el sarmiento que permanece en mí y no lleva fruto, mi Padre lo corta y lo arroja al fuego" (Juan XV). ¿Ves la cercanía de ambos discursos? ¿Ves cómo el Padre corta y arroja al fuego? Nosotros, insensatos, como si la Escritura fuera algo que se debe descuidar, no queriendo aprender lo que nos infunde temor, sino deseando escuchar lo que con oídos que pican nos infunde placer, hemos escuchado con gusto lo que nos subvierte, lo que nos engañe. Quien dice a su prójimo, Dios perdona nuestros pecados, si también en tales sacramentos jugamos, prometiéndonos mutuamente, Dios enviará un pañuelo. Y porque es bueno, y disuelve los pecados de todos, deberíamos sentarnos y decir con un corazón solícito: Si ayer pecamos, hoy hagamos penitencia. Pero a este sarmiento (pues es un animal) que dice: Dios es poderoso, y buen labrador, que no me corte y me arroje al fuego: el labrador responderá: Pero si tal es el sarmiento, que es inútil en la vid, ¿podrá ser dejado? ¿No impedirá la vid, si se deja, que por el sarmiento seco, lleve sarmientos verdes y fructíferos? Pues así como es del buen labrador cortar y podar lo que está seco, y entregar al fuego los sarmientos infructuosos: así es del buen Dios cortar de todas las vides los sarmientos infructuosos, y entregarlos al fuego para su perdición. Pero nosotros mismos nos engañamos, y engañados y engañadores a la vez, queremos más errar con muchos, que convertirnos del error: cuando más deberíamos buscar lo que edifique, lo que aumente el temor de Dios, lo que nos llame a la penitencia, lo que nos lleve a la confesión del crimen, lo que nos haga pensar día y noche, cómo agradar al Señor, para que seamos sarmientos fructíferos en la verdadera vid Cristo Jesús, y adheridos a su raíz: a quien sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA SEXTA. De lo que se dice: "Hijo de hombre, haz conocer a Jerusalén sus abominaciones"; hasta: "Derramaste tu fornicación en cada paso" (Cap. XVI).

933 Al considerar la constancia de los profetas, me asombra cómo, creyendo verdaderamente en Dios más que en los hombres, despreciaron la muerte, los peligros, las injurias y todo lo que sufrieron de ellos: quienes eran reprendidos mientras servían a la voluntad de Dios en la profecía. Admiraba en otro tiempo a Isaías antes de compararlo con Ezequiel, y me asombraba cómo decía: Escuchad la palabra del Señor, príncipes de Sodoma; prestad atención a la ley de Dios, pueblo de Gomorra. ¿Para qué me sirve la multitud de vuestros sacrificios? dice el Señor (Isa. I). Pues decía estas cosas, pudiendo hablar o callar. Porque no es cierto (como algunos sospechan) que los profetas perdieran la razón y hablaran por necesidad del espíritu. Si a otros, dice el Apóstol, se les revela algo mientras están sentados, el primero calle (I Cor. XIV). De lo cual se muestra que tiene poder el que habla, cuando quiere decir y cuando quiere callar. Y a Balaam se le dice: Sin embargo, la palabra que ponga en tu boca, esa observarás decir (Num. XXII): como si tuviera el poder de, al recibir la palabra de Dios, decirla o callarla. ¿Qué es, entonces, lo que admiro en Ezequiel? Porque cuando se le ordenó que testificara y diera a conocer las iniquidades de Jerusalén, no puso ante sus ojos el peligro que seguiría a la predicación; sino que, para cumplir solo los mandatos de Dios, habló todo lo que 934 le fue mandado. Sea un misterio, sea una revelación de la inteligencia sagrada sobre Jerusalén, y todo lo que se dice sobre ella; sin embargo,

profetizando, la acusa de fornicación, porque abrió sus piernas a todo transeúnte, y con voz maldiciente testifica, reprendiendo a la ciudad de los crímenes. Pero como confiaba en que hacía la voluntad de Dios, dispuesto tanto a morir como a ver, hablaba intrépido. Veamos, pues, la misma profecía, y primero, consideremos cómo está en poder del profeta si dice o no, lo que se le ha puesto. La palabra del Señor vino a él, diciendo: Hijo de hombre, testifica las iniquidades de Jerusalén, y dirás: Así dice el Señor, no por necesidad de inspiración, sino por voluntad del que habla, el Señor puso que testificara a Jerusalén sus iniquidades, y dijo: Dirás. ¿Qué dirás? Lo que sigue. En el profeta estaba, al escuchar, dirás: si decía o no, como fue puesto en Jonás. Pues estaba en su poder al escuchar: Di, aún tres días, y Nínive será destruida (Jon. III), si quería decirlo o callarlo. Y porque estaba en su arbitrio, y no quiso decirlo, mira cuántas cosas le sucedieron después: el barco estuvo en peligro por él, fue encontrado escondido, el cetáceo lo devoró al ser arrojado. Estos profetas, pues, quienes fueron después de Jonás, considerando quizás lo que le sucedió a él o a otros profetas: 935 veían que por todas partes les acechaban angustias: según el mundo, persecución, si decían la verdad: según el Señor, ofensa, si temiendo a los hombres, decían falsedades por verdades.

Por eso Ezequiel testificó y dio a conocer las iniquidades de Jerusalén, diciendo: Así dice el Señor: Tu raíz y tu generación son de la tierra de Canaán, tu padre es amorreo y tu madre hitita. ¿Qué ciudad ha sido tan elevada y ha alcanzado tal altura en el mundo como la ciudad de Dios? Y sin embargo, esta misma, prometiéndose grandeza, como si fuera cercana a Dios y su ciudad, porque pecó, es reprendida por el Espíritu Santo como degenerada y extraña. Pues su padre ya no es Dios, sino un amorreo. Mientras no pecó, su padre era Dios; pero cuando pecó, su padre se convirtió en amorreo. Mientras no pecó, su padre era el Espíritu Santo; cuando pecó, su madre se convirtió en hitita. Mientras no pecó, tenía como raíz a Abraham, Isaac y Jacob; cuando pecó, su raíz se convirtió en cananea. A menudo me he maravillado de lo que Daniel dijo al anciano pecador, a quien, por su pecado, le impuso el nombre de Semilla de Canaán, y no de Judá. Daniel, en efecto, llamó con gran constancia al anciano pecador semilla de Canaán y no de Judá (Dan. III). Pero Ezequiel, en comparación, es mayor, no reprochando a un solo anciano ni a dos personas con un nacimiento deshonesto, sino diciendo: Tu raíz y tu generación son de la tierra de Canaán. Tu padre es amorreo y tu madre hitita. Porque Jerusalén cometió muchos pecados, por eso el profeta la reprende, no con uno ni dos, sino con tres nombres. En Génesis, Dios enumera siete naciones en un lugar que entregó a los hijos de Israel. Estas siete son: En la tierra de los cananeos, amorreos, hititas, ferezeos, heveos, gergeseos y jebuseos. Si hubiera sido posible reunir a estas siete para reprochar la ignominia de la pecadora Jerusalén, el profeta ciertamente lo habría hecho. Pero, ¿qué hizo ahora? Eligió al amorreo de entre los siete, y al cananeo, y dijo que Jerusalén pecadora tenía comunión con ellos, pues según la raíz y el nacimiento, propiamente con el amorreo según el padre, y propiamente con la hitita según la madre. Si se dicen tales cosas de Jerusalén, sobre la cual se han escrito cosas tan grandes y maravillosas, que le han sido prometidas, ¿qué será de mí, pobre de mí, si pecco? ¿Quién será mi padre, o quién será mi madre? La raíz y generación de una Jerusalén tan grande y tal es de la tierra de los cananeos, su padre es amorreo y su madre hitita. Si yo pecco, que creo en Cristo Jesús y me he entregado a tan gran maestro, ¿quién será mi padre? No será un amorreo, sino un padre aún más malvado. ¿Quién es este? Cualquiera que comete pecado, ha nacido del diablo: Y de nuevo: Vosotros sois de vuestro padre el diablo (I Juan). Sí, por tanto, se dice que Jerusalén es de la raíz y el nacimiento de la tierra cananea, ¿qué se dirá de nosotros? También se encuentran padres para nosotros, que nos engendran en pecados. Pues si soy bueno y estoy en la mejor acción, Jesús me dice: Hijo, tus pecados te son perdonados (Mat. IX); Pablo, discípulo de Jesús, me dice: Porque en Cristo Jesús os engendré por el Evangelio: así, si me convierto en

pecador, el diablo me engendra en pecados, y asumiendo para sí la voz con la que Dios Padre habló al Salvador, me dice: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy (Sal. IV). Y también habrá otros muchos padres míos, a los que iré. Cada uno va a sus propios padres. Si alguien es de Abraham, se le dice: Pero tú irás a tus padres, criado en paz en buena vejez. Pero si alguien sale del mundo no en paz, sino en la guerra de los pecados, y en mala vejez, envejecido en días malos, ciertamente se le dice: Pero tú irás a tus padres, criado en guerra en mala vejez (Gen. XV). Dios nos enseña bajo otros nombres lo que debemos hacer. En el día en que naciste, no ataron tus manos, ni se cortó tu cordón umbilical. En hebreo se dice así: no se cortó tu cordón umbilical. Alegóricamente, presenta a Jerusalén como una niña nacida desde la infancia. Lo que se dice de Jerusalén, sepamos que se refiere a todos los hombres que están en la Iglesia. Su primer tiempo es tal como se describe: pero lejos de nosotros esté que tengamos un tercer tiempo como el que se dice de Jerusalén. Todos los que primero fuimos pecadores, somos llamados Jerusalén por Dios, y tenemos lo que se dice primero. Pero si después de la visita y el conocimiento de Dios perseveramos en los pecados, lo segundo nos pertenece. Lo tercero, que detestamos por completo, lo seguiremos según el orden. Ahora, para volver al primero, está escrito como de Jerusalén: En el día en que naciste, no se cortó tu cordón umbilical. Necesitamos la ayuda de Dios para poder encontrar el cordón umbilical no cortado de la pecadora Jerusalén, o ciertamente explicar el cordón umbilical cortado de la que no pecó. Por tanto, ya sea de Jerusalén o de cualquier otro de otra Escritura, busco el cordón umbilical, para que comparando lo espiritual con lo espiritual, encuentre cómo no se cortó el cordón umbilical de Jerusalén. Está escrito en Job sobre el dragón: Su fuerza está en su ombligo, y su poder sobre el ombligo de su vientre (Job XL). Sé por lo que la gracia divina me ha concedido, cuando expuse este lugar presente, que dije que el dragón es la fuerza contraria. Este es el dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, que engaña a todo el mundo. Su fuerza está en el ombligo. No hay duda: pues el principio de todos los males se encuentra en el lomo. Y por eso, aún en el lomo del padre, se refiere al que iba a nacer, porque en los lomos se recogen las semillas humanas. Por tanto, la fuerza contraria, dondequiera que estén las semillas, allí intenta mostrar el poder de sus insidias. Contra los hombres, su fuerza está en los lomos; contra las mujeres, su fuerza está en el ombligo del vientre. Y mira cómo la Escritura ha nombrado honestamente los genitales del hombre y la mujer con nombres cubiertos, para no significar la deshonra con esas palabras que están a la vista. Si se ha entendido el ejemplo que hemos sacado de Job, entiende que así como en el hombre se circuncida el prepucio, así en la mujer se amputa el ombligo. Pues cuando la mujer ha sido casta, y ha usado cambios limpios de mujeres, para no caer en cosas sucias y en las deshonras de los pecados, entonces su ombligo ha sido cortado. Pero si ha pecado, su ombligo no ha sido cortado. Por tanto, reprende a Jerusalén como a una mujer cuyo ombligo no ha sido cortado. Los Setenta interpretaron en este lugar: No ataron tus pechos, exponiendo más el sentido del discurso que expresando palabra por palabra. Pero los pechos en el Cantar de los Cantares se toman en lugar de tus pensamientos y mente: Porque tus pechos son mejores que el vino (Cant. I). Y se recostó sobre el pecho de Jesús (Juan XIII), donde están tus pechos, aquel que iba a tener comunión con sus pensamientos. Por tanto, cuando el sentido es rígido, y la noción está atada y sólida, y el discurso no fluye, es evidente que tus pechos están atados. Pero cuando lo que se dice está suelto y fluye, los pechos no están atados. No fuiste lavada con agua para salvación. Veamos si lo que está en Jerusalén se encuentra también en nosotros. Por ejemplo, se dice: Hay una mujer que ahora está lavada, pero se pregunta si también para salvación, para que también nosotros temamos por esto, que dice, para salvación. No todos son lavados para salvación. Los que hemos recibido la gracia del bautismo en el nombre de Cristo, hemos sido lavados: pero no sé quién está lavado para salvación. Simón fue lavado, y habiendo recibido el bautismo, perseveraba en la compañía de Felipe: pero como no estaba lavado para salvación, fue condenado por aquel que en el

Espíritu Santo le dijo: Tu dinero perezca contigo (Hechos VIII). Es de gran dificultad que quien se lava, se lave para salvación. Prestad atención, catecúmenos, escuchad, y de lo que se dice, preparaos mientras sois catecúmenos, mientras aún no estáis bautizados, y venid al lavacro, y lavaos para salvación, y no os lavéis como algunos que han sido lavados, pero no para salvación, como quien recibe agua, y no recibe el Espíritu Santo. Quien se lava para salvación, recibe agua y el Espíritu Santo. Porque Simón no fue lavado para salvación, recibió agua, y no recibió el Espíritu Santo: pensando que el don del Espíritu podía comprarse con dinero, en lo cual no habló [F. lavado], para salvación. A toda alma pecadora, que parece creer, se dicen estas cosas que ahora leemos dichas a Jerusalén, para no ascender a cosas mayores, y buscar lo que está más allá de mis fuerzas y entendimiento. Ni fuiste salada con sal. Y este es un crimen de Jerusalén, porque no fue digna de la sal de Dios. Si yo creo en mi Señor Jesucristo, él me hará sal, y me dirá: Vosotros sois la sal de la tierra (Mat. V). Si creo en el espíritu que habló en el apóstol, soy sazonado con sal, y puedo guardar el precepto diciendo: Vuestra palabra sea siempre con gracia, sazonada con sal (Col. IV). Es una gran obra ser sazonado con sal. Quien es sazonado con sal, está lleno de gracia. Pues en el proverbio común, se dice salado al gracioso, y al contrario insulso, al que no tiene gracia. Si, por tanto, la gracia nos viene de Dios, y nos llenamos de su don, somos sazonados con sal. De nuevo, la pecadora Jerusalén no está envuelta en pañales. Observa lo que decimos: El alma que renace y primero es dada a luz en el lavacro, es envuelta en pañales. Mi mismo Señor Jesús fue envuelto en pañales, como se refiere en el Evangelio según Lucas (Luc. II). Por tanto, quien renace debe desear la leche racional y sincera, y antes de desear la leche racional y sin engaño, debe ser sazonado con sal, y ser envuelto en pañales, para que no se le diga: no fuiste sazonado con sal, y no fuiste envuelto en pañales. Que estas sean las culpas de Jerusalén, no ser circuncidada en el ombligo, no ser sazonada con sal, no ser envuelta en pañales, y no ser lavada con agua para salvación, lo indica el resto del discurso, que se teje así: Ni te compadeció tu ojo, para hacerte una de todas estas cosas. Por eso no te hice nada de esto, para que yo sufriera algo sobre ti, dice el Señor. Tomaré un ejemplo de los hombres: luego, si el Espíritu Santo lo concede, pasaré a Jesucristo y a Dios Padre. Cuando hablo a un hombre, y le ruego por alguna cosa, para que se compadezca de mí, si es sin misericordia, no sufre nada de lo que le digo: pero si tiene un ánimo blando, y nada en él ha endurecido su corazón, me escucha, y se compadece de mí, y sus entrañas se conmueven ante mis súplicas. Así entiende algo semejante sobre el Salvador. Descendió a la tierra compadeciéndose del género humano, sufrió nuestras pasiones, antes de padecer la cruz, y dignarse asumir nuestra carne. Pues si no hubiera sufrido, no habría venido a la conversación de la vida humana. Primero sufrió, luego descendió, y fue visto. ¿Cuál es esta pasión que sufrió por nosotros? La caridad es pasión. El mismo Padre, y Dios del universo, longánime y muy misericordioso y compasivo, ¿no sufre de algún modo? ¿O ignoras que cuando dispensa lo humano, sufre una pasión humana? Pues el Señor tu Dios soportó tus costumbres, como si un hombre soportara a su hijo. Por tanto, Dios soporta nuestras costumbres, como el Hijo de Dios lleva nuestras pasiones. El mismo Padre no es impasible. Si se le ruega, se compadece, y se duele, sufre algo de caridad y se hace en ellos, en quienes según la magnitud de su naturaleza no puede estar, y por nosotros soporta pasiones humanas. Ni te compadeció tu ojo, dice, para hacerte una de todas estas cosas, para que yo sufriera algo sobre ti. Y porque te has hecho así, fuiste arrojada al campo. Dios, no permitas que seamos tales, que seamos arrojados de ti y de tu Iglesia al campo, sino más bien que salgamos de las estrecheces de los sentidos al campo. Y fuiste arrojada al campo. ¿Por qué? Por la depravación de tu alma en el día en que naciste. ¿Puede alguien en el mismo día en que nace tener depravación del alma? Describe nuestras pasiones, y los vicios humanos, y las depravaciones habituales. Pues por nuestra depravación, si el corazón no es recto, somos arrojados al campo en el día en que nacemos. Si después de la regeneración del lavacro, si después del sermón de Dios volvemos a pecar, en el día en que

nacemos, somos arrojados. Tales se encuentran a menudo lavados en el lavacro de la segunda regeneración, y no haciendo frutos dignos de penitencia, ni alegrando el misterio del bautismo con mayor temor del que tuvieron cuando eran catecúmenos, y con mayor caridad de la que ejercieron cuando eran oyentes del sermón, y con obras más santas de las que hicieron antes. A estos hombres de tal modo les sigue lo que se dice: Fuiste arrojada al campo por la depravación de tu alma en el día en que naciste. Pero mira la misericordia de Dios, mira la clemencia singular. Aunque Jerusalén fue arrojada al campo, no la desprecia tanto como para que sea arrojada siempre; no la deja tanto a su depravación como para olvidarse de ella por completo, para no levantar más al caído. Atiende a lo que sigue: Y pasé junto a ti. Fuiste arrojada, pero yo volví a ti: mi visita no te faltó después de la caída. Y te vi cubierta de tu sangre. Como diciendo: te vi culpable de homicidios, culpable de sangre y de pecados mortales. Y te dije: De tu sangre llena de vida. Saca de tu sangre, y llena de vida. Como un jardín del campo te di. Me compadecí de ti, después de que fuiste arrojada: te vi cubierta de sangre y pecados: te hice como un jardín del campo, y te multiplicaste. Porque vine a ti y te visité arrojada, fui causa para que te multiplicaras. Y te multiplicaste, y te magnificaste. Te di en multitud y magnitud, es decir, te hice crecer y multiplicarte. Pues por eso crecemos y nos multiplicamos. Y entraste en las ciudades de las ciudades. De nuevo expone los errores de Jerusalén entrando en las ciudades de las ciudades. Pero consideremos cómo entró criminalmente en las ciudades de las ciudades. Si por cada ciudad, en la que hay herejías y doctrinas ajenas a Dios, entra alguien eclesiástico, y se hace partícipe de tales ciudades, oye: Entraste en las ciudades de las ciudades. Tus pechos se levantaron. Después de tantos crímenes, floreciste de nuevo, y te llegó el tiempo, y el tiempo de los que se desvían. Se me dice: No alegorices, no espongas por figura. Que respondan, por favor: ¿Jerusalén tiene pechos, y hay un momento en que no se recogen, hay un momento en que se levantan, y tiene ombligo, y porque no está cortado, se le reprocha: cómo pueden entenderse estas cosas sin exposición alegórica?

Mammae tuae se erguían, y tu cabello crecía. Con toda honestidad, el discurso divino describe lo que suele suceder en los cuerpos de las vírgenes. Y tu cabello crecía, pero tú estabas desnuda y deshonrada. Quien no está revestido de Jesucristo, está desnudo; quien no está revestido de entrañas de misericordia, bondad, humildad, mansedumbre, longanimidad, para soportar al prójimo, está deshonrado. Pero tú estabas desnuda y deshonrada, y pasé junto a ti. Por segunda vez vino a ella, la vio pecando, nuevamente se aleja por los pecados, y sin embargo vuelve otra vez, nuevamente visita el clemente y benigno Dios. Y vine a ti, y te vi, y he aquí tu tiempo, y el tiempo de los que se desvían. ¿Qué significa esto, que dice tu tiempo? El tiempo significa la adolescencia, en la cual ya por la edad pueden fornicar. Y nuevamente: Y el tiempo, dice, de los que se desvían. ¿Quiénes son estos que se desvían? Mientras somos pequeños, aquellos que no quieren desviarse hacia los que se esfuerzan por destruir, como son los peores cristianos, los demonios inmundos, los ángeles del diablo, no tienen lugar, de modo que no pueden desviarse. Pero cuando hemos alcanzado mayor edad, y ya podemos pecar, buscan acceso a nosotros para desviarse, y esto tanto los Ángeles de Dios como los ángeles de Satanás. Sin embargo, es imposible que ambos se desvíen hacia nosotros. Si pecamos, los ángeles del diablo se desvían hacia nosotros; si permanecemos firmes, los Ángeles de Dios se desvían hacia nosotros. Vino, pues, tu tiempo, y el tiempo de los que se desvían. Porque había llegado el tiempo de los que se desvían, y nuestro Señor Jesucristo, nuestro Dios, nuevamente visita a la miserable Jerusalén, es decir, a nuestra alma pecadora. Extendí mis alas sobre ti. La Escritura suele llamar alas a las extremidades de las vestiduras: como en Rut, que vino en secreto, y, descubriendo el manto a los pies de Booz, durmió bajo el ala de su vestidura (Rut III). Dios, pues, habla como si estuviera vestido: Extendí mis alas

sobre ti, y cubrí tu confusión. Bienaventurado aquel cuya confusión Dios protege con sus alas: si, sin embargo, persevera en la bienaventuranza, en la cual Jerusalén no quiso perseverar. Y te juré en testamento, y entré en testamento contigo. Después de tantas cosas, por las cuales nuevamente regresa, nuevamente se aleja, después de tan frecuente visita, ahora por primera vez entra con ella en testamento. Y te hiciste mía, y te lavé con agua. Después de todo esto te tomé, y yo mismo te lavé para la salvación, y lavé tu sangre de ti. Entendiendo esto, oremos para que la misericordia de Dios venga sobre nosotros, y lave la sangre de nuestras almas. Porque si hemos hecho algo digno de muerte, eso es nuestra sangre. Lavé tu sangre de ti, y te ungué con aceite. Y Dios quiere hacernos Cristos. Y te vestí de colores variados. ¡Cuánta es la bondad de Dios para cada una de las almas de Jerusalén! No concede una túnica de un solo color, sino de mucha variedad a los que creen en Él. Esta túnica de colores variados ya entonces la hizo Jacob como señal, vistiendo a su hijo José, y lo vistió de colores variados (Gén. XXXVII). Si consideras las sectas de los entendimientos, las buenas obras, verdaderamente verás la túnica variada, que la visita de Dios concede a aquellos que son llamados a la salvación. Entiendo la Ley, comprendo los profetas, reconozco los Evangelios, no me pasa desapercibido el Apóstol: y soy cauteloso, soy justo, soy misericordioso, y aún buscas otra túnica de colores variados, que el Señor viste a Jerusalén diciendo: Y te vestí de colores variados, y te calzé de jacintos. Quiere que nuestros calzados sean florecientes y bien teñidos. ¿Qué son los calzados? Escucha a Pablo predicando más claramente: Calzados los pies con la preparación del Evangelio de la paz (Ef. V). Y te ceñí de lino fino. El Apóstol habla más claramente de este ceñidor. Estando ceñidos vuestros lomos con la verdad (Ibid.). Porque la verdad se toma por lino fino. Y te cubrí con un manto floreciente. No encontrando ni entendiendo qué era el manto floreciente, encontré en otra edición por manto floreciente, florido, y en otra vestidura. Por lo tanto, Dios nos viste después de la vestidura variada y con una túnica floreciente. Y te adorné con ornamento, y te puse brazaletes alrededor de tus manos. Cuando me da ocasiones de buenas acciones, rodea mis manos con brazaletes. Y una cadena alrededor de tu cuello. Si después de las obras de justicia me adorna con el entendimiento de la verdad, entonces se me da un ornamento nupcial, entonces una cadena decorativa rodea mi cuello. Y te di un pendiente alrededor de tu nariz. Cuando puedo recibir los sacramentos de verdadera suavidad y buen olor, entonces Dios adorna mi nariz con pendientes. Y aros en tus orejas. Para que no solo las orejas, sino también un gran aro de oro esté alrededor de tu oído. El aro de oro es el que gira en los entendimientos sagrados. Y una corona de glorificación sobre tu cabeza. Omnipotente Dios, concédenos también a nosotros, para que seamos dignos de la corona de glorificación sobre nuestra cabeza. Y fuiste adornada con oro: es decir, con sentidos divinos: y plata, es decir, con palabras sagradas. Y tus coberturas de lino fino. La profundidad de los sentidos es una cobertura de lino fino. Y floreciente, por la cual palabra los Setenta pusieron τριχαπτα, un vestido muy sutil, y como una vestidura atenuada a semejanza de cabellos. Y de colores variados. He aquí toda Jerusalén está protegida con alas, vestida de varios colores, adornada con gemas. ¿Qué hace después de esto el gran amante de los hombres, Dios? La alimenta con manjares delicados. Comiste flor de harina, miel y aceite. No dice simplemente harina, ni pan de cebada: esto que ahora os hablamos, es flor de harina. Pero la miserable Jerusalén después de la flor de harina, después de la miel, después del aceite, nuevamente es reprendida como una prostituta. Por eso, cuidémonos con más atención para que no sea que después de las palabras puras de la flor de harina, después de los discursos dulcísimos de los profetas, después del aceite, que alegra el rostro, con el cual queremos ungir la cabeza, para que nuestro ayuno sea aceptable, volvamos a delinquir. No solo somos ungidos con este aceite, sino que también nos alimentamos. Y te hiciste muy hermosa. Alaba su hermosura, alaba su aspecto, proclama su forma. Y fuiste dirigida al reino. ¡Cuánto progreso, que incluso es dirigida al reino! Y salió tu nombre entre las naciones. Esto es apropiado para aquel que,

después de comenzar a ser libre del mundo, progresando en la conversación hacia la vida bienaventurada, también ha conseguido un nombre glorioso en el siglo. Pero lejos esté lo que sigue: porque está escrito para infundir temor a los oyentes. Después de la hermosura, después del gran nombre, la miserable Jerusalén fornicación. Por eso no te gloríes en el mañana; porque no sabes qué traerá el día venidero. Y en otro lugar: Hermanos, si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, sostened a tal en espíritu de mansedumbre (Gál. VI). Y nuevamente: Considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Y salió tu nombre entre las naciones en tu aspecto, porque estaba consumado en la belleza del aspecto, que constituí en ti, dice el Señor Adonai. Y confiaste en tu belleza. Se enorgulleció, y la conciencia de su belleza elevó a la hermosa Jerusalén. Y porque se enorgulleció, ni se humilló, ni glorificó a Dios, escucha lo que se le dice: Y fornicaste en tu nombre, y derramaste tu fornicación en todo paso. ¿Qué significa esto, que dice, Derramaste tu fornicación en todo paso? La fortaleza contraria rodea nuestras almas, y variadamente explorando, busca un lugar por donde pueda irrumpir. La ira quiere fornicar conmigo en su nombre: la tristeza, unida a mis costumbres, en su nombre, quiere hacerme triste: la avaricia, por su parte, introduce el deseo de oro y plata, y de cualquier cosa similar: si no me guardo, y cierro mi puerta, sino que recibo toda oración del enemigo, se me dice: Derramaste tu fornicación en todo paso, y tomaste tus vestiduras, e hiciste para ti ídolos cosidos. De estas cosas con las que te adorné, con las que te hiciste hermosa, hiciste para ti ídolos cosidos. Quiero aún exponer qué son los ídolos cosidos, que ciertamente cosieron de las vestiduras. Las vestiduras son las Escrituras divinas, y el sentido que hay en ellas. Los herejes desgarraron estas vestiduras, y cosieron, uniendo dicho con dicho, palabras con palabras, pero no con una unión oportuna y adecuada, y cosiendo, se hicieron para sí mismos simulacros impíos, con los cuales sedujeron a algunos a creer, y a consentir en su culto, y a aceptar una disciplina ficticia. Pero Dios nos libre a todos de estos y otros simulacros, para que seamos engrandecidos en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA SÉPTIMA. De lo que se dice: Tomando de mis vestiduras hiciste para ti lugares altos aquí y allá cosidos hasta: Y ni así te saciaste (Cap. XVI).

945 El catálogo de los pecados de Jerusalén, sea cual fuere su interpretación, edifica al oyente. Pues así como, si el Señor reprende a alguien de su familia en su casa y expone sus pecados, otro siervo recién comprado, al ver la disciplina del padre de familia, aprende qué debe criticar y qué debe alabar, esforzándose con todo su empeño en no hacer lo que hicieron sus compañeros siervos anteriores, y en hacer aquello por lo cual otros obtuvieron honor y libertad del Señor: así también nosotros, al escuchar en qué Dios critica a Jerusalén, o a toda Judea, o a cualquiera de las tribus que haya pecado especialmente, recibimos no poca utilidad para no caer en lo que otros cayeron. El principio de la lectura de hoy es que Jerusalén recibió vestiduras de Dios y de ellas hizo ciertos ídolos cosidos, y se prostituyó sobre ellos. Sobre esto, según mi capacidad, he disertado en el sermón anterior, enseñando que aquellos que desgarran las Escrituras y rompen las palabras de las palabras, cosiéndolas y componiendo doctrinas ficticias, sirven a los ídolos que han vestido con sus vestiduras. No entrarás en mi tabernáculo, estás fuera y fuera permanecerás. La Escritura sabe que los santos están dentro, los pecadores fuera. Por lo tanto, Jerusalén, porque cometió tales pecados que no merece entrar en las promesas de Dios, y se le dice: Y no entrarás: cuidémonos de que no se nos diga también a nosotros, y no entrarás. No sucederá. No está completo lo que se dice: ni sucederá, y por eso debe entenderse implícitamente desde fuera, para que el sentido pueda completarse. Las cosas buenas que te fueron prometidas y que ibas a recibir, no sucederán. Sigue otro delito: Y tomaste los vasos de tu glorificación de tu plata y de tu oro, de los cuales te di, e

hiciste imágenes masculinas para ti. Según el sentido común, puede entenderse así: Los vasos de glorificación, de los cuales Moisés escribió en los Números, los incensarios, las copas, el candelabro de oro, el arca dorada por dentro y por fuera (Num. VIII), y los demás tomaste, y los fundiste, e hiciste imágenes masculinas, y te prostituiste en ellas. Según la alegoría, se explicará así: Los vasos de oro y plata, es decir, los incensarios, las copas y otras cosas de este tipo, los tenemos en las sagradas escrituras; cuando torcemos el sentido de la Escritura hacia otro sentido, que es contrario a la verdad, fundimos las palabras divinas y cambiamos las cosas de Dios en otras imágenes. Al hacer esto, caemos en el pecado que Jerusalén cometió ahora. Los vasos de nuestra glorificación son la ley y los profetas; sobre estos nos regocijamos, en estos nos exaltamos. Cuando los interpretamos de manera diferente a como la verdad los tiene, convertimos los vasos de nuestra glorificación de la plata racional y del oro sensible que Dios nos dio; y hacemos para nosotros imágenes masculinas, y nos prostituimos en ellas. Sigue: Tomaste vestiduras variadas y las cubriste. La vestidura variada es: y de aquí un lugar de las Escrituras, con el cual nos vestimos, asumiendo entrañas de misericordia, bondad, humildad, mansedumbre, longanimidad, para soportarnos mutuamente. Estas vestiduras variadas y hermosos atavíos que Dios nos ha otorgado, si las desgarramos y rompemos, y las rodeamos de falsa doctrina para engañar a los hombres, no hay duda de que cubrimos ídolos con vestiduras variadas. Entenderás esto que se dice, si describimos la cosa misma más claramente. Mira a algún marcionista, o discípulo de Valentino, o ciertamente a un defensor de cualquier herejía, y considera cómo viste sus ídolos, es decir, los inventos que él mismo compuso, con mansedumbre y castidad, para que el discurso, adornado con la bondad de vida, se infiltre más fácilmente en los oídos de los oyentes. Y cuando hace esto, entiende que ha asumido la vestidura variada de costumbres y de la mejor conversación, y la ha sometido a los ídolos que él mismo construyó. Y según el sentido de mi mente, el hereje de buena vida es mucho más nocivo, y tiene más autoridad en su doctrina que aquel que mancha la doctrina con su comportamiento. Pues quien tiene una vida pésima, no fácilmente incita a los hombres a una falsa doctrina, ni puede engañar la simplicidad de los oyentes con la sombra de la santidad. Pero quien es perverso en el discurso y contrario a las disciplinas de la salvación, pero tiene costumbres compuestas y adornadas, no hace otra cosa que tomar vestiduras variadas de buen instituto y de conversación tranquila, y las rodea a sus ídolos, para engañar más a los oyentes. Por eso, cuidémonos diligentemente de los herejes que son de la mejor conversación, cuya vida tal vez no ha sido instruida tanto por Dios como por el diablo. Pues así como algunos cazadores proponen ciertos cebos de comida para atrapar más fácilmente a las aves mediante el placer del paladar, así (para hablar más audazmente) hay una cierta castidad del diablo, es decir, una trampa para el alma humana, para que mediante este tipo de castidad, mansedumbre y justicia, pueda capturar más fácilmente y enredar con falsos discursos. El diablo lucha con diversas insidias para perder al hombre miserable, y otorga una buena vida a los malos para engañar a los que ven, y imprime una mala conciencia a los buenos. A mí mismo, que predico en la Iglesia, a menudo me tiende trampas, para confundir a toda la Iglesia con mi comportamiento. Y por eso, más aquellos que están en medio son atacados por el enemigo, para que por la caída de un solo hombre, que no puede ocultarse, se cause escándalo a todos, y se impida la fe por el pésimo comportamiento de los clérigos. Todo, como hemos dicho, lo opera el diablo, tanto lo que parece ser bueno y no lo es, como lo que por su naturaleza es malo, todo lo maquina contra el alma humana. Por lo tanto, quien cuida de su vida, ni se deja atrapar por la mansedumbre de los herejes para consentir en su doctrina, ni se escandalizará por mis delitos, que parezco predicar en la Iglesia; sino que considerando el dogma mismo y examinando la fe de la Iglesia, se apartará de mí, pero respetará la doctrina, según el precepto del Señor que dice: Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos. Todo lo que os digan, escuchad y haced: pero no hagáis según sus obras, porque dicen y no hacen (Mat. XXIII). Este discurso es sobre mí, que

enseño cosas buenas y hago lo contrario, y estoy sentado sobre la cátedra de Moisés como escriba y fariseo. Tienes el precepto, oh pueblo, si no tienes acusación de doctrina pésima y de dogmas ajenos a la Iglesia, pero ves mi vida culpable y mis pecados, para que no tengas que instituir tu vida según la vida del que habla, sino hacer lo que digo. No imitemos a nadie, y si queremos imitar a alguien, se nos ha propuesto a Cristo Jesús para imitar. Están descritos los actos de los apóstoles, y reconocemos las gestas de los profetas de los volúmenes sagrados: ese es el modelo firme, esa es la propuesta sólida, que quien desea seguir, camina seguro: si buscamos a culpables para emular, diciendo: Aquel enseña, y hace lo contrario de lo que enseña, actuamos contra el precepto del Señor, que mandó que las doctrinas de los maestros deben ser consideradas más que sus vidas. Esto decimos sobre lo que está escrito: Tomaste tu vestidura multicolor y la cubriste, es decir, los vasos de glorificación, que convertiste en ídolos. Sigue: Y mi aceite, y mi incienso pusiste ante su rostro (Apoc. VIII). La Escritura enseña que la oración de los santos es incienso. Pues dice: El incienso son las oraciones de los santos. Si, por lo tanto, estamos dispuestos a la oración cuando debemos ofrecerla a Dios, es decir, al Dios de la Ley y los Profetas, al Dios de Abraham, al Dios de Isaac, al Dios de Jacob, y al Padre de Jesucristo, y ofrecemos lo que hemos inventado, hasta el punto de que proponemos el incienso de Dios a los ídolos, hacemos lo que se dice en el presente: Mi aceite, y mi incienso pusiste ante su rostro. Pero este es el entendimiento del incienso. ¿Qué responderemos sobre el aceite? El aceite es con el que se unge al hombre santo, el aceite de Cristo, el aceite de la doctrina santa. Cuando alguien toma este aceite, con el que se unge al santo, es decir, la Escritura santa que instruye cómo debe uno ser bautizado: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: y cambiando un poco unge a alguien, y de alguna manera dice: Ya no eres catecúmeno, has conseguido el baño de la segunda generación: tal persona toma el aceite de Dios, y el incienso, y lo pone ante el rostro de los ídolos. Y mis panes, que te di, con flor de harina, y miel, y aceite te alimenté. He aquí nuestros panes, flor de harina purísima en las Escrituras, y miel de las abejas de los Profetas. Todo esto nos dio Dios, y nos alimentó con los panes de los Profetas, y con la flor de harina de la Ley, miel del Evangelio, de los cuales alimentados ponemos los mismos ante los ídolos. Pues cuando, queriendo asumir defensa de falsos dogmas, decimos, está escrito en el profeta, Moisés testifica, el Apóstol habla, ¿qué otra cosa hacemos, sino que tomando los panes de la verdad, los proponemos a los ídolos que nosotros mismos hemos inventado? Marción hizo un ídolo, y le propuso los panes de las Escrituras. Valentino, Basilides y los demás herejes hicieron lo mismo. Y los pusiste ante su rostro en olor de suavidad. Naturalmente, son de suavísimo olor estas cosas que Dios nos ha otorgado. Este olor suavísimo lo pone ante los ídolos quien actúa o entiende contra el poder de las Escrituras. Y sucedió, dice el Señor Dios, y tomaste a tus hijos, y a tus hijas, que engendraste, y los inmolaste en consumo. Cuando la pecadora Jerusalén engendra hijos e hijas, el fin de aquellos que nacen es la matanza. Pues la salvación no es el fin de los malvados. Por eso está escrito: Los inmolaste en consumo.

*Quam modica fornicata est: interfecisti natos meos, et dedisti eos. Proprie ait: Accepisti filios tuos: significanterque addidit: Occidisti natos meos. Quicumque enim nascuntur in haereticorum doctrinis, et ibi fidei suae principia sumpserunt, hi filii sunt fornicariae et peccatricis Jerusalem. Qui autem natus est in Ecclesia, et deceptus postea fuerit haeretica falsitate, iste cum Filius Dei sit, apprehensus est a peccatrice Jerusalem, et positus victima idolis ejus. Hoc supra omnem fornicationem tuam, et abominationes tuas. Filios Ecclesiae accipere, immolare idolis, hoc supra omne peccatum tuum est. Et non fuisti memor diei infantiae tuae cum eras nuda, et turpiter agens. Praefatus est de nuditate et turpitudine Jerusalem. Oportuit ergo in iniquitate meminisse quomodo pennas meas expanderim super te, et assumpserim te de sanguine tuo, et laverim te. Tu vero horum omnium oblita fuisti. Haec,*

quae condecet nudam, et turpiter agentem, et commixtam in sanguine suo. Et factum est post omnes malitias tuas: Vae, vae tibi, dicit Adonai Dominus. Et aedificasti tibi domum meretriciam, et fecisti tibi expositionem in omni platea. Si consideres animam expositam amatoribus suis, videbis quomodo faciat domum meretriciam, et suscipiat omnes, quos praediximus amatores. Intellige vero quod dicimus, ex sequentibus, id est, qui sunt amatores Jerusalem. Anima humana multum speciosa est, et mirabilem habet pulchritudinem. Artifex quippe ejus cum eam primum conderet, ait: Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram (Gen. I). Quid hac pulchritudine et similitudine pulchrius? Quidam ergo adulteri, et sordidi amatores, decore ejus illecti, desiderant eam corrumpere et fornicari super eam. Quamobrem sapiens vir Paulus dicit: Timeo autem, ne forte ut serpens decepit Evam in nequitia sua, sic corrumpantur sensus vestri (II Cor. XI). Sensus nostri in fornicatione carnali corrumpuntur: in spiritalibus vero stupris sensus corrumpitur, et ipsa anima vulneratur. Et contaminasti speciem tuam. Etiamsi non homo in peccatis maximis constitutus, tamen quia ingens est animae pulchritudo, minorum quoque societate turpatur. Respice virtutes animae, quae ei insitae sint a Deo, vide pulchritudinem ejus, inventionem, dispositionem, elocutionem, memoriam, pronuntiationem, cujus sit ingenii, quomodo primum intelligat, inde intellecta dijudicet, ut incitetur ad sensus, ut menti sensa commodet, quos habet impetus, quos cogitatus de Deo. Haec possidens magnae pulchritudinis est, sed haereticorum sectis, et extranea religionis institutione corrumpitur. Et transierunt crura tua per omnem transitum, et multiplicasti fornicationem tuam. Est [Al. et] fornicatio a fornicatione differens: et quomodo in fornicatione carnis est aliquis non nimiae fornicationis, et tamen fornicatione pollutus, alius vero multiplicans fornicationem suam: sic et in ea fornicatione, quae animam suam sensumque commaculat, alius multitudine fornicationis obruitur, alius vero non tam a fornicatione est seductus. Idcirco qua mensura mensi fuerimus remetietur nobis. Et fornicata es in filios Aegypti confines tuos. Filii Aegypti contrariae fortitudines sunt. Nec mirum est si confines nostri Aegyptii dicantur: confines Aegypti et Jerusalem in sua civitate sunt positi, qui sunt magnis carnibus. Non quia isti Aegyptii ingentes carnes habeant (et quidem honeste videtur pudenda eorum, immutato vocabulo, significasse, id est magnis carnibus), sed quia carni intellectus magnarum nos carni faciant: ut econtrario est quaedam caro deficiens, de qua dicitur: Quomodo caro mea in terra deserta, et invia, et inaquosa, sic in sancto apparui tibi. Fornicatur igitur Jerusalem super filios Aegypti, confines suos, et magnarum carni. Et multipliciter, inquit, fornicata es ad me exasperandum. Multas species fornicationis commisisti ad me concitandum. Quod si extendero manum meam in te, auferam legitima tua, et tradam te in animas eorum qui te oderunt, filios alienigenarum. Vides quia in animas alienigenarum traditur, quae indigna sit usu Legis et sermonum Dei. Qui te diverterunt de via tua, impie egisti, et fornicata es super filios Assur. Primum super filios Aegypti, deinde super filios Assur. Hae species peccatorum sunt. Nam et cum captivos acceperunt Assyrii filios Israel, sanctum est quidem id quod Scriptura refert, scriptum est autem propter frequentem nostram captivitatem quae a spiritalibus Assyriis perpetratur: de quibus Apostolus dicit: Non est nobis certamen adversus carnem et sanguinem, sed adversum spiritalia nequitiae. Et nec sic satiata es et fornicata es, et non satiaberis. Quando quis non impletur delinquens: sed semper prioribus peccatis nova peccata conjungit, colligans ut fune longo, et sicut loro jugi vitulae iniquitates, numquam se ad meliora convertens, neque poenitentiam agens super malis suis, dicitur ad eum: Et non satiaberis, Et multiplicasti testamenta tua ad terram Chanaan. Quando Deus ad nos facit testamenta, et nos consentimus ei, beati sumus: quando vero fornicamur ad spiritalia nequitiae (Eph. VI), tunc convertimus Dei testamenta ad terram Chanaan, pactum (Al. factum) statuimus cum ea. Hoc autem mihi intellige et in Chaldaeis, et in caeteris gentibus, quando in quolibet aliquo peccato reprehendimur. Et testamenta ad Chaldaeos, et nec sic satiata es. Post catalogum peccatorum, ad peccatricem loquitur Jerusalem. Quid constituam in

te, dicit Adonai Dominus, cum facias tu haec omnia opera mulieris fornicariae procacis? Ascendamus paulisper eloquio, quia non semper utile est de fornicationibus loqui, et procul absit, ut aliquis in Ecclesia sit, qui dehortatoriis a fornicatione indigeat sermonibus. Nam si quis necesse habeat audire: Non fornicaberis (Exod. XX), sed illud: Si quis templum Dei violaverit, disperdet illum Deus (I Cor. III): iste similis est his, quos Apostolus dicit: Justo Lex non est posita, sed iniquis, et non subditis, impiis, et peccatoribus. Quomodo ergo justo Lex non est posita, verum iniquis et non subditis: sic doctrina ea quae a fornicatione monet recedendum, casto non est posita, sed iniquis, et fornicatoribus, et inobedientibus. Non habemus itaque necessarium, ut discamus a fornicatione discedere, verum ad perfectiora tendamus a principiis elementorum Christi (Rom. XIII). Etenim cum deberetis, ait, magistri esse propter tempus, rursus indigetis, ut vos doceamini quae sint elementa exordii sermonum Dei, et facti estis, quibus lacte opus sit, non solido cibo (Heb. V). Omnis sermo, qui praecepit, Non fornicaberis, non adulterabis, non furaberis, non solida esca est, sed quasi lac praebetur infantibus. Athletarum cibus est de omnipotenti Deo, de mysteriis ejus, quae tecta sunt, et latenter in Scripturis significata sentire. Vide quomodo ad Corinthios Paulus loquitur: Lacte vos potavi, non cibo, necdum enim poteratis, sed neque nunc potestis (I Cor. III). Et quia lacte adhuc indigebant, et discunt quae discere parvuli solent: Bonum est homini mulierem non tangere, propter fornicationem autem (I Cor. VII), et caetera. Rursumque instituuntur, ne immolatitia comedant. Ista omnis doctrina lac parvulorum est, et adhuc infantium in Christo. Quomodo vero Ephesiis scribitur, solidum illis praebet cibus. Non auditur quippe in Epheso fornicatio, non auditur in Epheso idololatria, et esus immolationum. Ex quibus docemur quid sit solidus cibus, et quod rationabile et sine dolo lac: moralis locus, quod sit solidus cibus mysticus intellectus. Beatum est igitur, ut festinemus ad ea, quae imperfectiora sunt principia transeuntes. Et quod moralis locus lac sit, Apostolus docet, cum jam aliqua de lacte dixisset addens: Non rursus jacentes fundamentum poenitentiae ab operibus mortuis (Hebr. VI). Tales omnes sunt qui adhuc lacte potantur: perfectus autem aliis indiget disciplinis. Haec in medio dicta sint, quia sermone conscenderam, ne ab alterius expositione fornicationis statim aliam fornicationem incurrerem, quam nunc explanabo. Dicitur quippe ad Jerusalem: Et fornicata es tripliciter in filiabus tuis. Quid est quod ait, quod tripliciter fornicata est in filiabus suis Jerusalem? Dei indigemus auxilio, ut ipse nobis obscuritatem istius loci edisserat. Et quomodo Moses audiebat Deum, et deinde ea quae a Deo audierat, proferebat ad populum: sic nos indigemus Spiritu sancto loquente in nobis mysteria, ut orationibus nostris Scripturam possimus audire, et rursus quod audivimus, populis intimare. Quid est ergo: Tripliciter fornicata es in filiabus tuis? Si intelligas fornicationem carnis, et animae, et spiritus, et videas aliquem fornicari in his omnibus, videbis tripliciter fornicantem Jerusalem. Qui vero tripliciter castus est, iste ab Apostolo meretur audire: Deus autem pacis sanctificet nos per omnia, ut integer spiritus noster, et anima, et corpus sine querela in adventu Domini nostri Jesu Christi servetur (II Tim. ult.), cui est gloria et imperium in saecula saeculorum. Amen.

HOMILIA OCTAVA. De eo quod scriptum est: In quo constituam cor tuum, ait Dominus Deus, cum facias tu haec omnia opera meretricis procacis? usque ad illud: Dedisti mercedes omnibus amatoribus tuis.

953 Lo que se ha leído primero, lo hemos expuesto hoy, tomemos el inicio de lo que está escrito: "¿En qué estableceré tu corazón, dice Adonai el Señor, cuando haces todas estas obras de prostituta descarada? Y te has prostituido triplemente en tus hijas." Hasta aquí hemos hablado. Sigue: "Cuando construiste tu burdel en la cabeza de cada camino, e hiciste tu base en cada plaza, y no fuiste como una prostituta que recoge salarios. La mujer que adultera, como tú, recibe salarios de su marido, y tú diste salarios: a todos tus amantes diste

salarios, y tú diste salarios a todos tus amantes, y los honrabas para que vinieran a ti alrededor de tu prostitución. Y el hombre puede establecer a otro hombre, malo en lo malo, bueno en lo bueno. Porque las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres. No hay duda de que el discurso del que habla incita al oyente a lo peor, cuando el hereje que habla establece a su oyente en la depravación herética. Y para que lleguemos a lo mejor, si puede ser útil, quien habla, y su vida concuerda con su discurso, establece a su oyente en lo bueno. Nosotros, que somos los más pequeños, si escuchamos la palabra que ordena la castidad, intentamos establecerla sobre ellos. Si hablamos de pudor, también nos establecemos a nosotros mismos como oyentes en la castidad. Si predicamos sobre la justicia, impulsamos hacia la justicia. Si sobre la fe, insinuamos la fe, para obedecer dignamente a la majestad divina en el Señor. Si, por lo tanto, nosotros, siendo hombres malos, solemos establecer el corazón del oyente, ya sea en lo bueno, si somos buenos, o en lo malo, si actuamos mal: ¿crees que Dios no tiene el poder de establecer a alguien en lo mejor? o ciertamente, abandonándolo, ¿será ocasión para que se establezca en lo peor? Mucho, ciertamente, según el presente discurso, ha pecado la miserable Jerusalén, a la que Dios quiso muy a menudo establecer en lo mejor a través de sus profetas: pero como no quiso escuchar los consejos, no quiso recibir los mandamientos de Dios, Dios duda, y dice que no sabe qué hacer. "¿En qué estableceré tu corazón, dice Adonai el Señor? ¿Qué haré? ¿en qué lo estableceré? Estás atada por muchos lazos de pecados, tus delitos impiden tu vida, para que seas establecida por mis palabras. Yo mismo quise frecuentemente establecerte, hablándote a través de mis santos, y no escuchaste. Ahora no sé qué hacer, y te digo: "¿En qué estableceré tu corazón, dice Adonai el Señor, cuando haces todas estas obras de mujer prostituta y descarada?" A menudo hemos dicho que las fuerzas contrarias aman las bellezas del alma humana, y cuando el alma humana recibe las semillas de sus amantes, de alguna manera se prostituye con ellas: pero como también en la vida común hay algunas prostitutas que se prostituyen deseando ocultarse con vergüenza: otras, sin embargo, que no solo no ocultan sus delitos con pudor, sino que se prostituyen con toda descaro: por eso tomó el ejemplo del alma prostituta en esta pecadora Jerusalén, y la llamó semejante a una mujer fornicaria descarada en su prostitución. A menudo cometemos tales cosas. Porque aquellos que no se han apartado completamente de la religión, pero son vencidos por el pecado, y desean ocultarse pecando, hacen cosas similares a la prostituta avergonzada. Pero aquellos que se apartan completamente de la religión hasta el punto de no preocuparse por el obispo, los presbíteros, los diáconos, los hermanos, sino que pecan con toda descaro, se vuelven similares a la prostituta que se prostituye con confianza. Por lo tanto, en el presente lugar, Dios se queja de la pecadora Jerusalén, porque hace las obras de una mujer prostituta descarada, y le dice: "Y te has prostituido triplemente en tus hijas." Hemos expuesto esto cuando se nos dijo: "Construiste tu burdel en la cabeza de cada camino, e hiciste tu base en cada plaza." Queremos ahora también interpretar qué significa construir un burdel, no de la misma manera en cada camino, sino en la cabeza de cada camino, para que no parezca suficiente haber construido un burdel en la cabeza de cada camino, sino además haber puesto su base en cada plaza. Por lo tanto, pecó dos pecados generales, cuando construyó su burdel en la cabeza de cada 956 camino, y cuando hizo su base, y la estableció en cada plaza la prostituta Jerusalén. ¿Cuáles son, entonces, esos caminos? "Estad en los caminos, y preguntad por las sendas eternas del Señor, y ved cuál es el buen camino, y caminad por él." Hay muchos caminos eternos, si retenéis esa exposición que frecuentemente he mostrado. Sabéis que Moisés es un camino, y cada uno de los profetas. Y así como hay muchas perlas, que es necesario poseer para quien va a llegar a una preciosa perla: así es necesario entrar en muchos caminos de Moisés, y de todos los profetas, quien va a llegar al que dice: "Yo soy el camino." Pero alguien me dice: ¿Qué tiene que ver con el propósito lo que has dicho? A lo cual responderé así: "Jerusalén construyó su burdel en cada camino." Si consideras a todos los herejes ajenos a la verdad, construyendo una casa de esos discursos

que se leen en Moisés, de esos que encontraron en Isaías, y Jeremías, y los demás profetas, entiendes que las nuevas doctrinas son la prostitución de Jerusalén, que construye su burdel en cada camino, pero en la cabeza de cada camino. Porque si alguien es prevenido después del principio de Moisés, el inicio de los profetas, para llegar a su profundidad, y al conocimiento de todos, esta prostituta que construye su burdel en la cabeza de cada camino no puede hacer nada: busca a quien primero entra en la Iglesia, quien recibe los elementos de la fe, quien es novato en los sacramentos, a quien está establecido en el inicio de la fe, quiere introducirlo en su burdel, construyendo una casa de prostituta. Y porque frecuentemente se nombra la prostitución en las Escrituras, quiero exponer la causa de este discurso. Los eclesiásticos, que son maestros en la Iglesia, purgan tanto sus costumbres como las de los suyos, y de esta diligencia construyó la casa de Dios, la Iglesia, y su obra es la edificación de Dios. Los herejes construyen un burdel en cada camino: por ejemplo, un maestro de la oficina de Valentín, un maestro del grupo de Basíledes, un maestro del tabernáculo de Marción y de los demás herejes, construyen una casa de prostituta. Porque la congregación de todos los malignos es un burdel. Pero ¿qué dice la Escritura? "Hijo, no prestes atención a la mala mujer; miel destila de los labios de la mujer prostituta" (Prov. V). ¿De dónde destila miel? Porque miel destila de los labios de la mujer prostituta. Entró a Moisés, a Isaías, a Jeremías, y de sus Escrituras recogió miel para sí. 957 Ve a los herejes hablando: Esto dice Moisés, esto Isaías, esto Jeremías, y verás cómo de sus labios no fluyen mieles, sino que destilan palabras muy pocas tomadas de las Escrituras. Y por eso, "miel destila de los labios de la mujer prostituta" (Prov. V). En la cabeza, por lo tanto, de cada camino construye un burdel. Sea, se ha entendido el burdel, interpretemos también la base, que la prostituta Jerusalén puso en todas las plazas. Está escrito en otro lugar, cómo en las plazas manifiestamente llama a los transeúntes la prostituta: porque el pecado se apresura a atraernos a sí de diversas maneras, ya sea por la herejía, ya sea por la conversación gentil. Y por la herejía, ciertamente, cuando construye un burdel en la cabeza de cada camino; pero por la conversación gentil, cuando pone su base en todas las plazas. Porque ancha es la vía, y espaciosa, que lleva a la perdición (Matt. VII). Cuando, por lo tanto, lo que dice, y en lo que intenta instruir a los oyentes, lo afirma de las Escrituras, construye un burdel en la cabeza de cada camino. Pero cuando el lugar moral ha sido disuelto, y enseñando lujuriosamente, ha hecho lascivo al oyente, ¿qué otra cosa ha hecho, sino que ha puesto su base en cada camino? No ha sido como una prostituta, recogiendo salarios. Veamos a la prostituta recogiendo salarios, y a otra nuevamente no recogiendo. Porque de esta se pregunta como de una prostituta que no recoge salarios. Cuando veo que hay una prostituta que no recoge salarios, y leo que a esta se le ha dicho que ha sido como una prostituta que no recoge salarios, diré que recoger salarios es hacerse rico pecando, obtener gloria en lo secular pecando, actuar felizmente en el mundo pecando. Cuando por el pecado, como dije, nacen estas cosas, el alma se prostituye, y recoge los salarios de su prostitución, la gloria, las riquezas y las demás cosas que ha adquirido para la perdición de su alma: pero cuando se prostituye, y no actúa prósperamente en las cosas seculares, sino que por lo que ha pecado, también vive infeliz en el mundo, 958 es una prostituta que no recoge salarios, y hace lo contrario, es decir, dando salarios a los fornicarios por su propia voluntad. Y tú diste salarios a todos tus amantes. A veces el alma enriquece a sus amantes, regocijándose en que han recibido salarios de ella. Pero el oyente me dice: Expón más claramente cómo el alma se prostituye, dando salarios de las cosas de su marido. Porque así dice tanto en el presente como en otros lugares frecuentemente el discurso divino, que ha tomado lo que es de su marido, y la prostituta Jerusalén lo ha dado a sus amantes. ¿Qué es esto, que su marido le ha dado, que después, hecha adúltera, todo lo que recibió, lo da a sus amantes? El marido del alma es la palabra de Dios, el verdadero esposo amante, que le dio castidad, le dio justicia, le dio las demás cosas buenas. Cuando, por lo tanto, el alma quiere seguir las fuerzas contrarias, es decir (para decirlo más claramente) viviendo

castamente durante diez años, al final se prostituye, toma los bienes de su marido, que había adquirido con mucho esfuerzo durante mucho tiempo, y los da a sus amantes. Esos amantes sanguinarios se apropian de las virtudes del alma miserable, y caminan jactanciosos sobre sus riquezas, y dicen: Le quité la castidad de diez años, le arrebaté la justicia de cinco años, reclamé para mí sus fortalezas: Dios se olvidó de todos sus bienes, que alguna vez hizo, porque fue atrapada en el pecado, y te olvidaste de ella, porque nuestra amiga nos confesó secretos, que había escuchado, y nos entregó todos los bienes a nosotros, sus amantes. Aprendamos a guardar nuestro corazón con toda vigilancia, y prestemos atención, para que no se entreguen las cosas que son del marido a sus amantes: más bien, invitemos al esposo, la palabra y la verdad, para que nos haga adornos de oro con varios signos expresados, a través de varios preceptos, y hechos adornados, nos preparemos para nuestro esposo Jesucristo: a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA NOVENA. Sobre Ezequiel de lo que se dice: "Vuestra madre es hitita y vuestro padre amorreo," hasta: "Y no extendía la mano al necesitado y al pobre" (Cap. XVI).

959 Quien lee al principio de la profecía de Jerusalén, cómo fue reprendida, como si tuviera raíz y generación de la tierra de Canaán, un padre amorreo y una madre hitita: si también lee esto que ahora intentamos interpretar, pensará que se repite lo mismo y que un solo discurso se predica de manera duplicada. Pero quien es un lector diligente y se preocupa por el significado de la divina Escritura, y compara lo pasado con lo presente, y palabra por palabra compone, verá una diferencia no fortuita. Allí, en efecto, dice: "tu raíz y tu generación de la tierra de Canaán", lo cual no se dice en el presente: "Tu padre amorreo y tu madre hitita", lo cual ahora no se menciona. Y nuevamente allí se pone primero: "tu padre amorreo"; segundo, "tu madre hitita"; aquí, sin embargo: "vuestra madre hitita y vuestro padre amorreo". Allí se habla como a una sola: aquí como a muchas. Pues no dice, como había dicho antes, "tu madre", sino "vuestra madre". Cuando, por tanto, se difunde el pecado, y la malicia avanza más, y los pecadores desgarran entre sí sus pecados, entonces no es un solo pecador, sino que en uno hay muchos; como al principio, cuando era el inicio de delinquir, aún no eran tantas las multitudes como lo son ahora. Por lo cual me parece útil, apartándome un poco del presente discurso, considerar la naturaleza del pecado y de las virtudes. Donde hay pecados, allí hay multitud, allí cismas, allí herejías, allí disensiones; pero donde hay virtud, allí hay singularidad, allí unión, de donde el corazón de todos los creyentes era uno y un alma. Y, para decirlo más claramente, el principio de todos los males es la multitud: pero el principio de los bienes es la constrictión, y la reducción de las multitudes a la singularidad: como nosotros todos, si hemos de ser salvados, hacia la unión, para que seamos perfectos en el mismo sentido, y en la misma sentencia, y seamos un solo cuerpo y un solo espíritu. Si, sin embargo, somos tales que no nos circunscribe la unidad; sino que también de nosotros se pueda decir: "Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas" (I Cor. I); y aún somos divididos y separados por la malicia, no estaremos donde están aquellos que son reducidos a la unión. Pues así como el Padre y el Hijo son uno, así quienes tienen un solo espíritu, son constreñidos a la unión. Dice, en efecto, el Salvador: "Yo y el Padre somos uno". Y: "Padre santo, ruego que así como tú y yo somos uno, así también ellos en vosotros [nosotros] sean uno" (Juan XVII). Y en el Apóstol se lee: "Hasta que todos lleguemos al hombre perfecto, a la medida de la plenitud de la edad en la unidad de Cristo" (Efesios IV). Y de nuevo: "Hasta que todos lleguemos a la unidad del cuerpo y del espíritu de Cristo". De lo cual se significa que la virtud hace de muchos uno, y es necesario que por ella seamos uno, y huyamos de la multitud. Y esto se ha dicho porque en la lectura anterior se escribió: "Tu padre y tu madre, y la raíz de tu generación"; pero en el presente: "Vuestra madre y vuestro padre". Allí no aprendimos, aunque el discurso fue sobre el padre amorreo y la madre hitita, que Jerusalén

tuvieran hermanas: aquí, sin embargo, añade: "Vuestra madre hitita y vuestro padre amorreo, y vuestra hermana mayor Samaria, ella y su hija, que habita a tu izquierda, y tu hermana menor, que habita a tu derecha, Sodoma". Así como la virtud me hace hijo de Abraham, si vivo según ella: pues haciendo las obras de Abraham, soy hijo de Abraham: así los vicios me hacen hijo del diablo. Porque todo el que comete pecado, ha nacido del diablo (Juan III). La virtud también me hace tener a Cristo como hermano, para que cuando sea bueno y bien comportado, diga a su Padre: "Anunciaré tu nombre a mis hermanos, en medio de la Iglesia te cantaré" (Salmo XXII). Y habla a ella, que podía anunciar sus palabras: "Ve y di a mis hermanos". Así como la virtud me hace hermano del Señor Jesús, así la malicia adquiere para mí muchos hermanos, y estos pecadores: y estos mismos entonces me generan hermanos, cuando 961 ha crecido. Pues cuando era el inicio de la pecadora Jerusalén, aún no tenía como hermana a Samaria, aún no era hermana de Sodoma: pero cuando avanzó en el crimen, como mostró el discurso anterior, se convirtió en el medio de dos hermanas, la mayor Samaria y la menor Sodoma. ¿Quiénes son estas dos hermanas de la pecadora Jerusalén? El cisma y la separación del pueblo hicieron a Samaria. Pues en aquel tiempo cuando las diez tribus se apartaron diciendo: "No tenemos parte en David, ni herencia en el hijo de Isaí" (III Reyes XII), entonces dos becerros de oro fueron establecidos por Jeroboam, y se hizo la división de Samaria: la cual creció más después de la cautividad de las diez tribus, cuando los guardianes enviados por los asirios a la tierra de Israel, que se llaman samaritanos. Pues Somer significa guardián en la lengua de los hebreos. Por lo tanto (como había comenzado a decir) aún no es mi hermana Samaria, mientras esté lejos de los pecados: pero cuando pecho, me crecen dos hermanas, la mayor Samaria y la menor Sodoma. Consideremos qué figura tiene cada una. Cualquiera que promete palabras divinas, y no como promete, tiene en sí la verdad de la predicación, estos en las Escrituras son figurativamente llamados Samaria. "¡Ay de los que desprecian a Sion, y confían en el monte de Samaria!" (Amós VI): has cosechado los principados de las naciones. Como si dijera: ¡Ay de aquellos que desprecian la Iglesia, y confían en la arrogancia y palabras altisonantes de los herejes! Esto es despreciar a Sion, y confiar en el monte de Samaria. Si, por lo tanto, pecamos también nosotros los eclesiásticos, no son ajenos a nosotros los herejes en la perversidad de los dogmas. Pues quien peca, cree mal. Si tenemos una mala conducta, Sodoma es nuestra hermana. Los gentiles son Sodoma. Y así somos hermanos de los herejes y de los gentiles, cuando pecamos; porque Samaria se toma en la herejía, y Sodoma en la gentilidad. Pero Samaria habita a la izquierda de la pecadora Jerusalén, Sodoma a la derecha. Pues el pecado que se comete de hecho es más honorable para ella, y por eso a su derecha está Sodoma. Y nuevamente Samaria no está lejos, porque habita a su izquierda, y se le reprende porque ha caminado con sus hijas y hermanas en todas las iniquidades, y ha caminado tanto, que la comparación de sus delitos ha hecho que las iniquidades de ellas sean justicia. Por lo cual es necesario reconocer las iniquidades de los sodomitas, para que instruido me guarde de ellas, y no sea atrapado por ignorancia, cuáles son las iniquidades de los sodomitas. Sin embargo, las iniquidades de Sodoma, tu hermana. ¿Cuál es la iniquidad? La soberbia. En la saciedad de pan y en la abundancia fluían ella y sus hijas, y no miraban la mano del pobre necesitado. Que los pecados sean desiguales usando las Escrituras no es dudoso para nadie. Pues se dice que unos son grandes, otros menores que estos. Pero cuando son desiguales, es decir, pequeños o máximos, tal vez alguien inquiere, cuál entre todos los pecados es mayor, y se acepta fácilmente que el mayor de todos los pecados, ya sea fornicación, ya sea impureza, ya sea cualquier contaminación de lujuria. Estos son ciertamente también verdaderamente abominables y contaminados, pero no tales como este, que ahora es condenado por la Escritura como el mayor de todos, del cual debemos guardarnos. ¿Cuál es, por tanto, el pecado mayor de todos los pecados? Sin duda aquel por el cual también el diablo cayó. ¿Cuál es este pecado en el que cayó tanta sublimidad, que elevado cae en el juicio del diablo? Dice

el Apóstol: "La inflación, la soberbia, la arrogancia es el pecado del diablo" (II Tim. III): y por estos delitos migró a la tierra desde el cielo.

Por lo tanto, Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes. ¿Y por qué se enorgullece la tierra y el polvo, para que el hombre se eleve con arrogancia, olvidando lo que será, y en qué frágil vasija se contiene, y en qué inmundicias está sumergido, y qué desechos siempre expulsa de su carne? ¿Qué dice la Escritura? ¿Por qué se enorgullece la tierra y el polvo (Ecl. X)? ¿Y en su vida arrojó sus entrañas? La soberbia es mayor que todos los pecados, y es el pecado principal del mismo diablo. Si alguna vez la Escritura describe los pecados del diablo, los encontrarás manando de la fuente de la soberbia. Dice: Con mis fuerzas lo haré, y con la sabiduría del entendimiento quitaré los límites de las naciones, y me alimentaré de su fortaleza, y conmoveré las ciudades habitadas, y abarcaré todo el orbe de la tierra, como un nido, y como huevos rotos los tomaré (Isaías X). Observa cómo son sus palabras, cuán soberbias, cuán arrogantes, y cómo consideran todo como nada. Así son todos los inflados por la jactancia y la soberbia. La materia de la soberbia son las riquezas, la dignidad, la gloria secular. Frecuentemente, la causa de la soberbia es para aquel que ignora tener dignidad eclesiástica, el orden sacerdotal y el grado levítico. Cuántos presbíteros, una vez constituidos, olvidaron la humildad: para lo cual fueron ordenados, para dejar de ser humildes. Más bien debieron seguir la humildad, porque habían alcanzado la dignidad, como dice la Escritura: Cuanto más grande seas, más humíllate a ti mismo. Y si te hace amado de la Sinagoga, inclina más noblemente tu cabeza: si te han instituido como líder, no te eleves, no te hagas como uno de ellos. Es necesario ser humilde, es necesario ser abatido, es necesario huir de la soberbia, cabeza de todos los males. Considera el Evangelio como una condena a la soberbia y jactancia del fariseo. El fariseo estaba de pie y oraba así dentro de sí: Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni como este publicano: ayuno dos veces a la semana (Lucas XVI). Pero el publicano, humildemente y con mansedumbre, estando a lo lejos, no se atrevía ni a levantar los ojos, y decía: Dios, sé propicio a mí, pecador. Y el publicano descendió a su casa justificado. No simplemente justificado, sino justificado en comparación con el fariseo. Debe observarse con sumo cuidado cada palabra, orden y conexión de la Escritura. Una cosa es ser justificado, otra es ser justificado en comparación con otro. Es similar a que el publicano fue justificado en comparación con el fariseo, como Sodoma y Samaria fueron justificadas en comparación con la pecadora Jerusalén. Y es necesario que sepamos esto, porque cada uno de nosotros en el día del juicio será justificado por otro, y por otro será condenado. Incluso cuando hayamos sido justificados en comparación con otro, esa justicia no se coloca tanto en el lugar de alabanza como en el de crimen. Por ejemplo, si se me encuentra con pecados sodomíticos, y se presenta a otro que ha cometido crímenes dobles, soy justificado, pero no como justo, sino que en comparación con él, que ha cometido más, soy juzgado justo, aunque esté lejos de la justicia. ¡Ay de aquel hombre que es justificado por muchos pecadores! Al contrario, muy bienaventurado es aquel que es mostrado justo en comparación con los justos. Encontramos en las alabanzas de la Escritura que es mejor ser bueno: por ejemplo, nadie hizo lo recto ante el Señor como él, y él, nadie celebró la Pascua como Josías. De lo cual se muestra que se hace una comparación de los justos, y que verdaderamente es justo aquel que merece ser justificado así. ¡Ojalá yo también, comparado con los sabios, sea hallado sabio, y juzgado justo entre los justos! No quiero ser justificado por los inicuos, porque tal justicia es criminal. He anticipado esto porque en lo que se ha leído, se dice: Justificaste a tus hermanas en todas tus iniquidades que cometiste (II Par. XXV). Fueron justificadas Samaria y Sodoma por las iniquidades de Jerusalén. En todas tus iniquidades que cometiste, las superaste. Por eso, prestemos más atención, para que podamos reconocer que todos nosotros en el día del juicio

seremos justificados por nuestros peores, y a su vez, otros serán justificados por nosotros. Solo hay uno que es justificado por todos, y él no justifica a nadie. Por ejemplo, Sodoma es justificada por Jerusalén, porque cometió crímenes más atroces que ella: y tal vez Jerusalén por alguna otra ciudad que sea peor que ella. Así, alguien será justificado por el Anticristo, que se compara con él, y se encuentra menor en iniquidad y crímenes. Pero el peor demonio es, y (como dicen) miserable, quien es justificado por él: tal vez incluso su padre no es justificado por él, encontrado mucho más criminal. Pero mi Señor Jesucristo es justificado según la dispensación de la carne, que por nuestra salvación llevó, por Abraham, por Isaac, por Jacob, y por los demás profetas. Porque cuando todos los justos, y profetas, y bienaventurados, se comparan con él, se encuentra lo contrario de lo que se dice de Sodoma y Jerusalén, glorifico más a nuestro Salvador. Lo que digo es de este tipo, y con la ayuda de Dios, y sus oraciones, proporcionaré una explicación de las Escrituras. Sodoma cometió pecado: Samaria también pecó, Jerusalén fue abrumada por iniquidades, pero los pecados menores son justificados por los mayores bajo el ejemplo de que Sodoma es justificada por su hermana Jerusalén. Así como la iniquidad justifica, a veces la justicia condena. Pero, por favor, espera un poco, hasta que se te enseñe cómo se dice que la justicia condena. Mi iniquidad es justicia en comparación con una iniquidad mayor. Así también mi justicia, en comparación con una justicia múltiple, se considera iniquidad. Por eso, no se justificará en tu presencia ningún ser viviente (Sal. CXLII). Aunque Abraham fue justo, y Moisés justo, cada uno de los hombres ilustres justo: pero en comparación con Cristo no son justos. Su luz, comparada con su luz, se encuentra en tinieblas. Y así como la luz de una lámpara se oscurece ante los rayos del sol, y como otra materia ciega se oscurece: así, aunque la luz de todos los justos brille ante los hombres, no brilla ante Cristo. Que vuestra luz brille, no se dijo simplemente, sino que brille ante los hombres (Mat. V). Ante Cristo, la luz de los justos no puede brillar. Así como el esplendor de la luna, y las estrellas brillantes del cielo, antes de que el sol salga en sus estaciones resplandecen, pero cuando el sol sale, se ocultan: así la luz de la Iglesia, como la luz de la luna, antes de que salga la verdadera luz del Sol de justicia, resplandece y es clara ante los hombres: pero cuando Cristo venga, ante él, se oscurece. Se dice también en otro lugar: La luz brilla en las tinieblas (Juan I). ¿Cuál es esta luz que brilla en las tinieblas? La luz de los justos brilla en las tinieblas. ¿En qué tinieblas? Donde tenemos lucha contra los gobernantes de estas tinieblas (Ef. VI). Quien examine esto con más diligencia y profundidad, no podrá enorgullecerse, viendo que su luz, en comparación con una luz mayor, se considera tinieblas. ¿Qué es mi justicia, incluso si me convierto en el apóstol Pablo? ¿Qué es la castidad, incluso si soy José? ¿Qué es la fortaleza, incluso si soy Judas Macabeo? ¿Qué otra virtud de sabiduría, incluso si aparezco como Salomón, en comparación con Dios, y con aquellos que son mejores? Por lo tanto, como comenzamos a decir, la iniquidad justifica, y la justicia en comparación con otros condena. Por eso: Para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando seas juzgado (Sal. L), se dice a Dios. Si Dios quiere salvarme, no trae a juicio su luz: si quiere que esté a salvo, no trae la luz de su Cristo: de lo contrario, me castigará; pero trae la luz de los menores, comparándome con los inferiores. Cuanto más me compare con los mayores y mejores, más justo seré, si ellos se encuentran menores que yo. De manera similar, se debe entender lo que dice el Apóstol: Otra es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas: porque una estrella difiere de otra en claridad: así es la resurrección de los muertos (I Cor. XV, 41). Por ejemplo: esa estrella brillante no brilla ante una estrella más luminosa, sino ante una más oscura. ¿Quién de nosotros puede brillar como la luna? ¿Quién puede resplandecer con la luz de la estrella más luminosa? Según lo que está escrito en Daniel: Brillarán como estrellas por los siglos (Dan. XII). Y esto lo discutimos necesariamente, para alejarnos de la soberbia: porque el pecado de la soberbia es la iniquidad sodomítica. Esta soberbia de tu hermana Sodoma, de dónde nace, y qué raíces tiene, añade: En la saciedad de pan, y en la abundancia fluían (Gén.

XIII). Si solo atiendes a la letra, hubo mucha abundancia antiguamente en Sodoma. Porque su tierra era como el paraíso de Dios, y como la tierra de Egipto. Pero si asciendes del entendimiento carnal al espiritual, para ver cómo la soberbia de los sodomitas fluía en la saciedad de pan y en la abundancia, obtendrás utilidad tanto para el oficio de la vida como para corregir otras cosas mayores. Proponemos primero lo que se leyó hace muchos días, el rico vestido de lino fino y púrpura, que diariamente se alegraba en delicias y lujos, y Lázaro, consumido por la podredumbre de las llagas y el hedor de los gusanos, buscando consuelo para su hambre, las migajas que caían de su mesa (Lucas XVI). Oportunamente, este ejemplo se presenta ahora en este lugar, para que quede claro cuál fue la iniquidad del rico. Era rico, abundaba en delicias. La Escritura no lo acusó de haber poseído riquezas en iniquidad: el discurso divino no lo acusó de haberlas dado a prostitutas: no lo acusó de homicida, ni de haber cometido cualquier otro crimen. Pero si consideras esto, que está escrito en el presente, y lo que se dice en el Evangelio, verás que su mayor pecado entre todos los pecados fue la soberbia: en la saciedad de pan y en la abundancia, no tuvo afecto de misericordia hacia aquel que yacía ante sus puertas consumido por las llagas: sino que se elevó a tal soberbia, despreciando la pobreza, que no consideró ni los suplicios del infierno, ni los derechos comunes de la humanidad, porque era necesario que el hombre pensara humanamente, y en las calamidades ajenas, por la misma condición, de alguna manera se compadeciera. Por lo tanto, también ese rico es un sodomita. Si tales eran los pecados de Sodoma, que en la saciedad de pan y en la abundancia fue, y tal es el rico que se describe en el Evangelio, no hay duda de que ese rico es un sodomita. Así como Sodoma, y las hijas de los sodomitas fueron soberbias, así son las almas arrogantes y las hijas de los sodomitas, cualquiera que no conoce lo dicho: Todo el que se exalta será humillado, y el que se humilla será exaltado (Lucas XVIII). Esto era para él y sus hijas. Luego sigue otro delito de Sodoma, que debemos mencionar, para no ser encontrados en un crimen similar: Y no sostenía la mano del pobre y del necesitado. Considera cuidadosamente la enumeración de los pecados de Sodoma. Yo mismo, si según mis fuerzas no ayudo la mano del pobre y del necesitado, tengo un pecado sodomítico. Sigue otra acusación: Y se gloriaba con soberbia. Y la jactancia de la gloria es un crimen sodomítico. Hay ciertos pecados egipcios, ciertos sodomíticos: hay otros babilónicos, otros asirios, otros moabitas, y otros amonitas. ¿Quién es sabio y entiende esto? ¿O quién es inteligente y lo reconoce? (Oseas XXIV, 10). Cada vez que leemos lo que está escrito sobre la subversión de los sodomitas, no digamos, miserables sodomitas, cuya tierra ya no da fruto: miserables y muy dignos de lamentar, que sufrieron cosas tan lúgubres y tan terribles; más bien, convirtamos este discurso en nuestros corazones, escudriñemos nuestros riñones y pensamientos, y entonces veremos que aquellos a quienes lamentamos, los contenemos dentro de nosotros, y que los pecados sodomíticos, egipcios, asirios, y todos los demás que la Escritura enumera castigando, se encuentran en nosotros. Prometimos anteriormente decir algo mayor de la Escritura. A Sodoma, que pecó en la saciedad de pan, y en la abundancia, y en delicias, y en pecados de este tipo, la ley le habla: Cuídate de no olvidar al Señor tu Dios, cuando comas y bebas, y te sacies, y construyas buenas casas, y tus ovejas y tus bueyes se multipliquen, y te multipliques en plata y oro (Deut. XXXII). Y en otro lugar: Comió y bebió, y se sació y se engrosó, el amado recalcitó (Deut. XXXII). Salomón dice cosas similares en los Proverbios: Dame lo necesario y suficiente, para que no me sacie y me vuelva mentiroso, y diga: ¿Quién me ve? o, siendo pobre, robe, y jure en nombre de Dios. Simplemente se debe decir que nada eleva tanto a la arrogancia como las riquezas y la saciedad, y el alimento de muchas riquezas, la dignidad y el poder. Pero también se puede ver al pasar a cosas más altas, que la soberbia frecuentemente se nutre si entiendo el discurso divino, si soy más sabio que los demás. Porque el conocimiento hincha (I Cor. VIII): no lo digo yo, sino el Apóstol. Y por eso temo, no sea que yo mismo me eleve. Se dan también los carismas para lo que conviene. Si se dan para lo que conviene, ¿quién es aquel a quien no le conviene? Y escucha por qué no

le conviene. El inferior se satisface con la hinchazón, y cierta complacencia de sí mismo, mientras se cree sobresalir entre los demás. Por lo tanto, frecuentemente la saciedad de pan y la abundancia son materia de arrogancia. Pero también del don espiritual surge el crimen de la soberbia, y no hay distinción en ambos casos. Un hombre tan grande como el apóstol Pablo necesitó el aguijón del ángel de Satanás para que lo golpeará, para que no se elevara mucho (II Cor. XII): porque orando y suplicando a Dios, obtuvo para muchos a menudo lo que pidió: pero cuando también pidió por esto, y no obtuvo lo que pidió, se le dijo: Mi gracia te basta, porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por lo tanto, es necesario temer a aquel que aún está en el género humano, y en esta luz presente, no solo por las cosas que se consideran buenas en el mundo, sino también por las que son verdaderamente buenas: porque no podemos soportar las grandes. Presento como prueba de la presente sentencia la historia de David, en la que se consigna que cometió pecado en Urías. Antes de Urías no se encuentra ningún delito en David: era un hombre bienaventurado, y sin reproche ante Dios. Pero porque consciente de su vida inmaculada dijo lo que no debía, diciendo: Escucha, Señor, mi justicia, atiende a mi súplica, escucha mi oración no con labios engañosos: que mi juicio salga de tu rostro, que tus ojos vean las equidades: probaste mi corazón, y me visitaste de noche, me examinaste con fuego, y no se encontró iniquidad en mí (Sal. XVI): y dijo esto, porque la visita de Dios se le presentaba por la conciencia y la bienaventuranza de la vida, fue tentado, y despojado de ayuda, para que viera qué puede la debilidad humana. Porque al retirarse la protección de Dios, aquel castísimo, aquel admirable en pureza, que había oído: Si los niños son puros, especialmente de mujer (I Reg.): y había recibido la Eucaristía como puro, no pudo perseverar, sino que fue encontrado en el crimen en el que se aplaudía a sí mismo como continente. Si alguien, por lo tanto, consciente de su pureza, se glorifica a sí mismo, no teniendo memoria de lo dicho: ¿Qué tienes que no hayas recibido? si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (I Cor. IV) se le deja, y dejado, aprende por experiencia que en esos bienes de los que era consciente, no fue tanto él mismo la causa de sí mismo como Dios, que es la fuente de todas las virtudes. De lo cual se muestra que tanto la saciedad de pan como los dones espirituales, para aquel que no puede soportarlos, generan soberbia. Por eso, huyamos de Sodoma y de sus pecados: huyamos de Samaria y de los crímenes por los que se castiga a la miserable Jerusalén, para que en todo, con Dios ministrándonos fortaleza, alcancemos la humildad y la justicia en Cristo Jesús: a quien sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

#### HOMILÍA DÉCIMA.

Sobre Ezequiel, de lo que está escrito: Por lo tanto, tú también avergüénzate, y lleva tu ignominia, hasta: Y yo levantaré mi pacto contigo (Cap. XVI).

969 En primer lugar, es importante no realizar ninguna obra de confusión, sino todas aquellas que puedan mirar a Dios con la frente en alto. Porque, como humanos, a menudo pecamos, es necesario saber que, por así decirlo, hay un segundo barco después de las obras de confusión: avergonzarse y bajar los ojos con pudor por sus crímenes, y no caminar con un rostro insolente, como si no hubiera pecado en absoluto. Es bueno, después de las obras de confusión, sentirse confundido: porque a menudo el artífice de la malicia también actúa para que el pecador no regrese al arrepentimiento, y actúe como si aún perseverara en la justicia. Podemos ver y aprender de la vida cotidiana que muchas personas, después de sus pecados, no solo no lamentan lo que han hecho, sino que incluso defienden sus propias ruinas con un rostro insolente. Por lo tanto, se conserva un gran beneficio en Jerusalén, si cree en el Señor que dice: Y tú, confúndete. No pienses que esto se dice solo a Jerusalén y no a cada uno de nosotros, que estamos sujetos a delitos. Cada uno debe considerar lo que ha hecho digno de

confusión, lo que ha dicho vergonzoso, sobre lo cual no tiene audacia, como si hubiera dicho algo bueno, lo que ha pensado que parece digno de rubor ante aquel que considera los secretos del corazón y los riñones: y cuando haya examinado cuidadosamente sus pensamientos, hechos, 970 palabras, entonces escuchará al profeta diciendo: Y tú, confúndete. Después de lo cual el profeta añade: Y toma tu ignominia en aquello en lo que justificaste a tus hermanas. La ignominia sigue a la confusión, y Dios da también ignominia a quien ha hecho cosas dignas de confusión: y le dice: Y toma tu ignominia. Podrás entender lo que se dice si consideras lo que sucede diariamente en las ciudades. Es deshonoroso para un ciudadano ser exiliado de su patria, y es infame para un decurión ser borrado del registro del consejo, y para cualquier otra persona ser dejado en vida, pero con ignominia, ya sea en obras públicas o en alguna isla de soledad. Entiende, sin embargo, al justo juez diciéndole a quien ha hecho cosas dignas de infamia: Oh tú, que eres culpable de castigo, no recibas tu exilio con tristeza: no merecerás misericordia si te enojas por el castigo: más bien entiende que sufres dignamente lo que padeces: y cuando te humilles y digas que el juicio sobre ti ha sido justo, quizás obtendrás misericordia de aquel que puede restaurarte a tu estado anterior después de la condena. Porque así como es lícito para un gran príncipe liberar a alguien de una isla, del exilio y de las cadenas públicas, mucho más es lícito para el Dios del universo restaurar al que 971 ha sido deshonorado a su honor original, si, sin embargo, al sentir su delito, confiesa haber soportado dignamente lo que ha sufrido. Daré otro ejemplo de la costumbre eclesiástica. Es infame ser separado del pueblo de Dios y de la Iglesia. Es deshonoroso en la Iglesia levantarse del consejo del presbiterio, ser expulsado del grado de diaconado. Y de aquellos que son expulsados, algunos provocan sediciones, mientras que otros aceptan el juicio hecho sobre ellos con toda humildad. Por lo tanto, cualquiera que sea expulsado, y en el dolor de su deposición reúna a la gente para hacer un cisma, y solicite a la multitud de malvados, no recibe su deshonor en el presente, sino que atesora para sí un tesoro en el día de la ira. Pero aquellos que con toda humildad, ya sea dignamente o indignamente, han sido depuestos, dejan el juicio a Dios y soportan pacientemente lo que se ha juzgado sobre ellos, estos obtendrán misericordia de Dios, y con frecuencia también son restaurados por los hombres a su grado original y a la gloria que habían perdido. Por lo tanto, la doctrina es óptima: así como se dice: Y tú, confúndete, así también lo que sigue: Y toma tu ignominia. Y digo esto para interponer un sentido más profundo sobre la deshonor futura. Y allí también habrá alguna ignominia para aquellos que han hecho obras dignas de ignominia. Porque algunos resucitarán para vida eterna, y otros para oprobio y confusión eterna (Dan. XII). ¿Qué es esto sino soportar el castigo de la infamia? Por lo tanto, mientras aún podemos, debemos soportar pacientemente nuestra disminución, para que cuando aquí hayamos soportado valientemente la tristeza, en el mundo futuro movamos (por así decirlo) las entrañas de misericordia de Dios, y su bondad, para que nos restaure a nuestro estado original de ignominia y confusión: así como, por el contrario, es imposible que alguien de corazón de piedra, y que no sienta en absoluto su delito, y que se enorgullezca ante el rostro de Dios todopoderoso, obtenga misericordia. Vemos, de hecho, que algunos buenos soportan con gusto la sentencia pronunciada sobre ellos, y por su salvación justifican el juicio de Dios: pero los malos blasfeman contra la providencia de Dios, y dicen: No he sido justamente condenado a esta infamia, injustamente sufro esto. Si justificamos la providencia, resolvemos nuestra infamia. Pero si no aceptamos los juicios de Dios, multiplicamos 972 la infamia. Así como la infamia, también los castigos, y las demás cosas. Porque estas cosas suelen suceder a aquellos que han sido condenados por Dios por sus propios delitos. Y tú, confúndete, y toma tu ignominia en aquello en lo que justificaste a tus hermanas. Merecemos más ignominia cuando hacemos cosas tales que otros pecadores son justificados, para que, en comparación con mis delitos, la misericordia libere los crímenes de los malvados condenados antiguamente, porque yo, que vengo después, he cometido peores. Por lo tanto, se dice a la

pecadora Jerusalén: Toma tu ignominia en aquello en lo que justificaste a tus hermanas. Luego, si alguien ha cumplido esto que está escrito: Confúndete: si alguien ha seguido la sentencia de Dios que sigue: Toma tu ignominia en aquello en lo que justificaste a tus hermanas: vea también la gracia, cómo por la confusión se restituye la reciprocidad de la clemencia, porque no ha despreciado el juicio de Dios, sino que ha aceptado con toda humildad lo que se ha juzgado sobre él. ¿Qué se promete entonces? Apartaré sus aversiones por la aversión de los de Sodoma, y de sus hermanas en aquello en lo que justificaste a tus hermanas, Sodoma y Samaria. Sodoma menor, y Samaria mayor, como dijimos anteriormente. Apartaré su aversión, es decir, de las tres, cuyas aversiones apartó, las convierte en mejores: primero de los de Sodoma, luego de Samaria, y tercero de Jerusalén. Pero cuando, dice, haya apartado la aversión de los de Sodoma, y de Samaria, y de Jerusalén, entonces serán restituidos a su estado antiguo: primero Sodoma, cuyas aversiones anteriores apartó: segundo Samaria, que convirtió en segundo lugar: tercero Jerusalén, a quien se le atribuyen las terceras aversiones. Por lo tanto, las sanidades para los pecadores en la aversión de los de Sodoma, y de sus hijas, en la aversión de la misma Jerusalén: y se otorgan a aquellos que son más amados por Dios, más tarde. Porque Sodoma, justificada por Jerusalén, es la primera en obtener misericordia, es decir, los gentiles. Samaria, es decir, los herejes, en segundo lugar reciben sanidad. Y tercero, como indignos de una curación más rápida, son restituidos a su estado original, aquellos que fueron de Jerusalén. Por lo tanto, antes los gentiles, antes los herejes obtienen la clemencia que nosotros: si, sin embargo, hemos sido impíos, si también nosotros hemos sido oprimidos por los pecados. Porque cuanto más cerca estemos de Dios, y más cerca de la bienaventuranza, 973 tanto más lejos estaremos de ella cuando pequemos, más cerca de los terribles y grandes castigos. Porque el juicio de Dios es justo, y los poderosos sufren poderosos tormentos (Sab. VI). Pero el que es el más pequeño, merece más rápidamente la misericordia. Sodoma es la más pequeña: y después de ella, en comparación con Jerusalén, Samaria es la más pequeña, pero no como Sodoma: y por eso primero aparta sus aversiones, y luego dice a Jerusalén: Apartaré también tu aversión. En tercer lugar, esto se dice a Jerusalén. Una vez cuando aparta mi aversión, si soy encontrado Jerusalén, y pecador en medio de mis hermanas. Cuando escuche: Para que soportes tu tormento. Por eso en tercer lugar dice: Apartaré tu aversión, y después de todos: Para que soportes tu tormento, y te deshonres por todo lo que has hecho. Hay una cierta medida del pecado, que cada uno recibirá por lo que ha pecado. Si tengo cincuenta pecados, tendré cincuenta ignominias: si cien, se duplicará para mí el castigo por los hechos, y por la magnitud de los delitos se me otorgará ignominia. A los pecados más grandes se les añade un gran tormento. Pero solo Dios, el verdadero Juez, puede ver la magnitud de los pecados, las cualidades de la ignominia, y el número del pecado. Por lo tanto, se dice a Jerusalén: Para que soportes tu tormento, y te deshonres por todo lo que has hecho al exacerbarme. Mira, por el contrario, a Dios satisfaciendo, de alguna manera testificando a través de estas palabras, que él mismo no tiene ira, sino que el pecador provoca a Dios a la ira. Por eso también el Apóstol dice: ¿O desprecias las riquezas de su bondad, y paciencia, y longanimidad, ignorando que la bondad de Dios te lleva al arrepentimiento? Pero según tu dureza, y corazón impenitente, atesoras para ti ira (Rom. I). Este discurso separa la ira de Dios. En verdad, la ira es algo diferente de Dios, ni se le une como algo inherente. Por eso también se dice de los pecadores: Enviaste tu ira, y los devoró (Sal. LXXVII). Nadie puede enviar lo que le es propio y afín, sino que se envía lo que es diferente de quien lo envía. Así también nosotros, pecando, 974 irritamos a Dios para que envíe la ira, que él mismo no tiene. Después de esto, es decir, después de la aversión, se dice: Sodoma, tu hermana y sus hijas serán restituidas como eran al principio. Vengo a las imágenes y figuras, y veo cuánto tiempo después de ser torturada Sodoma será restituida a su estado original. Si lo que se ha dicho en figura es así, ¿qué sucederá con aquel que realmente fue Sodoma? Inmediatamente después del diluvio, en

la décima generación, Sodoma sufrió lo que se lee en el Génesis (Gén. XIII). Porque antes era como el paraíso de Dios, y como la tierra de Egipto: sin embargo, sucedió a Sodoma lo que incluso ahora se puede ver en los vestigios de su región. He aquí cuántos ciclos de tiempo han pasado, he aquí que son tres mil años, y Sodoma aún no ha sido restituida: no aquella Sodoma que se pone en signo y enigma, sino aquella que se percibe en la razón de la verdad. Los hebreos dicen que Sodoma será restituida al mismo estado en el que estaba antes, para que nuevamente se compare con el paraíso de Dios y la tierra de Egipto. Si esto es así, y ya sea que suceda o no: porque tales cosas se investigan entre aquellos que son los más doctos: pero para que se haga lo que se dice, se completarán para mí tres mil años, y entonces será restituida la Sodoma torturada [Al. torturada] por tres mil años, es decir, mi alma: Sodoma, por mis pecados de castigo. Se ha puesto un gran intervalo de tiempo entre la restitución y la ruina. Aunque seas restituido así como eras antiguamente, mira cuántos males soportas, cuántas calamidades primero te oprimen. Pero lo que hemos dicho sobre Sodoma, también debemos entenderlo sobre Samaria. Porque ella tampoco ha sido restituida, sino que desde el tiempo en que las diez tribus fueron expulsadas de Judea y de Samaria, y sufrió el cautiverio, y recibió el nombre, no teniendo a sus habitantes. Pero también ella será restituida, como fue al principio, cuando las diez tribus hayan regresado, para que se cumpla lo que está escrito: El pueblo fue llevado cautivo a Asiria hasta el día de hoy (IV Reyes XVII). Pero si tanto tiempo después se restituye lo que precedió en signo, ¿cuándo serás restituido tú, si es que serás restituido, alma samaritana y herética, que creíste en ídolos, y 975 en fiestas no verdaderas, y en ficciones venidas del corazón de Jeroboam? ¿Cuándo serás restituida, oh alma infeliz, cuando después de tantos siglos se restituya tu ejemplo? Pero si esto sucede sobre Sodoma y Samaria que han sido justificadas por Jerusalén, ¿qué se dirá de la misma Jerusalén, que justificó los crímenes de las mencionadas anteriormente? Y seréis restituidos como fuisteis al principio. Y tú y tus hijas seréis restituidas como fuisteis al principio. Sabe esto, que dice: Como fuisteis al principio, e Isaías dice: Y estableceré tus jueces como al principio, y tus consejeros como al comienzo (Is. I). Y si Sodoma, tu hermana, no estaba en tu oído, en tu boca, en los días de tu soberbia, como ahora eres oprobio de las hijas de Siria, y de todas las que están a tu alrededor, de las hijas extranjeras, que te rodean en círculo. Lleva tus impiedades. Oh Dios clementísimo satisfaciendo sobre la restitución, y diciendo: Lleva tus impiedades, y tus iniquidades. No digo en vano que serás restituida: pero cuando hayas agotado tus impiedades, y tus iniquidades, entonces serás restituida a tu lugar original. Así como las heridas que están en el cuerpo a menudo ocurren en poco tiempo: pero las curaciones de las heridas se aplican con grandes tormentos, no según la igualdad del tiempo en que fueron infligidas, sino según la razón de la curación: por ejemplo, en un instante de hora ocurre la fractura de la mano y la contusión del pie: esto que se hizo en poco tiempo, se cura en casi tres meses, y con gran dificultad: así también el placer, que corta los nervios del alma, y la lujuria, y todos los pecados de una vez, cuando en poco tiempo han seducido al alma infeliz, y la han arrastrado a los vicios, merecen después un gran tiempo en suplicios y tormentos. Por eso dice el Señor: Y haré en ti como hiciste, como despreciaste estas cosas al transgredir mi pacto, y recordaré. Primero, como hiciste, te haré, luego recordaré mi pacto, que hice contigo en los días de tu infancia. Porque hizo un pacto en los días de su infancia. Y hemos dicho anteriormente cómo hizo un pacto con ella. Y levantaré para ti un pacto eterno. Yo mato, y yo vivifico, dice. Quien promete estas cosas, causa dolores, y nuevamente 976 restaurará. Él hiere, y sus manos sanarán. Se dice en Miqueas: Soportaré la ira del Señor, porque he pecado contra él, hasta que él mismo justifique mi causa (Miq. VII). ¿Cómo se justifica mi causa? Cuando haya soportado la ira del Señor, que desprecié las riquezas de su bondad, y paciencia, y longanimidad, y según mi dureza y corazón impenitente atesoré para mí ira en el día de la ira, y de la revelación del justo juicio de Dios. Y serás deshonrada en aquello en lo que recibiste a tus hermanas mayores con las más jóvenes, y te

las daré para edificación. Arriba dijo una hermana Sodoma, y otra Samaria, ahora repite, y dice tus hermanas mayores, cuando solo Samaria es mayor, y Sodoma más joven; pero porque sus hijas se les cuentan, dice que todas tienen una misma especie. Cuántas hijas de los de Sodoma hay, tantas también de Samaria. Y te las daré para edificación, y no según tu pacto, y levantaré yo mi pacto contigo. Considera el fin de la promesa y conocerás que yo soy el Señor, para que recuerdes, y te confundas, es decir, cuando hayas recibido tus pecados, y te hayas recordado, entonces te confundirás. Y ya no tendrás boca para abrir. Cuando haya recibido mis pecados, y haya sido restituido, hecho un pacto conmigo, entonces más entiendo mis males, y me confundo, y consciente de mí mismo me castigo voluntariamente. Pero mira lo que me sucede. Para que ya no sea libre abrir la boca a causa de la ignominia, y cuando suceda en aquello en lo que se te propicie. Ni siquiera entonces, cuando se me propicie mucho pecador, puedo abrir la boca: ni cuando perdona mis crímenes, estoy libre de ignominia, sino que sintiendo mis crímenes, perpetuamente me torturo con el fuego de mi conciencia. Por eso, porque la ignominia y la confusión eterna nos están reservadas, si pecamos, con todo el corazón roguemos a Dios, para que nos dé, hasta el final, y con el esfuerzo del alma y del cuerpo, luchar por la verdad: para que incluso si hay un tiempo que examine nuestra fe (porque así como el oro se prueba en el horno, así nuestra fe se examina en peligro y persecuciones), incluso si la persecución estalla, nos encuentre preparados, para que nuestra casa no caiga en invierno, para que la edificación no se disipe como construida sobre arena por las tempestades: para que cuando soplen los vientos del diablo, es decir, los espíritus malignos, nuestras obras persistan, que hasta este día han persistido, si no han sido socavadas en secreto, y en el equipo de la expedición manifestemos nuestro amor, que tenemos hacia Dios en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA UNDÉCIMA. Sobre lo que se ha dicho: Hijo de hombre, propone un enigma, y di una parábola a la casa de Israel, y dirás: Águila de grandes alas, etc. (Cap. XVII).

977 El ejercicio del cuerpo, en su totalidad, proporciona fortaleza a quienes lo practican, y en particular hace que cada miembro y los sentidos de los miembros sean más vigorosos para soportar algo o para percibir; por ejemplo, la agudeza de los ojos, si se ejercita en la visión, se vuelve más aguda para ver: los oídos, si escuchan con frecuencia, pueden captar mejor las disonancias de las voces. Esto también se puede observar en los demás miembros, aunque lo hemos mostrado en pocos. Pero, ¿de qué me sirve para la bienaventuranza y la vida eterna que el cuerpo se fortalezca con ejercicios? ¿Qué beneficio tengo, incluso si me vuelvo de cuerpo muy fuerte, incluso si camino vigoroso con todos mis miembros? Por el contrario, si tengo los sentidos del alma ejercitados para percibir algo, si he dedicado días y noches a aprender, no solo me beneficia en esta vida, sino que también me acompañará al dejar el cuerpo. Por eso Dios habló en parábolas y enigmas, para que nuestra mente se extienda, o más bien, reuniendo en uno solo los dichos, contemple las profundidades, y alejándose de los vicios del cuerpo, al comprender la verdad, dirija el curso de su vida según la misma. Hemos dicho esto en el prólogo, porque la palabra de Dios vino a Ezequiel, diciendo: Hijo de hombre, narra una narración y di una parábola a la casa de Israel. Por esto, lo que los Setenta intérpretes tradujeron como narración, otro de los intérpretes lo tradujo como propone un problema; otro, presenta un problema; otro, significa un enigma. Por lo tanto, lo que se ha leído es tanto un problema como un enigma y una parábola. Si alguna vez hemos necesitado la iluminación del conocimiento de Dios, ahora más que nunca y de manera necesaria la necesitamos, para que no tanto yo, sino que, con sus oraciones, 978 la gracia de Dios en mí explique la solución del problema, del enigma o de la parábola. ¿Cuál es, entonces, la parábola del águila que el Espíritu Santo muestra en el presente?

No solo es un águila, sino que, en comparación con otras águilas, es un gran águila, de alas inmensas, de largo alcance y llena de garras, o (como algunos han interpretado) llena de plumas. No solo es mayor que las otras águilas en los aspectos que hemos mencionado, sino que es especialmente notable porque tiene la capacidad de entrar en el Líbano. Al entrar allí, de un árbol de cedro situado en el Líbano, eligió las ramas más tiernas y las más altas, y las llevó a la tierra de Canaán, a una ciudad de comerciantes, o de comercio, o de traductores, o ciertamente (como los Setenta interpretaron) amurallada, y plantó lo que había tomado del cedro del Líbano para que creciera en la tierra de Canaán. Después de esto, el mismo águila tomó de la semilla de la tierra de donde había tomado las cimas del cedro, y externamente tomó una semilla para sí, y la plantó en un campo fértil junto a mucha agua. Sin embargo, lo que había sido tomado de la tierra de Canaán, por aquella que había arrancado las cimas del Líbano, es decir, lo que había tomado por segunda vez, se convirtió en una vid no fuerte, sino débil, y de estatura pequeña: y los sarmientos de esta vid débil se inclinaron, porque había sido tomado del Líbano y del cedro, hasta el punto de que tenía sus raíces plantadas bajo su propio tronco. Y ciertamente se convirtió en una vid, y produjo ramas, y extendió sus arbustos. Y después de esto vino otro águila, también grande, de grandes alas y abundantes plumas o garras, y he aquí que esta vid, de la que ahora hemos hablado, al venir el segundo águila, inclinó su pacto hacia ella, despreciando el pacto que había hecho antes con el árbol en el que había sido reclinata la vid, y habiendo hecho ramas, había extendido sus arbustos más ampliamente, y abrazó al segundo águila, y trasladó sus raíces del primero al siguiente. Luego envió sus sarmientos al segundo águila, para que la regara con el terrón de su plantación en un buen campo: y mucha agua. Y ciertamente esta misma vid fue regada y trasladada al segundo águila, para que creciera, para que diera fruto, para que se convirtiera en una gran vid. Por eso se ordena al profeta que diga que la vid, al transgredir el pacto que había hecho con el primer águila y establecerlo con el segundo, no prosperará, ni florecerán las raíces de su ternura: más bien, sus frutos se pudrirán debido a su transgresión y se secarán todas las cosas que de ella surgieron, y ya no tendrá un gran brazo ni un pueblo numeroso; será arrancada de raíz, y aunque haya sido regada, no perseverará, y no prosperará en fertilidad, y tan pronto como la toque un viento ardiente, se secará, y con el terrón de su plantación se secará. Esta proposición de la historia misma exige que expliquemos más claramente lo que se ha dicho de manera oscura, con algunas palabras adicionales. Y si es tanto trabajo entender lo que se dice, ¿qué necesidad hay de decir cuánta oscuridad tiene la cuestión misma, qué es el primer águila, qué es el Líbano, qué es el cedro, qué son las cimas del cedro, qué es el segundo águila, qué es la traslación de la vid del primero al siguiente? Si alguna vez hemos necesitado la ayuda de Dios, siempre necesitamos el Espíritu Santo para entender las Escrituras: ahora es ciertamente el momento de que nos preste ayuda, y él mismo explique lo que ha dicho. Así como nuestro Salvador en los Evangelios interpreta algunas parábolas, así también ahora el profeta en la segunda profecía, que se ha leído en los restantes, significa que el primer águila es Nabucodonosor, el rey de Babilonia, que entró en el Líbano, es decir, Jerusalén: y tomó de las cimas del cedro, es decir, al rey de Jerusalén y a sus príncipes, y los llevó a la tierra de los caldeos, es decir, a Babilonia. Plantó en cautiverio tomando a los hijos de Israel, y de la semilla real, y de la estirpe de los príncipes en la misma tierra. Después de esto, y después de la estirpe real, también fue capturada otra multitud por él, y se convirtió en una vid, no tan robusta como había sido cuando estaba en la viña de Dios, y en la tierra santa, donde se celebran los sacrificios de Dios, sino que fue trasladada a Babilonia como una vid débil. Habiendo sucedido esto, entre el faraón, rey de Egipto, y Nabucodonosor, rey de Babilonia, surgió una guerra. Por lo tanto, el pueblo que había sido afligido por los asirios con sus reyes y la estirpe de los nobles, encontró la oportunidad de

librarse del yugo de Nabucodonosor y de su dominio, y se dirigió al segundo gran águila, de grandes alas, es decir, al faraón (IV Reyes XXV). Luego, con el curso de los acontecimientos, porque Dios no había entregado a Faraón, sino a Nabucodonosor, y ellos, no soportando su juicio y dominio, habían sacudido el yugo de Nabucodonosor de sus cuellos, y habían pasado al faraón, la ira de Dios cayó sobre ellos, y sucedió lo contrario de lo que esperaban. Porque es necesario que quien es condenado por Dios no huya de su sentencia, ni quiera cambiar la voluntad del juez, sino soportarla pacientemente, hasta que el mismo Dios libere al que ha condenado. Por lo tanto, porque el pueblo se trasladó al faraón, es abandonado por la ayuda de Dios, y sufre peores cosas que las que había sufrido antes de Nabucodonosor. Hemos explicado la solución de la parábola según la letra y lo que está escrito: sigue una interpretación más difícil y difícil de entender, según el verdadero Nabucodonosor y el verdadero faraón, y las palabras que se han dicho sobre las águilas. Por eso, antes de la interposición de la siguiente lectura, hemos predicho esta exposición de manera resumida y breve, para que el lugar presente se entienda más fácilmente, y no obstante se conserve en su lugar una exposición más completa, y la parábola consecuente también se discuta ampliamente según la alegoría. Pero ahora debemos asumir algunas cosas, y como con una especie de armamento, allanar el camino para la futura interpretación de lo que la gracia de Dios nos concede, sabiendo lo que explicaremos más plenamente en lo siguiente. Y primero, debemos ver por qué Nabucodonosor y el faraón son llamados águilas. Quizás alguien que no lee las Escrituras de manera ociosa y pasajera se pregunte: Nabucodonosor es un gran águila, de grandes alas, y este faraón es otro gran águila de alas igualmente inmensas, y en la Ley el águila se coloca entre los animales impuros: ¿por qué también el justo, hecho rico, se prepara alas de águila para poder convertirse en la casa de su príncipe? ¿Por qué también hay una promesa en el profeta Isaías que dice: Los justos recibirán alas como águilas, correrán y no se fatigarán, caminarán y no se cansarán? Si el águila es impura, no debemos recibir alas como el águila cuando seamos justos: ni cuando nuestras riquezas crezcan, debemos prepararnos alas de águila. A lo cual primero se debe responder que algunos nombres de animales en la Escritura se colocan en ambos géneros, es decir, en el malo y en el bueno: por ejemplo, el león, se toma en un sentido bueno y en un sentido malo. En el buen sentido así: Cachorro de león, Judá, de la germinación, hijo mío, has subido, te has acostado, has dormido como un león, y como un cachorro de león: ¿quién lo despertará? (Gén. XLIX). En el sentido malo así: Nuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar, a quien debemos resistir firmes en la fe. Pero también el maligno, deseando suplantar, acecha en secreto, como un león en su cueva acecha, para arrebatar al pobre. Así como el león se dice en un sentido malo y en un sentido bueno, no es incongruente también tomar el águila en ambos sentidos. Y, como yo sospecho, el justo no es un águila, sino como un águila, emula al águila. Y así como la serpiente de bronce fue un tipo del Salvador: porque no era realmente una serpiente, sino que imitaba a una serpiente, diciendo el Señor: Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así debe ser levantado el Hijo del Hombre (Juan III): de la misma manera, el justo no es tanto un águila como semejante a un águila, porque le es útil seguir la imagen del águila. Según este entendimiento, en otro lugar se le da al justo el mandato de ser sabio como la serpiente, no para convertirse en una serpiente, sino para no ser atrapado por la astucia de la verdadera serpiente. Pero si la palabra de Dios, examinando diligentemente las Escrituras, y el espíritu, del cual está escrito: El Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios (I Cor. XII), entra en el alma de alguien, mostrará manifiestamente de las Escrituras, y el águila y el león en la parte de los animales puros: los querubines de Dios tienen el rostro de hombre, y el rostro de león a la derecha de las cuatro partes, y el rostro de buey, y el rostro de águila a la izquierda de las cuatro partes; y estas cosas que se ven en los querubines, es decir, el águila y el león, son puras. Nada impuro hay en el carro de Dios. Y así como tú, creyente de entre los gentiles, te has hecho puro: Y lo que Dios ha purificado, no lo llames

común, se dice de todas las cosas que colgaban del cielo mostradas a Pedro: así se ha purificado el león y el águila, que aparecieron en los querubines. No es otra cosa lo que se predice que sucederá en la venida de Cristo: conoce al león puro, y al águila pura, que se llama impura: Porque el lobo y el cordero se apacentarán juntos (Isaías XI). El lobo que se apacienta con el cordero sin daño ya no debe ser observado. No se me dice de tal lobo: Cuídense de ellos, que vienen a ustedes con vestiduras de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces (Mateo VII). Habló significativamente diciendo: Pero por dentro son lobos rapaces. Hay otros que no son rapaces, cuando los lobos y los corderos se apacientan juntos, y el becerro y el toro, y el león comerán juntos. Cuando haya una asociación hecha en la fe de Cristo de naturalezas tan diversas entre sí, el león ya no será impuro, sino que olvidará su ferocidad, y todos los animales que en la ley de Dios se dicen impuros, recuperarán la pureza de su antigua condición. Esto ya se ha hecho en parte, y se completará plenamente en la segunda venida. Por lo tanto, el sacramento que se mostró en los querubines precede a la verdad del asunto: y tanto las caras del león y del águila se han relacionado con las otras caras, que nos parece mayor que el becerro, y el toro, y el león pastando juntos, lo que apareció en los querubines. Porque nada de lo que se ha dicho por Isaías se promete a sí mismo coherente y conectado entre sí. En los querubines, sin embargo, cada animal está relacionado con otro, la cara del becerro con la del león, y el rostro del hombre con el del águila. No te maravilles, pues, cuando el faraón, y el Nabucodonosor que lo precede, son llamados águilas: el justo, sin embargo, se dice que toma alas como el águila, y en la parte de Dios, hecho rico, se prepara alas de águila para volar. Pero para volver al tema, algo especial se significa de Nabucodonosor, porque es grande y de grandes alas, y de su extensión larguísima, tanto que se atrevió a decir: Con fuerza lo haré, con sabiduría de entendimiento quitaré los límites de las naciones, y devoraré su poder, y moveré las ciudades habitadas, y abarcaré todo el mundo con mi mano como un nido, y como huevos rotos los tomaré (Isaías X). He aquí, esta es la extensión de sus alas. Y esto no le basta, sino que está lleno de garras, y de muchas plumas, y tiene la capacidad de entrar en el Líbano, para arrancar las cimas de sus cedros. Mientras aquellos que habitaban en el Líbano no pecaron, es decir, mientras estaban en Jerusalén, no fueron encontrados en delitos, no recibió el poder este gran águila para entrar en el Líbano, ni tomó para sí las elegidas, y la semilla del cedro real, y la estirpe de los príncipes. Estas son sus ternuras, que en algún momento no fueron de corazón duro: sin embargo, las arrebató, porque pecaron contra el Señor. Este gran águila, etc., trasladó las cimas de todo el árbol a Canaán, porque figurativamente la tierra de los babilonios se llama Canaán maldito. De lo cual dijo Noé: Maldito sea el niño Canaán, será siervo de sus hermanos (Gén. IX). En la ciudad de los comerciantes, o de la comerciante, o de los traductores, o ciertamente amurallada, puso lo que había tomado del cedro, y tomó para sí de la semilla de la tierra, ya no solo de los más altos, sino también de los menores, y del pueblo de los judíos, y lo puso en un campo fértil, junto a mucha agua lo estableció para ser observado, y brotó, y se convirtió en una vid firme. El pueblo de Dios fue verdaderamente debilitado en Babilonia, y por eso no podía cantar el cántico del Señor, diciendo: ¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra extraña? (Salmo CXXXVI). Realmente no podía no ser débil, lo que había sido plantado en Babilonia. ¿Cómo podría conservar sus fuerzas anteriores, lo que había comenzado a ser una vid babilónica? Porque no había dado frutos en la tierra santa, por eso, trasladada por el águila, y puesta en la tierra de Canaán, se convirtió en una vid débil, y de estatura pequeña. Mientras estuvo en la tierra santa, era una gran vid: pero cuando fue trasladada a los confines de los pecadores, se convirtió en débil y pequeña. Y tú también, vid, que me escuchas, si quieres ser grande, no salgas de los confines de la Iglesia, permanece en la tierra santa de Jerusalén. Pero si por tus pecados caes en cosas peores, serás trasladado a otra tierra, y serás una vid pequeña, y tus sarmientos caerán, y tus raíces se secarán, tanto que después desearás descansar sobre otro águila, como ahora se dice,

de grandes alas y muchas garras. Es bueno permanecer en la sentencia de condenación, mientras le plazca al que condenó. No corramos queriendo ir al faraón; porque si corremos hacia él, actuamos contra Dios, que dijo: Yo soy el Señor tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre (Deut.). Porque a Nabucodonosor no vamos tanto voluntariamente, como condenados, y llevados a él. Sigue: Y se hizo otro gran águila de grandes alas, y muchas garras, y he aquí que esta vid la abrazará, es decir, al segundo águila. Sucede a menudo que somos trasladados de una fortaleza contraria a otra. Porque Dios había ordenado que el pueblo de Israel sometiera su cuello al yugo de Nabucodonosor, como leemos en Jeremías, tanto que amenazó a quien se apartara de su servicio: y en ese tiempo, cuando expusimos a Jeremías, lo que la gracia de Dios, orando ustedes, nos concedió, o ciertamente como sentimos, intentamos exponer. Pero no quiso hacer lo que se le había ordenado; sino que extendió sus sarmientos hacia el faraón en el terrón de su plantación, fue establecida por él en el campo sobre mucha agua, para que produjera frutos abundantes: y habiendo dejado Egipto, nuevamente deseó Egipto, pensando que obtendría la fertilidad anterior: pensando principalmente que si pasara de Nabucodonosor al faraón, afirmarí sus raíces, arrancarí su estatura, darí frutos. Pero todo resultó contrario a lo que pensaba. Porque todos sus frutos se pudrieron, y los brotes, que al menos habían llegado modestamente a Babilonia, se secaron con el cambio de región, tanto que fue arrancada de raíz, para que ya no prosperara en un gran brazo, o en un pueblo numeroso. ¿Qué contienen en sí mismos estos grandes o tales sacramentos? ¿Qué significa cada palabra? Podemos, si tenemos oyentes, ascender a otra Jerusalén, y allí mostrar cómo el gran águila hizo su camino, y en esta Babilonia que ahora poseemos, trajo sus cimas. Podemos hablar de algunas cosas más secretas sobre el faraón: pero, porque estamos limitados por el tiempo, y tal vez prometemos audazmente lo que no podemos cumplir, volvamos a cosas menores, y según la medida de nuestro entendimiento, expongamos así más bien: Vino a este Líbano, es decir, a la Iglesia, donde se celebran las ofrendas de Dios, donde se celebra el incienso de sus oraciones, este gran y verdadero águila, Nabucodonosor, es decir, el diablo, y arrebató. Pero lejos de nuestros tiempos: que de las cimas del cedro, es decir, de los príncipes y de la semilla real, traslade a Canaán. Oremos para que no suceda lo que a menudo ha sucedido. Porque algunos han sido tomados, y trasladados a Babilonia, que fueron príncipes en la Iglesia, y por su pecado fueron quitados de la cumbre del Líbano. Sobre esto se debe decir que el gran águila de grandes garras, extendida en plumas, tomó de las cimas del cedro, y los raspó del Líbano, es decir, de Jerusalén, y los plantó en la tierra de Canaán. No solo esta águila reclama para sí las cimas del cedro, es decir, de la estirpe de los nobles, sino que también toma la semilla de la tierra, y la traslada a la tierra de Canaán cuando alguien del pueblo peca, y de la gente de Dios es atrapado en las trampas del diablo. Por lo tanto, día y noche, tanto por nosotros como por nuestros hermanos, imploremos la ayuda de Dios, para que nadie sea trasladado de Jerusalén a Canaán, para que, abandonada su sentencia, no nos dirijamos a otra águila, y venga sobre nosotros una ira mayor, y toda la plantación se pudra, y el fruto junto con las raíces se seque. Porque la plantación de Jerusalén no puede dar frutos en otra tierra, no produce sarmientos en tierras ajenas; sino que inmediatamente con su terrón se seca, si no persevera en la voluntad de Dios, y en su Iglesia, es decir, en hechos y palabras y en el conocimiento de la verdad de Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA DUODÉCIMA. De lo que está escrito: Hijo de hombre, di a la casa rebelde, ¿no sabéis qué significan estas cosas? (Cap. XVII).

985 Lo que ya he mencionado anteriormente sobre las dos grandes águilas, de grandes alas y grandes garras, así como lo que la primera y la segunda águila hicieron, ahora el discurso

divino desea exponer en parte, como en profecía, es decir, de manera figurada, dejándonos a nosotros la tarea de entender lo que él mismo dejó intacto. Y primero, aunque ya lo he dicho muchas veces, intentaré ahora introducir algo no nuevo, que otorgue salvación a nuestra alma, en lo que se dijo al profeta: Di a la casa amargante, o que exacerba. Pues no añadió la casa que me exacerba o me exaspera. Y si queremos ver de qué tipo es el pecado de la exasperación, escuchemos cuán dulces son para quien entiende las palabras de Dios, diciendo: Cuán dulces son a mi paladar tus palabras (Sal. 118). Estas palabras, naturalmente dulces, cuando las asumen los creyentes, o viven bien, o realmente hacen lo contrario. Y si de hecho siguen la regla divina, conservan las palabras de Dios en la dulzura con la que nacieron. Según mi propio impulso, creo que con la bondad de su conversación aumentan la suavidad de las palabras de Dios, mezclando la dulzura de la vida con la dulzura del discurso. Pero si alguien peca y camina perversamente fuera de los preceptos de Dios, 986 este, al recibir las palabras dulcísimas de Dios, por la naturaleza del pecado amarguísimo (pues el pecado es amargo, ya que extermina la dulzura del discurso), convierte toda la suavidad en un sabor amargo. Lo que decimos se entenderá más plenamente tomando un ejemplo. La hierba llamada ajenjo es naturalmente amarga: si la arrojas en miel según la calidad y cantidad de la miel, con su amargura vence su dulzura y obliga a que lo que es dulce sea amargo. El pecado tiene la fuerza de esta hierba. Si pecco más, más amargura pongo en la dulzura de las palabras de Dios. Si es grande lo que delinco, convierto toda la dulzura de la miel en un sabor agrio. Y por eso Dios, que se venga de su palabra pisoteada por los pecadores, devuelve a cada uno, según la calidad del amante de la vida y el modo de su intención, la amargura de los castigos y suplicios. Y si nosotros, que decimos estas cosas y una vez creímos en Dios, pecamos, nos esforzamos por exasperar su palabra: pero aquellos que se han apartado completamente de su fe y no han entrado en la Iglesia, no hacen amargas las palabras de Dios. ¿Cómo pueden exasperar la dulzura de las palabras en las que aún no han creído? Por lo tanto, se nos reservan 987 tormentos diferentes a nosotros que parecemos creer y pecamos en esa misma creencia, de los castigos de aquellos que ni siquiera han tenido el inicio de la creencia. Y para que no pensemos que solo exasperamos la palabra del Señor si pecamos, nuestro delito llega hasta la injuria del mismo Dios. Pues está escrito que quien peca, por la transgresión de la ley deshonra a Dios. Habría sido poco si hubiera dicho: deshonra al ángel: ahora, sin embargo, dice que por la transgresión de la ley deshonra a Dios. Cada vez que transgredimos la ley de Dios, tantas veces deshonramos a Dios, y cuanto mayores son nuestros delitos, tanto mayores son las afrentas que infligimos a Dios: cuanto más pecamos, tanto más deshonramos al Padre y a su Cristo, como está escrito: ¿Cuánto más pensáis que merecerá peores castigos quien pisoteó al Hijo de Dios y tuvo por profano el pacto de la sangre en el cual fue santificado, e hizo afrenta al Espíritu de gracia? Por lo tanto, cualquiera que peca exaspera, afrenta y deshonra tanto las palabras de Dios, que ha recibido, como a aquel que las enseñó. Di ahora a la casa exasperante: ¿No sabéis qué son estas cosas, es decir, las que se dijeron en la parábola de las águilas? Di, cuando venga el rey de Babilonia a Jerusalén y tome a su rey y a sus príncipes. En cuanto a la historia del profeta, se ha expuesto: Que Nabucodonosor vino a Jerusalén y llevó cautivo a Sedequías, rey de Judá, y a los príncipes que estaban con él, parte del pueblo de los judíos (IV Reyes XXV): también añadiremos cómo los plantó en la tierra de Babilonia. Pero no nos detengamos en la letra, ni nos quedemos en la historia, más bien tú, que tienes progreso en las Escrituras de Dios y sabes que todas estas cosas les sucedían figuradamente, están escritas para nosotros, en quienes han llegado los fines de los siglos. He aquí que el verdadero Nabucodonosor está presente, buscando capturar a algunos de nosotros. Y primero desea (si es posible) llevar cautivos a los príncipes de la Iglesia. Pero mientras Ezequías, Josías, o ciertamente cualquier rey justo reine en el pueblo, este Nabucodonosor no puede llevar cautivos, ni a los príncipes ni al pueblo de Judá. Pero si nosotros, que parecemos presidir la Iglesia, pecamos, dando lugar al diablo contra el precepto de Pablo que dice: No

deis lugar al diablo (Ef. IV): de alguna manera, por nuestros delitos, que cometimos en Jerusalén, damos ocasión 988 a Nabucodonosor para que entre en la ciudad santa y se lleve a quien quiera. Pero quien no peca excluye a Nabucodonosor, para que no pueda entrar en la tierra de Dios. Por lo tanto, con todas nuestras fuerzas excluyamos a Nabucodonosor, para que no se acerque a esta bienaventurada asamblea de la Iglesia. Excluyámoslo tomando la llave del conocimiento, excluyámoslo con nuestra conversación y buenas obras, para que no capture al rey de Jerusalén y a sus príncipes, para que no los lleve a Babilonia en el triunfo de su cautiverio. Pero si el enemigo cruel puede vencer a alguno de nosotros, lo lleva a Babilonia, no a un lugar amplio de alguna tierra, sino a la Babilonia del alma, es decir, a la confusión. Hemos dicho frecuentemente que Babilonia se interpreta como confusión. Pues quien es vencido por él es trasladado a la confusión de su mente, es llevado a Babilonia. Miremos nuestra vida diaria. Si alguna vez vemos un alma confundida por pecados, vicios, tristeza, ira, deseos, avaricia, sepamos que es esa la que el diablo lleva a Babilonia. Pero si la tranquilidad, serenidad y paz del corazón principal han dado fruto, sepamos que Jerusalén está en ella, pues la visión de la paz está dentro. Y los lleva a sí mismo a Babilonia, y toma de la semilla del reino, y dispone para él el testamento. Todos los que hemos recibido la palabra de Dios somos semilla real. Pues somos llamados linaje escogido, y sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido (I Pedro II, 9). Si alguno de nosotros, que estamos en el orden de la semilla real, es llevado cautivo por el diablo por su pecado, no hay duda de que es llevado de la estirpe real a Babilonia, y hace un pacto con Nabucodonosor, porque ya ha despreciado el pacto de Dios. Es imposible que un hombre esté sin pacto. Si tienes el pacto de Dios en ti, Nabucodonosor no puede hacer un pacto contigo. Pero si has rechazado el pacto de Dios por la transgresión de sus mandamientos, has aceptado el pacto de Nabucodonosor. Pues está escrito: Dispone para él su pacto, y lo introduce en la maldición. Dios hace un pacto con nosotros en bendición: pero Nabucodonosor establece su pacto en maldición. No puede estar en bendición quien ha hecho un pacto con Nabucodonosor. Pero alguien me dice, que está instruido en las Escrituras divinas: Encuentro en 989 la ley de Moisés maldiciones establecidas para el pecador: si, por lo tanto, por el precepto de Dios se ha establecido una maldición para los pecadores, ¿por qué no, al contrario, hay alguna bendición con el diablo, para que algunos estén en bendición con él y otros en maldición? A este que pregunta agudamente y con gran perspicacia, intentaré responder diciendo que hay una cierta bendición de Nabucodonosor, que Dios aleje de nosotros: y una maldición, de la que ahora debemos hablar, que justamente viene sobre los pecadores. ¿Cuál es, entonces, la bendición de Nabucodonosor? Cuando alguien en este mundo es rico y actúa con éxito, y todo le fluye con un curso próspero, tanto que se le puede aplicar lo que está escrito, Su buey no abortará: y si ha tenido toda la prosperidad del mundo, la bendición de Nabucodonosor está sobre él. La maldición, sin embargo, es cuando alguien se aparta de Dios, y sin embargo, estando en la parte del diablo, es atormentado por miserias y suplicios. Dios quiere, como ahora recuerda la Escritura, que el pacto con Israel sea una maldición con Nabucodonosor. Y por eso, porque el rey de Jerusalén quiso despreciar el pacto de Nabucodonosor, y enviando sus mensajeros a Egipto, intentó hacer un pacto con Faraón, dice el discurso divino: No se dirigirá, no se salvará. Por lo tanto, debemos soportar pacientemente cuando somos entregados por Dios a la venganza. El Apóstol entregó a alguien de la comunidad de la Iglesia al diablo para la destrucción de la carne: y lo entregó para la destrucción de la carne, no para perder al entregado, sino para conservar el espíritu del entregado. Por lo cual la Escritura dice: Entregar a Satanás a tal persona para la destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo en el día del juicio del Señor Jesús (I Cor. V). El pecador es entregado a tormentos, para que reciba, en el presente, suplicios, y por sus pecados, sufrimientos, para que en el futuro obtenga refrigerio, y se pueda decir de él: Recibió sus males en su vida. Si alguien, por lo tanto, atormentado por penas según la maldición en la que Dios ha puesto a los pecadores,

prefiere huir de los suplicios y enviar a Egipto para obtener ayudas, a Faraón, de quien Dios liberó a su pueblo, no se dirigirá, no se salvará. Pero si alguien soporta pacientemente la maldición, y los suplicios de Nabucodonosor, y completa el tiempo de sus pecados en sufrimiento: como aquel que fue atormentado según las Epístolas de Pablo, para que su espíritu fuera salvo en el día del juicio, este 990 alcanzará un buen fin. Por lo tanto, lo introduce en la maldición, y tomará a los líderes de su tierra, para que sean un reino débil. El reino se debilita cuando se traslada de la tierra santa a Babilonia. Pues nadie es fuerte en Babilonia, es decir, en la confusión de su mente. En absoluto puede exaltarse el hombre que está confundido, para guardar mi pacto, para establecerlo, y apartarse de él, para enviar sus mensajeros a Egipto: Este, porque sufre tormentos de Nabucodonosor por sus pecados, y envía sus mensajeros a Egipto, no soportando la entrega, por la cual fue concedido al enemigo por Dios, para que le dé caballos y mucho pueblo, ha puesto lo que está prohibido en el lugar. Pues no multiplicarás para ti caballos (Deut. XVII), dice la Escritura. Si se dirigirá, si se salvará quien hace lo contrario, y transgrediendo el pacto. Debía haber soportado el suplicio quien había sido entregado al pacto de Nabucodonosor: pero no lo soporta, y por eso se dice de él, No se salvará. Vivo yo, dice el Señor Adonai, si no en el lugar del rey que lo estableció, que desprecia mi maldición, y ha transgredido mi pacto. Hay quien deshonor la maldición de Dios, y hay otro que la honra. No hay duda de que en el presente Dios busca a aquel que ha deshonrado su maldición. Pues cuando alguien ha sido entregado a los suplicios, para ser castigado, y no ha soportado lo que se le ha ordenado, deshonor la maldición de Dios. Pero si la soporta con toda mansedumbre, y bendición, y acción de gracias a Dios, este honra la maldición, y cuando ha honrado la maldición, es necesario que también obtenga su bendición: Y ha transgredido mi pacto, con él morirá en medio de Babilonia, y no con gran poder, ni con mucha multitud hará Faraón la guerra. No puede Faraón dar ayuda a quien ha transgredido y deshonrado la maldición de Dios; pero morirá en medio de Babilonia por su transgresión. Luego sigue y narra lo que los pecadores sufrirán, y después de esto menciona las cosas más prósperas, diciendo: Tomaré, pues, de los elegidos del cedro, y del vértice de sus corazones arrancaré, y lo plantaré en un monte alto. Después de las maldiciones que hemos mencionado antes, se pronuncia la promesa de bienaventuranza y la dulcísima promesa al final del discurso: porque ya los que necesitaban suplicios, habían sufrido tormentos por sus pecados. 991 Considerando dentro de mí mismo, y tratando diligentemente el sentido de este lugar, creo que se profetiza sobre los apóstoles. Estos son, de hecho, de los elegidos del cedro, de la cumbre, del vértice, que Dios dio para el verdor del mundo, rasurando sus corazones, y plantándolos en el monte alto de Jesucristo nuestro Señor. Y lo colgaré en el monte alto de Israel, y lo plantaré, y producirá retoños, y dará fruto. Estos han hecho retoños, han traído frutos. Y será en un gran cedro. Considera la magnitud y sublimidad de la Iglesia de Cristo, para que entiendas que, según la promesa de Dios, se ha hecho lo que se dice: Y será en un gran cedro, y descansará sobre él toda ave, y todo volátil bajo su sombra descansará. Toma para ti las alas de la palabra de Dios, y podrás descansar bajo este árbol, que ha sido plantado en el monte alto. Y descansará, y sus retoños serán restaurados. Mira cómo la profecía termina en buena parte. Pues sigue: Y conocerán todos los árboles del campo, que yo soy el Señor, que humillo el árbol 992 alto. El árbol alto es el pueblo de los judíos, que ahora humillado, paga las penas de su crimen, porque se atrevió a poner sus manos sobre nuestro Dios Jesucristo. Y exalto el árbol humilde. Tú eras un árbol humilde, un árbol abatido, un árbol adherido a la tierra, pero Dios te ha elevado. Y seco el árbol verde. El árbol verde es el pueblo de la circuncisión, que una vez floreció y prosperó, pero ahora se ha marchitado por la excesiva sequedad. ¿Dónde está ahora la palabra viva entre ellos? ¿Dónde el coro de virtudes? Y hago reverdecer el árbol seco. Tú fuiste un árbol seco, y la venida de Cristo te ha hecho reverdecer. Yo, el Señor, he hablado, y lo haré. Con estas palabras, para que también nosotros reverdezcamos, para que podamos dar frutos,

para que seamos un árbol germinante y no seco, para que nunca se ponga el hacha en nuestras raíces, que se predica en el Evangelio, roguemos más atentamente a Jesucristo nuestro Señor con su Padre, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA DECIMOTERCERA. De lo que se dice: Hijo de hombre, levanta un lamento sobre el rey de Tiro, y pon tu rostro contra Sidón (Cap. XXVII).

991 Se nos ordena por los obispos examinar el discurso del príncipe de Tiro, para que hablemos de sus alabanzas y culpas: también se nos ha mandado que revisemos algo sobre el faraón, rey de Egipto. Se lamenta, por tanto, al príncipe de Tiro: y no debe pensarse que este sea un hombre. En medio de los querubines no ha sido creado ningún hombre, y en el paraíso de Dios, si seguimos la letra simplemente, ningún hombre ha sido criado. Y puesto que en el paraíso de las delicias, como hemos dicho, no ha habido nadie: ahora se dice que el príncipe de Tiro nació y fue criado en el paraíso de las delicias. ¿Quién es este príncipe de Tiro? Vayamos a Daniel, y encontrando la ocasión de la inteligencia, digamos que no son príncipes corporales de quienes ahora se trata. Después de Daniel, pidamos un ejemplo al Apóstol. Luego, nuevamente, llamemos a los testimonios de los profetas. A todos estos también debe unirse aquel lugar que no se omite por Moisés en el Deuteronomio. Ahora bien, repasemos los ejemplos, comenzando por Daniel. El príncipe, dice, parece ser Miguel. Y allí nuevamente, príncipe de Israel (Dan. X): y en lo siguiente: Miguel ayudaba al príncipe del reino 992 de las naciones. A esto añade el Apóstol: Gloria, honor y paz a todo el que obra el bien, primero al judío y luego al griego. Y ayudar al príncipe de los israelitas, al príncipe del reino de los griegos, tal vez ya se ha hecho. En la venida de mi Señor Jesucristo, el príncipe de Israel ayudó al príncipe del reino de los griegos, para que las naciones alcanzaran la salvación, y creyendo, se salvaran. Y así, de esta manera, se dice que cierto príncipe del reino de los persas, como se dijo que Miguel era príncipe de los israelitas, y otro de los griegos. Por lo tanto, no son estos hombres, ni se nombran según los lugares en los que gobiernan. Por eso el Apóstol, como si no discutiera sobre hombres, dice: Hablamos sabiduría entre los perfectos, sabiduría no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que se destruyen; sino que hablamos la sabiduría de Dios en misterio escondido, que Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, que ninguno de los príncipes de este siglo conoció. Porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II). Y que los príncipes de este siglo crucificaron al Salvador 993 y Señor, la profecía es testigo, diciendo: Se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se reunieron en uno contra el Señor y contra su Cristo. Por eso también en otro lugar en los Salmos se escribe: Yo dije, dioses sois y todos hijos del Altísimo: pero moriréis como hombres, y caeréis como uno de los príncipes (Sal. LXXXI). Y allí no se habla de ningún príncipe corporal en absoluto. Si, por lo tanto, hay un príncipe del reino de los persas, si Miguel es príncipe de los israelitas, consecuentemente también hay un príncipe de Tiro: y de estos príncipes ahora habla el discurso profético. Y puesto que también prometimos testimonio de Moisés, escucha lo que sigue: Cuando el Altísimo dividió las naciones, cuando dispersó a los hijos de Adán, estableció los límites de las naciones según el número de los ángeles de Dios, o, como mejor se tiene (según el número de los hijos de Israel) y la parte del Señor fue su pueblo Jacob (Deut. XXXII). A otro príncipe le fue dada la parte de Tiro, a otro Babilonia, a otros otras naciones: y así de esta manera los príncipes poseyeron todos los confines de las naciones. Pero si alguien piensa al leer en las Escrituras que se dice como de hombres, entienda más profundamente espiritual, y no juzgado por nadie. Pues se reconocen algunas cosas sobre Nabucodonosor, rey de los asirios, que no convienen a su persona. Porque dijo: Con fortaleza haré, y con sabiduría de entendimiento quitaré los confines de las naciones, y conmoveré las ciudades habitadas, y abarcaré todo el orbe de la tierra, y subiré sobre las estrellas del cielo, y las nubes, y lo

demás, y seré semejante al Altísimo (Isa. X). Esto Nabucodonosor. Así también el príncipe de Tiro y el faraón. Pues el verdadero y corporal faraón no fue agitado por las furias hasta el punto de decir: Míos son los ríos, y yo los hice. Esto, sin embargo, se leyó antes en la profecía que es contra el faraón. Ni nunca habría llamado a aquel príncipe, es decir, al faraón corporal, dragón, diciendo: He aquí, yo estoy contra el faraón dragón, que se sienta en medio de los ríos de Egipto, que dice, míos son los ríos, yo los hice (Ezeq. XXIX). Pero esto se reserva en su lugar propio, que ahora lo hemos asumido para que por el conocimiento de las Escrituras se haga más manifiesto lo que parecía oculto.

Contra estos príncipes es nuestra lucha. Y los bienaventurados apóstoles que fueron enviados a predicar, cuando apartaban a los hombres de aquellos que poseían los confines de las naciones, sufrían emboscadas. Por ejemplo, se dice: Los apóstoles entraron en Tiro, y el príncipe de Tiro los persiguió; subieron a Antioquía, y el príncipe del reino de Siria los atacó: este era quien luchaba contra ellos, no todos los que se pensaba, como Judas el traidor. Pues así como aquel no debe considerarse principalmente como el que traicionó al Salvador, así también para todos los apóstoles que sufrieron persecución, hubo otro príncipe de la persecución. Está escrito de Judas: Y después del bocado, Satanás entró en él (Juan XIII). Porque no tenemos lucha contra carne y sangre, aunque parezcan de carne y sangre quienes nos persiguen. No los odiamos, sino más bien amémoslos, aunque quieran permanecer como enemigos nuestros; tengamos compasión de ellos, tienen un demonio, sufren de locura. No son tanto ellos los que están contra nosotros, quienes nos persiguen, sino aquellos que han llenado sus corazones. Sin embargo, pidamos la ayuda del Señor, para que los esfuerzos de tan gran adversario que lucha contra el alma humana sean débiles, y digamos: Si el Señor no hubiera estado con nosotros, cuando se levantaron los hombres contra nosotros, tal vez nos habrían tragado vivos. Por lo tanto, hay un cierto príncipe de Tiro, y la profecía no nos enseña sobre Hiram; este nombre está escrito en el libro de los Reyes (III Reyes V), no sobre otro príncipe de Tiro, ni sobre ningún hombre; no nos enseñan palabras humanas, sino divinas, y algunas inefables y sagradas bajo las personas de los hombres. Faraón es un hombre: algo más me enseña a entender a Faraón. Y Nabal del Carmelo es un hombre, y Hiram es un hombre (I Reyes XXV): pero algo más se me enseña bajo su figura. ¿Quién es tan grande y tal, que ascienda de lo corporal, que contemple lo invisible desde lo visible, y pueda entender cada una de estas cosas según la voluntad de Dios? ¿Quién es, pues, este príncipe, aprendamos, para que conociendo el lamento, también evitemos lo que ahora se dice sobre él. Se lamenta al príncipe de Tiro. ¡Cuán bueno es Dios, que incluso a aquellos que lo negaron, los llora! Y esto también viene del afecto del amor. Nadie llora a quien odia: y quien es llorado, es llorado como muerto: pero como si aún se buscara, como si se deseara entre los vivos, se le ama. Y cuando se llora a Jerusalén, está escrito: Y sucedió que después de que Israel fue capturado, y Jerusalén fue desolada, Jeremías se sentó llorando, y lamentando este lamento sobre Jerusalén, y dijo: ¿Cómo se sienta sola la ciudad, que estaba llena de gente, se ha convertido en viuda, que estaba multiplicada entre las naciones: el príncipe entre las regiones se ha convertido en tributo (Lamentaciones I). También se lamenta a Nabucodonosor. ¿Dónde están las herejías, dónde están los que dicen que estos fueron creados para la perdición? Acusan al Creador, para absolverse de sus crímenes. Toma este lamento sobre el rey de Babilonia, y dirás: ¿Cómo ha cesado el que repetía? ¿cómo ha descansado el que exigía? Estas cosas se dicen sobre el rey de Babilonia: ¿Cómo cayó Lucifer del cielo, que nacía por la mañana, fue aplastado en la tierra (Isaías XIV)? Y aquel cayó del cielo, y este es el sello de la semejanza, la corona de la belleza, nutrido en el Paraíso de las delicias. He aquí que todos se refieren a haber caído del cielo, no a haber descendido. Pero mi Señor descendió del cielo, y el que descendió, él es el hijo del hombre. Pero no como

Satanás. Porque no descendió del cielo, ni le habría ocurrido nada malo si hubiera descendido. Escucha a Jesús diciendo: Vi a Satanás caer del cielo como un rayo (Lucas X), no descendiendo. Pero no solo el Salvador descendió del cielo: cada día una multitud desciende y asciende sobre el hijo del hombre (Juan I). Porque verás el cielo abierto, y a los ángeles de Dios ascendiendo y descendiendo sobre el hijo del hombre. Y tú espera tu ascensión. Solo levántate de la caída, y escucha: Levántate, Jerusalén, de tu ruina. Espera porque sabes que ascenderás al cielo, y ten cuidado de que no se te diga también: ¿Acaso el que cae, no se levantará? o el que se aparta, ¿no se convertirá? (Jeremías VIII). Ay de los que se convierten con una conversión pésima, dice el Señor. Y este también es uno de aquellos que cayeron, y es llorado por un hombre el príncipe, cuando el príncipe debería haber llorado al hombre. Ezequiel es un hombre, y el hijo del hombre: y el que es llorado, es Nabucodonosor, rey de Babilonia. Toma también tu lamento sobre el rey de Babilonia, y dirás: ¿Cómo ha descansado el que repetía? y lo demás. Considera en qué esperanza has sido llamado, oh hombre, que rodeado de carne dices: Como leche me has cuajado, pero me has coagulado a semejanza de queso, me has vestido de piel y carne, me has tejido con huesos y nervios (Job X). Tú, pues, que te dolías de tu condición, he aquí que lloras, y aquel que no está rodeado de carne, es llorado por ti: porque has sido llamado a esa esperanza, de la cual él cayó. Por el pecado de Israel, la salvación ha entrado a las naciones. Me atreveré a decir algo más sagrado, en lugar de los ángeles que cayeron, tú ascenderás, y el misterio que alguna vez les fue confiado, te será confiado a ti, del cual se dice: ¿Cómo cayó Lucifer, que nacía por la mañana? Tú, sin embargo, te has convertido en la luz del mundo, tú te has convertido en Lucifer por él: Lucifer era una de las estrellas, que cayó del cielo, y tú si eres de la simiente de Abraham, serás contado entre las estrellas del cielo. Porque sacó a Abraham afuera, y Dios le dijo: Mira, así será tu descendencia (Génesis XV). Pero esto será entonces, cuando las estrellas caigan como hojas del cielo, y habrá una gloria del sol, y otra gloria de la luna, otra gloria de las estrellas. Porque una estrella difiere de otra en gloria, así también la resurrección de los muertos (I Corintios XV). Pero no te gloríes contra tales ramas, que cayeron en la infidelidad, y fueron quebradas (Romanos XI): tú porque estás en la fe, por la fe también ascenderás. Y por esto que lloras al príncipe de Tiro, y deploras con ese lamento, que hemos interpuesto antes, enseña, no sea que, hallado en estos bienes que tuvo el príncipe de Tiro, también tú comiences a caer, si te glorías un poco, y no guardas con toda vigilancia tu corazón. Mira pues lo que dice al príncipe de Tiro: Tú eres el sello de la semejanza. Quiero saber qué fue, para que se le llamara el sello de la semejanza. Cuando has progresado, has recibido el sello; porque Dios es verdaderamente el padre de aquel a quien ha sellado, y enviado, y por eso siempre los creyentes son sellados por el Señor. Y ya ha venido el proverbio común, para que digamos: aquel, y aquel no ha recibido el sello, y aquel tiene el sello. ¿Quién tiene el sello? Aquel a quien Dios ha sellado. Me atreveré a decir algo, porque con este sello fue sellado aquel que bautiza en Espíritu Santo, y fuego, aquel que otorga la imagen celestial, que te forma para lo superior, para que ya no lleves la imagen terrenal. Ten cuidado, hombre, no sea que al salir de este mundo, estés marcado con el sello del diablo. Porque él también tiene un sello. Así como llevamos la imagen del terrenal, ¿de dónde, o cuándo, o quién significó, que con este signo llevamos la imagen del terrenal? El diablo ronda, y examina todo, queriendo también él marcar a los que le están sujetos. Marca, pues, los corazones de cada uno considerando, e imprime en ellos la figura del terrenal por los pecados, por los vicios, para que lleven la imagen del terrenal. Escucha lo que responde Jesús, cuando se le pide la imagen y la inscripción de César: El que tiene oídos para oír, que oiga (Mateo XI); Porque como no tenía esa imagen que se pedía, ni él, ni su discípulo, enseña dónde puede encontrarse la imagen que se busca. Ve, dice, al mar, y echa el anzuelo, y el pez que primero suba, tómallo, y abre su boca: y cuando encuentres un estatero, tómallo, y dalo por mí y por ti (Mateo XVII). Ni yo tengo esta imagen, y la inscripción, ni tú, si realmente eres

mi discípulo, si las puertas del infierno no prevalecen contra ti. Por lo tanto, Jesús da de otra manera por sí mismo la imagen, tomándola del mar, aquella que estaba incluida en el pez, similar a esos peces, de los cuales se leyó hoy, que se adhieren a las escamas del dragón, que se sienta sobre los ríos de Egipto. Verdaderamente, pues, tales peces se adhieren allí.

¿Cuántos peces hay hoy cuyo rey es este que reina en muchas aguas? Está escrito, pues, del dragón invisible, que él es el rey de todos los que están en las aguas; pero tú no estás en las aguas, sino en esa tierra que te es prometida. Y estas cosas se han dicho, para que examinemos más diligentemente, qué es el sello de la semejanza. ¡Cuán bienaventurado fue en aquel tiempo cuando era el sello de la semejanza! A ti aún te falta para que seas la semejanza del sello, y estás lejos de tal don. Dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Génesis 1): sin embargo, aún no has alcanzado la semejanza. Porque Dios hizo al hombre, a imagen de Dios lo hizo: ¿dónde está la semejanza de Dios? Cuando aparezca, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es (1 Juan 3). Yo así interpreto también lo que dice el profeta, Dios, ¿quién es semejante a ti? (Salmo XXXIV) como aquello: ¿Quién crees, es el fiel y sabio administrador? como también esto: Porque cuando aparezca, seremos semejantes a él. ¿Quién es, que se asemeje a él? Son muy pocos, quienes han recibido la semejanza como los apóstoles. Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Este, pues, que ahora es llorado, era el sello, y lleno de sabiduría, a quien también tú llorarás, si te has convertido en Ezequiel. No sé, sin embargo, si tú también has sido lleno de sabiduría: por ahora, este que es llorado, estaba lleno de sabiduría, y era la corona de la belleza. Considera qué clase de persona era, que era la corona de la belleza. No era simplemente belleza, ni gloria en él, sino la corona de la gloria. Pero no busques esta belleza fuera de ti, sino en la religión del alma, en el pensamiento, donde [Allí dice meditación] donde reside lo intelectual, donde está la verdadera belleza. Porque si quisieras buscar allí la belleza, donde está la carne y la sangre, el humor y las venas, donde está la materia corporal, no podrás encontrarla. Siendo que la verdadera belleza está en el Salvador, y así de él según su generosidad y misericordia se ha distribuido en todas las almas. Ciñe tu espada alrededor de tu muslo, poderoso, con tu esplendor, y tu belleza, y tu hermosura (Salmo XLIV, 3). Hay, pues, alguna belleza en el principal de nuestro corazón, y en el alma. Porque esta belleza también alcanza al alma humana, el profeta te enseña diciendo: Escucha, hija, y ve, e inclina tu oído, y olvida a tu pueblo, y la casa de tu padre, porque el rey ha deseado tu belleza (Ibid., 11), es decir, el esposo. ¿Quién tiene un alma tan hermosa, quién posee tanta belleza, quién es tan ajeno a toda fealdad, que se le pueda decir: El rey ha deseado tu belleza? Y tú aún buscas esta belleza, y te esfuerzas por agradar: pero este cayó de la belleza que tenía en la fealdad. Y así como en los cuerpos a menudo vemos que sucede, que una mujer hermosa, y de rostro bello pierde su belleza por enfermedad, y por la vejez pierde el esplendor de su rostro, de la misma manera el alma, que era hermosa, por la debilidad pierde su belleza, y por la vejez se vuelve deforme. Porque cuando ha recibido al hombre viejo con sus actos, por su vejez pierde su antigua belleza. Vino Jesús para trasladarnos del hombre viejo, y de las insignias de la vejez: pues la arruga es un indicio de vejez: como dice el Apóstol: Para presentarse a sí mismo una Iglesia gloriosa, sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante, sino que sea santa e inmaculada (Efesios 5). Por lo tanto, es posible pasar de la vejez y la arruga a la juventud: y esto es en esta parte maravilloso, que el cuerpo avanza de la adolescencia a la vejez: pero el alma, si llega a la perfección, de la vejez se transmite a la juventud. Por eso, aunque nuestro hombre exterior se corrompa, el interior se renueva de día en día. Debías conocer la belleza que el rey desea; debías saber quién alguna vez fue la corona de la belleza: y tú cuando hayas alcanzado esta gloria, ten cuidado de no caer. Porque también este que cayó, era el sello de la semejanza, lleno de sabiduría, y la corona de la belleza. En las delicias del paraíso de tu Dios fuiste manchado. No dice simplemente en el paraíso, sino en el paraíso de las delicias. Pregunto si hay ciertas diferencias de paraísos, y cuando alguien ha estado en el paraíso de

Dios, sin embargo, no está en el paraíso de las delicias: como aquel ladrón que a la primera hora entró con Jesús en el paraíso: si te pregunto, ¿crees que entró en el paraíso, o no? no hay duda de que responderás que entró. Luego, si nuevamente te pregunto, ¿entonces entró en el paraíso, fue recibido inmediatamente en el lugar de las delicias? quizás digas que porque entró a la primera hora en el paraíso, no fue hecho en el paraíso de las delicias de Dios. Pero si ya lo ves recibiendo del árbol de la vida, y de todos los árboles, que Dios no prohibió, de modo que comiendo de todo árbol del paraíso: si lo ves comiendo también de ese árbol, y de todos los que ahora no están prohibidos, y te pregunto, ¿crees que este no solo fue hecho en el paraíso, sino también en el paraíso de las delicias de Dios? ¿qué otra cosa me responderás, sino que fue constituido en las delicias del paraíso? A esta bienaventuranza te apresuras tú, que parece llorar.

Este que se lamenta, fue en otro tiempo en las delicias de Dios: estaba revestido de toda piedra preciosa, sardio y carbunco, zafiro y berilo, y jacinto, y jaspe, y las otras doce piedras. Es difícil, y más allá de nuestras fuerzas y de la naturaleza de este lugar, elevarse a la exposición. ¿Quién puede explicar la naturaleza de cada piedra, y describir su color o su poder, para así poder descubrir por qué se eligieron estas piedras? Sin embargo, aunque no seamos capaces de entenderlo todo, veamos brevemente cómo estaba revestido con estas doce piedras. Si alguien se preocupa por las Escrituras divinas (a lo cual a menudo exhortamos a los jóvenes, pero como veo, no logramos nada, solo consumimos tiempo: pues no hemos podido llevar a ninguno de ellos a dedicarse a los volúmenes sagrados) y busca esas doce piedras y otras en las Escrituras, las encontrará nombradas de la misma manera y en el mismo orden en el Apocalipsis. El que allí es primero: aquí también es el primero, el segundo es segundo, el tercero es tercero, el cuarto es cuarto, y así hasta la duodécima piedra, se ha mantenido el orden. ¿Por qué, entonces, y sobre qué se nombran estas piedras en el Apocalipsis? Sin duda, sobre las puertas de la Jerusalén celestial, y allí se dice que la primera puerta es topacio, la segunda es esmeralda, la tercera es carbunco, la cuarta es zafiro, y así, de esta manera, se distribuyen las piedras en cada puerta. Si entiendes las puertas de Jerusalén, y las puertas de la hija de Sion, donde también debes cantar a Dios. Pues cantaré, dice, todas tus alabanzas en las puertas de la hija de Sion (Salmo IX, 15): si observas cómo alguien está revestido con las doce piedras, y entra en Jerusalén, y entra por otras puertas, verás doce vírgenes. En el libro del Pastor, en el que el ángel enseña penitencia, las doce vírgenes tienen sus nombres, Fe, Continencia, y otras: podéis leerlo, si queréis. Luego, cuando se construye la torre, al asumir las fortalezas de las vírgenes, también tomarás lo que se dice de las puertas: pues cada virtud es un ornamento para ti, y así, de esta manera, se edifican sobre el fundamento de Cristo, no solo oro y plata, sino también piedras preciosas. Sin embargo, está prohibido edificar con madera, heno y paja (I Cor. III). Así que este es el duodécimo piedra. Y aún se nos ha ordenado que hablemos de Tiro y Sidón, y de Faraón: la estrechez del tiempo no ha permitido completar lo que hemos comenzado, y estas cosas que queremos narrar, deben ser brevemente tocadas como un comentario. Hay una amenaza contra Sidón, que se interpreta como cazadores. Nuestra alma, como un gorrión, ha sido liberada del lazo de los cazadores (Salmo CXXIII). Si lees en hebreo, tienes, del lazo de los sidonios. Por lo tanto, los sidonios son cazadores, y la amenaza que se hace contra ellos, se hace por ti, porque quieren atraparte, y observan diligentemente cómo apartar a los oyentes de las Escrituras de la Iglesia, cómo trasladarlos de los confines de Judea a los confines de Sidón: pero tú guarda tu corazón con toda diligencia, y aprende que la amenaza es por causa de tus cazadores. De Faraón ya se ha mencionado algo, afirmando que es un dragón sentado en medio de los ríos y diciendo: Míos son los ríos, y yo los hice (Ezequiel XXIX). Conozco las diferencias de los ríos, y sé los ríos en los que se sienta el dragón, sobre los cuales los que

fueron capturados de Israel, sentados, lloraban cuando no podían cantar el cántico de Sion, según lo que está escrito en los Salmos: Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos (Salmo CXXXVI, 1). Y conozco otro río, cuyo ímpetu alegra la ciudad de Dios, según la voz del salmista que dice: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios. ¿Quieres oír quién es este río, cuyo ímpetu alegra la ciudad de Dios? Jesucristo nuestro Señor es el río, cuyo ímpetu alegra la ciudad de Dios. Este es el que dice por Isaías: He aquí que yo declino sobre vosotros como un río de paz (Isaías LXVI). Sé que hay algunos ríos prometidos, que manan de este río. Porque todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed: Pero el que beba del agua que yo le daré, dice Jesús, no tendrá sed jamás, sino que será en él un río de agua que salta para vida eterna, y de su vientre correrán ríos (Juan IV). Tienes, por lo tanto, ríos santos, de los cuales está lejos el dragón. Porque así como hay tres cosas imposibles para mí de entender, el camino de la serpiente sobre la roca, y la Roca era Cristo, y no hay camino de la serpiente donde está Jesús: así no puedo encontrar las huellas del dragón en estos ríos. Pero hay un cierto río que el dragón hizo, pues el dragón dice, y Dios amenaza tanto al dragón como a los ríos en los que está el dragón: Míos son los ríos, y yo los hice. Escucha al hereje con toda astucia e ingenio predicando, que aún no ha venido Jesucristo. Estos son los ríos en los que se mueve el dragón, y él los hizo, y dice el dragón: Míos son los ríos, y yo los hice. Por lo tanto, presta atención diligente, cuando bebas agua, no sea que bebas de ese río en el que se sienta el dragón: sino bebe del agua viva, y de ese río, en el que está la palabra de Dios, en el que está nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA DECIMOCUARTA. De lo que se dice: Esta puerta estará cerrada, no se abrirá, y nadie pasará por ella, porque el Señor Dios pasará por ella (Cap. XLIV).

Y el Señor le dijo: Esta puerta estará cerrada, no se abrirá, y nadie pasará por ella, porque el Señor Dios de Israel pasará por ella, y saldrá. Y estará cerrada. Ezequiel, hijo de hombre, describe varias puertas del templo, y lo que ha descrito de cada puerta, ahora lo expone nuevamente a aquellos que tienen oídos para oír, sobre la puerta exterior de los santos que mira hacia el Oriente, y que siempre está cerrada. Y el Señor le dijo: Esta puerta estará cerrada, no se abrirá, y nadie pasará por ella, porque el Señor Dios de Israel entrará por ella, y saldrá, y estará cerrada. Y añade otra razón por la cual la puerta está cerrada, no solo porque el Señor Dios pasará por ella, sino porque también el príncipe se sentará en ella, para comer pan delante del Señor según el camino de Eloam, que se interpreta como vestíbulo de la puerta. Y entrará según su camino, y saldrá. El Señor Dios, creador del universo, entra y sale por alguna puerta que es de materia sensible y siempre está cerrada, y por su causa, quien fundó el cielo y la tierra, entrando y saliendo, nunca se abrirá la puerta. Pero hay otra razón para la puerta exterior, y según el camino de los santos. ¿Cuál es, entonces, esa razón para que permanezca cerrada? El príncipe mencionado se sienta allí, para que nadie lo vea sentado comiendo pan en la presencia del Señor. Quien lee esto atentamente, ¿no escucha de alguna manera a la Escritura hablando: Levántate, tú que duermes? ¿No se siente estimulado a levantarse de entre los muertos, y buscar lo que está cerrado? Yo diré audazmente, que las cosas más secretas están cerradas, y las más manifiestas están abiertas, y no están cerradas. Al abrir lo que está cerrado, decimos esto; pero los Evangelios testifican: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, y de vosotros, doctores de la ley, ay, porque habéis quitado la llave del conocimiento, y vosotros mismos no habéis entrado, y habéis prohibido a los que querían entrar (Lucas XI). Hay, por lo tanto, una cierta llave del conocimiento para abrir lo que está cerrado: y hay muchos, que ni entran ellos mismos, ni permiten a los que quieren entrar. Y en otro lugar, el sentido de las Escrituras se dice que es un libro sellado: Y las palabras de este libro serán como las palabras de un libro sellado: que si se lo dan a un

hombre que no sabe leer, diciéndole, lee, y dirá, no sé leer: y se lo darán a un hombre que sabe leer, diciéndole, lee, y dirá, no puedo leer, porque está sellado (Isaías XXVIII). Pero la voluntad de este ejemplo se contiene más claramente en el Apocalipsis de Juan, recordando: Un ángel recorrió diciendo, ¿quién es digno de abrir los sellos, y desatarlos, y leer lo que está escrito? Y no se encontró a nadie en el cielo, ni en la tierra ni debajo de la tierra, que pudiera abrir los sellos, y leer lo que estaba escrito en el libro. Pero yo lloraba. Y vino uno a mí y me dijo: no llores. He aquí que ha vencido el león de la tribu de Judá, la raíz y el linaje de David, para abrir el libro y desatar sus sellos. Y abrió, el que era de la tribu de Judá, y manifestó lo que estaba escrito (Apocalipsis V). Mientras no vino mi Dios, la ley estaba cerrada, el discurso profético estaba cerrado, la lectura del Antiguo Testamento estaba velada, y hasta este día, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto en el corazón de los judíos. Pero hay algunos que aman el velo, y odian a los que interpretan el velo: pero nosotros nos convertimos al Señor, para que, quitado el velo, digamos: Pero nosotros todos, con el rostro descubierto, contemplando la gloria de Dios, somos transformados en la misma imagen de gloria en gloria (II Cor. III). Pero hay una cierta puerta, y una, y cerrada, por la cual nadie ha pasado. Hay, pues, ciertas cosas desconocidas para toda la creación, y conocidas solo por uno. Porque no todo lo que el hijo sabe, lo ha revelado al mundo. La criatura no puede comprender lo que Dios comprende; y para ir a cosas mayores, los signos no comprenden el conocimiento de manera igual. Había más en Pablo que en Timoteo, siendo un vaso de elección. Y verdaderamente un gran vaso en la casa, Timoteo nuevamente comprende lo que yo no puedo comprender. Y quizás hay alguien que incluso comprende menos que yo: hay ciertas cosas que solo Cristo comprende, y por eso la puerta del templo de Dios está cerrada. ¿Cuál es esta? te ruego. La exterior, que abre cosas fuera del mundo, y cosas incorpóreas, y, por así decirlo, inmateriales. Porque no en vano se ha puesto, que la puerta exterior esté siempre cerrada. ¿Cuál es esta puerta exterior? De los santos. ¿Por qué cerrada? porque el Señor Dios de Israel solo entra y sale por ella. ¿Por qué entra? para ser conocido. ¿Por quién? por el príncipe. ¿Quién es este príncipe en la puerta cerrada? El Salvador es, quien come el pan, quien cierra la puerta con el Padre, quien se alimenta de comida espiritual. Mi comida es, dice, hacer la voluntad de aquel que me envió, para completar su obra (Juan IV). Por lo tanto, la puerta está cerrada para que nadie vea al gran sacerdote comiendo pan en el santuario. Para probar estas cosas que decimos, quien lee el Levítico (Levítico VII), quitando el velo de su corazón, podrá reconocer el misterio de los sacerdotes. Allí se refiere a los sacrificios y comidas, que solo los sacerdotes comen. Hay ciertos alimentos sacerdotales, que el sacerdote no come en su casa, no con sus hijos, aunque sean sacerdotales, no con su esposa, aunque legítimamente se haya casado con ella; sino que los come en un lugar santo, y allí come el alimento en el santuario. Así como el sacerdote no come el alimento en su casa, ni en ningún otro lugar, sino en el santuario: así mi Salvador solo come el pan, sin que nadie pueda comer con él. Pero hay un cierto lugar, en el que comiendo, también me atrae a mí para alimentarme: He aquí, dice, estoy a la puerta y llamo, si alguien me abre, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo (Apocalipsis III). De lo cual se muestra, que otro también puede cenar con él. Sin embargo, hay un cierto alimento, del cual solo él se alimenta. Su naturaleza, excelsa sobre toda la creación, y separada de todos, lo hace comer diariamente el pan de la naturaleza del Padre. Cada uno de nosotros pide el pan de cada día, y pidiendo el pan de cada día, no lo recibe igual ni de la misma medida, sino que siempre en oraciones puras, y con una conciencia limpia, en hechos de justicia, comemos el pan de cada día. Si alguien es menos puro, de otra manera come el pan de cada día. Pero el Señor, que es el juez de todos, nos dé el pan viviente, para que alimentados por él, y fortalecidos, podamos hacer el camino al cielo, glorificando a Dios todopoderoso, por Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.